



Aviso Legal

Revista

Título de la obra: *Cuadernos Americanos*

Director: Silva Herzog, Jesús

Forma sugerida de citar: *Cuadernos Americanos. Primera época (1942-1985)*. México. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>

Datos de la revista:

Año XIX, Vol. CX, Núm. 3 (mayo-junio de 1960).

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 1987 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe Piso 8
Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/> Correo
electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

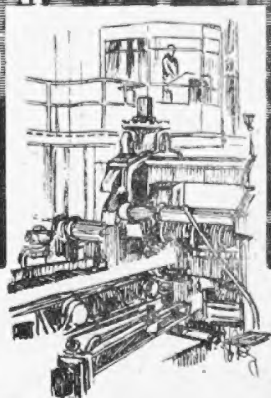
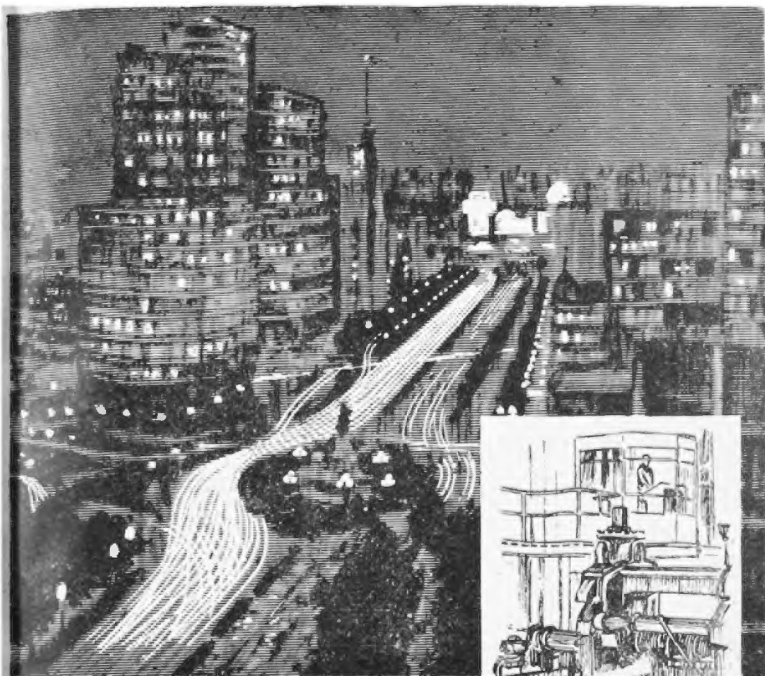
En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

3



Un México mejor con Acero Monterrey™

..... y para conseguirlo, aportamos:

las materias primas más adecuadas,
los equipos más modernos y
la experiencia de más de 50 años
en el campo de la industria siderúrgica mexicana.....

en constante superación.

**IA. FUNDIDORA DE FIERRO Y
ACERO DE MONTERREY, S. A.**

DEPTO. DE VENTAS

EN MEXICO BALDERAS No. 68 1er. PISO - 18 56 21 46 02 40

EN MONTERREY, Calzada Adolfo Prieto al Oriente. 3 20 20



BIBLIOTECA DE SINTESIS HISTORICA



UNA GIGANTESCA BIOGRAFIA DE LA HUMANIDAD

● TITULOS PUBLICADOS ●

La BIBLIOTECA DE SINTESIS HISTORICA, más que una Historia Universal al uso, es una gigantesca biografía; la primera y única biografía de la Humanidad escrita hasta la fecha.

Un núcleo de sabios, impresionante por el número y por su jerarquía en las más diversos ramos del conocimiento, han aportado su ciencia para la realización de esta obra. En ella, la claridad de exposición y la singular maestría de sus autores, hacen que el lector asista a una maravillosa proyección en la que se hace visible la estupenda aventura humana, desde la aparición del hombre sobre la tierra, hasta nuestros días.

El largo camino recorrido aparece íntegro ante los ojos del lector en una visión que deslumbró por su inmensidad, que opusiera por su dramatismo y que asombra por la fabulosa capacidad de creación del Hombre.

- LA TIERRA ANTES DE LA HISTORIA
- LA TIERRA Y LA EVOLUCIÓN HUMANA
- LOS GERMANOS
- LA CIVILIZACIÓN BIZANTINA
- CARLOMAGNO Y EL IMPERIO CAROLINGIO
- EL PENSAMIENTO GRIEGO Y LOS ORIGENES DEL ESPÍRITU CIENTÍFICO
- DE LOS CLANES A LOS IMPERIOS
- LAS INSTITUCIONES DEL IMPERIO BIZANTINO
- EL FIN DEL MUNDO ANTIGUO Y LOS COMIENZOS DE LA EDAD MEDIA
- VIDA Y MUERTE DE BIZANCIO
- LA CIVILIZACIÓN EGIPCIA
- LA ROMA IMPERIAL Y EL URBANISMO EN LA ANTIGÜEDAD
- ISRAEL, DESDE SUS ORIGENES HASTA MEDIADOS DEL SIGLO VIII
- EL ARTE DE LA EDAD MEDIA Y LA CIVILIZACIÓN FRANCESA
- LAS CIENCIAS DE LA VIDA EN LOS SIGLOS XVII Y XVIII
- LA CIUDAD GRIEGA
- EL IRAN ANTIGUO (ELAM Y PERSIA) Y LA CIVILIZACIÓN CRÍTICA
- LA INDIA ANTIGUA Y SU CIVILIZACIÓN
- ORIGENES DE LA ECONOMÍA OCCIDENTAL. ECLIPSE Y DESPERTAR DE LA VIDA URBANA (SIGLOS IV-XI)
- LUIS XIV Y EUROPA
- EL LENGUAJE (INTRODUCCIÓN LINGÜÍSTICA A LA HISTORIA)
- LOS HITITAS
- LOS CELTAS Y LA EXPANSIÓN CELTICA HASTA LA ÉPOCA DE LA TENE
- LOS CELTAS DESDE LA ÉPOCA DE LA TENE Y LA CIVILIZACIÓN CELTICA
- EL MUNDO ROMANO
- LA SOCIEDAD FEUDAL. LA FORMACIÓN DE LOS LAZOS DE DEPENDENCIA
- LA FORMACIÓN DEL IDEAL MODERNO EN EL ARTE DE OCCIDENTE
- LA ERA ROMÁNTICA. EL ROMANTICISMO EN LA LITERATURA EUROPEA
- LA ERA ROMÁNTICA. LAS ARTES PLÁSTICAS
- LA ERA ROMÁNTICA. LA MÚSICA

ENVIE
HOY MISMO
ESTE CUPON

EDITORIAL GONZALEZ PORTO Apdo. 140-Bis México, D.F.

Si desea recibir el folleto descriptivo de la BIBLIOTECA DE SINTESIS HISTORICA, envíeme a conocer las condiciones de pago

Nombre _____
 Domicilio _____
 Localidad _____
 Estado _____

GRANDES FACILIDADES DE PAGO

DISTRIBUIDORA EXCLUSIVA

EDITORIAL GONZALEZ PORTO

AV. INDEPENDENCIA 10 • AVENIDA 5 DE MAYO 31-C

APDO. 140-BIS - MEXICO, D. F.

AYUDE A LA INDUSTRIA . . .

La industrialización de México es una tarea que requiere del esfuerzo de todos y cada uno de sus habitantes. Es menester construir plantas industriales y adquirir equipo y maquinaria, y para construir unas y adquirir otros es necesario que la población ahorre e invierta sus ahorros adecuadamente.

Contribuya al proceso industrial del país comprando CERTIFICADOS DE PARTICIPACION DE LA NACIONAL FINANCIERA, S. A. De esta manera entrará en posesión de títulos con amplio mercado y garantías de primera calidad.

NACIONAL FINANCIERA, S. A.

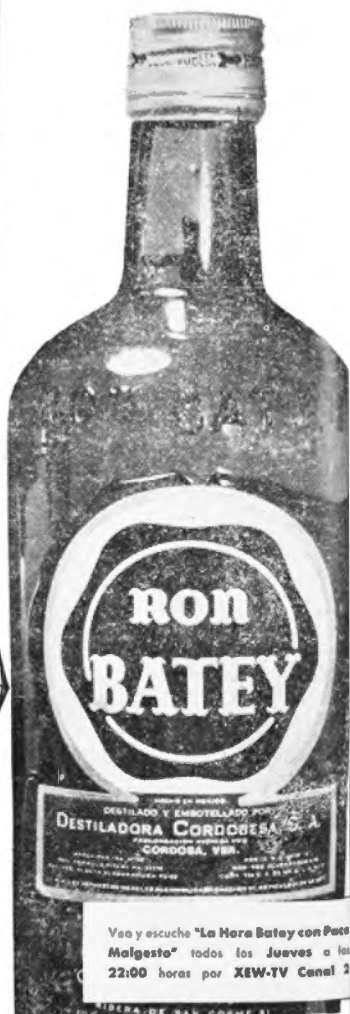
Venustiano Carranza Núm. 35

Apartado 353

México, D. F.



(Autorizado por la Comisión Nacional Bancaria en Oficio
Núm. 601-II-7399).



Si usted dispone de RON BATEY, lo demás es lo de menos, porque BATEY es el RON PERFECTO!

Súmelo a otros ingredientes en su "coctel" favorito; agréguele solamente agua natural o soda, o su refresco predilecto... ¡no importa! Usted, de todas maneras, obtiene una bebida excelente, porque lo demás es lo de menos... ¡lo que importa es RON BATEY!

Vea y escuche "La Hora Batey con Pato Malgosto" todos los Jueves a las 22:00 horas por XEW-TV Canal 2

BANCO NACIONAL
DE
COMERCIO EXTERIOR

INSTITUCION DE DEPOSITO Y FIDUCIARIA

FUNDADA EL 2 DE JULIO DE 1937

•

CAPITAL Y RESERVAS: \$276.550,544.45

•

ATIENDE AL DESARROLLO DEL COMERCIO
DE IMPORTACION Y EXPORTACION.

ORGANIZA LA PRODUCCION DE ARTICULOS
EXPORTABLES Y DE LAS EMPRESAS, DEDICA-
DAS AL MANEJO DE DICHS PRODUCTOS

FINANCIA LAS IMPORTACIONES ESENCIALES
PARA LA ECONOMIA DEL PAIS. - ESTUDIA E
INFORMA SOBRE LOS PROBLEMAS DEL
COMERCIO INTERNACIONAL

•

VENUSTIANO CARRANZA No. 32

MEXICO 1, D. F.

(Publicación autorizada por la H. Comisión Nacional Bancaria en
Oficio No. 601-11-15572).

BANCO NACIONAL
DE
CREDITO AGRICOLA,
S. A.

PLAZA DE LA REPUBLICA NUM. 35
MEXICO 1, D. F.

UNA INSTITUCION AL
SERVICIO DE LOS
AGRICULTORES

BANCO NACIONAL DE CREDITO EJIDAL, S. A. DE C. V.

Uruguay Núm. 56

México 1, D. F.

- Se fundó en 1936. Funciona de acuerdo con la Ley de Crédito Agrícola del 30 de diciembre de 1955. Forma parte del Sistema Nacional de Crédito Agrícola y tiene las características de Empresa Descentralizada de Participación estatal.

- Fomenta la producción agrícola ejidal concediendo el crédito y la asesoría técnica necesarias para elevar el nivel de vida del ejidatario.



CONSEJO DE ADMINISTRACION. Presidente: Sr. Ing. Julián Rodríguez Adame. Vicepresidente: Sr. Prof. Roberto Barrios. **Consejeros Propietarios:** Sres. Lic. Jesús Rodríguez y Rodríguez, Lic. Emigdio Martínez Adame, Lic. Ricardo J. Zevada, Lic. Roberto Amorós, Lic. Ernesto Fernández Hurtado, Mariano López Mateos y Lic. José Sáenz Arroyo. **Consejeros Suplentes:** Sres. Ing. Jesús Patiño Navarrete, Manuel García Santibáñez, Lic. Fernando Rosenbluth, Ing. Ernesto Reza Rivera, Ing. Emilio Gutiérrez Roldán y Prof. Enrique Beltrán. **Secretario:** Sr. Lic. Rodolfo García Bravo y Olivera. **Comisarios Propietarios:** Sres. Lic. Rafael Urrutia Millán y Lic. Enrique Landa Berriozábal. **Comisarios Suplentes:** Sres. Lic. Mario Salas Villagómez y Lic. Eduardo Claisse.

Director Gerente:

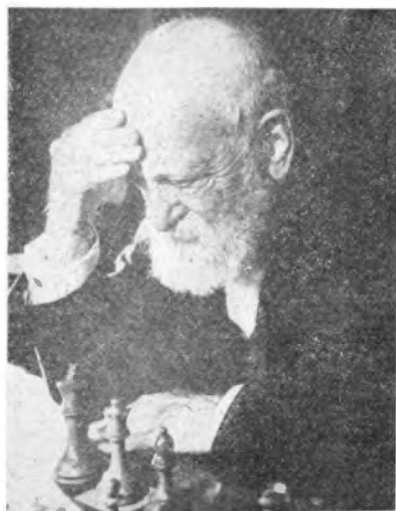
Sub-Gerente:

Lic. Ricardo Torres Gaitán. Ing. Enrique Marcué Pardiñas.

AL INVERTIR

tome el camino

F. I. R. M. E.



Invierta pensando en su futuro

Desde hoy usted debe procurarse una vida tranquila para su vejez; y no con el valor actual del dinero sino con el que pueda tener el dinero en el futuro.

Coloque su dinero en FIRME y participe en las ganancias de importantes empresas mexicanas.

Solicite informes a:
**FONDO DE INVERSIONES RENTABLES
MEXICANAS, S. A.**

Venustiano Carranza 54, México, D. F. Tel. 10-43-53

¡Urbanización terminada!

Obtenga ganancias tangibles y de cuantía, sin esperar
"años y felices días".

CON TANTITO DE SU SUELDO PUEDE USTED
"APARTAR" UN LOTE



Los servicios de agua, drenaje, pavimentos, banquetas, alumbrado y los UNICOS JARDINES de la zona, están TOTALMENTE TERMINADOS de acuerdo con las especificaciones y bajo la supervisión de las autoridades del Departamento del Distrito Federal, por lo que usted podrá tener la facilidad de construir de inmediato. Podrá comprobarlo cuando venga a ELEGIR o a RESERVAR "CON TANTITO DE SU SUELDO", el lote que será el patrimonio familiar.

AGUA Y DRENAJES — PAVIMENTOS — ALUMBRADO
JARDINES

Informes en la caseta del Fraccionamiento y en nuestras
oficinas de la Av. Juárez 100, 7o. Piso.
Tels. 10-03-68 y 10-03-69.

COLONIA VALLE DEL TEPEYAC. S. A.



Es la última oportunidad de adquirir un terreno en la
Ciudad de México.

FRACCIONAMIENTO VALLE DEL TEPEYAC

! SIEMPRE TENDRA UD. AUTOMOVIL!..

SI,

PREVISOR Y

MODERNO

ADQUIERE UNA POLIZA

EN



¿Piensa, Ud. Viajar a Europa?

SI ES ASI, ESTA OFERTA LE INTERESA.

AUTOS FRANCIA, S. A., representante Renault, le vende un automóvil NUEVO, modelo 1959, marca RENAULT, de 4 ó de 6 plazas, con garantía de recompra, a base de una depreciación fija por meses de uso, pagándole aquí, en México, en dólares.

Por menos, bastante menos, que el flete de su propio automóvil

Al comprar uno de nuestros automóviles usted pagará:

"Ultramar" 4 plazas	Dls. 380.00
"Dauphine" 4 plazas 1,025.00
"Fregate" 6 plazas 1,600.00
"Fregate" 6 plazas, automático....	.. 1,785.00
"Domaine" 6 plazas, guayín 1,625.00
Más Dls. 50.00 de la documentación internacional.	

Los precios anteriores comprenden la entrega en París, pero si usted lo desea en España, Italia, Inglaterra, etc., podemos situárselo, siendo a su cargo el transporte.

PERO EN REALIDAD ESTE PAGO ES MAS BIEN UN DEPOSITO, PORQUE...

AUTOS FRANCIA, S. A. al terminar su viaje le recompra su automóvil con la siguiente depreciación:

	1 mes	2 meses	3 meses	4 meses
Renault 4 plazas... Dls.	175.00	225.00	275.00	310.00
Renault 6 plazas... Dls.	520.00	570.00	630.00	690.00
Guayín DOMAINE . Dls.	595.00	645.00	695.00	755.00

Por cada mes adicional, Dls. 35.00 y \$60.00 respectivamente. Usted entrega el automóvil en París y cobra en dólares su importe en México.

ANTES DE TOMAR CUALQUIER DECISION VEA Y MANEJE ESTOS AUTOMOVILES EN MEXICO Y ADEMAS PIDA INFORMES A SUS AMIGOS QUE YA USARON ESTE SERVICIO.

AUTOS FRANCIA, S. A.

Av. Cuauhtémoc 393 (esquina Baja California).
Teléfono 25-35-72 México, D. F.

CONSORCIO PARA PROMOCIONES INDUSTRIALES, C. A.

Organización venezolana que se encarga de promover empresas industriales.

Suministra ayuda técnica. Proporciona organización administrativa. Mediante los Bancos y Financieras asociados al Consorcio, realiza la colocación de los valores industriales de las empresas que promueve.



Apartado 6847,

Caracas, Venezuela.

Las instituciones financieras de la construcción,

BANCO DE LA CONSTRUCCION, C. A.
Y
FINANCIERA DE LA CONSTRUCCION,
S. A. (FINACO)

contribuyen al desarrollo de esta importante industria
y en general de las otras actividades económicas
del país.



CENTRO PROFESIONAL DEL ESTE
CARACAS . VENEZUELA

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

Av. Universidad 975
México 12, D. F.



Apartado Postal 25975
Teléfono 24-89-33

J. ROBINSON

La acumulación de capital
(Economía. 456 pp.)

S. H. COONTZ

Teorías de la población y su interpretación económica
(Economía. 208 pp.)

P. CARROLL

El control de los costos de producción
(Col. de Administración y Dirección Industrial. Emp. Ilus. 292 pp.)

W. DIAMOND

Bancos de fomento
(Economía. 164 pp.)

C. M. RAMA

La crisis española del siglo XX
(Historia. 376 pp.)

E. NEALE-SILVA

Horizonte humano — Vida de José Eustasio Rivera
(Tierra Firme. 512 pp.)

M. AZUELA

Obras completas - Tomo III
(Letras Mexicanas. Emp. 1,312 pp.)

E. CARBALLIDO

Teatro
(Letras Mexicanas. Emp. 300 pp.)

T. MOJARRO

Cañón de Juchipila
(Letras Mexicanas. Cuentos. Emp. 286 pp.)

K. DITTMER

Etnología general
(Antropología. Emp. Ilust. 344 pp.)

M. ELIADE

El chamanismo y las técnicas arcaicas del éxtasis
(Antropología. 456 pp.)

G. LEFEBVRE

La Revolución Francesa y el Imperio
(Brev. No. 151. 296 pp.)

E. W. SINNOTT

La biología del espíritu
(Brev. No. 152. 192 pp.)

CUADERNOS
AMERICANOS

AÑO XIX

VOL. CX

3

MAYO - JUNIO
1 9 6 0

MÉXICO, D. F., 1º DE MAYO DE 1960
REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.,
CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Pedro BOSCH-GIMPERA

Alfonso CASO

León FELIPE

José GAOS

Pablo GONZÁLEZ CASANOVA

Manuel MÁRQUEZ

Manuel MARTÍNEZ BÁEZ

Agustín YÁÑEZ

Manuel SANDOVAL VALLARTA

Jesús SILVA HERZOG



Director-Gerente
JESÚS SILVA HERZOG

Edición al cuidado de
R. LOERA Y CHÁVEZ



Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia.

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL CVLTVRA
REP. DE GUATEMALA 96. MÉXICO 1, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

No. 3

Mayo-Junio de 1960

Vol. CX

ÍNDICE

NUESTRO TIEMPO

	<i>Págs.</i>
JESÚS SILVA HERZOG. El mexicano y su morada	7
PLÁCIDO GARCÍA REYNOSO. La asociación latinoamericana de libre comercio	23
RAÚL ROA KOURÍ. Un año de revolución cubana	42
C. WRIGHT MILLS, ENRIQUE GONZÁLEZ PEDRE-RO, CARLOS FUENTES, JAIME GARCÍA TERRÉS y VÍCTOR FLORES OLEA. Izquierda, subdesarrollo y guerra fría. Un coloquio sobre cuestiones fundamentales	53

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

GUILLERMO DÍAZ DOIN. La Organización de Estados Americanos y la no Intervención	73
HUGO RODRÍGUEZ ALCALÁ. Existencia y destino del hombre según José Ortega y Gasset y Jean-Paul Sartre	89
ÁLVARO FERNÁNDEZ SUÁREZ. Antípodas de un sistema: Andalucía y el País Vasco	110

PRESENCIA DEL PASADO

CARLOS SAMAYOA CHINCHILLA. Causas que más influyeron en las derrotas de los ejércitos indígenas durante las guerras de la Conquista	133
SILVIO ZAVALA. El mundo americano en la época colonial	150
MANUEL PEDRO GONZÁLEZ. José Batlle y Ordóñez	171

DIMENSIÓN IMAGINARIA

	<i>Págs.</i>
HUMBERTO DÍAZ-CASANUEVA. Secreta semejanza	197
RAMÓN XIRAU. La última Tule de Alfonso Reyes	203
FERNANDO ALEGRÍA. Nicanor Parra, el anti-poeta	209
CONCHA ZARDOYA. Valores cromáticos de la poesía de Garcilaso	221
MANUEL VILLEGAS LÓPEZ. Los problemas del cine. Neo-realismo a vida o muerte	238
TUDOR VIANU. Sobre los caracteres específicos de la literatura rumana	254
AGUSTÍN YÁÑEZ. El mentado "Amarillo"	275

Nuestro Tiempo

EL MEXICANO Y SU MORADA

Por *Jesús SILVA HERZOG*

Una necesaria introducción

DE conformidad con la opinión de algunos especialistas, el mundo existe hace dos mil millones de años; la vida en nuestro mundo, empieza hace trescientos millones de años; el hombre aparece en la tierra hace trescientos mil y la civilización apenas cuenta con unos sesenta siglos. De modo que cabe decir que la civilización, se halla apenas en la infancia, si reflexionamos un poco en las cifras anteriores.

Arnold J. Toynbee, el filósofo de la historia, hace notar lo que sigue a este respecto: "... los cinco o seis mil años transcurridos desde la aparición de los primeros ejemplares de sociedades que llamamos civilizaciones, representan un lapso infinitamente breve comparado con la antigüedad que tiene hasta hoy la raza humana, con la de la vida sobre el planeta, con la del planeta mismo, con la de nuestro propio sistema solar, con la de la galaxia en la cual es una simple partícula de polvo; o con a totalidad del cosmos estelar, inmensamente más vasta y más vieja". En esos trescientos mil años —poco tiempo si se le compara con las edades siderales— se ha desarrollado el drama del hombre en los inmensos escenarios de su pequeña morada.

El antropólogo norteamericano Luis E. Morgan, divide esos años en tres períodos: el salvajismo, la barbarie y la civilización. Hace notar que el salvajismo duró un lapso mucho mayor que la barbarie; y ésta, claro está, bastante más que la civilización. Para Morgan "las principales instituciones del hombre se originaron en el salvajismo, se desarrollaron en la barbarie y maduraron en la civilización".

La civilización no emergió en un momento dado, de manera repentina. La civilización fue obra lenta de trabajo colectivo a través de milenios. El hombre primitivo, inerme y desnudo, debió haber vagado, durante siglos, por las selvas hostiles; debió

haber luchado desventajosamente contra las fuerzas naturales que le lanzaron su reto, en espera de la respuesta. Cuántas veces el hombre de los primeros milenios perecería de frío o de insolación; cuántas veces también sería víctima del desbordamiento de los ríos caudalosos. El hombre primitivo tuvo que luchar contra las bestias y luchar en condiciones de inferioridad, porque muchas de ellas eran más fuertes y feroces que él: Tuvo que luchar hasta en contra de otros hombres, desde edades remotas. Es probable que en determinadas regiones del globo, en múltiples ocasiones, el hombre fuera vencido por sus enemigos: la naturaleza, el hambre, los grandes mamíferos y los pequeños insectos agentes ocultos de la muerte.

De seguro grupos de hombres aniquilaron a otros grupos, despoblando dilatadas zonas geográficas. Pero el hombre tenía cerebro: inteligencia, imaginación y memoria. La inteligencia para entender los fenómenos del mundo circundante; la imaginación para crear obras de arte en las cavernas primitivas e inventar instrumentos para su defensa; y la memoria para aprovechar las enseñanzas de su propia experiencia y la de sus antepasados. Además tenía manos, con el milagro del pulgar que es tenaza perfecta. Sin el dedo pulgar probablemente nuestra especie hubiera avanzado mucho más despacio o tal vez hubiera sucumbido. El pulgar es herramienta admirable del cuerpo humano, al que guía el cerebro y con cerebro y manos el hombre fue obteniendo las primeras victorias.

Ahora bien, el hombre encontró útil asociarse. Darwin, el célebre autor de *El Origen de las Especies*, escribió: "Los más aptos no son los más fuertes ni los más astutos, sino los que se unen". Y Alfredo L. Palacios, piensa que "la necesidad y las hostilidades aguzaron el ingenio y crearon la técnica". A Darwin y a Palacios les asiste plenamente la razón.

Un descubrimiento maravilloso marcó probablemente el fin del salvajismo, el principio de la barbarie o tal vez el comienzo de las más antiguas civilizaciones. Me refiero al descubrimiento del fuego. Este descubrimiento fue la primera gran victoria del hombre. "El hombre con el fuego —dice un autor— pudo ir arrancando a la naturaleza todo lo que le negaba; el fuego fue el gran propulsor del progreso que comenzó permitiendo a los humanos la defensa de las fieras con un círculo incandescente a manera de muralla ígnea". El fuego hizo posible la coacción de los alimentos y es el origen de la cerámica

y de muchas otras industrias primitivas. El fuego hizo posible que el hombre pudiera descansar durante la noche sin temor a las bestias enemigas.

Más tarde el hombre domesticó a los animales y comenzó a nacer en su mente la idea de la propiedad privada. El hombre que lograba domesticar un caballo, por ejemplo, era lógico que pensara: este caballo es mío. No sólo fue domesticado bestias, sino al mismo tiempo fue mejorando su instrumental técnico: el hacha de piedra, la flecha; mucho más tarde el arado y la rueda, que habían de transformar de modo ascendente la vida de las antiguas sociedades. Y cuando el hombre emplea instrumentos con los cuales, ayudado de su familia, puede cultivar un pedazo de tierra que le permite vivir durante varios meses del fruto del trabajo, también empieza a germinar vagamente en su conciencia el concepto de propiedad individual. La propiedad privada de la tierra no pudo existir cuando un pequeño campo debía ser cultivado por muchos, obteniendo escaso rendimiento. Entonces fue absolutamente lógico que el fruto del trabajo de varios individuos o de varias familias, se considerara como propiedad de todos.

Hay un momento en la prehistoria o en la historia en que se inicia la esclavitud. Entre las hipótesis que se han elaborado se puede recordar la siguiente: una tribu se lanza en contra de otra tribu que habita detrás de la montaña vecina, porque sabe que las tierras que posee son más fértiles que las suyas. Comienza la guerra y en las primeras luchas de los grupos beligerantes, la tribu victoriosa mata a todos los supervivientes: hombres, mujeres y niños. Más tarde, después seguramente de muy largos períodos, ya no se mata, sino a los varones y se respeta la vida de la mujer y la del niño, a quienes se les asimila a las costumbres y hábitos colectivos. Siglos después se dan cuenta de que tampoco es menester matar a los hombres, porque éstos, sujetos a normas estrictas de vigilancia y de procedimientos coercitivos, pueden ayudar en las más rudas tareas. Por lo menos de este modo se explica uno de los orígenes de la esclavitud. Desde entonces existió durante toda la antigüedad y principios de la Edad Media, para reaparecer cuando en América se necesitó mano de obra resistente y barata, en los Estados Unidos, Cuba, Venezuela, Perú, Brasil y aun en México. Ya he hecho notar en más de una ocasión que a pesar del cristianismo, lo mismo los Reyes Católicos de España, que los Reyes

protestantes de Inglaterra, autorizaron el inhumano y a la par lucrativo tráfico de esclavos negros.

Lo que a nosotros nos interesa destacar, es que el hombre, ya poseedor de las herramientas de que hemos hablado, de la bestia domesticada y del esclavo, avanzó rápidamente en la historia.

Se tiene ya una serie de útiles descubrimientos. En la Edad Media hay algo así como una demora y con el Renacimiento se revive el deseo de progreso. La ciencia, que estuvo a punto de perecer durante la Edad Media ahogada por la teología, la ciencia pura al transformarse en ciencia aplicada o técnica, encuentra la manera de utilizar la fuerza del viento y la del agua. En el siglo XVIII se realiza el extraordinario hecho debido al genio de varios inventores, de la aplicación del vapor a la máquina; la fuerza del vapor substituye al músculo del hombre, substituye a la fuerza de la bestia, la del viento y en parte la del agua. La fuerza de la bestia y la del hombre, débil fuerza era; la fuerza del viento no era permanente; la fuerza del agua estaba localizada en sitios determinados; en cambio la fuerza del vapor podía utilizarse en todo tiempo y en todo lugar y podía producir una energía muchísimo mayor que el músculo del hombre y la fuerza de la bestia.

Se inventó más tarde el barco de vapor, la locomotora, la máquina de coser, el telégrafo y el teléfono; se descubrieron los abonos químicos y la electricidad; avanzó el siglo XIX, hasta llegar a sus últimas décadas, que Stefan Sweig llamara nostálgicamente "el mundo de la seguridad"; cuando pensaban nuestros abuelos o bisabuelos que el hombre había descubierto definitivamente la ruta de un progreso sin límites; cuando se pensaba que el derecho internacional substituiría definitivamente las guerras entre las naciones.

Por otra parte, se descubrió el petróleo. Rockefeller pensó que con el petróleo iluminaría al mundo. No tuvo la más vaga idea, cuando organizó su primera compañía, de que el petróleo no iba a triunfar como iluminante, sino que su porvenir sería distinto, un porvenir que él no pudo entonces ni siquiera sospechar. El petróleo triunfaría en el motor de combustión interna. Al mismo tiempo se inventaba el fonógrafo y el cine. Poco después los aviones, la radio y la televisión.

El hombre ha ido modificando la geografía del globo. El mismo Toynbee nos dice: "el obstáculo geográfico es el verda-

dero incentivo de las civilizaciones". "La geografía —dice Alfonso Reyes— no es una constante absoluta. . . , ni lo es siquiera en el sentido físico". Y agrega: "el hombre puede decirse, redondea y achica la bola de billar del planeta". Efectivamente el hombre ha ido modificando la geografía; ha ido transformando y mejorando su morada; ha construido caminos para reducir las distancias, para achicar el espacio; ha construido caminos para trepar las montañas, unas veces tendiendo las cintas de acero de los ferrocarriles, otras construyendo carreteras para que el automóvil pueda llegar hasta las cimas de las altas montañas y descender después a las amplias llanuras.

El hombre ha sido capaz de construir grandes puentes sobre los ríos caudalosos, ha sido capaz de encauzar sus corrientes y llevarlas a grandes depósitos; ha sido capaz también de construir grandes canales que han transformado la geografía al reducir las distancias entre los continentes: Suez y Panamá. El hombre también ha sabido luchar con el mar tenebroso de que se hablaba en los comienzos del Renacimiento, al cruzarlo en todas direcciones con sus enormes naves de hierro; ha luchado con el mar haciéndolo retroceder, como en Holanda, para ganarle tierras útiles al fomento de la agricultura.

El hombre con su poder mental ha logrado arrancar secretos a la naturaleza, dominándola y poniéndola a su servicio. El hombre descubrió el fuego, no sabemos cuántos milenios ha; la leyenda nos cuenta que Prometeo, compadecido de la debilidad del hombre, le entregó el fuego que robó a los dioses, para su defensa y para que marchara hacia adelante con mayor seguridad. El hombre contemporáneo ha robado otro secreto a los dioses. Al desintegrar el núcleo robó a los dioses el secreto de la materia. El ladrón genial fue el gran físico Einstein. El fue quien dio la fórmula inicial de ese robo asombroso.

La naturaleza desafió al hombre. El hombre ha dado su respuesta y la respuesta del hombre al desafío ha significado una serie de triunfos admirables. Sin embargo, no vivimos hoy en aquel mundo de la seguridad de Zweig; vivimos en el mundo de la inseguridad y de la angustia. Tantas victorias sobre la naturaleza no han servido aún para que el hombre alcance la más grande de todas: la victoria que consiste en conocer el secreto de su propia personalidad y establecer la paz entre todos los habitantes de la tierra.

El escenario

Es obvio que el desafío y la respuesta no han sido parejos en todas partes. En algunas regiones la naturaleza ha sido más difícil de vencer. No es lo mismo construir un camino carretero en planicies dilatadas, con vegetación escasa, que hacerlo teniendo que vencer el reto de una selva poblada de árboles gigantes, de insectos y de reptiles venenosos.

Egipto —como lo dice la frase consagrada— fue un don del Nilo. Argentina ha sido y es un don de la pampa, donde madura el trigo y se reproduce el ganado en provecho del hombre. Los Estados Unidos de Norte América han sido y son un don del Mississippi, del Hudson, del subsuelo donde se encuentran en abundancia mantos petroleros y vetas de metales preciosos e industriales. Los Estados Unidos han sido y son un don de sus condiciones naturales privilegiadas, que han facilitado al hombre dar la respuesta al desafío. Esto nos explica por qué, independientemente del ingenio y de la actividad de sus habitantes, ese país ha llegado a ser la primera potencia de la tierra.

Ahora debemos preguntarnos cómo es la morada del mexicano, cómo el mexicano ha respondido al reto de la naturaleza. Para analizar esta cuestión, es aconsejable que hagamos un breve examen de las condiciones naturales de México. Vamos a hacer la siguiente enumeración: primero, el clima; segundo, el suelo; tercero, el subsuelo; cuarto, la orografía; quinto, la hidrografía, y, sexto, la configuración de las costas.

En México, y esto es bien sabido, tenemos una gran variedad de climas. El clima, no es ocioso recordarlo, está determinado por la presión atmosférica, por las corrientes aéreas, la temperatura, las precipitaciones acuosas, la altitud y la latitud. Y a causa, entre otras, de que tenemos, como suele ocurrir en territorios extensos, grados distintos de latitudes, existen variadas condiciones climáticas, lo cual ha hecho de México un país de contrastes, un país hasta cierto punto paradójico. Tenemos climas templados húmedos y templados secos en el altiplano; clima tropical húmedo y clima tropical seco a lo largo de las costas. Tenemos bosques frondosos y extensos desiertos; lluvias abundantes en Tabasco, en el sur de Veracruz y en una parte de Chiapas; lluvias escasas en enormes zonas del norte y del centro de la nación, como en buena parte de los Estados de Coahuila, San Luis Potosí, Aguascalientes y Zacatecas. Y es

absolutamente lógico que existiendo diferentes condiciones de clima, existan condiciones diversas en la vida del mexicano, condiciones diversas en cuanto a la morada, a la indumentaria y a la alimentación. No puede ser igual la alimentación ni la indumentaria ni la morada en las faldas de una montaña en el altiplano, que en las regiones del trópico frente al Golfo de México o al Océano Pacífico. Por supuesto que la morada, la indumentaria y la alimentación tienen importancia vital en el desarrollo individual y colectivo.

El clima ha tenido considerable significación en la historia de México. Un ejemplo: los españoles se establecieron preferentemente en el altiplano: clima templado y saludable; no se esforzaron, porque difícil tarea era, por dominar los trópicos. Los primeros misioneros, con excepciones que confirman la regla, realizaron su tarea adoctrinadora en el centro del país. Después la obra fue continuada por los miembros de las distintas órdenes religiosas. La consecuencia fue que la catolización resultó mucho más honda en el altiplano y zonas próximas que en Sonora, Sinaloa, Chihuahua, sur de Oaxaca, Tamaulipas y Veracruz. Por eso el sentimiento religioso o la práctica de los ritos católicos, está más generalizado en el centro del país que en la periferia. Por supuesto que también influyó en la propaganda religiosa un hecho económico: los reales de minas; pero las condiciones climáticas no pueden ignorarse. Los más hermosos monumentos coloniales se admiran en Puebla, México, Oaxaca, San Luis Potosí, Morelia y hasta Guadalajara y Zacatecas. No hay grandes catedrales o iglesias que conmuevan al visitante, por su belleza, en las regiones de climas inhospitalarios; ni había, generalmente, reales de minas con ricas vetas de oro y plata, codiciadas por el español. En ciertas zonas hay todavía grupos de indígenas que conservan sus religiones primitivas mezcladas con el catolicismo. Detrás de la imagen del Cristo o de la Virgen de Guadalupe, suele encontrarse el idolillo precolombino. Hay más de un millón de mexicanos que conservan aún sus antiguas religiones.

En resumen, estamos apenas esbozando en esta ocasión, y no podemos detenernos en ello mayor tiempo, cuán importante es la climatología y cómo su diversidad origina gran variedad de productos vegetales, animales, y de tipos humanos. Por eso cabe apuntar desde luego, que México es muchos países y el mexicano muchos tipos de mexicano.

Ahora bien, ¿cuáles son las condiciones del suelo de México? Podemos resumirlas del modo que sigue: superficie completamente inutilizable, 16%, es decir, treinta y dos millones de hectáreas, enorme extensión si se le compara con la pequeñez de algunos grandes países europeos, como Holanda, Bélgica y Dinamarca. Tierras forestales, 24%, cuarenta y ocho millones de hectáreas, seguramente cada día venidas a menos por la tala immoderada y criminal de los bosques. Pastales, 48%, noventa y seis millones de hectáreas; y tierras cultivadas y susceptibles de cultivo, apenas el 12%, o sean veinticuatro millones de hectáreas.

Tenemos seguramente grandes posibilidades para desarrollar una gran industria ganadera en el futuro. En cuanto al cultivo de la tierra no podremos pasar mucho de los veinticuatro millones de hectáreas. Agreguemos algo más: del 12% de tierras cultivables, ¿cuál es la división por lo que se refiere a tierras de temporal y de riego? Dieciséis millones de hectáreas son de temporal, sujetas por razones climatológicas, a las heladas tempranas o tardías, a la abundancia de lluvias en algunos años y a la escasez en otros. De manera que en las explotaciones agrícolas de terrenos de temporal, las cosechas suelen perderse total o parcialmente con frecuencia lamentable. Solamente podremos llegar a tener siete millones de hectáreas al concluirse todas las obras de riego en proyecto y un millón de hectáreas más al sanear, desde el punto de vista agrícola, algunos grandes terrenos. Como se ve, las condiciones del suelo han sido un desafío de la naturaleza al mexicano que ha tenido que luchar con paciencia y energía para responder al reto.

Con respecto al subsuelo, México ha sido tradicionalmente un país minero. Fue famoso durante los siglos XVI, XVII y XVIII por la riqueza de algunas de sus minas. Por ejemplo, en la Valenciana se explotó la veta de plata más rica que jamás haya existido. Pero la riqueza minera de México, en términos generales, no se ha debido a la alta ley de sus metales, sino más bien a su abundancia. El minero español respondió al reto y cavó en lo hondo de la tierra para extraer el metal blanco y el metal amarillo. Nuestras rebeliones y revoluciones suspendieron la obra que venía realizándose durante tres siglos y al establecerse la paz, el mexicano desalentado por el largo período de luchas, no se sintió con ánimo para seguir explotando la mina. Entonces una política equivocada, entregó las minas

al extranjero. La riqueza minera, en más de un 90% pertenece en la actualidad a empresas norteamericanas. México, tal vez exagerando un poco, es hoy un país minero de mineros hambrientos.

También en el subsuelo encontramos petróleo. El petróleo no era nuestro; mas a partir del 18 de marzo de 1938 es nuestro y deberá seguir siendo nuestro si seguimos siendo mexicanos.

Pasemos ahora a la parte de la orografía. ¿Quién no sabe que México es un país de montañas? La montaña ha sido el personaje más importante en la Historia de México. La montaña es hermosa a los ojos del viajero. No es fácil caminar por una carretera o viajar en ferrocarril, sin mirar a la distancia o muy cerca la montaña. A veces es azul, en ocasiones gris; suele verse verde y también muchos la hemos visto rojiza o morada. El color de la montaña varía según las horas en que la contemplamos; pero la montaña que es tan hermosa, tan decorativa, tan atrayente para el turista, ha sido y es enemiga de la nación; porque ha sido una barrera, el obstáculo al desarrollo del país. La montaña es un desafío de la naturaleza al mexicano, el más tremendo desafío. Nos ha aislado a unos de otros, ha sido muralla para las comunicaciones, para el transporte de mercancías y para el intercambio de ideas. Si México—imaginémoslo por un momento—hubiera sido un país de inmensas llanuras, su historia hubiera sido distinta. La montaña hizo posibles nuestras luchas intestinas durante gran parte del siglo XIX. El revolucionario podía reponerse de la derrota en lo intrincado de la montaña, y ahí se ocultaban el rebelde, el asaltante de caminos y el plagiario, que asolaron el país durante nuestro largo período de anarquía. Por todo esto la montaña ha tenido tanta significación en nuestra dramática Historia. Pero el mexicano ha estado contestando al desafío. Primero construyó ferrocarriles que escalaron las montañas y después ha estado construyendo carreteras, por supuesto a costos mucho mayores que si se hubiera tratado de terrenos planos. Hay que remover mayores obstáculos, hay que hacer mayores erogaciones para construir esos caminos. La explotación de una vía férrea como la de Veracruz a la ciudad de México, que tiene que trepar la montaña y luego descender al valle, es mucho más costosa que en regiones de topografía sin accidentes. De México a Veracruz hay 300 kilómetros en línea recta. El Ferrocarril Mexicano tiene 424 kilómetros de extensión. Fue

menester construir 124 kilómetros más, lo que significa mayor número de horas para llegar del puerto de Veracruz a México y de México al puerto de Veracruz; mayor inversión de capitales, mayor consumo de combustible, mayores pagos en salarios y fletes más elevados. Así como hemos citado el caso del Ferrocarril Mexicano, pueden mencionarse grandes tramos de vías férreas en análogas condiciones. Por otra parte, en respuesta a tal desafío, los caminos para automóviles van uniendo poco a poco al país; y el primer camión que llega a un pueblo lejano e incomunicado —como dijera mi dilecto amigo Miguel Othón de Mendizábal— es el mejor maestro misionero.

¿Qué podemos decir ahora de nuestras condiciones hidrográficas? Un geógrafo distinguido ha catalogado algo más de cincuenta ríos importantes en nuestro territorio; pero muchos de nuestros ríos no son siempre ríos; sólo lo son por temporadas. No tenemos un solo río navegable en toda su extensión. Alguien dijo que los ríos son caminos que andan, cabe añadir que también ayudan a los pueblos a caminar en la historia. Desgraciadamente nuestros ríos no son sino en cortos trechos caminos que andan; otros no son ríos en época de secas. En ocasiones un pequeño hilito de agua va sorteando trabajosamente el lecho pedregoso y poco a poco, cuando se une con otro hilo de agua de otro río, que también lo es por temporadas, va ensanchándose para verterse en el mar y cumplir así su destino. Pero ese río en el verano o a principios del otoño, cuando las lluvias son abundantes, se torna caudaloso y sus corrientes suelen desbordarse inundando los campos vecinos, ocasionando pérdidas materiales y segando vidas. Es otro reto de las fuerzas naturales al habitante de nuestro suelo. Mas también en este caso ya estamos dando la respuesta, captando las aguas de los ríos por medio de la construcción de grandes presas, con ventaja para la agricultura. Sin embargo, será preciso que transcurran varios años y que se inviertan algunos cientos de millones de pesos para que sea cabal la respuesta.

A continuación tratemos de la configuración de las costas. México no tiene en el Golfo puertos naturales. Ha sido menester llevar a cabo obras muy costosas para adaptar Veracruz, Tuxpan y Tampico a las necesidades del tráfico moderno, y ni aún así puede decirse que las condiciones de dichos puertos sean óptimas. Puertos como el de Progreso no pueden ser puertos de altura; ahí se ha construido un muelle de varios ki-

lómetros, no obstante lo cual no pueden atracar barcos ni siquiera de veinte pies de calado. En algunos puertos del Pacífico las condiciones son menos malas, pero el tráfico internacional, por ahora, es de muy escaso volumen en ese litoral. He aquí otro desafío: somos el país con más extensas costas: más de nueve mil kilómetros, pero sin puertos apropiados. Por todo esto, entre otras causas, la marina no ha tenido en nuestro país el deseable y necesario adelanto. El mexicano todavía no sabe aprovechar los enormes recursos que le ofrecen sus mares. La debida respuesta a ese desafío parece todavía lejana.

¿Qué es lo que cabe concluir, después del panorama que en forma tan somera se ha procurado diseñar? Se desprende que el pueblo de México ha tenido y tiene una morada hostil, una morada en la cual se han acumulado innumerables dificultades. No es que el mexicano sea inferior a tal o cual habitante de la tierra, es que al mexicano le ha tocado una morada donde el desafío de la naturaleza ha sido constante y formidable. Por eso hemos ido evolucionando lentamente. Nuestra historia, nuestra realidad, nuestra pobreza, se explican en gran medida por la morada que nos ha tocado en suerte habitar. Algo hemos hecho; mas no lo olvidemos: hay mucho más todavía por hacer. Para ello se necesita superar el complejo de inferioridad que tanto nos perjudica. No pensar que todo extranjero es hijo del sol. Necesitamos economistas capaces de planear la política económica, ingenieros que construyan puentes y caminos; necesitamos agrónomos que exploten nuestras tierras de conformidad con la técnica más avanzada; necesitamos hombres de ciencia que apliquen sus conocimientos a la realidad mexicana y puedan imaginar procedimientos adecuados para responder al desafío; necesitamos también, para no hacer gris la vida, hombres que cultiven las bellas artes, con capacidad creadora, poetas que canten libre y alegremente su canción. En fin, necesitamos gobernantes responsables, laboriosos, competentes y honrados; sobre todo, sobre todo honrados; y así, mañana podremos constatar con éxito al inaudito desafío.

Los personajes

YA se sabe del desafío de la naturaleza y de la respuesta del mexicano. Ya se conoce nuestra morada, el escenario de grandes horizontes en que el habitante de este país ha ido es-

cribiendo su historia; pero nos falta examinar cómo son los autores y actores que han vivido sobre el suelo de México.

Desde hace mucho tiempo ha habido ensayistas y novelistas que han tratado de describir al mexicano. Los ensayistas por regla general, a partir de don José María Luis Mora, han tenido la tendencia de crear al mexicano tipo. En cambio, los novelistas, desde don Joaquín Fernández de Lizardi, José T. Cuéllar, Rafael Delgado, hasta Mariano Azuela y muchos más, han presentado a sus lectores diferentes tipos de mexicanos. Recientemente un grupo de jóvenes filósofos, inteligentes y audaces, han dedicado buena parte de sus lucubraciones a decirnos cómo es el mexicano. Algunos de ellos nos han sorprendido al decirnos que el mexicano es taimado, que el mexicano es hipócrita; nos han presentado un mexicano con escasas cualidades y numerosos defectos, con muchos vicios y casi ninguna virtud.

Por lo tanto cabe formular las siguientes preguntas: ¿Existe el mexicano tipo? ¿Nuestro país ha evolucionado lo suficiente para crear un tipo uniforme?, ¿o la verdad es que hay muchos tipos de mexicanos? Desde luego, respetando opiniones ajenas, nuestro punto de vista es absolutamente claro y preciso: no creemos en la uniformidad psicológica del mexicano; creemos en lo contrario, en una gran variedad psicológica del mexicano.

Como se habrá advertido, concedemos singular importancia al factor geográfico en el desarrollo de los pueblos. Nosotros pensamos que el medio geográfico y el medio social combinados, influyen en la personalidad íntima del hombre. Y con el objeto de apoyar esta opinión, se ofrecen aquí varios ejemplos, elocuentes y difíciles de lógica refutación. Comparemos al habitante de la ciudad de Nápoles con el de la ciudad de Londres. En la primera ciudad predominan los días de cielo diáfano y azul, la temperatura es templada la mayor parte del año, y a veces, el calor es intenso. El napolitano gusta, debido a las condiciones propicias de la temperatura, vivir fuera de su casa. Es extravertido, ama la conversación, es efusivo, en ocasiones demasiado efusivo. En cambio el londinense, con sus días nublados gran parte del año, vive puertas adentro; la vida del club en Londres tiene indudable significación social. El londinense se refugia en el club o en su hogar; desde las ventanas de su casa o de su club mira la niebla, a veces tan

espesa que es peligroso caminar de prisa por las aceras de la urbe inmensa. Padece de la enfermedad del spleen, que es un aburrimiento melancólico. Es introvertido, no eleva la voz como el napolitano, no mueve las manos al conversar; charla despacio, cuando charla. En resumen, la sicología del napolitano difiere radicalmente de la sicología del londinense. El clima y el medio social han producido diferentes tipos humanos.

El campesino mexicano del trópico es muy diferente del campesino soviético de las proximidades de Leningrado. Precisemos más: el campesino mexicano del Estado de Tabasco usa una indumentaria, consume alimentos y habita en una casa completamente diferente de las casas, alimentos e indumentaria del campesino ruso. El traje del campesino tabasqueño es ligero y el traje del campesino ruso tiene que ser, durante los seis o siete meses del invierno, de lana gruesa y necesita usar un abrigo de pieles que suele heredarse de padres a hijos. El campesino tabasqueño necesita una morada abierta por donde entre el viento en las noches cálidas. La morada del ruso debe tener posibilidades para cerrarse herméticamente y calentarse con el fuego de la chimenea. El ruso necesita alimentarse con abundancia de carne y grasas; esa necesidad no la tiene el campesino tabasqueño. Si al campesino tabasqueño le diésemos la indumentaria del ruso, la morada del ruso y la alimentación del ruso, lo sujetaríamos a un tormento infernal. El concepto del mundo y de la vida del campesino ruso, es incuestionablemente, diferente del concepto de la vida y del mundo de nuestro campesino tabasqueño.

Un pescador veracruzano se levanta cuando apenas despunta el alba, va en su barca a buscar el diario sustento y está habituado a los peligros del mar. Un dependiente de tienda de ropa en la ciudad de San Luis Potosí, lleva un vida sedentaria, monótona, sin peligros de ninguna especie. El mundo del pescador, obviamente, es distinto al mundo del dependiente de comercio; tienen, el uno y el otro, opiniones distintas de la vida y sobre sus semejantes.

Cabe agregar otro ejemplo: hace muchos años me encontré por vez primera con un personaje mexicano. No lo encontré en un salón, en un restaurante o caminando por la Avenida Madero; lo encontré en un libro, en *El Aguila y la Serpiente*, por Martín Luis Guzmán. En ese libro lei un capítulo titulado Los capitanes del ensueño. Tres capitanes que avanzaban victorio-

sos sobre la ciudad de México en la división comandada por el Gral. Alvaro Obregón. Uno de esos capitanes es mi personaje. El capitán del ensueño llegó a la ciudad de México, tenía talento, fue prosperando, ascendió en la escala social, ocupó altas funciones públicas, fue acumulando una fortuna y hubo un instante en el cual el capitán del ensueño se transformó en capitán de grandes industrias; mi personaje es hoy un hombre multimillonario que vive en lujosa mansión en esta ciudad. Tengo otro personaje: se llama Timoteo García; es un peón de albañil, gana \$11.00 al día, habita en un cuartucho de la calle de Hojalateros 82, interior 201, con su mujer y tres hijos. Mi personaje acaudalado tiene a su alcance todos los goces materiales de la vida. Mi personaje miserable no tiene ni siquiera lo suficiente para llenar las necesidades más elementales de su familia. ¿Habrá acaso semejanza psicológica entre el inmensamente rico y el desoladoramente pobre? La respuesta es tajantemente negativa. Uno y otro, a pesar de habitar en la misma ciudad, viven en dos mundos diferentes. Lo que piensa de la vida el multimillonario es, inevitablemente, muy diferente a lo que piensa el peón de albañil.

Hasta este momento nos hemos limitado a examinar en forma muy somera distintos tipos humanos; mas ahora pasemos al examen de grandes grupos representativos de nuestra dolorosa realidad, valiéndonos para ello de unos cuantos datos tomados del Censo General de Población de 1950 y del Anuario Estadístico correspondiente a 1951-1952, publicados por la Dirección General de Estadística. Según el Censo de Población habitaban en México 25,791,017 habitantes, de esta cantidad el 42.58% fue clasificado como población urbana y el 57.42% como población rural. Y lo mismo en México, que en cualquier otro país del mundo, no es idéntica la psicología del habitante de las zonas rurales a la del habitante de las zonas urbanas. Del total de la población mexicana, sólo el 54% come pan de trigo habitualmente, el 46% restante es consumidor tan sólo de maíz, frijol y chile. Por otra parte, sólo usan zapatos en México el 54.5% de la población; el 26.5% usa huaraches o sandalias, y el 19% camina descalzo por las veredas polvorientas o pedregosas. Cinco millones de mexicanos, se hallan en tan duras y penosas condiciones de pobreza. ¿Y no son esos pies descalzos tan mexicanos o más mexicanos que los de la minoría privilegiada que habita en las grandes urbes del país?

Hay en México 5.259,208 viviendas. De ellas, el 44% tiene agua entubada y es muy probable que no toda esa agua sea potable; el 36% tiene agua de pozo, posiblemente contaminada en muchos casos; el 12% se surte de agua de depósitos y aljibes, de seguro abundante en gérmenes patógenos; y hay algo peor: el 8% de las casas en que habitan dos millones de individuos, en números redondos, carecen en lo absoluto de agua y sus moradores necesitan ir a buscarla a lugares distantes. Por supuesto que el hecho de que no sea potable el agua que beben muchos mexicanos, ocasiona la muerte entre la gente más pobre de la sociedad. Según el Anuario ya citado, en 1951 murieron 73,382 personas de enfermedades del aparato digestivo, lo que equivale a doscientas personas diarias.

Es pertinente añadir, para que resulte menos incompleta esta radiografía, las cifras siguientes: en el año precitado murieron 55,660 personas de neumonía, o sean 152 al día. ¿Pero cómo es eso posible? ¿Y las drogas mágicas? ¿Y la penicilina y la estreptomina que en pocas horas curan al paciente de esa mortal enfermedad? La respuesta es bien sencilla: la mayoría del pueblo mexicano no tiene capacidad de compra para adquirir los antibióticos; de suerte que las drogas mágicas sólo están al alcance de la clase media que las adquiere con sacrificio o de la clase rica que las compra sin ningún sacrificio. Y tan mexicano es el que goza de una buena situación económica que puede salvar al hijo enfermo con la aplicación oportuna de la estreptomina, como lo es el desdichado jornalero impotente para salvarlo por no tener dinero para pagar al médico, si es que hay alguno en las proximidades de su pueblo, ni para comprar el medicamento milagroso.

En materia de educación viene a cuento citar unos cuantos datos tomados también del Anuario en cuestión: escuelas primarias urbanas, 5,289; rurales, 19,365. Los resultados no son satisfactorios, como desgraciadamente se deduce de las siguientes cifras: en las escuelas rurales se inscribieron en el primer año, en 1946, 859,611 niños; en 1949, se inscribieron en el cuarto año solamente 41,308; más de 800,000 niños campesinos desertaron de las escuelas, seguramente por la miseria. El niño tuvo que ayudar al padre, tuvo que llevarle la comida al lugar donde cultivaba con afán la tierra. La niña hubo de ayudar a su madre en los duros trabajos domésticos. En 1951, sólo se inscribieron en el sexto año, 8,499 alumnos. Debe aclararse

que en muchas escuelas rurales no hay sino hasta el cuarto año. En las escuelas urbanas se inscribieron en 1946, en el primer año 512,633 niños, y en 1951, en el sexto año, 138,488, aproximadamente apenas el 25%. Estas deserciones se explican por las mismas causas que las del niño de las escuelas rurales: pobreza, igual a injusta distribución del ingreso nacional. Los estómagos vacíos son enemigos del alfabeto.

En cuanto a las lenguas, en 1950, hablaban español e idiomas indígenas 1.652,540 individuos; y, solamente lenguas indígenas, 795.069. Esto parece indicar que 1.652,540 personas, aún no están plenamente incorporadas a la civilización occidental. Y posiblemente revela que 795,069 individuos se encuentran en un grado primitivo o casi primitivo de evolución económica y social. Tanto los primeros como los segundos son mexicanos y no tienen que ver nada, absolutamente nada, con el mexicano imaginado en la apacible quietud del gabinete o de la biblioteca.

Formulemos unas cuantas conclusiones: Primera, México es un país de condiciones naturales predominantemente adversas para una rápida evolución económica y cultural. Segunda, la geografía ha tenido una influencia considerable en nuestra dramática historia. Tercera, el mexicano ha estado dando respuesta al reto de la naturaleza, sin que aún pueda ufanarse de haber vencido en el tremendo desafío. Cuarta, en México existen en la actualidad todos los grados del desarrollo económico y cultural, desde la tribu primitiva hasta la ciudad de estructura capitalista. Quinta, por razones geográficas, históricas, económicas y culturales, no hay un mexicano tipo, sino muchos tipos de mexicanos.

Finalmente, México no es un país sino varios países. México no constituye todavía una auténtica nacionalidad; porque para que una nación exista real y objetivamente, es indispensable que haya lazos de solidaridad y simpatía entre la mayoría de sus habitantes, con fundamento en la comunidad de intereses, de propósitos y de metas por alcanzar. México no está hecho todavía. Hacer México es la tarea fundamental de la presente y de las próximas generaciones.

LA ASOCIACIÓN LATINOAMERICANA DE LIBRE COMERCIO

Por Plácido GARCIA REYNOSO

Establecimiento de la asociación

EL Tratado de Montevideo, suscrito en esa ciudad el día 18 de febrero de 1960, creó una zona de libre comercio denominada "Asociación Latinoamericana de Libre Comercio". Se reconoce esa organización como la antesala de un mercado común para Iberoamérica, al que se espera llegar más tarde. Firmaron dicho Tratado los Ministros de Relaciones Exteriores de Argentina, Brasil, Chile, México, Paraguay, Perú y Uruguay. Bolivia, que había figurado como país organizador, estuvo finalmente imposibilitado de firmar el Tratado, pero conforme a lo resuelto por los fundadores, podrá hacerlo dentro de un período de cuatro meses, con los mismos derechos de los demás países asociados.

Antecedentes remotos en México

LOS principios para el funcionamiento de un mercado común latinoamericano tienen una lejana tradición en nuestra Patria. En efecto, apenas consumada la Independencia, don Lucas Alamán, Ministro de Relaciones Exteriores e Interiores durante el gobierno del Supremo Poder Ejecutivo concertó en el año de 1823 un Tratado de Unión, Liga y Confederación Perpetua entre México y Colombia, en el que se incluyó la siguiente cláusula: "Los productos territoriales de uno y de otro país introducidos por sus puertos en buques indistintamente colombianos o mexicanos gozarán de la rebaja del dos y medio por ciento de los derechos de importación".

La intención de don Lucas Alamán fue la de hacer extensiva la citada estipulación a todas las repúblicas americanas de

origen hispánico. Tal posición política y económica se desprende del Informe que el mismo don Lucas rindió al Congreso de la Unión, el 8 de noviembre de 1823, en su carácter de Ministro de Estado, en el que manifestó que el Tratado con Colombia sería "la base del pacto verdaderamente de familia que hará una sola de todos los americanos unidos para defender su independencia y su libertad y para fomentar su comercio y sus mutuos intereses".

Declaraciones como la anterior no aparecen solamente como manifestaciones esporádicas, sino que constituyen un criterio perfectamente definido. Así, vuelven a encontrarse en el año de 1825 en el que México, al igual que las demás repúblicas hispanoamericanas, suscribió un Tratado de Comercio con Inglaterra, en el que se estableció que todos los países de nuestro continente que tengan su origen en España, disfrutarían en su comercio del tratamiento de "nación más favorecida".

En esa ocasión don Lucas Alamán volvió a revelar sus simpatías por la creación de una comunidad económica hispanoamericana, al haber expresado en su "Memoria sobre el estado de los negocios del Ramo", correspondiente a 1825, que en el Tratado de Comercio con Inglaterra se había plasmado "la idea sublime de formar una liga compuesta con todos los estados americanos".

Si bien la visión generosa de don Lucas Alamán no llegó a tener plena realización, queda patente el antiguo origen en México, de la idea que ahora impulsa a los países de nuestra región para integrar una comunidad económica.

*El G.A.T.T., la Zona de Libre Comercio,
la Unión Aduanera y el Mercado Común*

EL grave deterioro que sufrieron las economías de un buen número de países del mundo, como resultado de la Segunda Guerra Mundial, determinó el establecimiento de severas restricciones al comercio internacional y al libre movimiento de capitales. Con ese motivo las Naciones Unidas crearon diversos organismos destinados a procurar la recuperación de la economía mundial y el restablecimiento de la liberación del comercio. Para conseguir esto último se celebró en Londres, en octubre de 1946, a iniciativa del Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas, la primera sesión de la Comisión Pre-

paratoria de una Conferencia Internacional sobre Comercio. De abril a octubre de 1947 tuvo verificativo en Ginebra la segunda sesión, en la que se elaboró un proyecto de carta a la que se dio vigencia a partir del día 1º de enero de 1948, mediante un protocolo que firmaron ocho países, entre los cuales figuraban los Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia. Esta carta suscrita en Ginebra es la que se conoce ampliamente como la carta del G.A.T.T., sigla que corresponde en español al título de Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio.

Los objetivos principales del G.A.T.T., según su propia carta, tienden a "lograr niveles de vida más altos; a conseguir la ocupación plena, niveles cada vez mayores del ingreso real y de la demanda efectiva; a utilizar en forma completa los recursos mundiales y a acrecentar la producción y los intercambios de productos, mediante la celebración de acuerdos encaminados a obtener, a base de reciprocidad y de mutuas ventajas, la reducción sustancial de los aranceles aduaneros y de las demás barreras comerciales, así como la eliminación del trato discriminatorio en materia de comercio internacional".

El Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio acepta la creación de zonas de libre comercio y de uniones aduaneras como regímenes de excepción a la regla fundamental del G.A.T.T. de implantar el más amplio y más completo comercio multilateral. Mediante la zona de libre comercio un grupo de países puede otorgarse entre sí concesiones arancelarias, no extensivas a terceros países, siempre que el objetivo sea alcanzar el libre comercio respecto al grueso del intercambio entre esos países, conservando cada uno su propio nivel de protección respecto a los países ajenos a la zona. En adición a este régimen, en la Unión Aduanera los países integrantes de ella adoptan un nivel arancelario común para sus importaciones de fuera del área. La estructura del mercado común corresponde al régimen de la Unión Aduanera, pero incluye el libre movimiento de mercancías, de servicios, de capitales y de personas.

La zona de libre comercio, la Unión Aduanera y el mercado común, como instrumento a través de los cuales se impulsan las corrientes de comercio y la industrialización, son fórmulas que contribuyen al fomento del desarrollo económico, particularmente al de los países subdesarrollados.

Integraciones económicas regionales

EL establecimiento de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio constituye uno de los últimos desarrollos ocurridos en el mundo dentro del campo de los agrupamientos económicos que tienden al fortalecimiento y a la protección regional. En efecto, durante la última década surgió una corriente vigorosa de integraciones económicas regionales: en primer lugar la Comunidad del Carbón y del Acero, constituida en febrero de 1953; vino después la Comunidad Económica Europea, iniciada en enero de 1958 con base en el Tratado de Roma; otro caso es el de la Integración Económica Centroamericana, realizada conforme al Tratado de Libre Comercio e Integración Económica para los 5 países de esa región, que comenzó a funcionar en junio de 1959. Más recientemente han sido constituidas la Asociación Europea de Libre Comercio (los siete de fuera, como se les conoce comúnmente) y la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio. Además, constituyen proyectos de integración actualmente en estudio, la zona de libre comercio de todos los países europeos, la Asociación Económica del África Occidental, la Asociación Regional del Norte de África y el Mercado Común del Asia Suroriental. El proyecto de integración más reciente, y acaso el más importante, por su posible dimensión, lo constituye la Comunidad Económica de las Veinte Naciones, compuesta por dieciocho Estados europeos más los Estados Unidos y Canadá, conforme al acuerdo de la reunión celebrada en enero pasado en París por los representantes de las potencias occidentales.

Es patente la existencia de una aspiración mundial hacia la formación de agrupaciones económicas con fines, por una parte, de intensificar o proteger las posiciones en el comercio internacional y por otra, con determinados fines políticos, como se expresó en el Tratado de Roma.

El mercado común latinoamericano

EL mercado común latinoamericano fue concebido, desde sus primeras manifestaciones, como un instrumento para compensar el deterioro que se hacía cada vez más intenso en las economías de los países latinoamericanos.

En el estudio económico para América Latina, preparado

por la Comisión Económica para América Latina (C.E.P.A.L.), correspondiente al año de 1949, apareció por primera vez la idea de la integración económica latinoamericana como una nueva fórmula para fortalecer las economías de la región. La realización de esa idea siguió preocupando a la propia C.E.P.A.L. y a los países miembros y fue a solicitud de éstos que en la Sexta Conferencia de la C.E.P.A.L., celebrada en Bogotá, en agosto y septiembre de 1955 se aprobó una resolución para crear, dentro del seno de la misma Comisión Económica para América Latina, un Comité de Comercio Interlatinoamericano, que se encargaría de promover el intercambio comercial entre los países de la región y de investigar los problemas del comercio entre esos países y el resto del mundo.

En noviembre de 1956 celebró su primer período de sesiones dicho Comité de Comercio y entre los documentos de trabajo figuró uno titulado "Los Pagos y el Mercado Regional en el Comercio Interlatinoamericano", en el que por primera vez se expresaron ideas definidas sobre la estructuración de un mercado común para nuestra región.

En otra de las resoluciones del Comité se pidió a la Secretaría Ejecutiva de la C.E.P.A.L. la designación de un grupo de expertos que se encargara de estudiar los problemas de un mercado común en América Latina y de formular las bases finales para crear dicho organismo.

En febrero de 1958 se reunió por primera vez en Santiago de Chile el grupo de trabajo designado por la C.E.P.A.L., compuesto por expertos de siete países latinoamericanos. Este grupo elaboró un importante documento titulado "Bases para la Formulación del Mercado Regional Latinoamericano", en cuyo preámbulo se dijo: "La deficiencia del desarrollo de los países latinoamericanos hace cada vez más imperioso llegar a fórmulas eficaces para acelerar la tasa de crecimiento del ingreso real por habitante. Es ya un hecho plenamente reconocido que estas fórmulas tendrán que apoyarse en la tecnificación de la agricultura y en la creciente industrialización de tales países".

En enero de 1959 el grupo de trabajo del mercado regional latinoamericano se reunió por segunda y última vez en la ciudad de México y formuló otro importante estudio conocido como "Documento de México", en el que están contenidos los principios para la estructuración del mercado común latinoamericano,

En el segundo período de sesiones del Comité de Comercio, celebrado en Panamá, en mayo de 1959, la Secretaría, Ejecutiva de la C.E.P.A.L., sometió a la consideración de los Gobiernos miembros, las bases y principios para crear el Mercado Común Latinoamericano, contenidos en los dos documentos que habían sido preparados por el grupo de trabajo designado a indicación del propio Comité.

Después de prolongado debate fue aprobada por unanimidad una resolución por virtud de la cual se acordó convocar a una reunión de expertos gubernamentales de alto nivel, para el efecto de que formulara el proyecto de acuerdo del Mercado Común Latinoamericano, sobre las bases contenidas en los referidos estudios o sea: a) que estuviera integrado por todos los países latinoamericanos que desearan participar en su formación, b) que trabajara en condiciones competitivas y que abarcara el mayor número posible de productos, c) que tomara en consideración las desigualdades existentes entre los países latinoamericanos en lo que concierne a su diferente grado de desarrollo económico, d) que se caracterizara por la progresiva uniformidad de los regímenes arancelarios en sus relaciones con otras áreas y e) que contribuya a la expansión y diversificación del intercambio comercial entre los países latinoamericanos y entre éstos y el resto del mundo. El proyecto de Tratado pasaría más tarde a la consideración del Comité de Comercio y, finalmente, se sometería a la firma de los Gobiernos latinoamericanos.

Dicha resolución fue sometida a la consideración de la Octava Reunión de la Comisión Económica para América Latina, que tuvo verificativo inmediatamente después de que habían concluido los trabajos del Comité de Comercio, en la propia ciudad de Panamá. La Comisión aprobó por unanimidad la referida resolución.

En la misma reunión del Comité del Comercio se había dado cuenta con un proyecto de zona de libre comercio formulado en una reunión de consulta sobre política comercial, celebrada en abril de 1959, en Santiago de Chile, con asistencia de expertos de Argentina, Brasil, Chile y Uruguay, quienes debido a los apremios de esos países por graves problemas de intercambio comercial y de pagos, propusieron la creación de un régimen preferencial que se concretó en dicho proyecto de zona de libre comercio. Es este documento el que constituye el ante-

cedente directo de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio instituida por el Tratado de Montevideo.

Ese proyecto pretendía resolver principalmente problemas apremiantes de los países organizadores, provenientes de la terminación de sus convenios bilaterales de comercio y de las reformas monetarias implantadas en algunos de esos países. El Comité de Comercio se limitó a tomar nota de ese proyecto, y frente a la aspiración general, de organizar un Mercado Común para toda la región, sobre las amplias bases del "Documento de México", se aprobó la importante resolución que pedía a la Secretaría Ejecutiva de la C.E.P.A.L., la formación de un grupo de expertos que redactara el correspondiente proyecto del Tratado.

Los cuatro países organizadores de la zona de libre comercio, convencidos seguramente de la limitación que representaba su proyecto original como instrumento a través del cual pudiera llegarse a una integración económica de más largo alcance, introdujeron en ese documento, en una reunión celebrada en Lima, Perú, en julio de 1959, importantes modificaciones, tales como la inclusión del principio de reciprocidad, el trato diferencial en favor de los países de más escaso desarrollo económico relativo y la realización de programas conjuntos para impulsar el crecimiento de los referidos países.

Como resultado de la adopción de esas modificaciones se incorporaron a los organizadores, el Perú, Paraguay y Bolivia a invitación que les formularon aquéllos. Este grupo, después de haber elaborado el nuevo proyecto de acuerdo—el de Lima—, convocó a una reunión formal en la Ciudad de Montevideo, en el mes de septiembre de 1959, a fin de estudiar y, eventualmente, firmar el Tratado de zona de libre comercio cuya estructura, desde ese momento, se acercaba en mucho a los principios y normas del Mercado Común Latinoamericano, contenidos en el "Documento de México".

La Conferencia de Montevideo mejoró más aún el proyecto formulado en Lima. En efecto, se afirmó el principio de reciprocidad, que en esencia significa que ningún país miembro obtenga un beneficio de la zona que no esté dispuesto a devolver a los demás países; se precisó el trato de mayor beneficio para los países de menor desarrollo; se concretó el carácter competitivo de la organización, así como el propósito de llevar a cabo programas de complementaridad y de integración indus-

trial. Además, la organización proyectada dejó de considerarse como exclusiva o preferente de los países promotores y se le denominó, a partir de entonces, zona de libre comercio entre países latinoamericanos. El organismo quedaba abierto a la adhesión de los demás países del área.

No obstante lo satisfactorio que resultó el texto al que se había llegado, tuvo que posponerse la firma del Tratado, debido a que una de las Delegaciones concurrentes consideró necesario llevar a cabo nuevas consultas con los sectores interesados de su país. Quedó fijado, sin embargo, un período limitado dentro del cual podrían formularse observaciones y se aceptó que a mediados de febrero de 1960 se reuniría una junta de Cancilleres en la propia Ciudad de Montevideo para que el Tratado fuera suscrito.

Estando a punto de iniciarse la redacción final del Tratado y de llevarse a cabo la firma respectiva, los siete países organizadores invitaron al Sr. Presidente de México, el día 26 de enero próximo pasado, durante su estancia en Buenos Aires, para que conforme a las manifestaciones de interés y simpatía que habían sido formuladas por nuestro país en las reuniones anteriores, formásemos parte de la zona de libre comercio con el carácter de fundadores. La invitación mereció la aprobación inmediata del Sr. Presidente López Mateos y con base en esa aceptación una Delegación Mexicana participó en las discusiones que se llevaron a cabo a principios del mes de febrero del presente año en la Ciudad de Montevideo, para discutir y redactar el texto final del Tratado, el cual fue suscrito el día 18 de ese mismo mes por los Cancilleres de las Repúblicas de Argentina, Brasil, Chile, México, Perú, Paraguay y Uruguay.

Fue lamentable que Bolivia hubiera estado imposibilitada de firmar, aunque podrá hacerlo dentro de un período de cuatro meses con los mismos derechos de los demás países fundadores, según la resolución que tomaron las partes contratantes en ese sentido.

Es digna de reconocerse la infatigable actividad que desplegaron los expertos de Argentina, Brasil, Chile y Uruguay, a quienes se debe la importante evolución operada en el proyecto original de zona de libre comercio formulado en Santiago de Chile, en abril de 1959. A ese grupo de expertos y al empeñoso y competente asesoramiento de la C E P A L se debe el hecho extraordinario de que en un período inferior a un año,

contado a partir de la segunda reunión del Comité de Comercio (mayo de 1959) —oportunidad en que se dio cuenta oficialmente a los Gobiernos latinoamericanos con los proyectos de integración—, hubiera sido posible firmar el Tratado de Montevideo y crear, de ese modo, la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio.

*Disminución en el crecimiento económico
de América Latina*

EL decaimiento que comenzaron a sufrir las economías de los países latinoamericanos al iniciarse la década de 1950 se fue acentuando en los años subsecuentes, a grado tal que fue haciéndose más urgente la necesidad de buscar nuevos instrumentos para llevar adelante el crecimiento económico de la región. El estudio económico de América Latina para el año de 1958, formulado por la C.E.P.A.L. y presentado a la consideración de los países latinoamericanos en la Octava Reunión de la Comisión Económica para América Latina, celebrada en Panamá, en mayo de 1959, mostró en forma dramática el deterioro de las economías latinoamericanas y señaló la necesidad de adoptar los planes de integración que ya para entonces habían sido formulados. (Bases para el mercado regional latinoamericano, febrero de 1958, y Normas para la estructura de ese mercado, febrero de 1959.)

Como indica ese estudio de la C.E.P.A.L., desde el término de la Segunda Guerra Mundial, hasta el año de 1955, la tasa promedio de crecimiento del producto bruto en América Latina fue de 5.2% por año y la del producto por habitante de 2.7%, situación lograda por un crecimiento demográfico de 2.6% en promedio por año. Estas tasas fueron satisfactorias, a juicio de la C.E.P.A.L., porque demuestran que el nivel de vida de la población latinoamericana se elevó en forma sustancial sin que para ello haya sido necesario exigir una reducción en el consumo.

El hecho de que América Latina haya podido mantener en ese decenio el alto ritmo de crecimiento registrado desde la postguerra, se debe, en gran medida, a que estuvo en condiciones de satisfacer los crecientes requerimientos de capital inherentes a un rápido proceso de desarrollo. Esto fue posible gracias al resultado de sus transacciones con el resto del mun-

do y, principalmente, al poder de compra que le proporcionaron sus exportaciones, el cual aumentó a una tasa de 5.4% al año, prácticamente igual a la tasa de crecimiento del producto.

Es interesante observar que esta expansión se originó fundamentalmente en el mejoramiento de la relación de precios del intercambio, ya que en lo que respecta al volumen de las exportaciones, el aumento fue muy lento debido, en gran parte, a la escasa diversificación de los productos exportables de la región.

En el decenio de 1945-1955 la sustitución de importaciones en el área se efectuó a una tasa más reducida que en el período de preguerra. En efecto, la relación entre la importación de bienes y servicios y el producto bruto interno bajó de 30.2% en 1925-29 a 16.6% en 1935-39. En cambio, a partir de 1945 se mantuvo entre el 13% y 16% del producto.

Por lo que respecta a la corriente que representan los préstamos e inversiones extranjeras, la influencia de este factor en el desarrollo de la región, sin ser preponderante, fue mayor que en la preguerra, según se desprende del referido estudio de la C.E.P.A.L.

A partir de 1955 la tasa de crecimiento de los países latinoamericanos disminuyó sensiblemente, debido a las condiciones adversas que han confrontado la mayoría de los países subdesarrollados en los últimos años.

Según afirmó el Sr. Jean Royer, Subsecretario del G.A.T.T., en una conferencia pronunciada el 28 de mayo de 1959 en París, la tendencia al desequilibrio en el comercio entre los países industriales y las naciones no industrializadas, se debe al hecho de que las exportaciones que estas últimas hacen a los primeros, se han ampliado con menos rapidez que las exportaciones totales mundiales, en tanto que las importaciones de esos países han crecido al mismo ritmo que el total de las importaciones mundiales.

En la conferencia mencionada el Sr. Royer atribuye la relativa declinación en las exportaciones de los países subdesarrollados a tres causas principales: a) la disminución en las compras de materias primas que los países industriales hacen a las naciones subdesarrolladas, debido al avance de la tecnología y al desplazamiento de la actividad industrial hacia la producción de bienes más altamente elaborados, circunstancias que hacen que los países industriales necesiten menos materias pri-

mas para realizar su producción de artículos manufacturados; b) la competencia que a esas exportaciones ha hecho la aparición de productos sintéticos, y c) el hecho de que los países industriales han fomentado su propia producción de materias primas y de algunos productos agrícolas.

Por lo que se refiere específicamente a América Latina, según un estudio de las Naciones Unidas, durante 1958, la reducción en el ingreso de divisas de los países latinoamericanos, debido a la baja de precios de las materias primas que ellos exportan fue de 700 millones de dólares aproximadamente. Nuestros países resintieron, en conjunto, en ese mismo año, una disminución en el valor de sus exportaciones globales de 500 millones de dólares en cifras redondas, en comparación con las efectuadas en 1957. Sus importaciones globales también sufrieron una disminución de 900 millones de dólares, aproximadamente, en ese mismo año, frente a las de 1957.

Las consideraciones anteriores conducen a suponer, fundamentalmente, que dentro de los próximos 15 años, los factores externos que han influido favorablemente en el desarrollo de nuestra región, no serán tan propicios como lo fueron en la década 1945-1955, por lo que habrán de aplicarse nuevas fórmulas que permitan recuperar y aun mejorar el ritmo de ese desarrollo.

En cuanto a la substitución de importaciones, estando casi satisfecha actualmente la de bienes de consumo, en varios países de la región, corresponde pasar ahora a la de bienes de uso duradero y bienes de captial, para lo cual se requieren plantas industriales de tal dimensión que resultarían excesivas para los mercados nacionales de cada uno de nuestros países. En la actualidad no hay en América Latina país alguno que cuente con un mercado interno lo suficientemente amplio como para permitirle aprovechar en forma plena las ventajas que ofrecen las técnicas modernas de producción en gran escala, aunque es indudable que muchos de ellos ofrecen condiciones favorables en determinados sectores de la actividad económica. El mercado nacional más grande de América Latina tiene un poder de compra de 13,200 millones de dólares por año aproximadamente. Para tener una idea de la magnitud de esa cifra basta mencionar que el mercado de automóviles, por sí solo, representa en los Estados Unidos un poder de compra de alrededor de 7,200 millones de dólares. En América Latina únicamente

3 países tienen un poder de compra total que exceda a esta cifra.

Ante esta situación los expertos han presentado dos soluciones que no son incompatibles entre sí. Una consistiría en expandir considerablemente nuestras exportaciones distintas a las tradicionales, hacia los países situados fuera del área. La otra solución tendrá por base una expansión del comercio interlatinoamericano apoyada en un proceso acelerado de sustitución de las importaciones provenientes de otras regiones, pero realizada en un ámbito regional y mediante un intercambio más activo de los productos tradicionales.

El primero de estos caminos está en gran medida fuera del alcance de los países latinoamericanos, ya que requiere un importante cambio en la política comercial que hasta ahora han seguido los países desarrollados, a fin de que éstos permitan a las naciones Iberoamericanas aprovechar las ventajas que les ofrecen su dotación de recursos y su situación geográfica.

La segunda solución exige la transformación paulatina de las bases sobre las que se ha desarrollado hasta hoy el comercio interlatinoamericano, de tal manera que se aprovechen las ventajas que puede presentar el amplio mercado de la región, pero sin sacrificar las posibilidades de desarrollo de los países de más bajo nivel de ingreso.

El panorama descrito es el que llevó a los países de América Latina a apresurar la formulación de las bases para establecer un mercado común latinoamericano, del que la Asociación creada por el Tratado de Montevideo constituye sólo una primera etapa.

El Tratado de Montevideo

a) Liberalización del Comercio

La Zona de Libre Comercio instituida por el Tratado de Montevideo se perfeccionará en un período no superior a doce años, contados a partir de la fecha en que entre en vigor el referido Tratado.

Durante ese período los países participantes eliminarán gradualmente, para lo esencial de su comercio recíproco, los gravámenes y las restricciones de todo orden que incidan sobre la importación de productos originarios de cualquier país contratante. Se entiende por "lo esencial de su comercio recíproco",

conforme a la interpretación dada por el G.A.T.T. al artículo 24 de su estatuto, el 80%, aproximadamente, de ese comercio recíproco.

Este objetivo será alcanzado por medio de negociaciones periódicas que se realizarán entre los países integrantes de la Zona, de las que resultarán dos tipos de listas:

- a) Listas Nacionales, con las reducciones anuales de gravámenes y demás restricciones, que cada país conceda al resto de los países contratantes; y
- b) Una Lista Común, con la relación de los productos, cuyos gravámenes y demás restricciones, las partes contratantes se comprometan colectivamente a eliminar íntegramente para el comercio interzonal.

Para la formación de los Listas Nacionales cada país deberá conceder anualmente a los demás, reducciones de gravámenes equivalentes por lo menos al 8% de la media ponderada de los gravámenes vigentes para los países de fuera de la Zona. La reducción de los gravámenes se complementará con la eliminación o atenuación de las demás restricciones, tales como controles a la importación, depósitos previos, restricciones cambiarias, etc., o sean todas aquellas disposiciones que obstaculizan el libre comercio entre los países miembros.

Las Listas Nacionales entrarán en vigor el día primero de enero de cada año, con excepción de las que resulten de las primeras negociaciones, las cuales tendrán vigencia a partir de la fecha que establecerán las Partes Contratantes. En cada negociación los países solicitarán reducciones de gravámenes para los productos que deseen exportar y, por su parte, señalarán las mercancías para las que estén dispuestos a conceder disminución de aranceles.

La Lista Común deberá estar constituida por productos cuya participación en el valor global del comercio entre los países miembros alcance, por lo menos, los siguientes porcentajes: 25% en el curso del primer trienio; 50% en el curso del segundo trienio; 75% en el curso del tercer trienio; y lo esencial de ese comercio en el curso del cuarto trienio.

- b) El principio de reciprocidad

El Tratado conserva el principio de reciprocidad y establece que las negociaciones en las que se formulen las listas anuales se efectuarán sobre la base de reciprocidad de concesiones y ten-

drán como objetivo expandir y diversificar el intercambio, así como promover la progresiva complementación de las economías de los países de la zona.

En una primera etapa se atribuyó a ese principio un ámbito más amplio, definiéndolo como el equilibrio del comercio de cada país con el conjunto del comercio de los demás de la región. Ello involucraba, implícitamente, el criterio del equilibrio global de la zona y de ahí derivaba hacia la idea del equilibrio de pagos regionales. Posteriormente, sin embargo, se redujo su alcance refiriéndolo a la equivalencia de las corrientes de intercambio generadas por el proceso de liberalización propio del funcionamiento de la zona. Si la equivalencia de las corrientes a que debe conducir el otorgamiento de concesiones no se produce, el restablecimiento de la reciprocidad será objeto de negociaciones en las que, mediante fórmulas no restrictivas, pueda impulsarse el comercio a los más altos niveles. A tal efecto se establece que en las Listas Nacionales no sólo quedará incorporado el mayor número posible de productos que ya sean objeto de comercio entre las partes contratantes, sino que se agregará anualmente un número creciente de los productos que aún no formen parte del comercio recíproco.

c) Integración y complementación

Los propósitos de ir hacia una integración y complementación económicas se expresan de manera precisa en el Tratado y a tal efecto las partes contratantes realizarán esfuerzos en el sentido de promover una gradual y creciente coordinación de sus respectivas políticas de industrialización, patrocinarán entendimientos entre representantes de los sectores económicos interesados y aun las propias partes contratantes podrán celebrar entre sí acuerdos de complementación por sectores industriales.

A fin de lograr condiciones equitativas de competencia entre las partes contratantes se adoptarán medidas adecuadas que aseguren la armonización de los regímenes de importación y exportación, así como los tratamientos para los capitales, bienes y servicios que procedan de fuera de la Zona.

d) Cláusulas de la Nación más favorecida y de salvaguardia

En el Capítulo Cuarto del Tratado se consagra el principio de la nación más favorecida, el cual se extiende a los capitales que provengan de la zona y a los tributos internos.

Las cláusulas de salvaguardia que contiene el Tratado permiten a cualquier Parte Contratante imponer, con carácter transitorio, en forma no discriminatoria y siempre que ello no signifique una reducción del consumo habitual en el país importador, medidas tendientes a restringir la importación de productos procedentes de la Zona, que se hallen incorporados al programa de liberación. Dichas medidas sólo podrán llevarse a la práctica cuando hayan sobrevenido trastornos económicos, ya sea por exceso de importaciones o por problemas de balanza de pagos.

La transitoriedad del régimen de salvaguardia tiende a que el principio de reciprocidad sea el que prevalezca como fórmula esencial del sistema.

e) Comercio de productos agrícolas

En las diversas reuniones celebradas, el capítulo sobre agricultura fue uno de los más debatidos y de los que requirieron mayor estudio. Como ocurrió en el caso del Mercado Común Europeo y en el de la Zona de Libre Comercio europeo, fue necesario incluir algunas disposiciones especiales sobre esta actividad, a fin de no afectar esas ramas esenciales en la economía de cada país.

Las disposiciones especiales sobre agricultura recomiendan la coordinación de las políticas de desarrollo agrícola y de intercambio de productos agropecuarios entre las partes contratantes, con objeto de lograr el mejor aprovechamiento de los recursos naturales, elevar el nivel de vida de la población rural y garantizar el abastecimiento normal de esa clase de productos en beneficio de los consumidores, sin desarticular las producciones habituales de cada parte contratante.

Podrán ser aplicadas restricciones a la importación de productos agropecuarios procedentes de la Zona, pero sólo en aquellos casos en que excedan esas importaciones de las que sean estrictamente necesarias para cubrir los déficit de producción interna, o bien para nivelar los precios del producto importado con los del producto nacional.

En el caso de que una parte contratante se considere perjudicada por la disminución de sus exportaciones de artículos agropecuarios, como consecuencia de la reducción del consumo habitual en el país importador que resulte de las restricciones que autoriza el Tratado o por el incremento antieconómico

de las producciones nacionales, podrá plantear el caso a los órganos competentes de la Asociación.

f) Países de menor desarrollo económico relativo

Subsiste en el Tratado el capítulo relativo a las medidas que deberán tomarse en favor de los países de menor desarrollo económico relativo. Los países integrantes reconocieron que el comercio interzonal podría estimularse mediante el crecimiento de las economías de los países de menor desarrollo económico relativo, por lo que convinieron en crear condiciones favorables a ese crecimiento.

Para lograr tal objetivo se incluyeron en el articulado del Tratado algunas disposiciones que conceden ciertas ventajas a esos países, entre las que destacan: la autorización a los países contratantes para que a través de concesiones especiales, no extensivas a las demás naciones, estimulen la instalación y expansión de determinadas actividades productoras en un país de menor desarrollo; la concesión a estos países para que cumplan con el programa de reducción de gravámenes en condiciones más favorables de plazo y ritmo; la autorización para que adopten medidas adecuadas a fin de corregir eventuales desequilibrios en su balanza de pagos o para proteger su producción nacional de artículos incorporados al programa de liberación y, finalmente, la promoción por los países más avanzados de la Zona, de medidas de carácter financiero y de asistencia técnica en favor de los países menos desarrollados.

En uno de los protocolos anexos al Tratado las partes contratantes declaran que Bolivia y Paraguay se encuentran actualmente en situación de invocar a su favor el tratamiento especial previsto para países de menor desarrollo económico relativo.

g) Organos de la Asociación

Son órganos de la Asociación la Conferencia de las Partes Contratantes y el Comité Ejecutivo Permanente. La primera estará formada por Delegaciones de las partes contratantes y constituirá el órgano supremo de la Asociación, tomará todas las decisiones sobre los asuntos que exijan resolución conjunta de las partes contratantes y adoptará las providencias necesarias para la ejecución de las estipulaciones del Tratado.

El Comité será el órgano permanente de la Asociación, velará por la aplicación de las disposiciones del Tratado, con-

vocará a la Conferencia y tendrá la representación de la Asociación ante terceros países y organismos internacionales. El Comité estará constituido por un representante permanente de cada una de las partes contratantes, con derecho a un voto.

h) Otras disposiciones

El Tratado entrará en vigor treinta días después de que sea depositado el tercer instrumento de ratificación, pero sólo para los tres primeros países que lo ratifiquen; para los demás signatarios su vigencia comenzará en el trigésimo día posterior al depósito del respectivo instrumento de ratificación.

Después de su entrada en vigor, el Tratado estará abierto a la adhesión de los demás Estados Latinoamericanos. Los que deseen adherirse a él deberán depositar el correspondiente instrumento de adhesión y el Tratado entrará en vigor para el nuevo miembro treinta días después de que haya sido depositado dicho instrumento de adhesión.

Ha quedado establecido que después de concluido el plazo de doce años señalado para el perfeccionamiento de la zona, las partes contratantes procederán a examinar los resultados obtenidos en virtud de su aplicación e iniciarán negociaciones colectivas para la mejor consecución de los objetivos del Tratado y, si fuera oportuno, para adaptarlo a una nueva etapa de integración económica.

La duración del Tratado es ilimitada, pero cada parte contratante que desee desligarse de la Asociación deberá comunicarlo en una de las sesiones ordinarias de la Conferencia. En la sesión ordinaria inmediata siguiente deberá efectuar la entrega formal del documento de denuncia y a partir de esa fecha cesarán automáticamente para el Gobierno denunciante sus derechos y obligaciones, con excepción de los relativos a las reducciones de gravámenes y demás restricciones recibidas u otorgadas en cumplimiento del programa de liberalización, las cuales continuarán en vigor por un período de cinco años a partir de la fecha de la formalización de la denuncia.

Esta fórmula fue el resultado final de numerosas discusiones. Como puede observarse, otorga una protección de seis años, por lo menos, para las industrias productoras de aquellos artículos que hayan sido incluidos en el programa de liberación. De este modo se logró que las inversiones que lleguen a realizarse como resultado de los estímulos que representa la reduc-

ción de gravámenes, no se vean afectadas de inmediato en los casos en que alguna parte contratante decida denunciar el Tratado.

Régimen de pagos y crédito

EL régimen de pagos y de créditos es parte esencial del mecanismo de la zona; sin embargo, su implantación se relaciona con problemas de libre convertibilidad que aún confrontan algunos de los países asociados. En la primera etapa de la Conferencia (septiembre de 1959), al no haberse llegado a un acuerdo sobre los pagos y créditos de la zona se acordó pedir a la C.E.P.A.L. que convocara a un junta de representantes gubernamentales de Bancos Centrales a fin de que estudiaran ese tema y formularan un proyecto que sería sometido a la Conferencia, en su segunda y última etapa. Dicha reunión se efectuó en Montevideo, en la primera quincena de enero del presente año. Después de amplias deliberaciones, los representantes de los Bancos Centrales llegaron a las siguientes conclusiones:

1) En el capítulo de los pagos, el objetivo a alcanzar es el de la libre convertibilidad; 2) la coexistencia de los diferentes sistemas de pagos y créditos no impide poner en funcionamiento la Zona de Libre Comercio, y, 3) deben evitarse discriminaciones comerciales que pudiesen resultar de los diferentes regímenes coexistentes de pagos y créditos.

En la reunión se acordó comisionar a la C.E.P.A.L. para que organice reuniones informales de expertos gubernamentales de Bancos Centrales de los países firmantes y adherentes, con el objeto de proseguir los estudios sobre créditos y pagos que faciliten la financiación de las transacciones en la Zona. En dichas reuniones se utilizará el asesoramiento y asistencia técnica de la Comisión Económica para la América Latina, del Consejo Interamericano Económico y Social de la Organización de Estados Americanos y del Fondo Monetario Internacional.

Hacia nuevas fórmulas de integración

RECONOCE el Tratado de Montevideo que el fortalecimiento de la economías de los países asociados contribuirá al incre-

mento del comercio interlatinoamericano y al comercio con el resto del mundo. Declararon, además, las partes contratantes su propósito de preservar en los esfuerzos tendientes al establecimiento de un mercado común latinoamericano, en forma gradual y progresiva, y de unir sus esfuerzos en favor de una progresiva complementación e integración de sus economías sobre la base de una efectiva reciprocidad de beneficios.

En el artículo 54 del Tratado las partes contratantes establecieron que empeñarían sus máximos esfuerzos en orientar sus políticas hacia la creación de condiciones favorables al establecimiento de un mercado común latinoamericano.

Por los objetivos expresados en el Tratado y por el articulado del mismo, en el que se dio vigencia a dichos objetivos, se advierte la importante evolución que experimentó el proyecto de Zona de Libre Comercio desde su formulación inicial en Santiago de Chile, en abril de 1959, hasta la firma del Tratado que instituyó la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio. En esa evolución se ha acercado en extremo el contenido del Tratado a los principios y normas del "Documento de México" para el establecimiento del mercado común latinoamericano.

Los países de América Latina cuentan ahora con un nuevo instrumento para impulsar su desarrollo económico a través de mayores corrientes de comercio y de un proceso creciente y equilibrado de industrialización, que ayudará a incrementar el traslado de mano de obra de las actividades agrícolas a las de carácter industrial, con la consecuente mejoría en el ingreso y en la capacidad de compra del trabajador. Sin embargo, no debe sobreestimarse la significación de ese instrumento; a él habrán de agregar los Gobiernos de los países asociados, otras medidas de política económica y social que permitan alcanzar un mayor bienestar para los pueblos de América Latina.

UN AÑO DE REVOLUCIÓN CUBANA

Por *Raúl ROA KOURI*

COMO toda genuina revolución, la cubana es un hecho anterior al derribamiento de la dictadura en que se apoyaban las fuerzas detentadoras del mando público desde 1952. Sus raíces hay que buscarlas en las luchas por la independencia de España durante el siglo pasado; en la brega contra la dictadura de Gerardo Machado y la dominación norteamericana a través de la Enmienda Platt, en 1933; y en la descomposición de la vida pública a lo largo de las dos últimas décadas, con el ascenso al poder y predominio de los grupos castreros y el fortalecimiento de una burguesía cínica, corrompida y retrógrada, ligada íntimamente a los gobernantes de turno y al presupuesto nacional.

No pretendo en tan corto espacio analizar, siquiera someramente, el complejo de factores que transformaron a Cuba de colonia española en factoría norteamericana y en república intervenida. Baste mencionar que el proceso de descapitalización sufrido por los terratenientes cubanos en la Guerra de los Diez Años (1868-1878) contra la metrópoli española, fue aprovechado por los inversionistas norteamericanos para adquirir control de la industria azucarera, que comenzó su ascenso vertiginoso a fines del siglo XIX. El crecimiento de la economía norteamericana durante ese mismo período y su consiguiente expansión; la cercanía de Cuba y Estados Unidos; y la progresiva reducción del comercio con España, a partir de 1848, orientaron la economía cubana hacia el norte, convirtiendo al país en el principal proveedor de azúcar al vecino mercado y, poco a poco, en el mejor comprador latinoamericano de sus productos agrícolas. De hecho, hasta no hace mucho, el 80% del comercio cubano tenía lugar con Estados Unidos, dato revelador de las condiciones coloniales prevalecientes en el país desde su independencia nominal en 1902.

La peculiar estructura de la economía nacional —acusada tendencia al monocultivo en condiciones internacionales libres, alta concentración geográfica del comercio exterior, inelasticidad de la demanda de productos cubanos en el extranjero, latifundismo agrario, etc.— sentó las bases para el establecimiento de una clase parasitaria, integrada por elementos militares y de la alta burguesía, que gobernaban y vivían en La Habana disfrutando un nivel de país desarrollado mientras la población rural y el proletariado agrícola padecían rigurosos desempleo, sub-alimentación, analfabetismo, enfermedad, muerte prematura y estancamiento.

No es extraño, pues, que el movimiento revolucionario encabezado por el doctor Fidel Castro e integrado por diversas organizaciones clandestinas, entre ellas el "26 de Julio", el Directorio Revolucionario, Resistencia Cívica y Organización Auténtica, tuviera una amplia acogida entre la clase media y los trabajadores, especialmente los agrícolas. La revolución que se convocaba el 26 de julio de 1953 era la reanudación del proceso truncado en 1902 y en 1933 por la intervención norteamericana y los militares, la vieja tarea de la emancipación nacional y la liberación económica, la revolución agraria, democrática, nacionalista. Por ello, tampoco es de extrañar que el ochenta por ciento del Ejército Rebelde esté integrado por campesinos.

El septenio transcurrido desde el golpe de estado de Fulgencio Batista, el 10 de marzo de 1952, hasta el triunfo de la insurrección armada, en enero de 1959, trajo consigo la disolución de los partidos tradicionales, cuyos miembros de base engrosaron las filas del movimiento insurreccional, y la aparición de organizaciones fantasmas que, ostentando el nombre de aquellos partidos, se prestaron a las diversas mascaradas electorales preparadas por la dictadura para ganar tiempo, desorientar la opinión pública, debilitar la revolución y mantener una fachada "decorosa" ante el mundo.

Los observadores foráneos de la historia política de Cuba manifiestan un asombro comprensible ante el derrumbe de organizaciones tan poderosas como el Partido Revolucionario Cubano (auténtico), que detentaba el poder en 1952, y el Partido del Pueblo Cubano (ortodoxo) que aspiraba a sustituirlo en las elecciones cuya realización impidió Batista. Ello se debió, en unas instancias, a la incapacidad de sus dirigentes; y en otras, al desprestigio y a las divisiones intestinas provocadas por el

cuartelazo. Pero, sobre todo, a fallas insuperables de estructura y programa.

En efecto, las circunstancias de la vida nacional habían sido subvertidas radicalmente y era menester adoptar un enfoque distinto al que preconizaban algunos políticos viejos, demasiado prestos a aceptar fórmulas electorales y soluciones a medias en una coyuntura que requería el cauterio profundo de la revolución. De ahí que para los antiguos dirigentes, salvo honrosas y conocidas excepciones, el triunfo del movimiento revolucionario significara su defunción política.

En el año de 1959 comenzó con el gobierno de la revolución ya en el poder. El doctor Manuel Urrutia se instaló en la presidencia de la República, con el prestigio que le confería el respaldo unánime de los grupos insurreccionales y el de su líder máximo, doctor Fidel Castro. No obstante, faltaba todavía un trecho considerable por recorrer para que la revolución estuviese de veras en el poder. Al igual que en muchas otras revoluciones a través de la historia, en Cuba se entabló una lucha por el control. El ex-Presidente Urrutia, el ex-jefe de la Aviación, Pedro Luis Díaz Lanz, y el ex-comandante Hubert Matos, son hitos de un proceso que se inició desde enero mismo, o mejor dicho, desde que Castro asumió el cargo de Primer Ministro y se cursaron las primeras leyes revolucionarias. El Movimiento 26 de Julio estaba integrado por individuos de muy disímil procedencia e ideología. Había, para decirlo con palabras de Fidel, "quienes querían una revolución como siempre y quienes querían una revolución como nunca". Es decir, un grupo se contentaba con la mera sustitución de los personeros de la dictadura y un adcentamiento superficial de la vida pública; y otro, estaba dispuesto a llevar la obra revolucionaria hasta sus últimas consecuencias. Este grupo, cuya identificación ideológica y unidad de acción son indudables, se ha consolidado en el poder, asegurando con ello el continuo desenvolvimiento de la revolución.

La obra iniciada

EL país ha entrado, pues, en una etapa definitiva de su historia. Cuba es hoy, por vez primera, independiente y soberana. Pero aún gravita sobre nuestro pueblo la herencia de siete años de tiranía, desfalco del tesoro público e imprevisión económica

bajo la égida de Fulgencio Batista y sus conmlitones nacionales y foráneos. Junto a la enajenación de los derechos civiles y políticos, la deuda pública se infló hasta un total de 1,196 millones de pesos; las reservas de dólares disminuyeron en 424 millones; se aumentaron las recaudaciones mediante la alteración y creación ilegal de impuestos por valor de 2,500 millones de pesos; y se produjo un déficit de 126 millones en el Tesoro Nacional. El gobierno revolucionario se enfrentaba a la ardua tarea de la reconstrucción con 75 millones de dólares de reserva y una crítica situación financiera. Hoy, debido a las medidas de control de cambio y las leyes revolucionarias dictadas por el régimen, el nivel de las reservas ha aumentado en un 47%, a pesar de la caída de los precios del azúcar durante 1959 y la disminución considerable del turismo, como consecuencia de la campaña de difamación de que ha sido objeto nuestro pueblo en distintos países del hemisferio occidental.

El hecho de que la agricultura haya sido, históricamente, la base de la economía cubana, ha llevado a muchos a pensar, erróneamente, que debemos continuar siendo un país de materias primas. Hasta la revolución de 59, la historia del agro cubano fue la historia del latifundio, el absentismo, el desaprovechamiento del factor básico, el monocultivo y sus consecuencias sociales: desempleo estacional, sub-empleo permanente, desnutrición, muerte prematura y salarios de hambre. Antes de iniciarse la reforma agraria, el 1.5% de los propietarios poseía más del 46% del área nacional en fincas, mientras que el 70% disponía de menos del 12% de dicha superficie total. A esta patológica concentración de tierra se le ha llamado latifundismo, y su existencia fue terminantemente prohibida por la Constitución de 1940.

Infortunadamente, el fenómeno latifundiarío subsistió durante la república y, en cierto modo, se congeló al amparo de medidas legislativas que vincularon grandes extensiones de tierra a los centrales azucareros. La inmensa mayoría del campesinado sin tierra propia dedicó sus esfuerzos a tipos de economía de escaso rendimiento y excedentes comerciales reducidos, lo que determinó su insuficiente sustento. Ante esta situación de estancamiento que padecía el agro cubano, el gobierno revolucionario dictó la medida legislativa de mayor trascendencia de nuestra vida nacional: la Ley de Reforma Agraria, firmada en La Plata el 17 de mayo, en las estribaciones de la heroica Sierra

Maestra. Esta Ley, entre otras disposiciones fundamentales, proscribire definitivamente el latifundio. Sobre el principio humanista de que debe entregarse la tierra a quien la trabaja, la Ley de Reforma Agraria dispone un "mínimo vital" para cada familia campesina de 26.8 Has. de tierra fértil, sin regadío, distante de los centros urbanos y dedicada a cultivos de rendimiento económico medio. Al mismo tiempo, ninguna persona, natural o jurídica, poseerá más de 402 Has. El excedente será expropiado para su distribución entre los campesinos y los obreros agrícolas sin tierra. Dada la estructura económica del país, ha sido imprescindible introducir algunas excepciones a este régimen de derecho común. En efecto, se exceptúan de él, las siguientes tierras de propiedad privada: (a) las áreas sembradas de caña cuyos rendimientos no sean menores al promedio nacional, más 50%; (b) las áreas ganaderas que alcancen el mínimo de sustentación de ganado por caballería (equivalente a 13.4 hectáreas) que fije el Instituto Nacional de Reforma Agraria creado por la Ley, considerándose las posibilidades de la respectiva área productora según el análisis físico-químico de los suelos, la humedad y el régimen de lluvias; (c) las áreas sembradas de arroz que rindan normalmente no menos del 50% sobre el rendimiento promedio nacional de la variedad de que se trate; (d) las áreas dedicadas a uno o varios cultivos o a la explotación agropecuaria, cuando el rendimiento económico óptimo haga necesaria una extensión de tierra mayor a las 402. Has. Estas medidas cuidan de no interferir en las cuatro grandes producciones del país: cañera, ganadera, arrocería y agropecuaria. Pero les impone un rendimiento superior al promedio actualmente logrado. Sin embargo, inclusive en esos cuatro casos, hay un tope que no puede ser sobrepasado: el de 1,340 hectáreas.

El texto explícito del Artículo 29 de la Ley reconoce el derecho constitucional de los propietarios afectados por la misma a percibir una indemnización por los bienes expropiados. Dicha indemnización será fijada teniendo en cuenta el valor de venta de las fincas que aparezcan de las declaraciones del amillaramiento municipal de fecha anterior al 10 de octubre de 1958. Las instalaciones y edificaciones afectables en las fincas, serán objeto de tasación independiente por las autoridades encargadas de la aplicación de la Ley. Igualmente, serán tasadas de modo independiente las cepas de los cultivos

para indemnizar a sus legítimos propietarios. En los casos en que no fuere posible determinar el valor con arreglo al artículo 29, la tasación se hará por el INRA, según el procedimiento que establece el reglamento de la Ley. La indemnización será pagada en bonos redimibles, emitidos por la República por un término de 20 años, con interés anual no mayor del 4.5%. Para el servicio de intereses, amortizaciones y gastos de emisión, se incluirá cada año en el presupuesto de la República la suma que corresponda. Los perceptores (o sus herederos, según el caso) de Bonos de la Reforma Agraria o su importe gozarán de una exención, durante un período de diez años, del impuesto sobre la renta personal, en la proporción que se derive de la inversión que hicieren en industrias nuevas, de las cantidades percibidas por indemnización.

La Ley crea, asimismo, el Instituto Nacional de Reforma Agraria (INRA) como entidad autónoma y con personalidad jurídica propia para la aplicación y ejecución de la citada Ley. Entre otras, el INRA tiene las facultades siguientes: (a) realizar estudios, proponer investigaciones, acordar y poner en práctica medidas tendientes a realizar los objetivos de la Ley; (b) determinar las áreas y límites de las "Zonas de desarrollo agrario" en que se dividirán las tierras redistribuidas; (c) redactar los reglamentos de las cooperativas agrícolas que organice y designar su administración; (d) organizar y dirigir la "Escuela de capacitación cooperativa"; (e) organizar servicios estadísticos y censos agrarios quinquenales; (f) crear un departamento de crédito para la producción agrícola, etc. Para evitar los peligros del minifundio, el INRA ha establecido cooperativas donde quiera que la productividad pudiese disminuir como consecuencia de la redistribución de las tierras. Actualmente funcionan en Cuba alrededor de 500 cooperativas, agrarias y pesqueras, de producción, consumo y venta.

Como era presumible, las oficinas del INRA en cada Zona de Desarrollo se han convertido en focos de la actividad local. Esto, junto con el movimiento cooperativista, constituye uno de los fenómenos más importantes de la revolución, que transforma las relaciones sociales y económicas del agro a un ritmo cada vez más notable. El Ejército Rebelde participa, con el INRA y el campesinado, en múltiples aspectos de la reforma agraria: construcción de caminos, preparación de terrenos, edi-

ficciones, adiestramiento militar de las brigadas campesinas y salubridad.

Más del 60% del área de Cuba, estimada hoy en 114,524 Km.², es tierra arable y susceptible en muchos casos de producir una doble cosecha anual, según afirmó recientemente el director técnico del INRA, capitán Antonio Núñez Jiménez, en la Conferencia Mundial de la FAO. Prácticamente no queda tierra útil para la agricultura al nivel actual de su técnica fuera de la tierra acotada en fincas rústicas. No hay modo de ampliar las explotaciones del agro acotado, y es poca la tierra que posee el Estado (ya que ha sufrido una merma considerable mediante prácticas políticas viciosas) para hallar tierra fértil ociosa, mal distribuida o mal aprovechada. En cambio, dentro del área acotada en fincas rústicas, Cuba cuenta con cerca de un millón de hectáreas que se destinan a productos para exportar, especialmente azúcar, y que son susceptibles de distribución para los fines de la reforma agraria.

A pesar de los tenebrosos augurios de la prensa internacional y los intereses, domésticos y foráneos, que se oponen a la reforma, la producción ha aumentado en muchos renglones de la agricultura en virtud del plan agrario del gobierno. Durante el período 1954-56, Cuba compró al extranjero 117 millones de pesos que podía haber producido con sus propios recursos; en los últimos diez años, la balanza de pagos con Estados Unidos nos ha sido desfavorable en 1,000 millones de pesos; en 1958 se importaron automóviles por valor de 35 millones de dólares, mientras que el valor de las importaciones de tractores durante el mismo período fue de sólo 5 millones. No obstante las circunstancias absurdas mencionadas antes, y las presiones de toda índole que ha venido sufriendo el gobierno de Cuba por parte de los enemigos de su revolución, alentados y financiados por las satrapías que aún subsisten en el Caribe y sus conocidos protectores e instigadores de siempre, la reforma agraria cuenta con nuevos logros y en breve plazo habrá resuelto los más urgentes problemas de alimentación nacional, reduciendo a un mínimo las importaciones por este concepto.

La Ley de Reforma Agraria, destinada a sacudir la estructura semi-feudal de la propiedad rural en Cuba y a proporcionar un mercado interno capaz de absorber la producción industrial que se fomenta en el país desde el triunfo de la revolución, ha sido complementada por la nueva ley tributaria,

la reforma arancelaria y otras disposiciones tendientes a aumentar la capacidad adquisitiva de las clases populares, como la rebaja de alquileres, el abaratamiento de los artículos de primera necesidad y servicios públicos, y los incentivos proporcionados a la inversión industrial. Como consecuencia de la legislación revolucionaria, el presupuesto de gastos del estado cubano alcanzará en 1960 la suma sin precedentes de 600 millones de pesos—esto es, 600 millones de dólares. Los ingresos públicos han registrado un alza constante desde el primero de enero de 1959 y los niveles impositivos logrados por el gobierno revolucionario demuestran elocuentemente la progresividad del nuevo presupuesto. La reforma tributaria simplifica los impuestos, reduciéndolos a sólo 25, y poniendo énfasis en aquellos de carácter directo. Asimismo, la reforma arancelaria grava fundamentalmente las importaciones suntuarias, facilitando la de bienes de producción y artículos de primera necesidad. La proyección de los gastos presupuestales ha sufrido, también, una transformación radical: la inversión del Estado se concentra ahora en empresas de fomento agrícola e industrial, así como en el desarrollo de la infraestructura económica y social. Si a esto agregamos que existe hoy, por vez primera, una absoluta honestidad en el manejo de la cosa pública, y que el contrabando y las filtraciones escandalosas del régimen depuesto han sido eliminados, podrá comprenderse cabalmente la hondura de las transformaciones operadas en Cuba desde el triunfo de la revolución.

La isla navegando

ESTAS transformaciones no afectan sólo al régimen interno. Si Cuba vivió de espaldas al mundo desde 1902, anclada por así decirlo a la plataforma submarina del Golfo, el gobierno revolucionario ha levado anclas, izado velas y puesto la Isla a navegar por los siete mares, la estrella solitaria clavada en su mástil más alto. En un año de revolución, le ha crecido al cubano conciencia de su puesto en la tierra: "El gobierno revolucionario—afirmaría su Canciller—no admite ni acepta dilemas falsos ni disyuntivas prefabricadas. El papel de Cuba en el mundo es llegar a ser quien es y, en ningún caso, ya lo señaló José Martí, servir de arria de una parte de él contra otra o de

otra contra una. En el juego de ajedrez de la política de poder, no se nos encontrará nunca sirviendo de dócil peón".

No constituye un secreto para el pueblo cubano la creciente disparidad entre los países más avanzados y los que, de una manera eufemística, se ha dado en llamar "insuficientemente desarrollados". Los planes de financiamiento y asistencia técnica emprendidos por Naciones Unidas y bilateralmente entre muchos estados, no cubren, con mucho, las apremiantes necesidades de nuestras poblaciones en aumento. Y, por otra parte, no son más que una restitución muy incompleta de lo que por conducto del comercio internacional han obtenido previamente los países exportadores de capital en sus relaciones con los pueblos subdesarrollados. Por estas razones, el gobierno revolucionario ha apoyado, en los organismos internacionales, la inversión de cuantiosas sumas de capital público por parte de los países más ricos, durante un período de tiempo suficiente, para que los países subdesarrollados puedan sustituir sus importaciones de artículos de primera necesidad por bienes de capital, y acelerar su tasa de desarrollo. No fue otra la tesis del doctor Fidel Castro en la Reunión de los 21, celebrada en Buenos Aires el año pasado; ni la de nuestro representante en Naciones Unidas, al discutirse los temas sobre asistencia técnica y desarrollo económico en la decimocuarta Asamblea General.

Por considerar uno el camino de los pueblos económicamente rezagados, y uno su destino ante la actual coyuntura, *de renqueamiento y remolde*, que atraviesa la humanidad, la política exterior del gobierno revolucionario se ha caracterizado por el anudamiento de estrechos vínculos —culturales, comerciales y de acción— con los demás pueblos hambreados, olvidados y explotados de Asia, África y América. Se ha llamado a la nuestra, diplomacia de puertas abiertas: el pueblo de Cuba quiere mantener relaciones cordiales con todos los pueblos del mundo, y está dispuesto a mantenerlas sobre la base del respeto mutuo y la recíproca, provechosa amistad. No en balde hemos defendido siempre, en la Organización de Estados Americanos y en las Naciones Unidas, el principio de no intervención en los asuntos internos de los estados y el derecho a la libre autodeterminación de los pueblos, vapuleado innumeradas veces en ambas organizaciones por quienes se proclaman sus paladines, ya sea en Guatemala, en Argelia o en Hungría.

Precisamente porque defendemos estos principios, Cuba rompió sus relaciones diplomáticas con la República Dominicana, donde una dictadura sin escrúpulos viola los derechos humanos e incurre en delito de genocidio desde hace treinta años sin que los ríos se desmadren ni se estremezcan las organizaciones internacionales. Éste es el único caso en que se han quebrantado las relaciones —normales y amistosas con los demás países democráticos de América— con una República del continente. Pero fue, y sigue siendo, un acto de solidaridad con el pueblo dominicano en su heroica lucha por la libertad.

“La nueva Cuba —aseveró el Canciller Roa ante la decimocuarta Asamblea General— tiene aún fe en la misión confiada por los pueblos a la Organización de las Naciones Unidas. Esta misión se resume en una palabra: paz. Pero para merecer la paz hay que conquistarla. Y, sólo cabe conquistarla mediante un ahincado esfuerzo en favor del entendimiento, la cooperación y la solidariadd internacionales, fundados en el respeto a los fueros de la persona, en el acceso del hombre común a los bienes que engendra con su trabajo y en el señorío más firme de la paz sólida y perdurable que todos ansiamos”. Nuestra posición en el debate sobre desarme general y completo no pudo ser más clara: “Los pueblos —puntualizó el representante cubano, doctor Manuel Bisbé— están cansados de que se hable de desarme, con espíritu utópico o con espíritu realista, y no se llegue a ninguna solución. Lo único que interesa a todos los pueblos, y en especial a los de las naciones pequeñas, es que se avance por el camino del desarme, que es avanzar por el camino de la paz estable”.

Los países subdesarrollados tenemos, pues, un camino propio que seguir, ni a la derecha ni a la izquierda de nadie, sino al frente de nuestros legítimos intereses y aspiraciones. Las grandes potencias se disputan la hegemonía del globo a espaldas de estos intereses, como evidencia la supresión de los temas económicos de la agenda para la próxima reunión de sus jefes de estado. Por ello, el gobierno revolucionario ha lanzado la idea de celebrar, en La Habana, la primera Conferencia de Países Insuficientemente Desarrollados de Asia, África y América Latina, para discutir los problemas comunes y apuntar a soluciones practicable, haciendo buenos, catorce lustros después de su holocausto en Dos Ríos, los versos de Martí: “Con los pobres de este mundo quiero yo mi suerte echar”.

En efecto, el gobierno revolucionario y el pueblo de Cuba han ligado su destino al de los pueblos más necesitados de este mundo, y codo con codo, están empeñados en una lucha irrevocable: la gran batalla de la autodeterminación nacional, el desarrollo económico, la democracia efectiva y la justicia social. O sea, hacer carne de realidad la divisa de nuestro movimiento: "Ni libertad sin pan, ni pan sin Libertad. Ni capitalismo sin justicia social ni comunismo sin libertad individual. Libertad con pan, pan sin terror".

IZQUIERDA, SUBDESARROLLO Y GUERRA FRÍA

UN COLOQUIO SOBRE CUESTIONES FUNDAMENTALES

Participan: C. Wright Mills, Enrique
González Pedrero, Carlos Fuentes,
Jaime García Terrés y Víctor Flores
Olea.

RECIENEMENTE, aprovechando la presencia en la ciudad de México del eminente sociólogo norteamericano C. Wright Mills, un grupo de intelectuales mexicanos—Víctor Flores Olea, Carlos Fuentes, Jaime García Terrés y Enrique González Pedrero—efectuaron una mesa redonda en donde se pusieron a discusión tres temas fundamentales: *¿Crisis de la izquierda?*, la *guerra fría* y la situación de *los países subdesarrollados*, sobre todo los latinoamericanos, frente a los Estados Unidos.

C. Wright Mills es profesor de sociología de la Universidad de Columbia, traductor al inglés de Max Weber y autor de los siguientes libros: *Labor leaders*, *White Collar*, *The Power Elite*, *The Sociological Imagination*, etc. El profesor Mills es, sin duda, el sociólogo más importante de los Estados Unidos, y el crítico más profundo de la sociedad norteamericana. Por ello, los entrevistadores han considerado sumamente significativos los puntos de vista del profesor Mills, independientemente de las naturales divergencias que provoquen en los medios democráticos latinoamericanos.

¿Crisis de la Izquierda?

GONZÁLEZ PEDRERO: *¿Existe una crisis de la izquierda? La Revolución no se ha llevado a cabo en Occidente. Sin embargo, se ha ido realizando en los llamados países subdesarro-*

llados. ¿No se tratará más bien de una crisis aparente que, de cualquier manera, habría que explicar?

PROFESOR MILLS: Una de las maneras de plantear la existencia de una crisis o decadencia de la izquierda depende de nuestra visión del bloque socialista.

¿En qué medida pueden identificarse los valores históricos de la izquierda con la U.R.S.S.?

Si se piensa que el período stalinista sacrificó los valores históricos de la izquierda —y yo creo que, en efecto, esos valores se desplomaron durante el stalinismo—, entonces hay que declarar unilateralmente que existe una decadencia de la izquierda, una crisis que no se limita al comunismo, sino que influye a todos los movimientos social-demócratas, que se han convertido en movimientos liberales, y al propio liberalismo, que se ha convertido en una retórica hueca y baladí. Ha habido un colapso en toda la línea, desde el liberalismo hasta el bolchevismo de extrema izquierda. Hace diez años, yo hubiese adoptado, sin dudas, este punto de vista: durante la vida de Stalin, los métodos empleados en la Unión Soviética significaron un sacrificio de la izquierda. Sin embargo, diez años son mucho tiempo. Lo que debemos preguntarnos hoy acerca del stalinismo, y sobre todo acerca de la U.R.S.S. a partir de la muerte de Stalin, ahora que el bloque soviético ha superado —con éxito fabuloso— el punto álgido de su industrialización, es si existen razones válidas para suponer que las nuevas tendencias hacia la liberalización dentro del mundo soviético son tan importantes como para hacernos pensar que los valores laicos y humanistas del marxismo clásico, a través del tortuoso camino del leninismo y el stalinismo, han reaparecido en la perspectiva del bloque comunista. Es decir: la tarea que nos corresponde hoy a los hombres de izquierda es *reconsiderar nuestra actitud hacia el régimen soviético*. Hoy, toda la izquierda —desde los liberales hasta los ex comunistas— se encuentran confundidos sobre este problema. Por esto me impaciento tanto cuando ciertas personas, particularmente los jóvenes de izquierda, me preguntan: ¿Qué debo hacer? Mi respuesta es: trabajar. Pero no distribuyendo folletos de puerta en puerta, sino pensando, de nuevo y profundamente, este problema de *la naturaleza actual de la U.R.S.S.* Confieso que mis propios puntos de vista no son todavía muy claros; y sé también que mi tarea

principal durante los próximos meses consistirá en fundamentar tesis sobre este problema. El segundo punto —la naturaleza de la guerra fría— se relaciona con el primero —la naturaleza actual del régimen soviético. Podríamos formular una pregunta dramática: *¿Qué va a suceder en el mundo durante las siguientes dos décadas?* No sería posible ir más allá de esta previsión temporal: una o dos décadas. Especulemos. PRIMERO, es imposible que los regímenes capitalistas y comunistas continúen desarrollándose como hasta la fecha. Sabemos que eso no va a suceder. Los dos van a cambiar, tanto en virtud de su desarrollo interno, como en razón de su mutua interacción. SEGUNDO, es posible que el mundo capitalista —especialmente los Estados Unidos, base de ese mundo— pierda la guerra fría. ¿Qué significaría para el capitalismo "perder la guerra fría"? Que dejaría de ser capitalista. Que a través de un desarrollo evolutivo o de un movimiento revolucionario, *sería un mundo cada vez más socialista*, en el sentido de racionalizar los medios de producción. TERCERO, podría suceder lo contrario, es decir, que la U.R.S.S. y el bloque soviético perdiesen la guerra fría. En este caso, ¿que significaría "perder la guerra fría"? Que se irían convirtiendo cada vez más al *capitalismo de Estado*; en un sentido evolutivo, o a través de una revolución en los países satélites. La segunda y tercera previsiones me parecen imposibles. No veo nada dentro del capitalismo o del sistema soviético que nos autorice a pensar en que uno u otro van a ser derrocados. LA CUARTA POSIBILIDAD es el estallido de la Tercera Guerra Mundial. Pero si la guerra fuese inevitable, no nos estaríamos haciendo preguntas sobre el comunismo, el liberalismo o el socialismo. Yo creo que nada de esto, necesariamente, va a suceder. Pero lo que sí creo que va a suceder es que los cambios dentro de la sociedad soviética y de los Estados Unidos, así como dentro del resto del mundo capitalista y del bloque soviético, van a ser de tal naturaleza que *ambos sistemas acabarán por convergir*. Ambos van a cambiar, de manera que la retórica de la guerra fría y los conflictos ideológicos disminuirán a su debido tiempo. Lo que sí creo es que *la historia va a enterrar a los dos sistemas*. Estoy suponiendo, desde luego, que no habrá una Tercera Guerra Mundial —aunque la guerra podría, de hecho, producirse. Pero si no hay guerra, la historia enterrará a los dos sistemas. En ausencia de un conflicto armado, creo que a la postre las diferencias económicas y políticas que

existen entre los dos bloques llegarán a ser insignificantes. Tan insignificantes como son las diferencias religiosas en la relación contemporánea entre los Estados. Ustedes conocen el maravilloso ensayo de Marx sobre la *Guerra de Crimea*. Marx señala la presencia de una potencia católica aliada con una potencia protestante y la presencia de un poder mahometano que ha declarado la guerra a otra potencia católica, etc. De esta manera, Marx hace resaltar la insignificancia de las ideologías religiosas en el campo de la política real del poder. Pienso que quizá las ideologías del liberalismo y el comunismo serán, al final de cuentas, igualmente insignificantes. En resumen: veo una enorme cantidad de paralelismos entre los Estados Unidos y la U.R.S.S. Más allá de toda la retórica e ideología que los opone, hay un hecho central: ambos sistemas —aunque por razones distintas—, han hecho un fetiche de la industrialización total y están conduciendo ya a la creación de un nuevo tipo humano que emerge, determinándolas, en ambas sociedades. Existe la oscura posibilidad de que ambas potencias acaben por aliarse (cosa con la que no puedo estar de acuerdo, porque me considero un humanista laico que sustenta todos los valores del marxismo clásico). Y porque existen ese paralelismo y esa posibilidad de alianza, me interesa tan profundamente el mundo subdesarrollado o pre-industrial. En él trato de discernir un segundo o tercer modelo. Aún no lo encuentro. Pero he de dedicar los próximos cinco años a estudiar con intenso interés, ese mundo subdesarrollado.

La verdadera victoria en la guerra fría

GARCÍA TERRÉS: *¿Habría probabilidades de eficacia, por el momento, de una nueva izquierda independiente de los comunistas? En caso afirmativo, ¿cuáles serían sus condiciones de operación?*

PROFESOR MILLS: La posibilidad de una nueva izquierda, en escala internacional, depende mucho de un país: la India. Lo digo porque todos nos hemos acostumbrado a pensar en dos contendientes centrales: la U.R.S.S. y los Estados Unidos. Si estoy en lo cierto, puede ser que la verdadera confrontación mundial de nuestros días —pacífica o no—, sea entre China y la India. No sólo por los millones de hombres que habitan estos

dos países, sino porque China representa el ejemplo más claro de un tipo de revolución comunista, mucho más radical, rápida y profunda que la rusa; y porque la India representa un intento de desarrollo industrial de acuerdo con una dirección independiente de izquierda: la importancia de su éxito sería fabulosa, dados los recursos y la población de la India. Las mayores posibilidades de una izquierda independiente no se encuentran dentro de la sociedad capitalista avanzada, ni dentro de los países socialistas —Polonia o Yugoslavia—, sino fuera de ambos bloques, en el mundo subdesarrollado. Pero confieso que soy pesimista. Esas posibilidades no me parecen muy grandes. No veo, actualmente, el desarrollo de fuerzas que conduzcan a ellas. Tomemos el caso de México. Su camino no representa, necesariamente, una tercera vía. En México rige el sistema capitalista, con peculiaridades, de la misma manera que en Polonia y Yugoslavia rige el sistema comunista, con peculiaridades. Pero la línea genérica sigue siendo capitalismo o comunismo. No sé de ningún país que nos haya propuesto un tercer modelo para la industrialización. Sin embargo, *esta sería la base de una nueva izquierda internacional independiente: un tercer modelo para el desarrollo industrial, además del modelo capitalista y del modelo soviético*. La revolución en las armas significa que la victoria bélica ya no tiene sentido. No hay un solo "partidario de la guerra fría" en los Estados Unidos o en la Unión Soviética que pueda explicar qué cosa significaría para su país "ganar" una verdadera guerra. Hoy, el sentido de la victoria es hueco. La auténtica victoria en el mundo actual sólo tiene un sentido: *ser el modelo para la industrialización de los países subdesarrollados*. La estrategia nacional e internacional de la izquierda debe consistir en traducir toda la retórica, toda la teoría, toda la lucha de la guerra fría, a *proposiciones concretas para la industrialización del mundo subdesarrollado*. Esta es la única actitud constructiva ante la guerra fría. Si la canalizamos en este sentido, la guerra fría puede funcionar como una fuerza internacional progresista.

Capitalismo, socialismo y ayuda extranjera

FUENTES: *Por el momento, sin embargo, dos son los modelos que se ofrecen a los países subdesarrollados. El modelo*

de la libre empresa, y el modelo de la rápida industrialización planificada de acuerdo con los patrones seguidos en China y la Unión Soviética. A esto, quizá podría añadirse una tercera posibilidad: la de la cooperación internacional, la de la ayuda extranjera en gran escala. Dentro de estos presupuestos, ¿cuál le parece a usted que debe ser el camino a seguir por los países subdesarrollados?

PROFESOR MILLS: Quiero prescindir, por el momento, del Continente Americano, dada la manera en que América Latina está amarrada a los Estados Unidos. Pero para el resto del mundo subdesarrollado—Asia, Africa—me parece que *el modelo soviético tiene más probabilidades de éxito*. Lo digo por un simple hecho. La aplicación del modelo capitalista en estos países supondría una enorme aportación de dinero y conocimiento técnico provenientes de los Estados Unidos. Lo cierto es que los *Estados Unidos no poseen la voluntad para dirigir la industrialización de los países subdesarrollados al ritmo que éstos están exigiendo*. Supongamos que los Estados Unidos deciden promover un vasto plan de ayuda, no sólo con propósitos militaristas, no sólo para rehabilitar al capitalismo en Europa Occidental, sino para impulsar la industrialización de Africa, Asia y la América Latina. Supongamos que los Estados Unidos deciden, por ejemplo, ayudar a Chile para que lleve a cabo un vasto plan de reforma agraria. La realidad es que los Estados Unidos carecen del equipo humano necesario para realizar en el extranjero un proyecto de esta naturaleza; ni siquiera tienen el personal capacitado que conozca el idioma y los problemas de un país extranjero. Los rusos y los chinos, sí. Ellos tienen institutos de índole fabulosa, capacitados para empresas de este tipo. Aun si los Estados Unidos tomaran la decisión política de ayudar al mundo subdesarrollado, más allá de la ridícula ineficacia del Punto IV, lo cierto es que carecen del personal y de la voluntad necesarios. Esto no se debe a incapacidad técnica. Los Estados Unidos y el capitalismo podrían dar hoy más ayuda económica que la U.R.S.S. No pueden hacerlo, porque la superestructura del capitalismo no se los permite. Por ejemplo: no mañana, pero sí dentro de dos o tres años, la Unión Soviética podría declarar al mundo que en la U.R.S.S. el pan se distribuye gratuitamente. Si los Estados Unidos hicieran lo mismo, la "Asociación de Panaderos de Cleveland" pondría el grito en el cielo. Pero en el sistema económico de la U.R.S.S.

no hay nada que lo impida. Una vez que la U.R.S.S. consolide su industrialización, nada impedirá superar, también, la irracionalidad económica. La U.R.S.S., por ejemplo, podría regalar una Universidad a un país africano, y dotarla con profesores que conociesen veinte idiomas africanos, sin exigir concesiones políticas. No concibo que los Estados Unidos puedan hacer lo mismo. Técnicamente, podrían hacerlo. Pero políticamente, carecen de la imaginación para hacerlo. Sin embargo, éstos no son sueños utópicos. Empiezan a ser posibles para la U.R.S.S. Y no veo por qué durante la siguiente década los soviéticos no han de llevar a cabo este tipo de actos. Imagínense el efecto de propaganda que tendría declarar: "¡El pan es gratis! ¡El pan es un derecho humano natural!" Lo cierto es que regalar el pan no costaría nada, en relación con el producto racional bruto de un país desarrollado.

GONZÁLEZ PEDRERO: *Entonces, en relación con lo que se ha venido hablando, ¿podríamos afirmar que los países subdesarrollados, no deben seguir el desarrollo capitalista? Es evidente que estos países no tienen ya a quién colonizar. El desarrollo capitalista "clásico" se caracterizó por la colonización del mundo no capitalista, que fue el suministrador de materias primas. Los modelos socialistas han demostrado que sin esclavizar "hacia fuera" se puede lograr una rápida industrialización. Los países subdesarrollados tendrían que esclavizarse a sí mismos porque no tienen a quién esclavizar para recuperar el tiempo perdido. Nuestra solución racional se encuentra, fatalmente, en la planificación interna de la economía.*

FUENTES: *Podría añadirse un matiz: ¿es posible que los países subdesarrollados se industrialicen rápidamente, de acuerdo con el patrón soviético, pero sin caer en los extremos del stalinismo?*

PROFESOR MILLS: Es cierto que el marxismo es mucho más atractivo para la "inteligencia" de los países subdesarrollados, que cualquier solución que los Estados Unidos pudiesen proponer. Esto es evidente en el sureste de Asia, y desde luego en la provincia más culta de la India, que no en balde es una provincia comunista. Destaco particularmente a la clase intelectual de estos países, porque en una sociedad pobre y analfabeta, los intelectuales poseen una importancia decisiva. Para esa clase intelectual estratégica en los países subdesarrollados (especialmente en los menos desarrollados que México), uno de los

grandes valores de atracción del marxismo es el elemento planificador que ofrece. Sin embargo, sería ir demasiado lejos, identificar la planificación con la U.R.S.S., y pensar que no hay otra clase de planificación, como no sea la soviética. ¿Puede seguirse la planificación central para la industrialización sin el horror stalinista? Mi respuesta es clara: depende del ritmo. *Si el ritmo es muy rápido, el stalinismo es inevitable.* Si se quiere ir tan rápidamente, no hay más remedio que tratar al campesinado con la mano de hierro que utilizó Stalin. Debemos reconocer que Stalin, en cierta medida, tuvo razón: si no procede como procedió, los nazis hubiesen conquistado a la U.R.S.S. Posiblemente esta sea una apreciación a posteriori; ¿pero por qué no reconocerle a Stalin cierta visión a priori? Lo cierto es que no sólo el aislamiento de la U.R.S.S. por el capitalismo, sino el crecimiento militar alemán, provocaron parcialmente el fenómeno stalinista. Repito: si el ritmo que se desea es muy rápido, el stalinismo es inevitable, a menos que exista una enorme ayuda económica del extranjero, es decir, una gran acumulación original de capital aportado por otros. Pero si el ritmo ha de ser rápido, y sin más acumulación que la nacional, entonces el único camino es el del stalinismo. No estoy de acuerdo con González Pedrero. No creo que la fabulosa prosperidad del capitalismo norteamericano pueda atribuirse exclusivamente a una teoría del imperialismo. La estadística no lo comprueba. Entre la guerra de secesión y la Segunda Guerra Mundial, el comercio exterior, la explotación de territorios extranjeros y el suministro de materias primas de los países subdesarrollados, sólo significaron, a lo sumo, un 7% del producto nacional bruto de los Estados Unidos. Es cierto que después de la Segunda Guerra, la importancia de esos factores extranjeros ha aumentado. Pero ello no explica la tremenda expansión económica de los Estados Unidos, o la distribución de la riqueza promovida por esa expansión. Quisiera creer en la explicación imperialista. Sería muy hermoso. Pero no es exacto. Lo que sí es cierto es que la peculiar relación entre el capitalismo norteamericano y el mundo subdesarrollado, es un factor que paraliza la posibilidad de formular un programa de amplísima ayuda económica norteamericana, destinada a la efectiva industrialización de los países subdesarrollados.

FUENTES: *Quizás podríamos enunciar de la siguiente manera el problema: aunque es cierto que el desarrollo de los EE.*

UU. sólo se puede explicar parcialmente por la explotación de los países subdesarrollados, también es cierto que el subdesarrollo de éstos se explica fundamentalmente por la deformación colonial impuesta a sus economías por los Estados Unidos. Me refiero, concretamente, a Hispanoamérica.

Imperialismo norteamericano y oligarquías nacionales

GONZÁLEZ PEDRERO: *Por otra parte, el desarrollo norteamericano no podría haber sido tan grande, una vez formado el mercado interno, si no hubiese extendido ese mercado al de los países subdesarrollados. Dichos países han servido para que los Estados Unidos se "superdesarrollen" en función de ellos que, a su vez le han servido de mercado para captar todo aquel superdesarrollo, y eso ha impedido, naturalmente, que estos países se desenvuelvan de manera normal.*

PROFESOR MILLS: Ese puede ser el caso de Inglaterra, pero no es el de los Estados Unidos. Sin embargo, debo reconocer que lo que es un factor menor de la prosperidad norteamericana, puede ser decisivo para Bolivia: el estaño. Pero voy a decirles algo que no les va a gustar. Soy el primero en admitir que algo que significa muy poco para el nivel económico de los Estados Unidos, puede ser desastroso para un país mucho más pequeño, para un país monoprodutor. De lo que se trata es de determinar *en qué medida la prosperidad norteamericana determina el subdesarrollo de otros países.* No lo sé. No conozco ningún libro que me convenza plenamente sobre este punto. El asunto es muy complejo, y de naturaleza cuantitativa. Baran no demuestra la teoría del imperialismo, porque no posee datos suficientes para demostrarla. Sin embargo, quiero destacar que uno de los principales obstáculos para la industrialización de América Latina no se encuentra fuera de América Latina, ni radica en la supuesta ignorancia, estupidez o apatía de su población. *Ese factor obstaculizante reside en los círculos políticos dirigentes de los países latinoamericanos.* Me parece muy significativo el caso del Brasil. Brasil es una sociedad dual. En la costa, en las ciudades, hay una floreciente sociedad burguesa que no ve el motivo para industrializar más al Brasil. ¿Para qué? Esa burguesía vive espléndidamente, me-

por que la clase equivalente en los Estados Unidos. La burguesía de São Paulo y Río de Janeiro piensa que vive en el mejor de los mundos. Pero el resto del país es subdesarrollado. Es decir: *que en el propio país latinoamericano es una de sus clases la potencia imperialista en el interior del territorio*. No hablo de México. Aquí ha habido un enorme desarrollo industrial sobre el patrón capitalista. Pero en otros países latinoamericanos, esto no ha sucedido. Si yo fuese ciudadano de un país latinoamericano, pensaría que el patrón metodológico a seguir para explicar la ausencia o el lento ritmo de desarrollo de ese país consistiría, 1º) en agotar todos los factores internos, y 2º.) en investigar los factores residuales, y buscar en ellos la mecánica internacional. Creo que este sistema no sólo es bueno como método. También es más efectivo políticamente. Por ejemplo: el intelectual boliviano puede denunciar a gritos la política norteamericana del *dumping*, pero es dudoso que pueda hacer, con sus declaraciones, algo efectivo para detener esa política. Es posible que su denuncia provoque ruido y alegría y el consenso de todos los bolivianos por razones nacionalistas. Pero esto es un tanto demagógico. *¿Por qué, mejor, el intelectual latinoamericano no le declara la guerra a sus propios grupos dirigentes, en la medida en que éstos impiden el desarrollo?*

FUENTES: *Porque sucede que el grupo dirigente, con gran frecuencia es apoyado por el gobierno norteamericano.*

MILLS: Sí. Es el sistema "comprador", como en China. Los grupos que viven de la exportación y de la importación, siempre ligados a una potencia extranjera. Sin duda, este es un factor importante, y en Asia más que en América Latina. Podría pensarse que es el caso de Venezuela. . .

Desde otro ángulo: existe en América Latina una sobreproducción de intelectuales, dado el bajo nivel de desarrollo de la sociedad. Y entre ellos se reclutan esas personas atraídas —y muy correctamente atraídas— por la doctrina marxista-leninista. Este es el caso más común en Asia y en América Latina. Estamos partiendo de un presupuesto: el desarrollo de estos países se va a hacer sin ayuda extranjera, fundado en la acumulación interna de capital. No se necesita dinero para construir una Universidad. Sólo se necesitan trabajo y materiales. Así se industrializaron China y la U.R.S.S. Si los propios países subdesarrollados inician ese proceso de construcción

y acumulación interna independientes, es mucho más probable que, a la postre, los Estados Unidos o la U.R.S.S. se decidan a ayudarlos.

"El robot alegre"

FLORES OLEA: *Habría que insistir en el problema del intelectual. En muchos países latinoamericanos, el desarrollo normal de las tareas del intelectual se enfrenta a problemas gravísimos.*

MILLS: La libertad del intelectual. Observa, comparativamente, que en la medida en que el uso de esa libertad tiene importancia, en esa medida tiende a ser reprimida. *Sólo se es libre cuando la libertad no afecta de una manera importante al poder.* Los intelectuales norteamericanos, por ejemplo, son muy libres. Pueden escribir lo que gusten, condenando lo que gusten, y siempre encontrarán un editor que publique sus libros. Pero todo esto no tiene la menor importancia: la libertad del escritor no afecta a nadie. *La sociedad norteamericana es de tal manera apática políticamente, y de tal manera payasa en sus gustos culturales, que aplaudirá y hará rico a un escritor que ha condenado sin reservas los fundamentos mismos de esa sociedad.* Es difícil, señores, enfrentarse a una situación semejante. Quizá sea brutal decirlo, pero a veces me parece más difícil esto que enfrentarse a la situación soviética o, por razones distintas, a la situación en algunos países latinoamericanos con un alto porcentaje de analfabetismo, en donde pronunciar una palabra puede significar la cárcel o la muerte. Desde el punto de vista del intelectual, hay un aspecto positivo en estas situaciones negativas. *La represión del intelectual significa que alguien en el poder piensa que las ideas importan y por lo tanto deben ser sofocadas. En los Estados Unidos hay absoluta libertad, sólo que las ideas no importan.*

GONZÁLEZ PEDRERO: *Lo interesante será conocer la razón de esta intrascendencia de la crítica en una sociedad como los Estados Unidos.*

MILLS: Tengo una teoría al respecto, que publicaré más o menos dentro de un año. Se titulará *El aparato cultural*, y será una investigación sobre el papel del intelectual, del artista y del técnico en los Estados Unidos y en otros países. Prefiero

no entrar en detalles: es una teoría muy elaborada. Afirmo que la intrascendencia del intelectual en la sociedad norteamericana se debe al ascendiente total de una ética comercial en las capas medias de la producción cultural. En cierto sentido, la *enajenación* que Marx atribuyó al trabajo físico en la sociedad capitalista, caracteriza también, en la actualidad, no sólo a la producción cultural, sino al consumo cultural. *El tipo humano producido por el aparato cultural de una sociedad como la de los Estados Unidos es un "alegre robot"*. Sabemos que los hombres pueden ser convertidos en robots—por medios químicos, por coerción física, o en los campos de concentración nazis. Pero ahora nos enfrentamos a una situación mucho más seria. *Nos enfrentamos a seres humanos desarrollados que alegre y voluntariamente se están convirtiendo en robots*. Ya sé que esta declaración es revolucionaria. Pero si es cierta, entonces debemos revisar totalmente la tradición del humanismo laico, idéntica a la tradición de la civilización occidental, incluyendo desde luego el marxismo clásico. Lo que Marx entendió por *freiheit*, lo que Freud entendió por *id*, lo que Karen Horney entendió por espontaneidad, o Erich Fromm por creatividad: toda esta tradición idealista alemana, tanto en el marxismo como en el psicoanálisis—los dos grandes modelos intelectuales que tenemos— siempre ha supuesto que en el fondo de la naturaleza del hombre en tanto hombre, hay un impulso hacia la libertad. No estoy seguro de que este sea un presupuesto válido; bien puede ser "tontería metafísica". Bien puede ser, para usar nuevamente el principio de Marx, que el impulso y el amor hacia la libertad, tal como lo hemos conocido en Occidente, como un valor, sea sólo un rasgo históricamente específico que siempre ha sido confinado a pequeños círculos de la población (salvo en circunstancias aisladas y afortunadas). Bien puede ser que los hombres, como en China hoy, no sufran bajo una tiranía completa. Esto conduce a una profunda crisis moral, que va mucho más allá de la crisis de la izquierda o de la crisis del marxismo.

FLORES OLEA: *Seguramente, este no es el caso de los intelectuales en los países subdesarrollados. ¿Cómo caracterizaría usted a éstos?*

MILLS: Históricamente, la respuesta es clara. Los intelectuales se colocan en la extrema izquierda revolucionaria precisamente cuando confluyen las siguientes circunstancias: sub-

desarrollo económico, pobreza abismal y gobierno autocrático. Yo diría que *sólo cuando el problema de la industrialización coincide con la existencia de un gobierno autocrático, surge una "inteligencia" revolucionaria*. Personalmente si yo fuese ciudadano de un país con esas características, sería un revolucionario, un conspirador, lo que ustedes gusten. No podría ser otra cosa, ¿verdad? Viviría exiliado parte del tiempo, o trabajaría en la clandestinidad. *Para países con esas características, el leninismo es la única respuesta que conozco.*

La acción política comienza en casa

FUENTES: *Ha dicho usted que los países subdesarrollados no pueden esperar de los Estados Unidos un impulso decisivo para su desarrollo. Por otra parte, se ha señalado que el subdesarrollo se debe, en parte, a la deformación colonial e imperialista impuesta por los Estados Unidos; y en parte, a las clases dirigentes que no utilizan, o utilizan irracionalmente, los recursos naturales de esos países. Es evidente, pues, que para desarrollarse América Latina tendrá que llevar a cabo actos revolucionarios que afectarán tanto a los actuales grupos dirigentes como a los Estados Unidos. Hoy, Latinoamérica se pregunta: ¿Cuál será la respuesta de los Estados Unidos a esos actos revolucionarios inaplazables? ¿Podemos esperar un cambio interno en los Estados Unidos, más favorable a los movimientos revolucionarios de nuestros pueblos, o a qué sectores norteamericanos podemos dirigirnos para que apoyen a nuestras revoluciones?*

MILLS: Detrás de su pregunta existe una estrategia política que observé en Brasil el pasado otoño, y ahora en México: una fuerte tendencia a tratar de excusar la propia falta de voluntad o acción política, sometiendo esa voluntad y esa acción a lo que los Estados Unidos harán o dejarán de hacer. Creo que esto es un error. El libro más profundo que se podría escribir sobre este problema, sería un libro sobre Estados Unidos y América Latina —debería llamarse "Las Américas"— que hiciera dos cosas a la vez: 1º) una caracterización de la estructura del poder en cada país latinoamericano; 2º) una investigación sobre la medida en que esa estructura, y en general todo el problema del subdesarrollo latinoamericano, podría ser ca-

sualmente atribuidos a la política económica y militar norteamericana. Entonces no se excusaría la propia inactividad política, atribuyéndola al "monstruo del norte". Todos ustedes me conocen lo suficiente para saber que no soy un apologista de la política norteamericana. Me opongo a ella como el que más, sobre todo internacionalmente. Pero esto es aparte. *Es demasiado fácil referirlo todo a las relaciones con los Estados Unidos.* Es demasiado fácil. Sugiero que primero se explique todo lo explicable desde el punto de vista interno, y se propongan programas internos de actividad y pensamiento. *La acción política—si no la cavidad—empieza en casa.* No tienen ustedes los medios para influir directamente sobre los Estados Unidos. Empiecen por influir sobre la situación interna de cada país latinoamericano. La situación cubana, a pesar de las represalias económicas que los Estados Unidos, sin duda, tratarán de aplicar, demuestra algo claramente, y creo que es una verdad general: los Estados Unidos ya no van a actuar, en relación con las revoluciones latinoamericanas, como lo hicieron en Nicaragua. Creo que esa etapa ha sido superada. Creo que están ustedes pensando de acuerdo con una imagen de los Estados Unidos que ya no es válida. No olvido el caso de Guatemala, y esto puede suceder otra vez. Pero dudo seriamente que sea políticamente correcto—hablamos de política ahora—para cualquier grupo político, en cualquier país latinoamericano, formular su programa con los ojos fijos en la posibilidad de una intervención norteamericana. *¡Al demonio con los Estados Unidos!* ¡No les hagan caso! Los Estados Unidos no van a intervenir con cañoneros. Además, si la guerra fría y el desarrollo armamentista continúa, ¡los Estados Unidos ni siquiera tendrán los medios militares para intervenir!; ¡todas las armas serán armas de aniquilación! Lo cual, desde luego, es bueno para las posibilidades revolucionarias en estos países.

GARCÍA TERRÉS: *En latinoamérica, algunas personas tienen la impresión de que la existencia de gobiernos que se dicen "revolucionarios", y que no lo son, aunque su origen sea una elección legal, puede resultar, a la postre, un factor negativo. Esas mismas personas opinan que hay ya demasiada confusión en el lenguaje latinoamericano para agregar una más, y que, por otra parte, no hay nada más efectivo para anular una verdadera revolución que el realizar operaciones de membrete.*

"No se quejen de la guerra fría: utilicenla"

GONZÁLEZ PEDRERO: *Sí: las tácticas han cambiado. No habrá una nueva política del "big stick". Es claro lo que viene: la simulación de gobiernos "democráticos", que sustituyen a las dictaduras anteriores y que sirven para "dorar la píldora".*

MILLS: Cierto. Supongamos que en Venezuela hubiese una revolución que, en el curso de dos o tres años, después de muchas batallas legales, expropiase a las compañías petroleras, o, que pidiese el 75 ó 90% de las utilidades del petróleo para Venezuela. ¿Qué harían los Estados Unidos? ¿Ustedes creen que enviarían marinos a sofocar la revolución? No. Actuarían económicamente: el gobierno revolucionario no tendría barcos para transportar el petróleo, y este no podría ser utilizado, sino parcialmente, en Venezuela. Pero éste no es un problema tan grave, como lo hubiese sido hace diez años. Hoy existen otros barcos, además de los norteamericanos. Venezuela podría construir barcos: esta sería una respuesta económica. Venezuela debería diversificar su economía y dejar de depender del petróleo. Pero mientras tanto, ¿por qué habría de depender en tan alto grado del mercado de los Estados Unidos? Yo niego que los gobiernos de apariencia "democrática" se deban al poder de los Estados Unidos: se deben a la impotencia del movimiento interno revolucionario. Es muy fácil decir: ellos son muy poderosos; si hiciéramos algo, nos sofocarían. Esto es falso. "Ellos son muy poderosos" también significa: "Yo soy impotente".

GONZÁLEZ PEDRERO: *Estos gobiernos de "apariencia democrática", jamás realizan actos revolucionarios; jamás pedirán el 90% de las utilidades del petróleo, como usted decía. Por eso y para eso están en el poder. Cuando llevan a cabo actos revolucionarios es porque ha habido una Revolución, como en Cuba. Entonces empiezan las represalias económicas, y si éstas no detienen a la Revolución, entonces se va al "guatemalazo", al traidor interno que restaura la "libertad" y la "democracia".*

MILLS: El único factor de transformación que veo en estos países es, en sentido amplio, la clase intelectual. Por lo tanto, si las transformaciones revolucionarias no tienen lugar, la culpa es del intelectual. Es esta culpa la que debe subrayarse en primer término; en segundo lugar, la irresponsabilidad o cobardía

de los actuales gobiernos; y en *tercer lugar*, el tremendo poder económico desplegado por los Estados Unidos.

FUENTES: *Supongamos entonces, que el intelectual toma el poder y ejecuta estos actos revolucionarios —nacionaliza el petróleo en Venezuela, expropia las tierras de la United Fruit en Centroamérica. . .*

MILLS: Dos excelentes ideas.

FUENTES: *¿. . .entonces qué pasa? ¿Siguen las represalias y la intervención al estilo de Guatemala?*

MILLS: *Las represalias económicas no pueden ser tan severas como antes, simplemente porque hay en el mundo un nuevo y enorme factor: existe otro gran bloque capitalizador dispuesto a comerciar: el bloque soviético.* Entonces, gracias a este factor, se rompen las restricciones políticas al comercio y se comercia con China, con la U.R.S.S., con Checoslovaquia para adquirir maquinaria, etc. Esta posibilidad debe ser explotada. *No se quejen de la guerra fría: utilícenla.* Por lo que hace a las acciones políticas, en realidad son militares, porque políticamente los Estados Unidos no pueden hacer nada. Actúan económicamente (esto sí lo pueden hacer) o actúan militarmente. Una vez que una revolución ha triunfado y comienza a ejecutar actos revolucionarios, la acción de los Estados Unidos sólo puede ser económica o militar, no política. Se ha ido más allá de la política. En Cuba, desde luego, ha habido muchos pretextos, y habrá más, para la intervención norteamericana. Pero no ha habido intervención, y no creo que la habrá. Y es que el pequeño país latinoamericano y los Estados Unidos no están solos, en un vacío; eso ha cambiado. Hay un tercer bloque que militarmente es un factor de inhibición y que económicamente abre la posibilidad de superar las represalias. Yo no dudaría un minuto en utilizar, en estas circunstancias, al bloque soviético.

Expropiación del aparato cultural

GARCÍA TERRÉS: *Existe otro problema que no hemos tocado: el del control de la opinión pública por las agencias norteamericanas de prensa. . . Se trata de un problema general de la América Latina. Las agencias y la Prensa que coinciden con sus intereses, son las armas más poderosas de los Estados Unidos en Latinoamérica.*

MILLS: En el mundo subdesarrollado, *la expropiación del aparato cultural es tan importante o más que la expropiación de los medios de producción económica*, que después de todo son rudimentarios. Los países subdesarrollados deben expropiar no sólo la prensa, sino la radio, que es un factor mucho más importante en los países iletrados, y el aparato cultural en su totalidad.

La teoría que estoy tratando de desarrollar sobre una nueva izquierda, capaz de reemplazar a la vieja izquierda, que en mi opinión se ha derrumbado, tendrá un pivote central: la tesis del aparato cultural y de los intelectuales enajenados dentro de ese aparato. Si yo fuese miembro de un partido revolucionario latinoamericano, uno de mis principales objetivos sería establecer una estación clandestina de radio, dentro o fuera del país. El radio es el instrumento cultural por excelencia en América Latina.

GARCÍA TERRÉS: *O la televisión, como en Cuba...*

Aventura del Pensamiento

LA ORGANIZACION DE ESTADOS AMERICANOS Y LA NO INTERVENCION*

Por *Guillermo DÍAZ DOIN*

COMO corolario y eco de la afirmación formulada el 13 de febrero de 1959 por el Presidente de Venezuela al leer su mensaje ante el Congreso, de que su gobierno pediría a la O.E.A. la exclusión de todos aquellos cuyos poderes no fuesen legítimos, es decir, de todo gobierno dictatorial, un grupo de destacadas personalidades continentales lanzó una iniciativa, conocida posteriormente como "declaración de Caracas", por haber sido suscrita en dicha ciudad, solicitando a los gobiernos democráticos de América que excluyesen a las dictaduras del seno de la Organización de los Estados Americanos, y que esta agrupación regional, en cumplimiento cabal de los principios normativos de la Carta de Bogotá, se integrase únicamente con gobiernos emanados de la voluntad popular y respetuosos de los derechos humanos.

Evidentemente la iniciativa del presidente Betancourt secundada por los distinguidos políticos e intelectuales americanos constituye una plausible empresa de nobilísimos alcances; pero es indudable también que, su eventual puesta en práctica, habrá de tropezar con muchas resistencias y obstáculos. Pues no puede olvidarse que son todavía legión los que defienden, contra viento y marea, los principios de la soberanía absoluta de los Estados y de la no intervención. La propia Carta de la O.E.A. establece lo siguiente en su artículo 15: "Ningún Estado o grupo de Estados tiene derecho a intervenir, directa o indirectamente, y sea cual fuere el motivo, en los asuntos internos o externos de cualquier otro. El principio anterior excluye no

* Una apostilla de la Dirección. Publicamos este artículo porque contiene puntos de vista interesantes aun cuando disintamos de algunos de ellos. Invitamos a los especialistas a discutir tan importante problema.

solamente la fuerza armada, sino también cualquier otra forma de ingerencia atentatoria de la personalidad del Estado, de los elementos políticos, económicos y culturales que lo constituyen". Por consiguiente, si no se prescinde del espíritu y la letra de ese artículo, no será fácil excluir o expulsar a ningún Estado de la mencionada Organización, pues la adopción de esa medida sin duda alguna sería considerada como una ingerencia en su política interna.

Tal como aparece redactada la Carta de la O.E.A. no es posible *obligar* a los gobiernos a regirse por principios democráticos y a ser respetuosos de los derechos humanos. Cualquier decisión en ese sentido se vería condenada a la inoperancia, ya que la Organización carece de la más mínima posibilidad de coacción para hacerla cumplir. Para que eventualmente puedan adoptarse medidas democratizadoras, como la que comentamos, será necesario realizar previamente una reforma sustancial de la Carta, estableciéndose que, para ser miembro de dicha Comunidad Americana, es indispensable que los Estados que la integren se rijan por gobiernos *legítimos* y no *dictatoriales*, y que, asimismo se comprometan a no violar ni desconocer los derechos consagrados en la Declaración de Bogotá de 1948. Ello implica, ciertamente, la necesidad de que todos esos Estados miembros acepten una merma de su soberanía y dejen de rendir supersticioso culto al dogma de la no intervención.

Entiendo que, sin una reforma sustancial de la Carta, no habrá posibilidad de resolver problemas como el que examinamos. Se requiere que se conciba y organice la O.E.A. con un espíritu diferente: que, en vez de funcionar como una asociación de Estados absolutamente soberanos e independientes, resultado de un pacto, en virtud del cual cada miembro se reserva el derecho de denunciar la Carta por su propia decisión, se constituya en cambio, una Comunidad, en la que, en determinados aspectos, prive el interés general por sobre el particular de cada uno de los Estados integrantes de aquélla. En una palabra, hay que crear, aunque en forma limitada, una especie de Confederación funcional, por lo que respecta a la universalidad de la democracia y a la efectiva vigencia de los derechos humanos.

En realidad, debe reformarse la Carta de la O.E.A. de suerte que quede garantizado en el Continente Americano

el régimen democrático, en su doble aspecto, legitimidad de origen de los gobiernos y respeto de la mayoría a la minoría. Pues, un gobierno, para que pueda considerarse, fundadamente, que responde a las cánones de la democracia, necesita reunir estos dos requisitos: título incuestionable y ejercicio del poder de acuerdo con las normas constitucionales. Cuando falta uno de esos dos elementos, o ambos, un régimen no puede estimarse democrático ni liberal.

Sólo podrá llegarse a una efectiva solidaridad continental, si se impide la existencia de regímenes dictatoriales y despóticos en este hemisferio. Ello no constituye, sin embargo, un problema interno, sino externo. No sólo le interese a cada país, individualmente, sino a la totalidad de ellos, que se descarte la eventualidad de *agresiones internas*, vale decir el peligro de levantamientos militares o civiles que amenacen la unidad democrática americana. La solidaridad actual entre los Estados del Continente, que, de conformidad con lo establecido en el tratado de Asistencia Recíproca de Río de Janeiro de septiembre de 1947, considera "un ataque de cualquier Estado a un Estado americano, como un ataque contra todos los Estados americanos", debe ampliarse a otra clase de agresiones, entre otras, verbigracia, a los golpes de Estado, sublevaciones militares o revoluciones que se produzcan contra el gobierno de un país del hemisferio, estableciéndose que dichos actos se reputarán *hostiles y delitos de rebelión* contra toda la comunidad americana y deberán ser repelidos y sancionados, por tanto, como tales, por la O.E.A.

Entiendo que sólo así se podrá acabar alguna vez con los frecuentes cuartelazos y revoluciones, impidiendo que la estabilidad de los gobiernos representativos y de origen democrático quede a merced de cualquier pandilla de militares o caudillos ambiciosos. Hay que poner fuera de la ley interamericana a los Estados cuyos gobiernos no practiquen la democracia o nieguen o no reconozcan a sus ciudadanos los derechos y garantías consagrados en la Declaración de Bogotá de 1948.

Estoy convencido de que la democracia y la vigencia de los derechos humanos no pueden defenderse *fronteras adentro*, sino que se precisa, para que esa defensa sea efectiva, la creación de un sistema de seguridad interamericano (que podría llevar a la práctica la O.E.A.), en virtud del cual la comunidad

continental cuente con medios para prestar protección y amparo a los gobiernos y los ciudadanos frente a los eventuales golpes de Estado de los aspirantes a dictador y a la arbitrariedad y desconocimiento de los derechos más elementales por parte de los gobernantes despóticos. Para ello, para prevenirse frente a ese riesgo, ciertamente muy probable, deberá establecerse que sólo podrán integrar la Organización de los Estados Americanos aquellos cuyos gobiernos tengan limpio origen democrático y se comporten como tales. De no concurrir esas circunstancias, no podrán ser admitidos en la comunidad americana, y, en caso de pertenecer ya a ella, deberán ser excluidos como miembros integrantes de la misma.

Todo gobierno de facto o de hecho surge como consecuencia de un acto de fuerza. Por consiguiente, teniendo en cuenta que ello implica no sólo una violación del orden constitucional del país respectivo, sino también del de *todo el Continente*, entiendo que, antes de ser reconocido por los restantes gobiernos americanos, sería conveniente que lo fuera por la O.E.A. Sin ese reconocimiento previo, los miembros de dicha Organización no podrían mantener, individualmente, relaciones con el gobierno surgido en esa forma anormal. Pero, para que la Organización de los Estados Americanos pudiera efectuar ese reconocimiento, sería condición *sine qua non* la concurrencia de ciertos requisitos, entre otros, el compromiso por parte del gobierno cuestionado de realizar elecciones libres dentro de un plazo determinado, al propio tiempo que la aceptación de un control interamericano, a través de funcionarios fiscalizadores designados por la O.E.A., que tendrían a su cargo la misión de verificar la corrección de los comicios. Considero que casi la totalidad de los gobiernos americanos no pondrían reparos a suscribir un tratado de asistencia recíproca, en virtud del cual se garantizase la subsistencia y funcionamiento de las instituciones democráticas en sus respectivos países, pues ello equivaldría a concertar una especie de seguro mutuo que los protegería de la eventualidad de ser desplazados por golpes de fuerza desencadenados por minorías audaces o caudillos ambiciosos.

Indudablemente, para poder llevar a cabo las ideas que acabo de exponer, se requiere una modificación sustancial de la Carta de la O.E.A. En primer término, habría que establecer un vínculo más efectivo entre los Estados miembros, que contri-

buyese a crear una real solidaridad en las decisiones, sin escapatoria posible. Lo primero que se advierte al examinar el estatuto de la Organización de los Estados Americanos es que carece de una norma concreta que permita la expulsión de los miembros que violen los principios de la Carta. En este aspecto se diferencia de las Naciones Unidas; ya que en esta entidad, no obstante ser más universal, de acuerdo con lo dispuesto en el artículo 6° de su estatuto, todo Estado integrante de la Organización que viole repetidamente sus principios, puede ser expulsado de la misma. Esta posibilidad de sanción para aquellos miembros que no cumplan los compromisos pactados, se echa de menos en la O.E.A. Evidentemente, todas sus declaraciones y resoluciones, quedan convertidas en meras expresiones platónicas, sin la menor eficacia, al ser susceptibles de desconocimiento por parte de cualquier miembro.

Se pretende justificar esta carencia de coerción, aduciendo la conveniencia de mantener la unidad y la colaboración de todos los Estados del Continente. Sin embargo cabe objetar que puede ser equivocado, e incluso conveniente, sacrificar, en nombre de una falsa y aparente solidaridad panamericana, el mantenimiento y la efectividad de las instituciones democráticas y libres, consustanciales con el espíritu del Nuevo Mundo. Está bien que se procure por todos los medios, que impere la armonía y el entendimiento entre todos los países americanos, pero siempre que ello no se logre a expensas de concesiones que desconozcan la aludida necesidad del imperio de la democracia y la libertad en el Continente. Entre una unidad y solidaridad basadas sólo en razones geográficas, de contigüidad territorial o hemisférica, y una vinculación ideológica, que garantice regímenes liberales y democráticos, creo que no cabe opción. ¿Qué eficacia puede tener, por otra parte, una organización en la que no exista comunidad de principios, propósitos e ideales? En la primera oportunidad en que hubiese de afrontarse un problema fundamental, la institución se desintegraría o caería en la inoperancia. Este es el peligro de una solidaridad continental, basada exclusivamente en razones meramente geográficas. Hay que aspirar sin duda alguna a la unidad entre todos los Estados de América; pero conservando simultáneamente también como meta permanente la defensa y efectividad de las instituciones democráticas y libres.

Sin embargo, no es la aspiración de mantener la solida-
ridad continental el principal obstáculo para la existencia de
una Organización de Estados Americanos, dentro de la cual se
excluya a los gobiernos antidemocráticos y negadores de los
derechos humanos. Como ya he dicho antes, existen dos incon-
venientes para llevar a la práctica ese proyecto de democra-
tización de la O.E.A. Son ellos el principio de la soberanía
absoluta de los Estados y su consecuente, ya que va contenido
implícitamente en el primero, el de la no intervención.

Antes de seguir adelante, será preciso analizar esos con-
ceptos, a fin de poner claridad en la argumentación. En pri-
mer término, conviene que nos enfrentemos con el problema
de la soberanía absoluta de los Estados, pues de nuevo surge
en nuestro camino el dogma de su intangibilidad. He anali-
zado ya en otras ocasiones esta cuestión, y llegado siempre a
la conclusión de que, mientras se siga rindiendo culto super-
sticioso a ese mito contemporáneo, no habrá posibilidad de
organizar una paz efectiva, ni de ordenar una vida internacio-
nal que funcione con arreglo a ciertos principios y leyes. Se
olvida con demasiada frecuencia que el concepto de soberanía
nacional es una de tantas invenciones hechas por el hombre
en el curso de su trayectoria hacia metas más ambiciosas y
que si bien representa una superación con respecto a etapas
anteriores, no constituye, sin embargo una adquisición perma-
nente y definitiva. El concepto de soberanía es relativamente
moderno. Tuvo su origen en Francia y fue desconocido en la
antigüedad y en el medievo, ya que sólo pudo surgir cuando
se produjo la coexistencia de varios Estados con poder igual
o equivalente. Apareció por primera vez, cuando el Estado
francés se enfrentó con el pontificado como potencia temporal.
La expresión *souvrain*, antecedente etimológico de la palabra
soberanía, tuvo desde sus primeros momentos, un sentido su-
perlativo, es decir, el de *poder supremo*. Soberanía significa,
pues, la no subordinación a otra potencia, es decir, la plena
capacidad internacional para obrar sin sujetarse a la voluntad
de otro Estado extranjero.

La soberanía es, pues, la consecuencia de la aparición en
el mundo de varios Estados con poder igual o aproximado. Lo
cual nos lleva a la conclusión de que la soberanía no puede ser
prácticamente absoluta en ningún caso, ya que acaba o se ve
limitada por la soberanía de los demás. Esa es la explicación

de que, cuando dos soberanías entran en conflicto, se produzca la guerra. Es un imperativo, pues, de la época en que vivimos limitar las soberanías, desposeyéndolas de su carácter absoluto. Teórica y prácticamente, se impone el establecimiento de normas que las regulen y, por qué no decirlo, aunque resulte paradójico, que las subordinen a fines más altos y trascendentes. Hay, sin embargo, quien considera que esas eventuales limitaciones representarían la anulación de la independencia nacional. Pero, al pensar así, se sufre una equivocación. No la anularía, de la misma suerte que la existencia de un orden jurídico no suprime la libertad individual en la esfera civil. La libertad no es la facultad de hacer cada cual lo que le place, pues esto sería la anarquía, la lucha de *omnes erga omnes*, sino la posibilidad de obrar espontáneamente dentro del marco establecido por el derecho. Esta es la única forma de garantizar la convivencia pacífica de la pluralidad de voluntades individuales. Del mismo modo, la independencia nacional —equivalente en el plano internacional a la libertad del individuo en la esfera civil— no sufriría menoscabo por el hecho de aceptar limitaciones a la soberanía y admitir la existencia de una comunidad internacional encargada de velar por el cumplimiento de la ley. Por el contrario, la independencia de las naciones, su facultad de autodeterminación, cobraría cabal expresión en un mundo organizado con arreglo a derecho y en el que ningún Estado, por poderoso que fuera, pudiera extralimitarse.

Hechas estas consideraciones previas sobre el concepto de soberanía y sobre la necesidad de una organización internacional, estamos en condiciones de examinar si son o no válidas las razones con que se pretende defender el principio de la no intervención. Para ello, debemos lanzar, en primer término, una ojeada histórica, considerando el momento en que se formula la doctrina de que es encarnación ese principio y la evolución sufrida por aquélla en el curso del tiempo hasta llegar a nuestros días. La doctrina de la no intervención no es el resultado de una especulación de gabinete, ni ha surgido por generación espontánea en la mente de ningún estadista como una revelación. Como otros muchos principios políticos, es el precipitado resultante de una realidad histórica. Presenta, evidentemente, este principio de la no intervención características de oportunismo. Cualidad lógica, si se tiene en cuenta que esa doctrina fue formulada en el país oportunista por

excelencia, Inglaterra. La política de esta nación está siempre determinada por principios empíricos. Lo cierto es que la paternidad de la norma no intervencionista corresponde oficialmente a Castlereagh. Va ligada a su nombre. Sin embargo, aunque formulada por él, responde a una actitud tradicional inglesa, determinada por su condición insular. La política y la geografía se condicionan recíprocamente. El resultado de esta correlación se estudia en la moderna ciencia de la geopolítica.

Después de haber establecido el lugar de nacimiento del principio de no intervención, es preciso que nos preguntemos en qué consiste esa doctrina tan discutida. Para empezar, diré que ese principio fue una de las muchas consecuencias de la Revolución francesa. Dicho más exactamente, fue un resultado más de las muchas reacciones y acontecimientos determinados por ella. La Revolución y su resaca, es decir todo el proceso que se inicia con el asalto a la Bastilla y se cierra—aunque no definitivamente—con el Congreso de Viena y los que siguieron a éste, engendraron una serie de movimientos intervencionistas de signo diferente, ya en favor de los pueblos ansiosos de ser liberados, ya con el propósito de restaurar las monarquías derribadas por el vendaval napoleónico. Lo cierto es que, a partir de 1792, los acontecimientos políticos y militares de Francia determinan la política intervencionista, inspirada en el propósito de llevar la revolución más allá de las fronteras, por medio de las armas, es decir sirviéndose de la guerra como instrumento de propagación de las nuevas doctrinas. El Directorio, El Consulado y el Imperio son distintas etapas de ese proceso intervencionista y de guerras ininterrumpidas que desemboca en la batalla de Waterloo. Derrotado definitivamente Napoleón, se suscita el problema de restaurar las monarquías tradicionales y legítimas. Metternich, paladín esforzado de esa política, se inspira en una palabra mágica, "legitimismo". Las potencias vencedoras se disponen a rehacer el mapa de Europa restableciendo en sus "derechos" a las dinastías derrocadas. Sin embargo, en el seno de los países coaligados contra Napoleón se produce una discrepancia en cuanto a la política a seguir. Inglaterra expresa, por boca de Castlereagh, su disconformidad con respecto al rumbo que se pretende seguir, diciendo: "No es admisible que un Estado tenga derecho a intervenir en los asuntos de otro impidiendo los cambios legales o ilegales, *porque un Estado extranjero no puede*

ser juez de la legalidad". He aquí, en pocas palabras, formula-da la doctrina de la no intervención. Los conceptos del estadista británico eran la réplica categórica a la propuesta de Metternich de concertar un compromiso de reunir las fuerzas de las potencias aliadas para la eventualidad de que se produjese en Francia algún trastorno susceptible de amenazar la paz o la tranquilidad de sus vecinos.

Eso ocurría en Aquisgran en el año 1818. Este es el punto de partida de dos políticas opuestas, la de no intervención y la intervencionista. La primera la personifica Gran Bretaña. La segunda, Rusia, Austria y Prusia, y más tarde Francia, o, dicho en otros términos, Luis XVIII. Etapas de esa pugna dramática entre las dos fuerzas ideológicamente antagónicas, fueron los congresos de Troppau (1820), Laybach (1821) y Verona (1821). En este último, a raíz de la petición de ayuda de Fernando VII a Luis XVIII, Chateaubriand propone enviar un ejército al otro lado de los Pirineos para poner término al pronunciamiento de Riego. Inglaterra, por boca de Canning, vuelve a insistir en el derecho de los pueblos a elegir las formas de gobierno que estimen más convenientes, condenando una vez más, el principio de intervención y reclamando "el derecho de impedir la intervención política de cualquier potencia". No obstante, se produce la invasión de los "cien mil hijos de San Luis". Pero el principio intervencionista sufre, más adelante, una derrota cuando se trata de aplicarlo también a las colonias españolas en América, proclamadas independientes durante la invasión napoleónica de la metrópoli. Canning hace saber al emisario francés que "todo intento de restaurar el dominio de España o de establecer la autoridad de Francia en las colonias de América será considerado como un *casus belli*".

La fórmula no intervencionista adquiere su máxima consagración en la doctrina de Monroe, proclamada en 1823. Responde en términos generales al principio aislacionista, tradicional en la política norteamericana desde la época de Washington hasta 1946, en que Truman lo echó por la borda, como un lastre, y al principio de no intervención defendido por Inglaterra por boca de Castlereagh y luego Canning. Aislacionismo y no intervención, que no son otra cosa que las caras inconfundibles de un dios Jano, ante el que se prosternan muchos fieles, el dios de la soberanía absoluta de los Estados.

Vemos, pues, que la política de no intervención es en sus orígenes un postulado de la política inglesa tradicional. Acusa las características peculiares de su condición insular y de su poderío naval. Es una fórmula consecuente con su idiosincrasia. La conducta británica en la vida internacional es oportunista, se adapta a las circunstancias, responde siempre a las exigencias que dicta el momento. No se inmiscuye en los asuntos del continente, mientras no aparece una fuerza capaz de poner en peligro su seguridad. Entre tanto, mediante una hábil diplomacia, busca el modo de fomentar rivalidades y recelos entre las naciones europeas, con vistas a que se produzca un equilibrio de fuerzas. Por ello, mientras puede, "goza de la neutralidad", según la frase de Pitt. Así se explica que éste no quisiese intervenir contra la Revolución. Sólo se enfrentó con Napoleón, cuando el Corso representó una efectiva amenaza para Europa y constituyó un peligro para el equilibrio del Continente.

Por lo que he expuesto se advierte que la doctrina de la no intervención constituye en esencia la condenación categórica del principio intervencionista y representa, al mismo tiempo, una norma impecable desde un punto de vista teórico, ya que proclama y propugna el respeto al régimen político interno de cada país, supuesto éste indispensable para la buena convivencia internacional. Pero, reconocido esto desde un plano puramente abstracto, hemos de oponer al no intervencionismo algunos reparos. Es evidente que, habida cuenta del momento histórico en que fue formulada, la doctrina representaba el principio del liberalismo frente al absolutismo de las potencias de la Santa Alianza. Sin embargo, los principios y las doctrinas no sólo hay que considerarlos en razón de su conveniencia y oportunidad histórica, sino con arreglo a unas normas más permanentes. Es más, lo que entonces, en aquella época, a comienzos del siglo XIX, pudo representar una conquista, en estos momentos puede significar, en cambio, un retroceso o un obstáculo para la marcha de nuevas ideas. Además conviene no olvidar que todos los principios, por buenos que sean en sí, siempre han servido de pantalla y de máscara para llevar a cabo designios interesados.

Ahora bien, la política de no intervención, de "no entanglement", constituye, en efecto, la defensa del individualismo en el plano internacional. Propugna el respeto absoluto

a la facultad de autodeterminación de los Estados. Esto, en principio, está bien; pero siempre que ello no redunde en perjuicio de sus ciudadanos, ni de la comunidad internacional. Pues no puede aceptarse que, invocando el respeto a la autodeterminación de los gobiernos y condenando en términos absolutos la ingerencia exterior, se contribuya, en cambio a la anarquía en las relaciones internacionales. Indudablemente, así como el individualismo, en el orden interno, sufre sus limitaciones, establecidas por el poder público, así también, en el campo internacional, los miembros de la comunidad deben aceptar restricciones y leyes dictadas por un órgano supremo. Sólo así podrá existir un verdadero derecho internacional.

Ciertamente, el principio de no intervención constituye un exponente de máximo individualismo. Representa un ultraindividualismo, rayano con lo anárquico, en el plano internacional. Por consiguiente, las mismas razones que justifican la limitación de las facultades del individuo, dentro del Estado, explican que se restrinjan los derechos de las naciones en el orden internacional. La única exigencia que debe establecerse es que la imposición de esas restricciones se base en razones de orden superior. Lo que no puede admitirse, y ello es lo que ha dado argumentos valederos a los defensores de la no intervención, es que esas limitaciones se establezcan caprichosa o arbitrariamente. Lo mismo, pongo por ejemplo, que no se respeta en determinadas circunstancias la inviolabilidad del domicilio —uno de los derechos individuales más elementales consagrados por todas las Constituciones—, ¿por qué ha de ser indiscutible el derecho de los Estados a que no se intervenga en sus asuntos internos, cuando la ingerencia esté determinada por necesidades de orden público internacional? Si el hombre, para el que se reclama el máximo respeto, tiene que renunciar a veces a alguno de sus derechos primordiales, en razón de intereses superiores, no hay motivo para que el Estado —creación artificial— y uno de sus postulados, la soberanía, no se subordinen también ante consideraciones de orden supremo.

Sin embargo, para entendernos, será preciso que distingamos las distintas clases de intervención que pueden producirse. Hay intervenciones e intervenciones. Unas condenables, otras justificadas. Estamos de acuerdo con Castlereagh cuando proclama, en 1818, que "no es admisible que un Estado tenga derecho a intervenir en los asuntos de otro", pues ello cons-

titye un atentado para la independencia de los países. En efecto, ningún Estado, por poderoso que sea, puede erigirse en juez de otro diciendo acerca de su legalidad. Pero, lo que está prohibido por razones de moralidad y de conveniencia para la buena convivencia internacional, y constituye un acto arbitrario por parte de un país, si éste actúa por sí y ante sí, no está vedado, en cambio, si quien obra es la comunidad de los Estados, cuando está investida de poderes para regir a los miembros que la integran. Es decir, que la piedra de toque para juzgar si es aceptable o no la intervención en los asuntos internos de un Estado, está en que exista o no una organización internacional con facultades para hacerlo, en virtud de concesiones hechas por los miembros de la comunidad. En un mundo donde impere la anarquía internacional, o, dicho en otros términos, en el que cada Estado mantenga su soberanía absoluta, sin someterse a un poder u organización suprema, la intervención unilateral constituye un atentado a la autodeterminación de los Estados. Esa clase de intervención no puede aceptarse, y es deber y obligación de todo Estado soberano no admitirla. Pero no ocurre lo mismo cuando se trata de intervenciones colectivas decretadas por la comunidad internacional. Con una condición, naturalmente, que se trate de intervenciones activas o pasivas, basadas en motivos justificados y objetivos, es decir en aquellos casos en que un Estado viole la norma internacional de cumplimiento obligatorio.

No es momento ahora de establecer las situaciones en que procedería decretar esa intervención de la comunidad internacional en los asuntos internos de un Estado. Baste señalar que es ello una cuestión que requiere el máximo cuidado. La intervención—por otra parte pieza esencial e indispensable para la efectividad y cumplimiento de los compromisos internacionales— es un arma peligrosa que exige que se maneje con la mayor responsabilidad. En primer término, debe responder a un plan y a unas normas claramente fijadas. No debe olvidarse que la intervención, cuyo empleo debe medirse escrupulosamente, representa un instrumento al servicio de un sistema de ordenación internacional y que debe funcionar para la aplicación de preceptos previamente establecidos.

Resumiendo, mi opinión es la siguiente: si el mundo va a seguir funcionando a base de Estados nacionales que no se sometan a ningún ente supremo para resolver sus litigios, pre-

firiendo obrar por su sola y libérrima voluntad, entonces la no intervención constituye una norma correcta y conveniente para la buena convivencia internacional, ya que cualquier ingerencia representa un acto arbitrario y unilateral, y por consiguiente condenable. Por el contrario, si lo que se pretende es establecer un orden internacional en el que los Estados se vean sometidos a unas normas comunes de convivencia, con arreglo a un derecho supranacional con poder coactivo, entonces la intervención en los asuntos internos de un país, en vez de ser condenable, constituye una necesidad para el buen funcionamiento de esa comunidad.

Volviendo, después de analizar estos conceptos de intervención y no intervención, a la iniciativa de democratizar la Organización de los Estados Americanos, es evidente que esta entidad tiene ante sí la siguiente alternativa: continuar funcionando como simple asociación de Estados absolutamente soberanos e independientes vinculados sólo por un pacto denunciable unilateralmente o reformar la Carta y constituir una verdadera comunidad interamericana, en la que todos sus miembros cumplan, voluntaria o coactivamente, sus obligaciones, en virtud de una ley limitadora de sus respectivas soberanías.

No se entienda con lo que acabo de decir, que lo que propugno es una especie de Confederación, fase previa para una Federación Continental. Nada de eso. Lo que aconsejo es una organización de Estados soberanos, pero en la que se acepten algunas restricciones a la soberanía. Sin esa limitación, no será posible constituir una comunidad americana eficaz. Entre el Estado soberano e independiente y el federal, existe toda una gama y una serie de gradaciones posible. Por el momento, para lograr el objetivo sugerido por el Presidente de Venezuela, no sería ni siquiera necesario abandonar por completo el principio de no intervención. No sería preciso llegar a acciones colectivas por parte de la comunidad americana, que significasen una violación de los límites territoriales del Estado afectado por la intervención.

Si se tiene en cuenta que la relación entre los Estados, o entre uno de ellos y la comunidad internacional, es de carácter bilateral, y que cada una de esas partes, en virtud de su respectiva soberanía, es libre de mantener o no relaciones con la otra, o de adoptar determinaciones dentro de la esfera de su

competencia o de sus atribuciones, se comprenderá que no pueda objetarse, fundadamente, una medida, como sería el no reconocimiento de un gobierno por parte de otro, cuando en el primero no concurren los requisitos necesarios establecidos previamente. Esa, y no otra, sería la cuestión que plantearía la aplicación de la fórmula del no reconocimiento, por parte de la O.E.A., de aquellos gobiernos surgidos como consecuencia de un acto de fuerza o que desconociesen o violasen los derechos humanos consagrados en la Declaración de Bogotá de 1948. En efecto, en la relación jurídica internacional que consideramos aparecen dos titulares, cada uno de los cuales posee facultades de autodeterminación, que exigen respeto por parte del otro. Esto quiere decir que ninguno de ambos sujetos, el Estado susceptible de motivar la medida del no reconocimiento, de un lado, y la O.E.A., de otro, puede imponerse al otro; pero ello tampoco significa que ninguno de ellos pueda verse privado de la libertad de adoptar las decisiones que juzgue conveniente. En consecuencia, la O.E.A. tiene perfectísimo derecho, si así se establece en su Carta Orgánica, a adoptar una actitud pasiva, que no invade competencias ajenas, ya que no trasciende positivamente la órbita jurisdiccional del Estado afectado, al no reconocer a un gobierno de facto o al decretar la suspensión de las relaciones comerciales, económicas o diplomáticas con un gobierno que desconozca los derechos humanos o no cumpla sus compromisos internacionales. El asunto sería más complicado, aunque discutible, si de lo que se tratase fuese de investir a la Comunidad internacional de facultades de intervención *positiva* —no *pasiva*, como en el supuesto que consideramos— en los asuntos internos de uno de sus Estados miembros. Evidentemente, podrían oponerse reparos a una acción positiva contra un gobierno, pues ello representaría un atentado contra la soberanía e independencia de ese Estado. Pero, lo que, en cambio, no podría objetarse es el derecho de una comunidad de Estados a no entrar en relación o a suspenderla, en cualquier aspecto, e incluso totalmente, con un país que no cumpliera con determinados requisitos o condiciones previamente establecidos. Lo contrario equivaldría a negar la soberanía, en nombre de otra soberanía. Supuesto que, naturalmente, carece de fundamento lógico. Aunque, por otra parte, ello constituiría un absurdo más de los muchos a que da lugar el principio de la soberanía abso-

luta, que niega, teóricamente, la posibilidad de una relación pacífica entre los Estados, por ausencia de una suprema norma reguladora.

No puede, pues, impugnarse la fórmula del no reconocimiento de los gobiernos surgidos en virtud de un acto de fuerza, alegando, como se hizo a raíz de formularse la doctrina llamada Tobar —que propugnaba ese no reconocimiento— que esa medida constituye una intervención en los asuntos internos de otro Estado. No puede aceptarse ese argumento, por las razones anteriormente expuestas, es decir que en toda relación bilateral cada parte tiene derecho a que se respete la autonomía de su voluntad, y a no aceptar imposiciones de la otra. Lo contrario significaría, prácticamente, la subordinación del Estado o Estados que se negasen a reconocer, y aquel otro al que se pretende hacer objeto de esa medida. Pero tampoco corresponde aceptar como válida impugnación de esa práctica del no reconocimiento, la experiencia realizada en los últimos cincuenta años. En efecto, los que se oponen a la aplicación de esa medida del no reconocimiento, alegan en apoyo de su tesis el fracaso de la doctrina formulada por el ex-ministro de Relaciones Exteriores del Ecuador, Carlos R. Tobar, en 1907, y adoptada posteriormente por algunos gobiernos americanos, entre ellos el de los Estados Unidos de Norteamérica. Se basan para hacer esa afirmación de fracaso, en el hecho de que dicha práctica fue abandonada en 1915, a raíz del conflicto surgido entre México y Norteamérica. En aquella ocasión, aceptada la mediación de seis repúblicas americanas para resolver el diferendo, ellas recomendaron el reconocimiento, en el primero de los mencionados países, de cualquier gobierno *de facto* capaz de garantizar la vida y los bienes de nacionales y extranjeros. Ello constituyó un mal golpe para la doctrina, y, si bien se la continuó aplicando en algunos casos, fue definitivamente abandonada en 1930, al reconocerse, sin dilación, a algunos gobiernos *de facto* surgidos en varios países americanos.

Sin embargo, no obstante la experiencia mencionada, considero que ello no autoriza a juzgar fracasada la institución en sí, sino tan sólo la forma en que ha sido aplicada. Debo repetir, al respecto, algo semejante a lo dicho al referirme al principio de la intervención. El no reconocimiento y la intervención no son aceptables, cuando esas medidas se aplican unilateralmente, por un solo Estado con relación a otro. Pero, por el

contrario, constituyen prácticas recomendables, dada su eficacia, cuando son adoptadas por la comunidad internacional. En ese caso, ambas medidas poseen los requisitos de universalidad y objetividad indispensables para no ser tachadas de arbitrarias y parciales.

Para terminar, voy a tratar de resumir mi pensamiento, diciendo que si se quiere convertir la Organización de Estados Americanos en una institución eficaz al servicio de los ideales democráticos del Continente, es imperativo que se arbitre un procedimiento adecuado para que sus miembros respeten y cumplan las normas de la entidad, eliminando o no admitiendo en su seno a aquellos gobiernos surgidos de un acto de fuerza o que violen los derechos humanos consagrados en la Declaración de Bogotá. Sólo así podrá lograrse una vigencia efectiva de la democracia en América.

EXISTENCIA Y DESTINO DEL HOMBRE SEGÚN JOSÉ ORTEGA Y GASSET Y JEAN-PAUL SARTRE

Por *Hugo RODRIGUEZ-ALCALA*

"La vida es en sí misma y siempre un naufragio... El pobre humano, sintiendo que se sumerge en el abismo, agita los brazos para mantenerse a flote..."—*J. O. G.*

La liberté, c'est l'exil, et je suis condamné à être libre...—*J.-P. S.*

I

COMPARARÉ en este ensayo las ideas fundamentales de Ortega y de Sartre sobre la existencia y el destino humanos. No voy a intentar un estudio de fuentes, sino sólo a señalar coincidencias y disparidades. A lo más, y aparte de subrayar el acuerdo o desacuerdo de ambos escritores ante la existencia y el destino, me limitaré a exponer las ideas con que Ortega familiarizó a sus lectores muchos años antes que Sartre les diera su personal vestidura.¹

¹ GUILLERMO DE TORRE, en su libro *Valoración literaria del existencialismo* (Buenos Aires: Editorial Ollantay, 1948), págs. 74 y siguientes, se queja de que no se hayan estudiado los precedentes españoles del existencialismo, tan claros en Unamuno, Machado y Ortega y Gasset. Años después, R. M. Alberes, en su excelente libro *Jean-Paul Sartre* (Paris: Editions Universitaires, 1953), págs. 11 y 54, se refirió a Unamuno como a un precursor entre otros, olvidándose de Ortega. Y eso que, como muy atinadamente subraya Guillermo de Torre, "donde las precedencias son más explícitas y abundantes es la obra de José Ortega y Gasset", *Op. cit.*, pág. 77.

II

¿QUÉ es la vida humana, según Ortega? Es programa, proyecto, tarea continua; es acción, es autofabricación.² La existencia es algo que nos pasa, que nos acontece; algo que no nos es dado hecho sino que, por el contrario, debemos hacer. La vida es un hacer, o, mejor, un quehacer conforme a un plan o proyecto, porque somos nosotros quienes debemos determinar qué sea lo que hemos de ser.

No tenemos, pues, un *ser* sino que constituimos una aspiración a ser. Es más: carecemos de realidad tanto corporal como espiritual y, sólo como un conato de ser nos identificamos con un programa.³

Por consiguiente, nuestra vida consiste en la invención de un personaje imaginario y en un esfuerzo para representar el papel que a ese personaje atribuimos. Resultamos ser, pues, hijos o hechuras de nosotros mismos, criaturas de nuestra imaginación y nuestra voluntad, novelistas de nuestro propio ser. Al revés que la roca que ya *es* y que mientras exista será lo que es, nosotros, en suma, no somos todavía porque no tenemos naturaleza. Nuestra vida, así mirada, *se desnaturaliza*; está exenta de fijeza y consistencia y, según Ortega, es un gerundio, un *faciendum*, y no un participio, un *factum*.⁴ Todos los otros seres tienen naturaleza. Sólo el hombre tiene solamente historia. Puesto que no somos todavía, tenemos que elegir lo que seremos, y, este elegir o, mejor dicho, este tener que elegir, evidencia el hecho de que somos libres. En el mundo natural en que nos encontramos viviendo, un mundo sujeto a la necesidad inexorable, caemos en la cuenta de que la libertad nos ha sido dada como una carga, como una obligación, la cual es, a su vez, inexorable. Podemos decir, por consiguiente, que entre todos los demás seres, sólo nosotros estamos forzados a ser libres.⁵

² ORTEGA, *Obras completas* (Madrid: Revista de Occidente, 1947), tomo V, págs. 337 y siguientes.

³ *Ibid.*, págs. 235, 340.

⁴ *Obras*, VI, págs. 32-33.

⁵ *Ibid.*, VI, pág. 34. En su libro *Ortega y Gasset* (Barcelona: Editorial Seix Barral, S. A., 1958), pág. 108, José Ferrater Mora escribe en nota marginal: "La libertad como algo a lo cual 'estamos condenados' es uno de los temas más insistentemente desarrollados por el existencialismo francés, especialmente el de Jean-Paul Sartre, a partir de 1941".

El hombre, según Ortega, es un náufrago en el mundo natural; un ser que se encuentra solo en el naufragio en que consiste su existencia, sólo con su yo futurista y con su circunstancia. Es decir: se encuentra con un drama—su vida— en que dos protagonistas deben actuar: un yo que quiere *ser* y que para *ser* necesita absorber algo que no es él, un no-yo, algo que el filósofo llama su circunstancia.⁶

¿Qué significa, en terminología existencialista, el que seamos mero proyecto o programa y que no tengamos naturaleza? Simplemente, que la existencia precede a la esencia. Esto es exactamente lo que mucho después que Ortega iba a afirmar Jean-Paul Sartre como el principio fundamental del existencialismo.

Mi existencia, concebida como proyecto o programa es futuriación. Para realizar el programa que soy debo actuar. Mi vida es, pues, decisión, acción, actividad. ¿Quiere decir Ortega que mi yo es mis actos, nada más que mis actos, que no soy un agente sino una actividad sin agente? Según Ortega, la respuesta es que no soy más que mis actos, o, mejor dicho, un programa de acción y sus actos.

Esta teoría activista, esta doctrina insustancialista del yo, la formula Ortega sin ofrecernos una explicación fundamental. Yo, que no soy un agente, no soy un alma o una mente *que obra*. Yo soy tan sólo, como proyecto de ser, nada más que lo que estoy haciendo en vista de ese proyecto. Sin detenerse en tan grave cuestión, Ortega escribe:

Se dirá que no puede haber programa si alguien no lo piensa, si no hay, por lo tanto, idea, mente, alma o como se le quiera llamar. Yo no puedo discutir esto a fondo porque tendría que embarcarme en un curso de filosofía.⁷

Llegamos, pues, a la conclusión de que yo soy un *self-made* programa, un proyecto que nadie ha elaborado. Es decir, antes de ser programa, no era yo nada, y el programa o proyecto surgió de sí mismo. Mi yo es, por consiguiente, un *ens causa sui*. El fénix, por lo menos contaba con sus cenizas para renacer; el yo orteguiano no cuenta con nada y resulta inexplicablemente autocausado.

⁶ *Obras*, tomo I, pág. 319; VI, págs. 34, 55, 349.

⁷ *Ibid.*, tomo V, pág. 334.

Ya que nadie hace este yo-programa, y los actos de este yo no se adscriben a ningún agente, la existencia, vista a esta luz, constituye el protagonista del Devenir. Y el Devenir, en opinión de Guido de Ruggiero, resulta así acéfalo. He aquí, agrega este crítico, "la enorme ilusión del existencialismo". Esta filosofía cree poder arreglárselas sin los *agentes* de la filosofía tradicional. Pero, en rigor, o los presupone implícitamente, o hace del Devenir "la escena de fenómenos fugitivos privados de consistencia".⁸

III

LOS argumentos que esgrime Ortega en apoyo de la tesis de que el hombre no tiene naturaleza sino historia, son los siguientes: La ciencia moderna, a pesar de sus logros maravillosos en la esfera de la naturaleza, ha fracasado en su intento de obtener un conocimiento adecuado del hombre. Por ciencia moderna, Ortega entiende la ciencia físico-matemática y la ciencia biológica que, juntas, constituyen el cuerpo de la ciencia natural o razón.⁹ Esta ciencia ha demostrado ser absolutamente incompetente para averiguar algo cabalmente verdadero sobre el hombre, porque la vida humana no es una *cosa* y, por consiguiente, trasciende de la esfera de la naturaleza, dentro de la cual las cosas se comportan conforme a leyes generalmente reductibles a ecuaciones matemáticas. Por esto, los supuestos tradicionales más radicales que esa ciencia ha aplicado al estudio del hombre, son erróneos. El error sobre que se asienta la ciencia moderna tiene una larga historia. Es una herencia de la filosofía de los eleáticos, pues, desde los tiempos de Parménides, afirma Ortega, el hombre occidental ha concebido el ser de los objetos como poseyendo fijeza, estabilidad, actualidad.¹⁰

Esta creencia básica, nunca esencialmente abandonada, ha dominado en la ciencia occidental desde entonces, bien que experimentando algunas atenuaciones y purificaciones a partir

⁸ *Existentialism, Desintegration of Man's soul*, Trans. by Rayner Heppenstall, (New York: Social Sciences Publishers, 1948), pág. 87.

⁹ *Obras*, tomo VI, págs. 20, 21 y siguientes,

¹⁰ *Ibid.*, pág. 28,

de Aristóteles hasta Boyle y, más tarde, a través de Comte y Mill.

Pero el concepto de naturaleza, y el de la naturaleza de los objetos han permanecido, fundamentalmente, los mismos, con las características de identidad, invariabilidad, estabilidad, bien que aparezcan bajo el ropaje de formulaciones diversas. Pues lo que en la antigua ontología se llamaba *naturaleza* y lo que en la ciencia moderna se llama "ley de los fenómenos inestables" o "la invariabilidad de las leyes de la naturaleza", resulta, en el fondo, la misma cosa. La estabilidad y fijeza presupuestas en esos conceptos son de inspiración eleática.

Sin embargo, después de Kant, fue posible caer en la cuenta de que el eleaticismo ha sido "una intelectualización radical del ser",¹¹ esto es, una "proyección sobre lo real del modo de ser peculiar de los conceptos",¹² Comprendiendo ahora que lo real no es lógico, que solamente el pensamiento es lógico, aunque "el objeto matemático presente simas de ilogismo tan tremendas como 'el laberinto de las dificultades de los continuos'",¹³ Ortega nos invita a renunciar al esfuerzo estéril de aplicar al estudio del hombre un concepto del ser deducido de la estructura del pensamiento mismo, el cual es sólo aplicable a las *cosas*.

En suma, la ciencia moderna, esto es, el *naturalismo*, ha fracasado porque era básicamente intelectualista. Mas también otro intento de hallar la verdad con respecto al hombre ha fracasado; un intento que constituyó una reacción contra las ciencias naturales y que trató de monopolizar el estudio del hombre: las llamadas *Geisteswissenschaften*. Las ciencias del espíritu partieron del concepto de "espíritu" como algo opuesto a la naturaleza,¹⁴ y, sin embargo, el espíritu, tal como estas ciencias lo concibieron, llevaba en sí la vieja doctrina del ser: "El espíritu, si algo en el mundo lo es, es identidad y, por tanto, *res*, cosa, todo lo sutil, etérea, que se quiera".¹⁵ En vano, por tanto, las ciencias del espíritu buscaron la naturaleza del hombre, porque el hombre, el yo, no tiene *thinghood* o cosidad estable. El concepto de espíritu, pues, era larvado naturalismo; se apo-

¹¹ *Ibid.*, pág. 30.

¹² *Ibid.*

¹³ *Ibid.*

¹⁴ *Ibid.*, págs. 26-27.

¹⁵ *Ibid.*, pág. 30.

yaba en una idea errónea del ser viviente y estaba, desde el principio, condenado al fracaso.

El cuerpo humano y la psique humana han sufrido, en la evolución, mutaciones de importancia desdeñable. El cuerpo del hombre y su psique no son su naturaleza; son, sí, cosas con que él se encuentra viviendo. Lo que cambia en el hombre de cultura a cultura y de siglo en siglo, es la vida humana, y la vida humana *no es una cosa*. La historia nos enseña cuán radicales son estos cambios en cuanto a creencias, aspiraciones, actitudes. La sustancia de la vida humana es cambio, no una realidad fija, estable, invariable. La vida humana es, dicho de otro modo, un drama:

Como la vida es un 'drama' que acontece y el 'sujeto' a quien acontece no es una 'cosa' aparte y antes de su drama, sino que es función de él, quiere decirse que la 'sustancia' sería su argumento. Pero si éste varía, quiere decirse que la variación es 'sustancial'.¹⁶

El hombre, por consiguiente, repitámoslo, no tiene naturaleza y lo que tiene es historia. El hombre es lo que ha sido hasta la fecha y lo que será mañana como resultado del condicionamiento histórico. Y no será, por tanto, nunca lo que ha sido: el futuro ofrece al hombre múltiples posibilidades de ser; detrás de él, en su pasado, yace lo que él ha sido. Y lo que él ha sido actúa negativamente sobre lo que podrá ser.¹⁷

La razón físico-matemática, en suma, es impotente para comprender algo que no *está* en la naturaleza sino en la historia. Sólo un nuevo tipo de razón, definido y preconizado por Ortega, podrá enfrentarse con el problema del hombre y decir la verdad acerca de él. Esta razón lleva el nombre de razón histórica:

Para mí es razón, en el verdadero y riguroso sentido, toda acción intelectual que nos pone en contacto con la realidad, por medio de la cual topamos con lo trascendente.¹⁸

La vida humana es la realidad radical (porque todas las otras se dan dentro de ella) y, por consiguiente, la razón his-

¹⁶ *Ibid.*, pág. 35.

¹⁷ *Ibid.*, pág. 37.

¹⁸ *Ibid.*, pág. 46.

tórica es la razón suprema. Es forzoso hoy, tras el fracaso de las viejas doctrinas del hombre, reconocer el hecho de que el hombre no es, como queda dicho, una *cosa*, e iniciar una forma de pensar no eleático. Porque ha llegado "la hora de que la simiente de Heráclito dé su magna cosecha".¹⁹

IV

PARTIENDO de una negación categórica de la existencia de Dios, Jean-Paul Sartre afirma:

El existencialismo ateo que represento yo... declara que, aunque Dios no existe, al menos hay un ser en quien la existencia precede a la esencia; un ser que existe antes de poder ser definido por concepto alguno, y que ese ser es el hombre, o, como Heidegger dice, la realidad humana. ¿Qué quiere decir que la existencia precede a la esencia? Quiere decir que el hombre existe primero, que se encuentra, que aparece en el mundo, y que se define después. El hombre, tal como lo concibe el existencialista, si no es definible, es porque al principio no es nada. El será después, y será tal como se haga. De modo que no hay naturaleza humana, pues no hay un Dios que la conciba. El hombre *es* solamente, no solamente como él se concibe, sino como él se quiere, y como se concibe después de la existencia, como se quiere después de este *élan* hacia la existencia; el hombre no es nada más que lo que él se hace. Tal es el primer principio del existencialismo.²⁰

La inexistencia de Dios es un *leitmotiv* sartreano que no aparece en Ortega. Con la negación de Dios Sartre no sólo explica la prioridad de la existencia sobre la esencia, sino también la inexistencia de los valores. Dios no existe y por consiguiente tampoco existe una conciencia que haya pensado lo Bueno o lo Justo. De aquí que el hombre sea el existente abandonado, el desamparado, el ser *délaissé* de un mundo sin sentido. Un mundo en el cual debe el hombre hacerse a sí mismo y en el cual debe conferir sentido a cuanto lo rodea en su azorante abandono.

¹⁹ *Ibid.*, pág. 34.

²⁰ *L'Existentialisme est un Humanisme* (Paris: Nagel, 1946), págs. 21-22.

Recordemos ahora el concepto orteguiano del yo-programa y veamos si Sartre coincide sobre este punto capital:

El hombre existe primero, es decir que el hombre es primero *ce qui se jette vers un avenir, et ce qui est conscient de se projeter dans l'avenir*. El hombre es primero un proyecto que se vive subjetivamente, en lugar de ser *une mousse, une pourriture ou un choufleur*; nada existe antes de este proyecto; nada hay en un cielo inteligible, y el hombre será primero lo que habrá proyectado ser.²¹

Como el hombre orteguiano, pues, el hombre sartreano es *d'abord un projet*. Ahora bien, como no hay naturaleza humana ni dada ni fija, no hay determinismo y, por tanto, el hombre es libre, "el hombre es libertad". Solo, abandonado a su libertad, lanzado a su tembladal ontológico, sin ningún ser superior a quien recurrir, el hombre está condenado a ser libre.

Todo lo antes dicho prueba que Ortega y Sartre están de acuerdo sobre lo fundamental en cuanto a la teoría del hombre. En el hombre, según vemos en ambos escritores, la existencia precede a la esencia y el viejo problema de la libertad y del determinismo, se resuelve de idéntica manera; soy libre porque no teniendo una naturaleza fija, estable o, mejor, porque no teniendo yo naturaleza alguna, debo hacerme a mí mismo y elegir lo que he de ser. En suma, debo ser mi propio novelista.

Veamos si aun en la definición sartreana del hombre hay una similitud no sólo teórica sino terminológica con respecto a la de Ortega: Con este propósito, consideremos otro aspecto de la doctrina del yo-proyecto; esto es, la noción correlativa del yo insustancial o activista. Dicho de otro modo: la noción según la cual ser = hacer:

El hombre no es nada más que su proyecto; existe sólo en la medida en que se realiza a sí mismo, no es nada más que el conjunto de sus actos, nada más que sus actos.²²

¿De quién es esta afirmación? ¿De Ortega o de Sartre? del primero, pero podría haber sido escrita, sin cambiar una

²¹ *Ibid.*, pág. 23.

²² *Ibid.*, pág. 55.

letra, por cualquiera de los dos. Su acuerdo es total. Podemos, además, agregar que este concepto del yo-proyecto y yo-actividad ha sido pensado y formulado por uno y otro pensador con idéntica conciencia del sentido etimológico de la palabra proyecto. Ortega ha escrito:

No es que en la vida se hagan proyectos, sino que toda vida es en su raíz proyecto, sobre todo si se galvaniza el pleno sentido balístico que reside en la etimología de esta palabra. Nuestra vida es algo que va lanzado por el ámbito de la existencia; es un proyectil, sólo que este proyectil es a la vez quien tiene que elegir su blanco.²³

De manera muy similar, Sartre habla de lo que *se jette vers un avenir*, de lo "que es consciente de proyectarse en el futuro".

La idea de libertad es también, en Ortega y Sartre, la facultad de elegir; pero una facultad no querida precisamente, sino inevitable, forzosa. "*Je suis condamné à exister pour toujours par delà mon essence, par delà les mobiles et les motifs de mon acte: je suis condamné à être libre*", escribe Sartre.²⁴ En ambos escritores la libertad se afirma no como un privilegio sino más bien como una imposición, ya que la libertad es resultado de una deficiencia, de una carencia de identidad y fi-jeza en el ser del hombre. Ser libre significa no ser un ser logrado, no tener ser. En Sartre esta concepción de la libertad cobra especial patetismo, equivale a condenación; no así en Ortega. Esto, por razones de temperamento. Gabriel Marcel por eso ha observado ingeniosamente que Sartre incurre en "una suerte de paralogismo" al definir su concepto de libertad.²⁵ Esta observación podría aplicarse también a Ortega, para quien el hombre es libre quiéralo o no; es libre "por fuerza".

²³ *El espectador* (Madrid: Aguilar, 1950), pág. 890.

²⁴ *L'Être et le Néant* (Paris: Gallimard, 1949), pág. 515.

²⁵ "¿A qué puedo estar, en rigor, condenado? Sin duda debe ser a una pérdida, a una privación, ya de la vida, de la riqueza, del honor o de la libertad. No puedo estar 'condenado' a la libertad a menos que la libertad sea una privación, una pérdida. Y en efecto, para Sartre la libertad es, como la conciencia, una privación, un defecto; sólo por una especie de paralogismo representa él más tarde este defecto como una condición positiva de la aparición del mundo y así le con-

Ahora bien, tras examinar las doctrinas orteguiana y sartreana del yo activista y la ecuación ontológica que entraña, conforme a la cual *ser=bacer*, no podemos por menos de concluir que tal ecuación es algo simplista. Porque en la experiencia profunda de todo hombre de sensibilidad ética, yace la convicción de que él no es sus actos. Es más: el repudio violento de nuestros propios actos lamentables se funda en la íntima creencia de que no nos reconocemos en ellos. ¿Qué significaría entonces el remordimiento, el remordimiento más secreto y puro?

UNA comparación del concepto orteguiano de *circunstancia* y del concepto sartreano de *situation* requeriría un estudio especial. Me contentaré por eso con indicar aquí la similitud de las dos nociones. Según Ortega, mi deber para con mi circunstancia es reabsorberla. Es decir, yo debo asumir todas las responsabilidades impuestas por mi circunstancia intransferible y cumplir mi destino en una lucha constante con aquello que no soy yo pero sin lo cual yo no sería, no tendría ser. Parejamente Sartre afirma que mi deber en mi personal *situation* es *m'engager*, esto es, comprometerme, asumir las responsabilidades que me impone mi situación personal en las circunstancias históricas que afectan mi vida y la del prójimo.

De la doctrina del hombre sostenida por ambos escritores se desprende, de sólo lo aquí dicho, que la vida es en su raíz una tarea angustiosa, atormentadora. Por eso Ortega la caracteriza como "preocupación"—*Besorgen*, en Heidegger—y como "naufragio"—*Schiffbruch*, en Jasper—y "drama". Sartre epitoma su concepción de la vida humana en esta fórmula de *L'Être et le Néant*: Nous sommes angoisse.²⁶

V

TODO lector familiarizado con Ortega conoce su intento de conciliar el realismo y el idealismo:

fiere un valor creativo". Ver G. MARCEL, *The Philosophy of Existence*, Trans. by Mayna Harari (New York: Philosophical Library, 1949), pág. 57.

²⁶ *L'Être et le Néant*, pág. 81. Ver M. BEIGBEDER, *L'Homme Sartre* (Paris: Boras, 1947), págs. 203-204.

La vida del hombre es en su raíz ocuparse con las cosas del mundo, no consigo mismo. El *moi-même* de Descartes, que sólo se da cuenta de sí, es una abstracción que acaba siendo un error. El *je ne suis qu'une chose qui pense* es falso. Mi pensamiento es una función parcial de "mi vida" que no puede desintegrarse del resto. Pienso, en definitiva, por algún motivo que no es, a su vez, puro pensamiento. *Cogito qua vivo*, porque algo en torno me oprime y preocupa, porque al existir yo no existo sólo yo, sino que "soy una cosa que se preocupa de las demás, quiera o no". No hay, pues, *moi-même* sino en la medida en que hay otras cosas, y no hay otras cosas si no las hay *para* mí. Yo no soy ellas, ellas no son yo (anti-idealismo), pero ni *soy* sin ellas, sin mundo, ni ellas *son* o las hay sin mí para quien su ser y el haberlas pueda tener sentido.²⁷

En forma muy similar Sartre ha intentado la conciliación del realismo y el idealismo declarando la interdependencia de la *Conscience* y de *les choses*. Si yo suprimo la conciencia, las cosas son, pero son un caos; si yo elimino las cosas, la conciencia no existe ya, porque su vida consiste en pensar en aquéllas.²⁸ En *L'Être et le Néant*, Sartre escribe: *Ma conscience est conscience "de" quelque chose. . . c'est à dire que la conscience maîtrise "portée" sur un être que n'est pas elle.*²⁹ Esto es exactamente lo que quiere decir Ortega cuando afirma que "toda idea lo es de algo que no es ella misma" y que el sujeto es "un ente que consiste en estar abierto a lo objetivo; mejor, en salir al objeto".³⁰

Tanto Ortega como Sartre afirman que no hay un yo puro, una pura *ipseité* o *Selbstheit*. Yo y mundo son, por consiguiente, como hermanos siameses que se necesitan para *ser*, como si el flujo común y recíproco de la sangre del Ser los hiciera concebibles.

Sin embargo, esta pretendida conciliación del realismo y del idealismo, a pesar de su vigor persuasivo, resulta ilusoria. postula esta teoría una eliminación de la dicotomía sujeto-objeto. Bien: pero no habiendo sujeto —mente, alma o espíritu— no podemos hablar en rigor de ningún sujeto que esté "abier-

²⁷ *Obras completas*, Tomo IV, pág. 58.

²⁸ Ver GILBERT VARET, *L'Ontologie de Sartre* (París: Presses Universitaires de France, 1948), pág. 177 y siguientes.

²⁹ Pág. 28.

³⁰ *Obras completas*, Tomo IV, pág. 58.

to" a ningún objeto. Pues debemos recordar que el yo-actividad presentaría el extraño caso de una producción de humo en ausencia del fuego.

Pasando a otro punto, ¿qué conclusión se saca tras definir el sujeto y el objeto no como oposición sino como interdependencia? Simplemente, que somos nosotros quienes conferimos sentido a las cosas, que somos la medida de las cosas. Porque, en efecto, la conocida vindicación orteguiana de Protágoras es algo que Sartre suscribiría sin cambiarle una coma. Recordemos lo que ha escrito Ortega comentando el célebre *dictum* del sofista:

Debiera haber bastado con meditar un poco sobre lo que es "medida" para que resplandeciese su soberbia verdad. Las cosas por sí no tienen medida, son desmesuradas, no son ni más ni menos, ni son ni no son. La medida de las cosas, su modo, su ni más ni menos, su así y no de otra manera, es su *ser* y este ser implica la intervención del hombre.³¹

VI

EN Ortega, las tesis existencialistas tienen una dimensión historicista y vitalista.³² Por tanto, su preocupación ha sido armonizar razón y vida mediante la reforma radical de nuestra actitud frente a la cultura y la existencia. De aquí la famosa frase: "La razón pura tiene que ceder su imperio a la razón vital", y de aquí que él llame racio-vitalismo a su propia posición filosófica. El Ortega historicista preconiza un nuevo método de teorización histórica. Vida e historia son temas constantes de su meditación, tanto que, su aspiración insatisfecha, fue escribir dos libros en que quería estructurar la totalidad de su pensamiento raciovitalista e histórico: *La crítica de la razón vital* y *La aurora de la razón histórica*.³³

¿Cuál es, reducido a su última cifra, el propósito fundamental del filosofar orteguiano? Primero: hacer que los valores vitales ocupen el lugar que les corresponde en una estimativa

³¹ *Ibid.*

³² Véase lo que dice Ferrater Mora sobre el "vitalismo" en Ortega, en las páginas 78, 79 y siguientes del libro citado.

³³ *Obras completas*, Tomo V, pág. 375.

inspiradora y acorde con las necesidades de su tiempo. Segundo: probar la posibilidad de que la historia se convierta en una *ciencia* capaz de prever el futuro en forma no absoluta, claro es, sino en la medida en que nos habilite para obrar con discernimiento y energía.

El hombre no tiene naturaleza sin historia. La historia, pues, debe ser estudiada desde un punto de vista rigurosamente *vital* que nos ayude a realizar el "proyecto" en que nuestra humanidad consiste.

En punto al meditar histórico, no hay similitud entre Ortega y Sartre. En las obras del primero, la historia tiene un lugar e importancia que no tiene en las del segundo.

Hay, sí, aparte de esto, una diferencia profunda entre ellos que es previa a toda teorización. Ortega ama la vida. En él, lo *vital* aparece bajo una luz y con una dignidad inexistente en Sartre. En todos los escritos orteguianos resuena algo como el eco del "Sí a la vida" del abuelo Nietzsche, como una invitación constante a aceptar nuestra existencia finita con resuelto corazón. Es, por consiguiente, Ortega un pensador radicalmente constructivo, afirmativo, optimista, a quien le ha sido desconocida la *nausée* de Antoine Roquentin. Para Ortega, en suma, el mundo es, como él mismo lo ha dicho, una "maravilla".

En oposición a este hombre entusiasta lleno de un *amor intellectualis* hacia un maravilloso universo, Sartre llega a su madurez filosófica con una crispación de náusea provocada por la existencia y el mundo, ambos vistos como huecos de sentido.

Gabriel Marcel ha asegurado que la náusea experimentada por el protagonista de la primera novela de Sartre es la misma experimentada por su autor:

La Nausée es una novela, pero en ningún sentido una obra de ficción: no puede haber duda de que la identidad del héroe, Antoine Roquentin, es la del autor mismo. Su profunda originalidad reside en el hecho de que muestra la *génesis* de una experiencia que al principio fue meramente vivida y cabalmente reconocida, y que finalmente asumió en cierto sentido la autenticidad de la verdad misma para su sujeto.³⁴

Siendo la actitud preintelectual de Ortega y Sartre tan diferente ante el mundo y la vida, ¿cómo podemos explicar el he-

³⁴ *The Philosophy of Existence*, págs. 33-34.

cho de que sus tesis sobre la existencia manifiesten acuerdo tan notable? Aparte de la circunstancia de ser ambos contemporáneos, la respuesta ha de ser la siguiente: la vida es *délaissement* para uno y naufragio para el otro pero la diferencia está en la evaluación y no en la determinación teórica de la existencia. La evaluación de Ortega es positiva; la de Sartre, negativa. Y eso que Ortega piensa que el Occidente está sufriendo una crisis catastrófica y que el mundo contemporáneo ofrece un espectáculo angustiador.

La historia de Occidente, afirma Ortega, se desarrolla en grandes etapas en el transcurso de las cuales el hombre occidental vive una fe que él se forja y a la luz de la cual su existencia cobra sentido. Con el paso de los tiempos, aquella fe, luego ésa y ésta, se agotan. Y cuando cada uno de estos agotamientos se verifica, el Occidente entra en crisis. (Crisis significa un período de transición, lleno de inseguridad y desconcierto, entre dos épocas de fe). La aparición y fortalecimiento de una fe nueva, restaura el equilibrio espiritual perdido durante el trastorno crítico. Y entonces la crisis toca a su fin. Esto ha acontecido una y otra vez: así, por ejemplo, la gran crisis del mundo antiguo terminó con el advenimiento del cristianismo, esto es, con el imperio incuestionado de la fe en el Dios cristiano. Esta fe en Dios, en su turno, llegó exhausta a los umbrales del Renacimiento. Sólo después de mucho tiempo de confusión, de inquietud y penosos esfuerzos, el Occidente se forjó una nueva fe inmensamente incitadora: la fe en la Razón. Esta fe, que tuvo larga y gloriosa vida, llega exhausta a nuestro siglo.

¿Qué le resta hoy día al hombre de Occidente? Ortega responde: "su desilusionado vivir".³⁵

Pero el filósofo no es un *prophet of doom* a quien pueda satisfacer la morbosa delectación de verificar la posibilidad de un desastre; antes por el contrario, moviliza todo su entusiasmo y su optimismo para preconizar un "cartesianismo de la vida"³⁶ y, con su doctrina de la razón vital, nos invita a enfrentar la realidad y a luchar por nuestra salvación en la forja de una nueva fe universal. También Sartre, el sombrío autor de *La Nausée*, va asumiendo hoy una actitud más afirmativa y constructiva, y se esfuerza en elaborar un sistema ético sobre

³⁵ *Obras completas*, Tomo VI, pág. 49.

³⁶ *Ibid.*, pág. 49.

los postulados de libertad y responsabilidad humanas. Ortega ha ido más lejos. No sólo porque urge una revisión total y enérgica de todas las doctrinas del hombre, de la vida, de la historia y de la cultura en el intento de señalar el camino hacia una nueva fe, sino porque ha dado una lección de optimismo al no desesperar del Occidente y de la razón, hallando en la historia una esperanza para el futuro y el secreto de cómo deba operar la inteligencia: la razón histórica.

Durante más de treinta años el filósofo español ha urgido esta reforma omnicomprendensiva. Es decir, mucho antes que los héroes de Sartre vacilaran entre seguir viviendo o suicidarse. Y, claro es, mucho antes que esos héroes se decidieran un día a dar sentido a su existencia vacía mediante un *engagement* total en la *situation* en que les tocó encontrarse.

VII

Es curioso que cuando Ortega y Sartre se plantearon a fondo el problema de destino humano, ambos estudiaran la vida de un gran poeta para elucidar el tema: Goethe y Baudelaire.³⁷ Adviértase, de pasada, que en la elección de sus respectivos poetas, el español y el francés revelaron su opuesta actitud en la valoración de la vida humana. Ortega ha elegido a Goethe porque Goethe pugnó siempre por lo ejemplar, por lo normativo, por lo excelente; porque fue, en suma, un gran amador de la vida. Sartre ha elegido a Baudelaire, al *poete maudit*, porque Baudelaire es una especie de Roquentin de genio, de cabellos teñidos de verde que, en vez de angustiarse y deprimirse en la Bouville provinciana de *La Nausée*, se entrega a un perverso aburrimiento en el París post-romántico de Louis Philippe y de Napoleón III.

¿Cuál fue el destino de Goethe según Ortega, y el de Baudelaire, según Sartre? Diré ante todo, que Ortega y Sartre tienen ideas muy diferentes acerca del destino. Ambos escritores afirman, sí, que el hombre no sólo es libre sino que lo es quíeralo o no, y que, por consiguiente, depende del hombre mismo realizar o no libremente su destino. Y, no obstante, Ortega, al meditar ahora sobre Goethe, arguye que el destino

³⁷ Ver ORTEGA, *Goethe desde dentro* (Madrid: Revista de Occidente, 1933), y SARTRE, Baudelaire (Paris: Gallimard, 1947).

de cada cual es una especie de potencialidad con que cada uno de nosotros es lanzado a la existencia, al paso que Sartre asevera que el destino de cada cual es lo que cada cual decide ser por su cuenta y riesgo y conforme a su voluntad soberana. Nada está prefigurado en el hombre; el hombre debe figurarse todo lo relativo a su ser y destino. Este desacuerdo es de suma importancia.

Para Ortega, el destino, el verdadero destino, es la realización del muchas veces mencionado proyecto. Pero ahora notamos que este proyecto no es trazado por nuestra imaginación. El proyecto preexiste a nuestra imaginación y a nuestra voluntad: sólo más tarde, ya bien entrados en la vida, nos toca concretarlo, llevarlo a cabo. Mi destino es mi yo verdadero. Yo debo forjar mi yo y, de este modo, realizar mi destino. Pero al forjar mi yo, arguye Ortega, yo en realidad lo estoy adivinando, descubriendo, no inventándolo. El proyecto que soy yo nunca fue *mío*: vino conmigo al nacer yo, huésped no invitado de mi intimidad más recóndita.

Mi yo no es mi cuerpo ni mi voluntad ni mi conciencia ni mi memoria ni mi carácter; mi yo es algo oculto en mí, algo potencial que debe ser actualizado al lograr yo conciencia lúcida de él en mi diálogo con la circunstancia.

Es preciso tener presentes varios textos de Ortega para no interpretar erróneamente su teoría. Al principio de este estudio vimos que el yo-proyecto era una invención pareja a la de un personaje novelesco. Más adelante vimos que en vez de ser cada uno el propio novelista de su yo, resulta ser el descifrador de una vocación, de una llamada. Mi destino, pues, preexiste a mi voluntad como el fantasma de una flecha anterior al arco que ha de dispararla.

¿Hay una contradicción en Ortega? Sin duda, porque el filósofo nos ha dicho dos cosas que no se armonizan: al yo-inventado se opone el yo-descifrado.

VIII

ORTEGA asegura que el destino de Goethe era el de ser el poeta de una Alemania cuya literatura estaba él llamado a revolucionar a tal punto que la literatura alemana revolucionase a su vez la del mundo entero. Y aquí el pensador formula una

sorprendente paradoja: Goethe, el príncipe de los poetas alemanes, la personalidad histórica más perfecta de Alemania, Goethe fue infiel a su destino. ¿Infel? Sí, porque lo evitó, porque se refugió en Weimar y prefirió las seguridades y comodidades de una corte liliputiense a los azares de una existencia insegura y peligrosa en una Alemania en fermentación. Goethe, que trató afanosamente de clarificarse a sí mismo el problema del destino, nunca fue capaz de identificarse con su yo auténtico, porque, queriendo siempre permanecer *en disponibilidad*, jamás se lanzó resueltamente a los peligros del naufragio revelador en que consistían sus circunstancias históricas. Esto es, jamás se determinó a hacer de sí el verdadero hombre que tenía que ser, rodeado de inseguridad, acosado por múltiples angustias, en el seno de una Alemania que surgía poderosa a una nueva existencia histórica.

Goethe, por tanto, el hombre ejemplar y el poeta por antonomasia, se negó a vivir con autenticidad y suplantó su yo verdadero por otros yos, ninguno de los cuales era el verdadero; yos que él, gracias a sus extraordinarias dotes, podía fácilmente imaginar. Goethe es, pues, el caso paradigmático de una libertad que, pugnando por permanecer siempre libre, nunca se adscribió a nada. En lenguaje de Sartre, fue un hombre que *ne s'engage pas*.

Ortega cita dos observaciones de Schiller sobre Goethe que hubieran podido ser de Sartre de haber sido formuladas en francés: *Er bekennt sich zu nichts* (No se adscribe a nada); *Er ist an nichts zu fassen* (No hay por donde agrarrarlo).³⁸ Sartre hubiese sintetizado las dos opiniones en esta breve fórmula: *Il ne s'engage pas*.

Por otro lado, según Sartre, Baudelaire, con su vida sordida llena de flaquezas, vicios, manías y frustraciones, resulta ser un hombre que realizó cabalmente su destino. Y esto porque Baudelaire *quiso* ser lo que llegó a ser y porque "la libre elección que hace un hombre con respecto a sí propio se identifica absolutamente con lo que se llama destino".³⁰ Aseveración tan tajante nos hace inferir que Goethe, en opinión de Sartre, contrariamente a lo que piensa Ortega, ha realizado su destino, pues si la voluntad de Goethe era estar siempre "disponible", esto, precisamente, fue su destino.

³⁸ *Obras completas*, Tomo IV, pág. 415.

³⁰ *Baudelaire*, pág. 224.

Vemos ahora claramente que destino, para Ortega, es algo más complejo que para Sartre. El primero sostiene que el destino auténtico supone tres cosas fundamentales: 1) La adivinación o descubrimiento de un proyecto existencial adscrito a la aventura terrestre de cada cual; 2) La tarea imaginativa de ajustarse a ese proyecto y de prepararse para una conducta que ha de realizar ese destino; 3) El esfuerzo mismo de la voluntad para actualizar el tal proyecto. Implícito en lo dicho, yace la noción orteguiana de vocación, porque el proyecto pre-volitivo que es mi yo verdadero no es otra cosa que mi vocación verdadera o auténtica. Esto es: un programa de vida que viene ya inserto en mi existencia.

Sartre no plantea el problema de la vocación en su investigación del sentido del destino; hace, sí, hincapié en el hecho de la libertad humana. Tanto que, si voy yo contra mi vocación, si la contrarío hasta el punto de obliterarla solamente porque tal es mi voluntad, yo cumplo un destino, es decir *mi* destino. Para Ortega, por el contrario, el concepto del destino es inseparable de un *deber ser* moral, de un imperativo que demanda un austero respeto a la voz de mi vocación. Destino es, pues, vocación *oída* y obedecida. Destino auténtico, se entiende.

Sartre, por otro lado, parece complacerse en retratar un Baudelaire enamorado del mal que, paciente, perversamente, cumple un triste, satánico destino. El poeta de *Les fleurs du mal*, como hombre, se afana en desempeñar el papel frívolo e inmoral de un dandy a los ojos de sus contemporáneos; y, como artista, crea una literatura que, al revés que la de Victor Hugo y George Sand, no es literatura "de servicio", no es literatura *engagée*. Baudelaire quiere ser "inútil". Y su obra no es "útil". Es la obra de un dandy, de un excéntrico, de un poeta consagrado al arte por el arte.⁴⁰ Y, sin embargo, Sartre, como moralista —pese a su opinión sobre el destino baudelaírano— nos incita a cada uno de nosotros a que seamos "útiles", asumiendo, con un vigoroso *engagement*, las responsabilidades de nuestra respectiva *situation*.

Hay una solidaridad inescapable entre los hombres que Sartre afirma más que como un deber moral, como un hecho indubitable e inextirpable. Y porque esa solidaridad de hecho existe, yo debo abrazar una causa social. Sin embargo, siendo como soy *libertad*, de mí depende abrazar o no esta o aquella

⁴⁰ *Ibid.*, pág. 154.

causa o no abrazar ninguna. Además, como sólo mi voluntad cuenta en la determinación de mi destino, mi destino no es lo que socialmente debo hacer o ser, sino lo que individualmente elijo hacer, esto es, ser.

Vocación, para Ortega, es una suerte de semilla espiritual que en cada hombre al nacer viene sembrada. Es una semilla que debe germinar y transformarse en el árbol del destino auténtico, el cual debe florecer y fructificar. En cierto modo, la doctrina de Ortega implica un plan o voluntad trascendente, anterior a cada vida humana. En Sartre, la posición enteramente antropocéntrica, sostiene que el destino es algo absolutamente humano, obra de una voluntad discrecional.

Ortega, líder intelectual regeneracionista de la España inmediatamente posterior a la generación del 98, ha sido, en más de un concepto, el más austero predicador de una estricta disciplina intelectual. Ha condenado él toda forma de laxitud, sea ella política, social, moral, literaria, artística o científica. La misma perfección de su espléndida prosa revela la tensión de ese fervor moralizador y de un afán de ejemplaridad: en esa prosa única hay una voluntad de estilo que parece ofrecerse a sí misma como modelo, y un obvio horror a todo lo vulgar, lo fácil, lo barato. Sartre, por el contrario, es acaso el escritor importante más obscuro que registra la historia de la literatura francesa.⁴¹

Y, sin embargo, la doctrina de Ortega el moralista es la que se presta a una interpretación contradictoria, desconcertante. Porque es precisamente la doctrina orteguiana del destino auténtico la que disminuye la responsabilidad de quien decida cumplir un destino "inmoral". Veamos por qué: supongamos que mi yo auténtico, al que debo ser yo fiel contra viento y marea, resulte ser el de un ladrón o el de un asesino. En este caso, ¿debería yo rehusar ser un hombre ético? Si yo traiciono mi *dharma*⁴² de robo o asesinato, seré inauténtico. Si obedezco mi auténtica vocación, seré un criminal.

La ética de Ortega aquí, para ser consecuente, exigiría que, si por azar, pongamos por caso, varios millones de nuestros contemporáneos nacieran con el *dharma* de asesinato, todos ellos tendrían que hacerse asesinos a fin de obedecer el impe-

⁴¹ Ver el citado libro de Marcel, pág. 38.

⁴² *El espectador*, págs. 546-547.

rativo de autenticidad. En este sentido, pues, el concepto orteguiano del destino entraña una especie de predestinación. Una predestinación exenta de contenido religioso y muy diferente de la calvinista, no sólo por lo dicho sino porque de cada uno de nosotros depende el que la aceptemos o rechacemos; es decir, el que seamos auténticos o no.⁴³ En suma: es ella una predestinación optativa.

En rigor, una doctrina del destino humano debe llevar en sí la idea de vocación, porque es esta una realidad innegable, aunque en cierto modo incongrua con la teoría del hombre como *ens causa sui*. Por otra parte, Sartre, en quien hay "una cierta propensión al escándalo",⁴⁴ Sartre, el autor de *Le mur* y otras obras en que lo obscuro y lo absurdo desempeñan un papel tan importante; Sartre nos ofrece, por el contrario, una doctrina más *moral* del destino, una doctrina en que la responsabilidad humana, sin atenuación frente a los imperativos del momento histórico, es suprema decididora de nuestros actos. (*... Notre responsabilité est beaucoup plus grande que nous ne pourrions le supposer, car elle engage l'humanité entière*).⁴⁵

Para Ortega, insistamos, esa responsabilidad está atenuada o resulta suprimida, porque si el imperativo de autenticidad ordena "Sé fiel a ti mismo, afánate en ser lo que eres", yo podría decir al moralista, en caso de haber descubierto ser yo un ladrón por vocación o destino, y después que mi fidelidad ha sido varias veces puesta a prueba: "He cometido esos latrocinios porque he querido ser auténtico en mi ser y cumplir con lo que el Hado decretó mucho antes que yo me percatara de la índole de mi verdadero yo".

Ortega asevera que nosotros debemos darnos nuestra propia norma y que la moral no es un conjunto de prohibiciones. ¿Significa la segunda parte de este aserto que los valores no tienen polaridad, esto es, que sólo hay valores positivos? Esto no es lo que Ortega quiere decir. Pero es el caso que todo sistema de valores positivos inevitablemente implica un sistema de prohibiciones. Porque cada prohibición es el reverso de hierro de una moneda de oro.

⁴³ Ver el citado libro de Ferrater Mora, pág. 103 y siguientes.

⁴⁴ Ver el citado libro de Gabriel Marcel, pág. 33.

⁴⁵ *L'Existentialisme est un Humanisme*, pág. 26.

IX

CABE agregar al fin de este estudio que aunque las obras de Ortega no se prestan a una interpretación fácil por la misma asombrosa riqueza de sus temas y, también, por ciertas ambigüedades, se puede no obstante sacar una consecuencia de sus ideas sobre la existencia de mucho interés en este paralelo con las ideas de Sartre. Esta conclusión nos hará ver cómo los dos pensadores están de acuerdo sobre una cuestión que angustió a Unamuno por ser, en opinión de éste, la que más nos concierne:

Tanto en Ortega como en Sartre la doctrina activista del yo-proyecto significa que el hombre es un "ser destinado a la muerte", un *Sein zum Tode*. En Sartre, el ateo, esta creencia es evidente. En Ortega, que en 1926 pronosticaba el retorno "a la gran ciencia de Dios",⁴⁰ la cuestión merece un breve análisis o, mejor dicho, una breve recapitulación y una conclusión final:

Como cuerpo y como psique, no soy nada; como proyecto viviente, no tengo naturaleza, tengo sólo pasado, esto es, historia: yo soy una actividad sin agente. De modo que, después que mi cuerpo y mi psique sean aniquilados por la muerte, ¿qué restará de mí? La respuesta sólo puede ser esta: nada. Por consiguiente, realice o no realice yo un destino auténtico, seré de todos modos tragado por la Nada.

⁴⁰ *El espectador*, pág. 677. (En el ensayo "Dios a la vista").

ANTÍPODAS DE UN SISTEMA: ANDALUCÍA Y EL PAÍS VASCO

Por *Alvaro FERNÁNDEZ SUÁREZ*

LA Península Ibérica es un área geográfica bien definida, aunque internamente muy varia, que fue teatro de una aventura histórica común, si bien con matices de gran importancia en las distintas zonas. Los grupos humanos que poblaban este espacio dieron una respuesta, ante las pruebas a que fueron sometidos, fundamentalmente igual y solidaria; en particular, todos ellos, al recibir el impacto de la invasión sarracena, optaron por el Occidente cristiano. De ahí un "aire de familia" general de España, muy perceptible. Pero, al mismo tiempo, existen, en este ámbito geográfico y en esta sociedad así conformada por la común experiencia histórica, diferencias, de unas partes a otras, que han llamado siempre la atención del observador.

Aquí intentamos abordar la caracterización de dos regiones peninsulares que pueden ser consideradas—en ciertos aspectos—como antípodas—Andalucía y el País Vasco—; y la explicación histórica y sicosociológica de las *resultantes* actuales.

Quizá este ejercicio pueda tener cierta utilidad metodológica general, aparte de que ayuda a comprender determinados aspectos del cuadro de la cultura occidental europea.

ANDALUCÍA es un escándalo europeo. Andalucía no es "fáustica", como diría Spengler. Pertenece al Mundo de la Antigüedad grecorromana, con supervivencias, vivas aún y fuertemente incrustadas, de origen mucho más remoto.

Para un español cualquiera, de cualquier parte, no hay dificultad alguna en comprender los rasgos esenciales de toda otra región que no sea la suya, exceptuada, precisamente, Andalucía. Cataluña, por ejemplo, absorbe y catalaniza, casi in-

mediatamente, a decenas de millares de españoles de otras partes de España, sin ninguna dificultad. El "folklore", el modo de hablar, de ser, de producirse comúnmente, de cualquier región española, son valores fácilmente compatibles y aun fácilmente asimilables, sin choque ni dificultad. Los vascos, por ejemplo, que se consideran tan peculiares, no tienen nada esencial de particular, quiere decirse, nada que suscite una reacción defensiva, una repulsa o una imposibilidad de ser vivido existencialmente. Incluso el idioma vasco es cosa de aprenderlo, por distinto que sea en el aspecto lingüístico. Para ser vasco no hay que adquirir nada anómalo —relativamente a la cultura europea "fáustica" o actual— y está, por tanto, al alcance de cualquier europeo. En cambio, sólo la imitación del acento de Andalucía, por un español que no sea andaluz, suscita la sensación de que estamos en presencia de un espectáculo falso, de una parodia, y los propios andaluces "sienten" la parodia, la falsificación, el juego no serio, y suelen reírse y mostrarse admirados de que les imiten, admirados halagadoramente para el imitador, como si un niño recitase un poema muy bien, aun cuando sabemos que el niño no entiende entrañablemente el poema, pero lo felicitamos, no sin una benévola condescendencia. Parece como si el andaluz supiese que es inimitable, que retiene siempre un secreto inaccesible para el extraño. Igual sorpresa produce, en el mismo andaluz y en quienes no lo son, ver a un extranjero o a un español no andaluz —para el caso son lo mismo, lo que nos parece muy significativo— que reproducen, más o menos, acaso muy bien, las canciones o las danzas de Andalucía. De nuevo se manifiesta o se oculta, bajo el aparente asentimiento y el aplauso, una reserva burlona. El andaluz sigue guardando su secreto, el signo de la sociedad esotérica a que pertenece.

Pero el esoterismo andaluz no es, por cierto, ningún secreto en el sentido de voluntaria incomunicación. El andaluz abre tranquilamente sus puertas a todo el mundo. Las abre con complacencia e introduce al forastero o al extranjero, venga de donde venga, en su mundo peculiar, sin ninguna dificultad. Precisamente no hace otra cosa sino exhibir sus apariencias, con una especie de orgullo, como si estuviera convencido, sin reflexión, de que "lo suyo" es excelente o excelentísimo, como quien tiene una casa bella, con muchos objetos peregrinos, y le gusta mostrarla. No hay, en esta casa, ningún cuarto cerrado. Toda ella es transitable para el visitante y

todo está a la vista. Pero sólo a la vista... No hay ningún esoterismo, pero lo que hay es otra cosa que se llama, propiamente, misterio. Porque el misterio es algo que puede ser manifestado, incluso analizado, expuesto al juicio, sin que por eso sea entendido. El esoterismo y el misterio van, a menudo, juntos (por ejemplo en los misterios de Eleusis, pongamos); pero en el esoterismo hay un artificio para ocultar lo que no debe ver el profano; en cambio el misterio se ofrece a cualquiera, pero permanece ininteligible o, si se prefiere, inefable. En este sentido, Andalucía es misteriosa, no esotérica.

Esto no significa que las manifestaciones parciales de ese misterio andaluz no sean accesibles. Lo son. Tomemos, por ejemplo, la música andaluza. La música andaluza deriva su peculiaridad de un origen particular, y ni siquiera toda ella pues hay mucha música andaluza que es, en realidad, castellana. Manuel de Falla señala los tres factores del desenvolvimiento de la música popular andaluza: la adopción de muchos elementos del canto bizantino por la iglesia primitiva española; la influencia árabe, siria o, en fin, musulmana; la influencia de las bandas de gitanos inmigrados a Andalucía.¹ La base fundamental, pues, de la más caracterizada música popular andaluza, es griega. Sus rasgos son: el uso de enarmonías, notas y seminotas divididas y subdivididas en intervalos más pequeños que un semitono, la insistencia, llegando —dice Chase— “casi a la obsesión de una sola nota, generalmente acompañada de apoyaturas superiores e inferiores. Esto produce el efecto de una especie de encantamiento, *de algo que pudiera haber sido cantado por el hombre de los tiempos prehistóricos*” (el subrayado es nuestro). Efectivamente, en el cante hondo hay —esto sentimos nosotros al menos— algo muy primitivo, como un grito inarticulado de pasión, de angustia, como una fuerza comprimida que no acaba de salir fuera y crea, en el alma, una fuerza expansiva y prisionera que hincha y tensa el corazón. Es como si alguien hubiera encontrado el fondo del fondo de la experiencia humana y no pudiera decir lo que ha visto, la mudéz del mismo Orfeo, precisamente, a su vuelta del Infierno. ¿Quién que hubiera ido al Infierno podría hablar de él? Pero, en fin, todo hombre puede sentir eso, sentirlo en lo más íntimo, como sentimos la tragedia, pues nada

¹ GILBERT CHASE, *La Música de España*, Librería Hachette, Buenos Aires, 1943, trad. Jaime Pahisa, pág. 239.

hay de más común al hombre que el fondo del fondo y ahí todos somos el mismo hombre. Por tanto, este misterio de la música andaluza, con serlo tanto, es el misterio de los hombres y a él estamos todos llamados, aun cuando no lo alcancemos a vivir, ni a sentir, pues esto depende de los individuos, no de la nación o la cultura a que pertenezcan.

En cuanto a la danza... Waldo Frank dice: "La danza española es orgánica en la forma y esencial en el fondo. Es una de las grandes danzas clásicas sobreviviendo a través de nuestro mundo moderno". Y André Levinson: "*le plus ancien et le plus noble des exotismes européens*".² En suma: una danza antigua del Mediterráneo que sigue viva y su sentido es —en sus mejores formas— el mismo de la música, la experiencia trágica final del ser humano. De ahí su contén, su manera apretada de expresar, su presión que no desahoga, la angustia que no descarga, pero se transforma, sin descargar, en belleza rítmica y plástica. Es una danza existencial y, precisamente, antiquísima. Se admite que sus orígenes se remontan, por lo menos, al neolítico, y de este período es ya —está formado ya— el culto del toro, la falda de volantes, la peineta o su antepasada remota.

La arquitectura andaluza no es peculiarmente andaluza, por ser una manifestación cultural moderna. Por tanto, nada hay ahí de muy particular o de "misterioso". Los grandes monumentos pertenecen a los estilos históricos —árabe, gótico, renacentista, barroco— claro está. La casa es la casa romana, mediterránea o trivialmente mediterránea. Lo que registramos de notable, no en la arquitectura, sino en relación con ella, es el modo humano de tratar la habitación, un modo que puede llamarse de coquetería y gracia especial. Por ejemplo, la blancura de sus muros exteriores, la limpieza del interior y el adorno floral. La mujer andaluza de las clases pobres puede estar, ella misma, en su persona, descuidada; pero su casa es prodigiosamente limpia y reluciente. Ella quizá se ponga una flor en el pelo sin peinar; pero la casa, sí, está siempre peinada, pulida, además de florecida.

Tampoco está el misterio andaluz en la "filosofía" andaluza de la vida, esa sabiduría bien sedimentada cuyos elementos nos parecen no difíciles de descubrir. Ante todo, se trata de una percepción del tiempo en la que el presente domina y

² CHASE, *ob. cit.*, pág. 260.

embarga al viviente (percepción del tiempo no intelectual sino vital). En el marco de la presentidad sucede todo, incluso "nos sucede" el futuro y el pasado. Si el presente es valioso —meramente satisfactorio— debe ser retenido, prolongado, vivido morosamente, no desperdiciado, porque sería tanto como desperdiciar la vida misma. Por eso el andaluz vive el presente en una especie de éxtasis, disimulado en el goce de cualquier sensación —el lento beber un vaso de vino y el lento hablar para no decir nada. Perder el tiempo en esta actitud, es ganarlo, es ganar la vida, retenerla, quiere decirse, no perderla tontamente, no dejarse fascinar por intereses concretos o especiales sino por el conjunto vital, por el todo de la vida que es, para el andaluz, el objeto de fascinación de su éxtasis cotidiano. Por este motivo, el andaluz es —creo— el menos discutiendo de los españoles, en el sentido de que casi nunca discute nada importante. El arte está en hablar de trivialidades aparentes, no pensar, no apasionarse por el pensamiento para no distraer se de lo esencial que consiste en verse vivir, sentirse vivir. De ahí que el andaluz no tenga prisa. Tener prisa es perder el tiempo, emplearlo mal, reducirse a un sonambúlico azacaneo, pasar corriendo para llegar a nada, perdido el aliento y la vida. Un amigo mío cuenta que fue a comprar un diario de Madrid en un puesto de publicaciones de Sevilla. El dueño del puesto estaba bebiendo, morosamente, un café con leche. Le indicó al cliente que tomase él mismo el periódico. Mi amigo, comprobada la fecha, protestó: "¡Pero este número lo leí en Madrid hace tres días!" El vendedor, calmamente, replicó: "¿Y quién le manda a usted leer tan deprisa?"

Estos son valores andaluces que podemos comprender intelectualmente y que podemos compartir, si los sentimos como tales valores dignos de ser aceptados y vividos. ¿Por qué no? Si tal sucede con los elementos culturales de la Andalucía esencial, si tales elementos nos son accesibles, con mayor motivo habrán de serlo los más comunes, los triviales que se brindan al vulgo nacional e internacional, en fin, la Andalucía de color, pandereta y tablado, de cromó, de cartel para feria-exposición española en Alemania, esta Andalucía castañetera, del desplante sin sentido y la voz ronca. Es una Andalucía contrahecha pero es, también, andaluza, como lo son esas desnutridas cantadoras y esos cantadores que exhiben su chabacanería con impudor propio y, a veces, con aplauso ajeno.

Todo este mundo de expresiones andaluzas podrá ser peculiar, con una valoración o con otra; pero no misterioso ¿Dónde está, pues, el misterio de Andalucía?

Lo que tiene Andalucía de más sorprendente es su cerrarse en sí misma, como si lo tuviera todo y no necesitase nada esencial de nadie, sin por eso negarse al comercio con las gentes y los valores extraños, sino al contrario, pues los andaluces están prontos a recibir a todo el mundo, incluso cuando el que llega viene como invasor. Pero cuanto le proponen, es como si el andaluz lo tuviera ya sabido de antes. Así pasaron por Andalucía los romanos, los bizantinos, los invasores musulmanes, los duros cristianos españoles del Norte, los ingleses que fueron en busca de los rubios vinos de Jerez y se casaron con andaluzas, y antes—en un antes muy remoto—habían llegado a sus costas otros navegantes de dudoso nombre. Andalucía llegó a aceptar, aparentemente, elementos de las culturas extrañas, sobre todo, por supuesto, la cultura romana, la más afín. Así, Strabon llega a Sevilla, hace dos mil años—pues ya existía Sevilla y era una ciudad romana—, encuentra a sus ciudadanos vestidos de toga y hablan latín con un acento singular. . . Pero algo permanece inmovible en Andalucía. Andalucía recibió a todos los viajeros y a todos los invasores, a quienes fueron a visitarla por negocios y también a quienes llegaron con la intención de dominarla, departió con ellos amigablemente—o no del todo amigablemente—, les invitó a sus fiestas, bailó y cantó para ellos, aprendió de ellos algunas técnicas y otros saberes, y los huéspedes se fueron o se quedaron. Pero si se quedaron fue convertidos en andaluces. Quizá dejaron una piedra ilustre, una industria o una mina expoliada y hasta algunas ideas nuevas. Pero, en fin, lo esencial de las gentes de aquella tierra—aún antes de que tales gentes fuesen "andaluces"—permaneció igual que era.

¿Qué es eso que permanece en Andalucía? Eso es, precisamente, la manera de estar el hombre en el mundo, un secreto inefable que ni siquiera es secreto en el sentido consciente de la palabra. Es un modo de ser entrañado, un cierto equilibrio feliz entre el hombre y el mundo, una nota musical perfecta que no puede ser mejorada, una cierta seguridad de haber encontrado el tempero exacto o ese punto que debe haber en una nave agitada por la tempestad donde se está mejor, porque allí es donde hay menos turbulencia aunque haya iguales peligros, el común dolor pero, también, una especie de seguridad

serena de saber lo que se puede saber. Y en torno a ese punto, el andaluz conserva, por supuesto, unos cuantos elementos de expresión, unas cuantas formas de cultura que deben haber sido elaboradas hace milenios, no sabemos cómo ni por qué azar o coyuntura.

En fin: el misterio de Andalucía no consiste sino en una integración muy lograda, en una relación esencial y profunda conseguida con buena fortuna entre el hombre y el mundo. De ahí proviene la sensación de haber acertado, del andaluz, y su oscura conciencia de superioridad sobre los demás hombres, pero una superioridad que no se basa en valores definibles, considerados por separado analíticamente, no en bienes determinados—ni siquiera espirituales—sino en una actitud existencial. Por eso el andaluz suele adoptar ante los extraños, aunque sean muy ricos, poderosos o sabios, una disposición de benevolente condescendencia. Está pronto a admirarlos, a reconocerles los méritos que tengan y también los que no tengan, pero esta admiración pródiga es, en lo más hondo, indiferente y distanciada y, en realidad, va unida a una punta de secreta burla, a veces tan secreta que se ignora a sí misma; algo así como el espectador que se maravilla de las proezas de un artista circense, pero no está dispuesto a imitarlas ni a compartirlas sino, más bien, por juego, sin entregarse a ellas, sin comprometer en ellas su alma. Así es el andaluz espectador de las empresas del hombre ajeno a Andalucía.

Creo que Andalucía es, en suma, una forma de sentir la vida y de vivirla, una actitud formada por la superposición formal de culturas modernas a otras muy antiguas, las viejas civilizaciones del Mediterráneo. Por eso suscita, tan de modo, inmediato, esta región, en sus ceremonias y prácticas, en su aparentemente inmediata, pero remota alegría—a la vez alegre y trágica—, la idea de algo pagano, de paganía, ni siquiera soterrada, sólo vestida o revestida de formas cristianas. Es el resultado de un crecimiento circular—capa sobre capa—a la manera de los árboles, esas criaturas que conocieron, vivas, siempre vivas, tiempos anteriores a la historia misma y guardan la memoria y el testimonio de otras geologías, de otros climas... El duro cerne de este árbol—cuya dureza no es de piedra inmóvil sino viviente—permanece aún el mismo y se encuentra bien siendo lo que es, obstinado en durar, como si poseyera una certeza exacta, quiere decirse, inmejorable, de

estar llamado a ganar la partida final en la lucha de la vida por ser y ser lo mejor posible.

SOBRE la tierra de los vascos flotan nieblas de ambigüedad. Los romanos le llamaron Vasconia a cierto país que no concuerda con el Euzkadi de nuestros tiempos. Abarcaba la región bautizada por los romanos como Vasconia, tierras que son hoy aragonesas y los textos, en cambio, parecen dejar fuera de esta denominación al país actual de los vascos, en todo caso a su núcleo principal. ¿No obstante, los antepasados de los vascos de nuestra época pertenecían al tronco vascón? Es posible. Pero los romanos los conocían con otros nombres y algunos creen que se trataba de tribus cántabras. Todo esto es bastante incierto si nos atenemos a los testimonios de los historiadores de la Antigüedad.

Pero tales cuestiones de límites, de filiación de las gentes, de nombres, tienen, más bien, a nuestro parecer, un interés erudito. Porque el hecho real y vivo es que la Vasconia de nuestros días, sea cual fuere su origen y la estirpe de sus hombres, se nos aparece, en todo caso, con características bien definidas, y estas características son las que verdaderamente nos importan. Por lo demás, ya no son los vascones antiguos, aunque tengan parentesco con ellos. Son los vascos de hoy —o los "éuskaros" como ellos prefieren nombrarse a sí mismos—, modelados, sobre todo, en el crisol de la Edad Media. Sólo en la Edad Media parecen entrar, nuestros vascos, plenamente, en la historia.

¿Qué intuiciones evoca en nosotros el País Vasco? Este nombre y las imágenes que le acompañan, evoca, por de pronto, una tierra húmeda y verde donde habita un pueblo de égloga, con algo de sano primitivismo. Ponemos el oído a la caracola vasca y escucha nuestro corazón una música a la vez épica y apacible, un rumor de campo, de rusticidad fuerte y tierna.

Y sin embargo, en los hechos que puede captar el análisis, la caracola parece como si guardara sonos demorados de un tiempo que pasó, y sus voces —diríase— no se corresponden con la verdad actual. Porque el País Vasco, sobre todo Vizcaya y Guipúzcoa —dos nombres que aparecen, por cierto, sólo en el Medievo, venidos no se sabe de dónde— se caracterizan objetivamente, no por sus prados y bosques sino por

sus fábricas y sus talleres. Qui:n viaje por carretera, yendo de Castilla hacia Francia, lo que tiene ante sí no es un mundo pastoril sino una cadena de fábricas, doble serpiente que se enrolla y forma un nudo confuso en la zona de San Sebastián. Pasajes-Lezo-Rentería. Guipúzcoa presenta una de las concentraciones industriales más densas de Europa. Y también Vizcaya, con su entrevero de construcciones fabriles en la ría de Bilbao y en otras partes. La participación del agro en la riqueza de esta región es mínima. En Vizcaya la industria representa el 54.27% de la renta y la agricultura, la ganadería y el bosque el 4.96%; en Guipúzcoa la proporción es semejante: 57.62% para la industria y 4.09% para la producción campesina. La media de los Estados Unidos es del 38% para la industria y el 5% para la agricultura; en Gran Bretaña la relación es de 48% y 4%; en Bélgica de 47% y 7%.³

Un dato de gran interés sociológico es que esta fortuna industrial fue creada, en su mayor parte, por la iniciativa de pequeños empresarios. Frecuentemente, un herrero o un mecánico está en el origen de las industrias. Algunas de estas unidades alcanzaron un gran crecimiento y llegaron a ser empresas de primera magnitud. A menudo—como en el caso de ciertas industrias de Eibar, de Legazpia, de otros pueblos guipuzcoanos— exportan al mundo entero, incluyendo los países más desarrollados y se acreditan las primeras o las segundas de Europa en sus especialidades. Hay empresas, entre las más poderosas y más exportadoras, que arrancaron como cooperativas de producción formadas por obreros asociados.

Los aspectos sociológicos de este fenómeno nos parecen muy significativos y un tanto enigmáticos. Por supuesto, no es el País Vasco el único que se ha desarrollado en España. Ahí está la región catalana, sobre todo Barcelona, Santander, Asturias, y el propio Madrid, otra gran concentración industrial. Pero existe una notable diferencia al comparar estos focos industriales. Así, en Cataluña abunda, también, desde luego, la industria surgida espontáneamente, por así decirlo, desde el suelo mismo, como una floración natural. Pero en Cataluña siempre encontramos, en el origen de las empresas, a un individuo; en cambio en el País Vasco encontramos frecuentemente una agrupación de individuos, una sociedad, a veces, de muchos socios con aportes pequeños. En Cataluña,

³ *La Renta Nacional de España por provincias*, Banco de Bilbao.

como en el País Vasco, se produce la fase de crecimiento de la pequeña unidad original; pero en Cataluña sucede a veces que la gran empresa familiar, nacida y desarrollada a partir de la iniciativa del padre o del abuelo, prolifera de generación a generación, multiplicada en varias empresas de su misma actividad, con titulares de la estirpe fundadora, pero ya independizados y en competencia, mientras que en el País Vasco el núcleo original se mantiene mejor, sin dividirse. En Cataluña, no pocas veces, la empresa original al fragmentarse, se degrada y se pulveriza; en el País Vasco no advertimos esta degradación. En síntesis, el vigor genésico o creador es más o menos igual en las dos zonas pero mientras en Vasconia esta fuerza es aglutinante desde el origen y en las fases posteriores de desarrollo, en Cataluña suele ser individualista en el germen y disgregante en los procesos ulteriores, a partir del fundador.

En Asturias y en Madrid y en otras partes de España, la empresa industrial suele arrancar en grande, respaldada por la banca o por el Estado y el aporte de la iniciativa individual espontánea es menor y cuando entra en juego la sola voluntad de un individuo, a menudo la concepción original es ya de escala mayor desde el principio.

El espíritu cooperativo y asociativo de los vascos debe estar vinculado a la rectitud en los tratos, a una manera peculiar de buena fe en las relaciones humanas. Esta estructura ética de la comunidad vasca a su vez, se relaciona—intuimos—con la idea de una Vasconia eglógica, en cierto modo primitiva (de un primitivismo progresivo, dinámico, "fáustico"). De ahí que la aparentemente falsa imagen rústica tenga un sentido profundo, se corresponda con una realidad esencial, si la liberamos de los elementos de tierra, trabajo y modo de vida; lo que identificábamos intuitivamente con la rusticidad, era un modo de percibir la sencillez y seriedad de las costumbres y de las reacciones sociales y éticas vascas,

Por lo demás, todo indica que una cierta manera de rusticidad y de primitivismo es compatible—tal vez sea favorable—con un alto desarrollo económico y con una modernidad técnica tan avanzada como se quiera. Así, advertimos en el pueblo vasco—por supuesto también en el pueblo urbano—un sensualismo que guarda el sabor campesino. Es una sensualidad de rústicos apetitos que no carecen de percepción del matiz, pero sin perder nunca la rusticidad primera.

Por ejemplo, en la afición vasca a la buena y abundante comida. Esto no le impide al vasco, claro está, ser también un buen consumidor de cultura, como corresponde a un pueblo de elevado desarrollo y buen nivel de vida. Sin embargo, en la cultura vivida o creada por los vascos hay siempre esta misma fuerza elemental que encontramos en las demás expresiones vitales del pueblo vasco.

Y ahora nos preguntamos: ¿Qué les ha sucedido o qué no les ha sucedido a los vascos para que rindan este son eglógico, rústico y primitivo, aun en la plenitud de la técnica y de la civilización modernas?

Nos parece que no somos los primeros en sospechar la causa de tan singular fenómeno. Por supuesto, no depende de ningún factor racial, de ninguna virtud ni de ninguna falla infusa del pueblo vasco. Ningún sociólogo solvente, vasco o no, puede admitir influencias étnicas ni difusamente misteriosas como causa de semejantes hechos. El "quid" capaz de esclarecernos sobre el modo de ser vasco ha de buscarse en la historia, aparte, claro está, del condicionante natural dado como base. En el plano de la experiencia histórica, se ha de conceder un papel importante, en la formación del "ethos" vasco, al hecho de que este pueblo o estas gentes de Vasconia no hayan sido romanizadas, al menos de manera directa y, si acaso, en virtud de un influjo inducido, de estrechamientos por simpatía.

Esta afirmación es válida, desde luego, para los vascones a que aluden los historiadores romanos y los del período visigótico, pues la sostienen testimonios documentales positivos; pero no es menos válida para los vascos actuales—sea o no identificables con los vascones—en virtud de la observación actual, es decir, del resultado, visible hoy en el pueblo éuskaro viviente, y en el estado de su cultura, y también por referencia histórica.

Las relaciones entre los vascos y los romanos han tenido, a lo que se ve, características muy singulares; han sido unas relaciones amistosas, pues por una razón u otra los vascos fueron amigos de los romanos, tan amigos de los romanos—amistad luego heredada por Castilla—como enemigos de los germanos. El hecho está ahí y no podemos entrar siquiera a examinar sus causas. Los vascos y los romanos se entendieron bien. Pero los romanos no comunicaron a los vascos, como a otros pueblos peninsulares, sus estructuras culturales,

empezando por el idioma. La relación, en vez de ser de dominador a dominado o de maestro a discípulo o de afín a afín o de proponente a aceptante, fue una relación tangencial de gentes que se rozan sin trabarse y sin asimilar el uno los valores del otro. Los romanos pasaron y repasaron por Vasconia sin encontrar obstáculos. Parece como si esas tierras fueran un pasaje, precisamente, un camino abierto en cuyas orillas apenas si se pernocta. No decimos con esto, rigurosamente, que no hubiera establecimientos romanos en las vías vascas. Los hubo. Pero el resultado fue, desde cierto punto de vista, como si no los hubiera habido, puesto que los vascos siguieron hablando su idioma, ateniéndose a sus costumbres, instalados en su modo de vivir y en su modo de ser. No hubo, por parte de los vascos, resistencia ni quizá hostilidad activa; pero fue como si un alto muro aldeano protegiese a los vascos contra la romanización y este muro pudo ser no sólo una impermeabilidad de primitivo espectador que ve pasar a los extranjeros sin molestarlos y sin que ellos le molesten, sino, también, el cumplimiento leal, por ambas partes, de una especie de pacto de respeto mutuo y aun de amistad. Que se mezclara en esto una manera de indiferencia o de desinterés por la dominación del país, de parte romana, es muy posible, y acaso también miedo a provocar un conflicto con esta gente recia (no más recia, sin embargo, que los cántabros y no digamos los numantinos, al fin sometidos a Roma). Bien pudieron intervenir en esta relación singular todos los factores dichos y seguramente otros que no podemos imaginar. Lo importante es que las cosas debieron suceder, vistas en grueso, tal como las estamos explicando, pues los vascos continuaron, bajo la influencia de Roma, instalados en su vieja cultura y en su viejo idioma y, por lo que se refiere al idioma, así continúan en gran medida.

Y aquí aparece un rasgo fundamental de los vascos que se mantiene hasta hoy: una tendencia a desentenderse de los imperios construidos por los forasteros, imperios en cuyo seno pueden ser englobados y con los que pueden colaborar, pero al modo, precisamente, de los aldeanos, es decir, de los "paganos" en el sentido originario de la palabra.

Esto es lo que son los vascos en lo fundamental, gentes en peculiarísima "paganía", en un apartamiento localista, no necesariamente hostil al forastero, pero apartamiento sin em-

bargo, con una distancia que no excluye al trato confiado, la amistad y la colaboración.

La distancia "pagana" de los vascos respecto a la cultura latina, los envolvió en una especie de cutícula, no enteramente impermeable, desde luego, pero nunca completamente rota. La cutícula persistió cuando Roma se hizo cristiana. La recepción del cristianismo, por parte de los vascos, parece, según todos los indicios, bastante tardía, a juzgar por la ausencia de restos monumentales convincentes de un cristianismo temprano. Los vascos actuales, tan fervorosamente católicos, suelen esforzarse por remontar la cristianización del país a tiempos lejanos; pero no pueden apoyarse en referencias seguras. En cambio, hay documentos que dan fe de la existencia de paganos vascones en una época tan tardía como mediados del siglo VII. Esto no significa que no hubiera también cristianos en Vasconia sino al revés. En efecto, hay referencias de que asistieron obispos vascones al Concilio de Toledo del año 589 y, desde luego, igualmente a los de los años 681 y 688. Pero, en todo caso, la cristianización no debió ser —es razonable pensarlo así— nada temprana, no tan temprana como en la Bética y en otras regiones de la Península y sólo muy tarde se hizo completa.

Debió interferir en la cristianización de los vascos el cambio de actitud que experimentaron, respecto a los nuevos amos de Hispania, los visigodos, justamente en el período en que el cristianismo estaba penetrando en el reducto vasco. En efecto, la amistad o, en todo caso, la actitud pacífica que habían adoptado frente a los romanos, por algún motivo no explicado, se convirtió en enemistad y guerra hacia los germánicos. Todo el período visigodo español resuena de un rumor de armas entre los reyes germánicos de España y los vascones. Puede decirse que los vascos pelearon con todos los monarcas godos, y cuando se produjo la irrupción musulmana por el Sur, estaba Rodrigo, como era ya costumbre, empeñado en la continua lucha contra los rebeldes vascones. Así, pues, la secesión vasca tuvo una influencia accidental considerable en el hecho, decisivo para España, de la invasión sarracena que iba a trastornar profundamente a Hispania, sacándola violentamente de los cauces generales o europeos de evolución, para desviarla, en parte, del común destino del continente.

La hostilidad vasca a los germanos no cedería ni siquiera con la presencia del enemigo musulmán, como lo demuestran

las reiteradas luchas y las reiteradas derrotas infligidas al propio Carlomagno y a los monarcas carolingios por los vascos, cuando los francos trataron de restablecer en España el dominio de la Cristiandad.

Otra anomalía notable de la historia vasca es que este pueblo localista haya podido disponer de una energía expansiva notable justamente en el período en que mantenía su independencia, su libertad local, frente a los monarcas visigodos. En efecto, los vascos penetran en la Aquitania y crean un modo de Imperio a caballo de los Pirineos, por el año 587.

El resultado de estas singularidades es que los vascos, relativamente a la romanización, se mantuvieron en una fase parecida a la de los pueblos germánicos (a los que, al parecer, odiaban), es decir, de los pueblos no poseídos ni modelados por Roma. Más tarde, unos y otros, los germanos como los vascos, entraron, al mismo tiempo, en el círculo de la cultura cristiana o, dicho de otro modo, ingresaron plenamente en una cultura histórica, precisamente en la civilización occidental. Este ingreso se lleva a cabo en la Edad Media. Son, por consiguiente, pueblos que no tuvieron una Antigüedad grecolatina.

Ahora bien: las *fijaciones* de la Romanía decadente que los vascos no recibieron, comportan cierta madurez cultural y un "desgaste" de la frescura primitiva que, por cierto, los bárbaros tradujeron en expresiones de desdén hacia los pueblos romanizados, a un lado la posible injusticia de tales juicios. Pero quizá no les faltase algún fundamento a los bárbaros para pensar como pensaban de los pueblos romanizados o civilizados; percibían en ellos ciertos "vicios" (vicios, en sentido estricto, los tienen todos los hombres y todos los grupos humanos) o, en fin, propiamente, *fijaciones* calificables de degeneradas, corrompidas o como quiera llamárselas, entre las que figuraría una mayor malicia, una disposición hacia la mala fe, el engaño, la deslealtad en los tratos y relaciones.

Las bases cristianas de la civilización occidental naciente, verosímelmente, debieron ser aceptadas y profesadas por los pueblos bárbaros o de cristianización tardía—como es el caso de los vascos— con un fervor ingenuo que no podían tener otros grupos de civilización más antigua. Cuando un pueblo bárbaro acepta una ética y una cultura superior, sobre todo si esta ética tiene la elevación del cristianismo, y la aceptación

fragua realmente en una fe, religiosa, en sentido específico, y a la vez cultural, se produce una verdadera *conversión*, es decir, un cambio radical en el modo de ver, sentir y vivir la vida; más radical, precisamente, que en un pueblo culturalmente maduro y, por tanto, con el alma ocupada por *fijaciones* más finamente elaboradas. Por supuesto, no decimos ni podemos decir que el "bárbaro" tenga una especie de vacío cultural y una ausencia de *fijaciones*. El "bárbaro" tiene una cultura necesariamente y esta cultura puede ser muy rica en posiciones fijadas o estructuras psicológico-culturales. Pero estas estructuras, justamente porque sufren una desvalorización violenta, ante la cultura superior, poseedora de recursos culturales más elaborados (escritura, filosofía, literatura, técnicas más eficaces para el dominio de la naturaleza y la organización y gobierno de la sociedad), ofrecen menos resistencia íntima a la novedad cultural que hizo irrupción en el ámbito bárbaro y antes en el civilizado. Por tanto, de hecho, se comportan prácticamente—hablamos de las estructuras de la sociedad bárbara—como un vacío relativo. En suma: las *fijaciones* preexistentes a la novedad—en el caso que suscita esta consideración, el cristianismo era la novedad—se incorporan a la doctrina nueva, se agazapan debajo de ella o resisten más tenazmente en la sociedad civilizada que en la sociedad bárbara. Si estas observaciones son correctas, resultará que los pueblos bárbaros europeos o no romanizados abrazaron el cristianismo más incondicionalmente que los pueblos romanizados, aunque lo recibieran más tardíamente. La novedad cristiana, una vez aceptada y en posesión de las sociedades bárbaras, hizo refluir en estas sociedades, a un estrato más profundo, las *fijaciones* preexistentes, las eliminó del primer plano síquico, si no consiguió destruirlas por completo. Esta eliminación de las *fijaciones* preexistentes al cristianismo, dejó a los pueblos bárbaros o no romanizados y luego cristianizados, más libres de cargas, de estorbos psicológicos y resistencias más o menos expresas u ocultas, abriendo espacio al desarrollo de la civilización occidental naciente. Por eso los pueblos bárbaros o no romanizados, precisamente por tener una civilización más joven, menos lastrada de *fijaciones* antiguas, resultaron ser los más progresivos de la cristiandad, es decir, más capaces de extraer libremente las consecuencias implícitas en el cristianismo. Y es que el cristianismo estaba más solo en las sociedades

añaño bárbaras, menos condicionado por estructuras pertenecientes a la civilización anterior. De ahí que pudiera evolucionar—en las sociedades bárbaras— con mayor rapidez, aunque, naturalmente, también con el consiguiente peligro de agotarse pronto y autodestruirse. El cristianismo del área romanizada tenía que evolucionar, según esta teoría, en un *tempus* más lento que el cristianismo implantado en los pueblos no romanizados, al no encontrar éste obstáculos o vínculos estructurales con la cultura precristiana que saturaba a los pueblos romanizados, en el momento de la cristianización.

Este hecho es fundamental para explicar la diferencia entre las naciones romanizadas y las naciones no romanizadas de Europa. Incluso hubo de tener—creemos— influencia considerable en la aparición de la Reforma protestante, precisamente en zonas germánicas de la Cristiandad, así como el nacimiento de otras novedades, entre ellas las novedades filosóficas, científicas y técnicas.

En suma: los pueblos no romanizados resultaron ser más ágiles y mejor dotados para adaptarse a las condiciones nuevas generadas por la civilización occidental, sin excluir la técnica.

También puede encontrarse, en estos procesos, la explicación de una cierta y fecunda ingenuidad de los pueblos no romanizados que les permitió crear, más fácilmente, formas asociativas de cooperación humana como las encontramos, abundantemente y muy eficaces, en las naciones no romanizadas y, también, desde luego, entre los vascos, en muchos de sus rasgos semejantes a los germanos y anglosajones.

Pero hay una diferencia—diferencia decisiva— entre los pueblos bárbaros de Europa y el pueblo vasco. Los bárbaros de estirpe germánica o eslava quedaron, después de la cristianización, formando grandes grupos, en territorios amplios, situados más allá de los que habían sido límites imperiales romanos. Esto les permitió desarrollar sus propias peculiaridades dentro de la nueva civilización occidental común a ellos mismos y a los de origen latino, y crear fuertes naciones y Estados. En cambio el pueblo vasco, nunca romanizado y tardíamente cristianizado como ellos, quedó incluso en la nueva civilización occidental, desde luego, pero como un enclave, un pequeño islote al que rodeaba el océano cultural de la Latinidad. De ahí que no tuviese nunca recursos para constituir una nación, ante todo recursos culturales propios (el aislamiento es estéril siempre). De hecho, el pueblo vasco

continuó manteniendo, respecto a los Estados nacidos en el seno de la nueva cultura occidental en su rama latina, la misma disposición ambigua que tuviera ya con relación al Imperio romano. Para el caso, los Estados herederos de Roma, en este modo peculiar de contacto con los vascos, fueron Castilla y Francia.

En este sentido, el pequeño pueblo vasco siguió siendo un grupo rústico, ni totalmente separado y con fuerza para constituirse en una nación aparte, ni totalmente incorporado. Siguió siendo un pueblo en relativa expectativa que ve pasar al forastero, con el que tiene contacto amistoso, nunca resueltamente hostil, que toma de él muchos elementos culturales, en realidad todos los elementos de la nueva cultura, merced a una ósmosis permanente, sin entregar del todo el reducto de su ser ¿Pero en qué consiste este ser, este tabernáculo vasco? No consiste propiamente en nada susceptible de ser sintetizado en una expresión conceptual. Consiste sólo en aquella aldeanidad o rusticidad primaria que no afirma ningún valor susceptible de ser transferido o impuesto a otros. No es una idea, ni una creencia formulable, sino una mera actitud afirmativa de su modo rural, afirmativa para el mismo vasco y para nadie más. Por eso el pueblo vasco es el menos imperialista del mundo, porque no trata de imponer nada a nadie, ni de enseñar nada, ni siquiera de ejemplarizar con su modo de ser; es el pueblo menos proselitista por la misma razón. Está orgulloso de su modo de ser y de sus valores locales, pero no intenta convertir estos valores en un sistema de validez general humana. Estos valores—por importantes que sean y, en cierto sentido, son muy importantes—carecen de virtualidad misionera y aun de simple enunciado. La única respuesta del vasco frente al extraño es afirmar su vasquismo a la manera como cualquier viviente se afirma a sí mismo y trata de mantenerse tal cual es.

Sin embargo, esta afirmación del modo de ser vasco, por lo que se refiere a Castilla, no implicó ninguna resistencia política. Por el contrario, se tradujo en una colaboración plena e incondicional, durante toda la Edad Media, sin ningún conflicto serio. El país vasco fue incorporado al reino astur-leonés desde los primeros tiempos de la Reconquista, al reino de Navarra, luego otra vez a Castilla, y participó, en perfecta igualdad, en la gran aventura de las nuevas naciones cristianas

y luego en la expansión hispana de los siglos xv y xvi. Tuvo parte decisiva en todas las empresas, incluso en las navegaciones, la conquista y la colonización de América y Oceanía, bajo signo castellano. Algo semejante sucedió del lado francés, con los vascos infiltrados y establecidos al otro lado de los Pirineos.

De este modo, el pueblo vasco constituye una curiosa anomalía, no violenta ni aberrante, por lo demás, sino sencillamente peculiar. No es una nación abortada, en rigor, sino un fenómeno de relativa marginación o excepcionalidad local sin gran trascendencia política. El fenómeno vasco no es equiparable al caso de Cataluña-Barcelona que estuvo siempre a punto de ser cabeza de una gran nación. Los vascos no aspiraron a nada semejante y, a lo sumo, se constituyeron en democracias primitivas, es decir, señoríos rurales, celosos, esto sí, de sus libertades locales, pero faltos de ambición nacional.

El nacionalismo vasco es un producto moderno, gestado por el romanticismo nacionalista y apoyado en la fuerte conciencia primitiva de la peculiaridad vasca. Esta fuerza emocional nacionalista se vio vivamente estimulada, en tiempos muy recientes, por el desarrollo urbano y la industrialización. Surge de una idea nacida en la ciudad que procuró injertarse en el viejo localismo rural. Pero el hecho urbano, en el País Vasco, es lo menos vasco de los dos componentes. Las ciudades vascas son, naturalmente, como era inevitable, en un país rural, una creación forastera, una forma del influjo castellano latino y universal. De ahí que, en una primera fase, antes de la reciente formación de la conciencia nacionalista vasca, fuesen las ciudades y las villas enclaves castellanos y aún lo sigan siendo en el fondo, lo que es inevitable por otra parte, y con mayor motivo a medida que el desarrollo económico del País Vasco provoca un mayor aflujo de gentes llegadas de toda la Península. Pero, al propio tiempo, el éxito vasco en su adaptación de los valores de la cultura moderna suscita en los vascos una conciencia de superioridad que se asocia con la más antigua y tradicional conciencia puramente local del pueblo rústico de Vasconia.

EN el microcontinente hispano, como hemos visto, se manifiestan, en su propia escala, las más extremadas diferencias y matices que cabe registrar en el mapa de la civilización occidental. Por supuesto, las dos principales partes en que se di-

vide la cultura europea están regidas por el hecho de que el cristianismo haya penetrado en una sociedad previamente incluída en el ámbito helenístico o en una sociedad no helenística.

Por lo que se refiere más especialmente a la Europa Occidental, en la parte latina o romanizada el cristianismo incidió sobre una cultura muy elaborada, con ricas y fuertes estructuras. En la Europa no romanizada, el cristianismo actuó sobre un terreno cultural más despejado y con menor resistencia, lo que le permitiría—al cristianismo—un despliegue de mayor eficacia de sus virtualidades implícitas y, también, por tanto, una mayor velocidad de evolución (esto último es la causa de que el protestantismo y, en general, las ideas innovadoras, hayan tenido su campo más propicio en la Europa cristiana no romanizada).

Pero dentro del ámbito románico de Europa, es preciso distinguir muchas variantes de gran interés. Cuanto más fuertes las estructuras culturales mediterráneas y helenísticas, más compleja la resultante cultural, lo que determina una gama, muy matizada, desde Escandinavia hasta Italia, pasando por el caso de Gran Bretaña, cuya romanización fue débil. Pero hay, además, resultantes provinciales anómalas, derivadas generalmente de un trauma cuya causa fue el impacto, sobre la sociedad románica, de una cultura extraña. Cuando esta cultura sumergió a la sociedad románica, se produjo una detención en el proceso de evolución del área afectada, y un aborto relativo de la civilización occidental. Es el caso que hemos observado en Andalucía. Por lo que a Andalucía se refiere, el papel traumático lo desempeñó la invasión musulmana, en el siglo VIII.

Ahora bien: contra lo que generalmente se cree, es muy difícil encontrar, en la sociedad andaluza de hoy, elementos positivos, de índole profunda, procedentes de influencias "árabes". Esas influencias están, más bien, en la superficie, y al alcance de un reportaje periodístico o de un escritor viajero de la época romántica, en busca de "color local". Es sorprendente, tal vez, pero creemos que es la verdad. Antes de leer *España en su historia*, de Américo Castro, nosotros, por cierto, creíamos, como todo el mundo, que la presencia musulmana en la Península ibérica debía haber marcado una huella honda. Encontramos esa huella profunda, efectivamente, pero sólo en forma de reacción negativa, es decir, como resultado deformador del esfuerzo para rechazar el golpe sarraceno, y en cuanto

registra Américo Castro este fenómeno, acierta plenamente a nuestro juicio. En cambio, los elementos culturales y sicosociológicos positivos que aduce, como de origen árabe, son tan inconvincentes que acabaron por persuadirnos de que la penetración musulmana en el "ethos" hispánico fue nula, aunque también esta conclusión necesite ser revisada, pues cabe atribuirle a un efecto psicológico de la debilidad dialéctica en la obra de Castro. De cualquier modo, tiene que ser siempre muy difícil encontrar los aportes musulmanes porque cuando se produjo la invasión, en el siglo VIII, los propios invasores no debían tener una caracterización cultural muy acusada, pues el islamismo —que, en siglos posteriores, sería el elemento definidor de su cultura— era, entonces, demasiado reciente, una novedad no asimilada, como hizo observar Sánchez Albornoz. Lo que arrastraba consigo la ola musulmana era una gran variedad de estructuras culturales mediterráneas, en gran parte comunes a los diversos pueblos de esta cuenca, incluidos los andaluces. Por eso, muchos rasgos supuestamente islámicos de Andalucía son anteriores al impacto musulmán y el distinguir lo "árabe" de lo "helenístico" y de lo prehistórico, al cabo de los siglos, es una tarea muy parecida a separar granos de trigo que, procedentes de dos tierras o de diferentes tierras, se han mezclado en la misma era. El verdadero efecto de la ocupación musulmana consistió en congelar las estructuras prehistóricas y grecolatinas, en cuanto la sociedad godorromana andaluza conservó su lengua y su religión, pero fue privada de sus contactos normales con la cultura occidental europea y de la capa directora propia. El aborto que siguió a este fenómeno es la causa de la peculiaridad andaluza y a ella cabe imputar la deficiente adaptación de Andalucía a la sociedad que Spengler llamó "fáustica". A esto se debe, también, que Andalucía siga teniendo un inconfundible acento precisamente pagano —de aulle significativo— en sus prácticas formales del cristianismo, como en las famosas procesiones de Sevilla y de Málaga, tan diferentes de las procesiones de la Semana Santa castellana y del Norte de España.

Este fenómeno de una antigüedad congelada lo encontramos, asimismo, en Sicilia y en Grecia. En Grecia fueron los turcos quienes produjeron la congelación de la cultura bizantina, sumiéndola en una especie de sueño rural durante más de tres siglos.

En estas regiones traumatizadas, la cultura cristiana occidental no pudo desenvolver plenamente sus virtualidades pero obtuvo, paradójicamente, entre otras, una ventaja de valor precioso. Porque las zonas afectadas por tal anomalía vienen a ser el pozo y la madre de la cultura de Occidente, sus capas más densas y estables. El metabolismo retardado que caracteriza a esta franja meridional europea la hace más joven, siendo, al mismo tiempo, la más vieja; los procesos culturales se desarrollan con más lentitud y poseen una extraordinaria complejidad que constituye una garantía contra la disgregación y la aventura. En la Europa romanizada y, más aún, en la Europa que pasó por un período de congelación, es muy difícil que aparezcan doctrinas aventuradas o aberrantes, como fue el caso del nacionalsocialismo, un movimiento radicalmente destructor, antihumanista —mejor sería decir, antihumano— nacido, no por casualidad, en Alemania, es decir, en país no romanizado y, por lo mismo, propicio a una extraordinaria movilidad de las estructuras culturales. También puede decirse que en las zonas de congelación es donde pueden nacer los "frutos tardíos" de la civilización occidental.

Presencia del Pasado

CAUSAS QUE MAS INFLUYERON EN LAS DERROTAS DE LOS EJÉRCITOS INDÍGENAS DURANTE LAS GUERRAS DE LA CONQUISTA

Por Carlos SAMAYOA CHINCHILLA

LA desigualdad numérica de los elementos humanos que intervinieron en las batallas y reencuentros de la conquista de América, es algo que generalmente llama la atención del lector menos avisado. En historias, crónicas, memoriales, cartas y relatos de la época, el hecho es constante y evidente: grandes o pequeños grupos de invasores hispánicos atacan a los indígenas, y después de vencer su resistencia, a pesar de que las fuerzas de éstos sean casi siempre superiores en número, los diezman y sojuzgan en nombre de una nueva religión y una nueva jurisprudencia.

¿Es que el hombre americano carecía de las masculinas virtudes que desde la más remota antigüedad hacen al buen soldado? ¿O es que los historiadores falsearon los acontecimientos impulsados por el deliberado propósito de enaltecer y glorificar a sus compatriotas? Ni lo uno ni lo otro. Demostrado está que el indio tiene fibra de esforzado guerrero. Por naturaleza y tradición, es sobrio, estoico y valiente, cuando las circunstancias así lo demandan; y si bien es cierto que los conquistadores y sus descendientes fueron muy aficionados a aumentar los guarismos de los ejércitos con los que los primeros tuvieron que enfrentarse, ya que gracias a ese aumento, su mérito y fama crecían en razón directa de la desigualdad registrada entre los combatientes de uno y otro bando, la verdad es que el indígena, a pesar de sus cualidades guerreras y de su superioridad numérica, resultó derrotado la mayor parte de las veces, tanto en los decisivos, como en los insignificantes hechos de armas de la conquista.

Como ejemplos de lo anteriormente expuesto, reproducimos a continuación los siguientes datos: don José Milla y Vidaurre, al hablar en su *Historia de la América Central* de la

conquista del Reino de Guatemala, dice que Pedro de Alvarado salió de México con 300 soldados de infantería, 120 de caballería, 200 tlaxcaltecas y 100 mexicanos, o sean en total, 720 hombres. El mismo Milla cita a Fuentes y Guzmán, quien en las páginas de su *Recordación Florida*, asegura que Tecún Umán abandonó Gumarcaah a la cabeza de 72,000 aborígenes, a los que se agregaron 114,000, procedentes de Totonicapán y Quetzaltenango, más 46,000 de las naciones confederadas, cantidades que arrojan una suma de 232,000 hombres, los cuales fueron arrollados en los primeros encuentros con el conquistador.

Combates hubo, según los cronistas, en los que 25 peones iberos lucharon contra 80,000 indios. Bernal Díaz del Castillo asienta que en las peleas con los mexicanos cada español tenía que habérselas con 300 indígenas. En Chile, Pedro de Valdivia, capitaneando un pelotón de hombres que no pasaba de 300 unidades, se enfrentó a un ejército de 150,000, y en el Perú, según se afirma en las *Décadas*, los hispánicos batallaron con... "un número tan sinnúmero de enemigos", que el episodio resulta fabuloso o por lo menos exagerado.

En parecidas o iguales condiciones lucharon con los indios pieles rojas: Cabot, Ponce de León, Verazzano, Cartier, Drake y otros más, cuando, en diversas fechas exploraron o iniciaron la colonización de lo que más tarde fue el Labrador, la Florida, Nueva Albión, Las Carolinas, Virginia y Nuevo México, en la parte septentrional del Continente.

¿A qué se debió ese singular fenómeno? En nuestro concepto fueron varias las razones por las cuales los guerreros aborígenes resultaron tan a menudo vencidos y no vencedores. Entre esas razones las hay de orden material y las hay de orden moral y espiritual. Sin ánimo de ofrecer una respuesta definitiva a la pregunta formulada, haremos un somero examen de ambos grupos, principiando por las razones que podrían clasificar en el primero, o sean las de orden material.

Organización social, política y militar más avanzada. Poco es lo que se conoce hasta la fecha respecto a la organización político-social que regía las actividades de los conglomerados indígenas, pues hasta ahora las fuentes de conocimiento, o sean las crónicas, inscripciones, códices y tradiciones orales, no han sido estudiadas detenidamente en ese sentido. Los aztecas y las razas incaicas tuvieron indudablemente normas estatales y jurídicas. Las naciones mayas organizadas como ciudades-Esta-

dos, unidas por un origen, una lengua, una cultura y una religión comunes, probablemente también las tuvieron. Sin embargo, ni dichas naciones ni los cacicazgos o señoríos de menos importancia llegaron a codificar su derecho. Por consiguiente es sumamente difícil seguir su evolución en ese ángulo, pero desde luego puede afirmarse que la organización político-social y administrativa de los pueblos aborígenes era menos evolucionada que la que daba marco a los pueblos de Europa en el siglo XVI, y que por lo tanto, los deberes cívicos y militares estaban en ellos mucho menos determinados.

Noticias ciertas hay de que en algunas naciones de América existían castas militares bien definidas y de que sus componentes no carecían de experiencia en la práctica de las artes bélicas; pero como es fácil imaginar, sus métodos eran inferiores a los del Mundo Occidental, ya que estos últimos estaban inspirados en las clásicas reglas de la ciencia militar europea, debiendo recordarse, además, que muchos de los varones que militaron en las filas de los conquistadores eran veteranos de las guerras de Flandes o Italia, es decir, soldados que conocían a cabalidad su arriesgado oficio.

Las milicias indígenas no estaban constituidas por unidades militares debidamente regimentadas, aun cuando sus miembros eran adiestrados desde muy niños para la guerra, y que ellos la ejercitaban de continuo, considerándola como la ocupación más honrosa y distinguida. Las crónicas luchas entre mexicanos y tlaxcaltecas, conocidas con el nombre de "guerra florida", no eran en realidad sino una institución creada y sostenida con el fin de mantener vivas las prácticas de combate, y un medio para hacer prisioneros en gran escala; prisioneros que más tarde serían objeto de comercio o destinados al sacrificio, para alimentar con su sangre a las sombrías divinidades de la raza.

En el Perú las jefaturas asumían carácter hereditario y casi sagrado. En Cambio, en México, el más humilde de los macehuales, si demostraba dotes extraordinarias, podía llegar hasta los más altos puestos del mando militar. El cahuecac y el telpochicalí eran escuelas de guerra en las que los jóvenes se sometían a las más duras pruebas. Los ritos de iniciación en esas milicias eran complicados y más complicadas aún las distinciones que se conferían por méritos demostrados en el combate. Plumas, pieles de animales, despojos humanos o elemen-

tos totémicos, se utilizaban a manera de divisas y los actos gloriosos se medían frecuentemente por la cantidad de prisioneros que un hombre lograba hacer, ya que esa era una de las finalidades más importantes de la guerra. Terminados los consejos o asambleas y las danzas rituales, actuando siempre sobre fondos mágicos o religiosos, las tribus se lanzaban al encuentro del enemigo, llevando cada guerrero sus armas y alimentos consigo, costumbre que proporcionaba a sus ejércitos gran movilidad, tanto en la acción ofensiva como en la defensiva. Agrupados frente al adversario, los escuadrones lanzaban contra él una nube de flechas, fisgas y varas tostadas, y en seguida, cada hombre entraba a la refriega, peleando cuerpo a cuerpo en forma directa e individual; género de combate que desde luego no se prestaba para el desarrollo de grandes concepciones estratégicas.

Hablando en términos generales puede afirmarse que los principios tácticos que guiaban al indígena eran simples, primitivos, conservadores, y desde luego inadecuados para el alcance de las armas de fuego o las saetas de las ballestas españolas, las cuales tenían un poder de alcance y contención mucho mayor que el de las flechas indias. Su estrategia adolecía de las mismas limitaciones, con el agravante de ser poco flexible, puesto que sus formaciones carecían de cohesión, y como lógica consecuencia, de capacidad para los despliegues o grandes movimientos en campo abierto. Impulsado por su espíritu de combate, el indígena atacaba desordenadamente en grandes masas, animándose con gritos, tambores, trompetas y atabales. En cambio las tropas españolas, aun ante las más recias y desesperadas acometidas del enemigo, mantenían sus formaciones, abriéndose o cerrándose en cuadros, de los cuales, en el momento oportuno, brotaba el fuego de los cañones o los arcabuces, encargándose en seguida la caballería de perseguir y destrozarse al enemigo con el ímpetu de sus bestias y los botes de sus lanzas.

La conquista del Continente Americano se realizó en una época en la que los países de Europa pugnaban por organizar sus ejércitos en cuerpos regulares y profesionales. En lo que a España se refiere, debe recordarse que en las últimas décadas del siglo xv, Gonzalo Fernández de Córdoba, apellidado el Gran Capitán, convirtió a la infantería en un cuerpo flexible,

que maniobraba certero, cambiando de frente y profundidad con orden y rapidez; pero la conquista del Nuevo Mundo no se llevó a cabo por cuerpos o fracciones de esos ejércitos regulares, sino por soldados aventureros que se unían para la gran aventura al otro lado de los mares. Una vez que la Corona otorgaba el correspondiente permiso para llevar a cabo una expedición, el jefe o capitán designado para dirigirla levantaba bandera y los hombres, impulsados por la novedad o la codicia, sentaban plaza sin paga o soldada alguna. A esa manera de reclutar hombres para constituir ejércitos se le llamaba "hacer gente". Los grados y clases, casi siempre conferidos a hidalgos o personas de reconocido prestigio, eran determinados por el capitán, cuya autoridad era inapelable e indiscutible. Las armas eran heterogéneas, los uniformes no existían y cada uno de los enganchados trataba de valerse por sus propios medios, ya que la Corona muy raras veces otorgó fondos para organizar esas expediciones. A la hora de hacerse a la mar, las ordenanzas eran ilusorias, razón por la cual cada capitán, de acuerdo con su criterio y las circunstancias, imponía los reglamentos que consideraba necesarios para mantener la disciplina en sus filas.

Pero tras ese transitorio o aparente desorden había una tradición de sacrificio y heroísmo, una unidad de designio, y un gran respeto por las instituciones y los valores establecidos. Tras esos hombres llenos de fe y violencia o alucinados por un espejismo de riqueza y de más allá, había un ejército que, ennoblecido por sus hazañas y experiencias en los campos de batalla de Europa, sentaba normas y exigía reconocimientos. Luego, ya en tierras de América, se presentaba la necesidad, la dura e ineludible necesidad de regimentarse, porque el peligro y lo desconocido acechaban tras los más bellos y tranquilos paisajes. Frente a ejércitos que se contaban por muchedumbres, y convencidos de que sólo el orden y la obediencia podía salvarlos de la muerte y los suplicios, los conquistadores se vieron obligados a establecer una disciplina implacable. Leyendo las ordenanzas emitidas por Cortés antes del asalto definitivo a la ciudad de Tenochtitlán, es fácil apreciar el rigor con que esa disciplina se mantenía en los reales iberos: pena de muerte para los desertores y para los que se durmieran o abandonaran la vela estando de centinelas. Punciones menores, pero siempre graves, para los blasfemos, traidores o convictos

de haber jugado sus armas o caballos. De cobardía ante el enemigo, ni siquiera se habla en esas ordenanzas, porque infantes y jinetes sabían que la vida o la deshonra les iba en ello. Bernal Díaz del Castillo consigna con frecuencia nombres de algunos soldados que fueron ahorcados por amotinadores, y de otros que fueron azotados o sufrieron afrenta por órdenes de sus respectivos comandantes. Cortar las manos del espía o ladrón de indias, joyas u otros bienes, era castigo de uso corriente en los cuarteles y campamentos. La sanguinaria justicia de Pedrarias Dávila y del tirano Lope de Aguirre es mejor no recordarla. Los conquistadores españoles del siglo XVI no eran verdugos ni eran santos, sino hombres extremados, cuya desbordante vitalidad los inducía a tomar ventaja de la moral de su tiempo y del mundo físico que los circundaba, y como tales procedían, comprendiendo que lejos de su patria el primer deber de quien capitaneara una expedición era mantener la disciplina. No cabe duda de que el ajustado cumplimiento de ese deber y una organización militar más elaborada y eficaz, influyeron mucho en el buen éxito de las guerras de la conquista.

Mejores armamentos. Para apreciar con equidad la desproporción que existió entre los armamentos de las tropas indias y los de las tropas hispánicas, trataremos de hacer un rápido examen de los mismos. El guerrero indio luchaba casi desnudo, con armas arrojadas de poco alcance: piedras, flechas, lazos, clavos, porras de piedra, y espadas de madera con incrustaciones de colmillos o navajas de pedernal, las cuales en su mayoría no eran efectivas, sino en los encuentros cuerpo a cuerpo. La piedra es el arma arrojada más primitiva que se conoce. El padre Acosta, al escribir sobre las peleas con los mexicanos, dice: "... las piedras hacían gran parte de su negocio". Pero fuera del pedrusco que el hombre arroja con el fin de defenderse y de las galgas que los pueblos primitivos acumulaban en lo alto de los cerros para proteger sus viviendas u obstaculizar el paso por determinado sitio, el indígena, sobre todo el de Sudamérica, había logrado desarrollar una técnica especial para lanzar guijarros con violencia y precisión. Nos referimos a la honda de tipo balear y a las boleadoras que fueron muy empleadas en la defensa del Cuzco y Cajamarca.

El uso del arco y la flecha fue conocido por la mayoría de los pueblos del Nuevo Mundo. Su forma y tamaño variaba según las regiones, pero su mecánica elemental puede afirmar-

se que en todas partes era la misma. Arcos y astiles se preparaban cuidadosamente, casi diríamos con apasionada dedicación. En las costas las puntas de las flechas se hacían con espinas de pescado o púas de raya; en las zonas selváticas se utilizaban las maderas endurecidas al fuego; y en las mesetas, ahí donde existían hábiles artífices y lapidarios, se empleaba el sílex, la obsidiana, el cuarzo, la pizarra, y aun las piedras semipreciosas para tallar sus filosas puntas. El emplumado de las mismas constituía todo un arte y la rapidez y destreza con que el indio arrojaba tales proyectiles, fue algo que en más de una ocasión mereció las alabanzas de los cronistas y comentaristas. Su poder ofensivo era relativamente bueno para tiros diurnos y cortas distancias, pero lo que hizo temible la flecha del indígena en algunas comarcas fueron los sutiles venenos con que se acostumbraba emponzoñarlas para añadir dudas y tormentos al dolor de las heridas o a las agonías de la muerte. El Inca Garcilaso relata en alguna parte de sus famosos *Comentarios* que durante la conquista de La Florida, un caballo recibió una herida de flecha que lo atravesó desde las ancas hasta el pecho, llegando su punta a pocas pulgadas del pretal; agregando que los castellanos, admirados, dijeron que una pelota de arcabuz posiblemente no hubiera penetrado tan hondo.

Además del arco, algunas naciones aborígenes usaron la estólica y la tiradera, logrando, gracias a ese antiquísimo ingenio, aumentar y prolongar la fuerza del brazo que impulsa el dardo. Los soldados hispánicos probablemente no se asombraron mucho ante esa arma, ya que desde la época de la dominación romana los iberos conocieron el ammentum (aumentado), o sea la correa de cuero con que los legionarios impulsaban sus dardos. La estólica y la tiradera fueron armas muy empleadas en Mesoamérica, en el Reyno de Nueva Granada y en algunas regiones del Perú, pues sus proyectiles impulsados con suma violencia tenían gran capacidad de penetración. En los códices murales y estelas, es frecuente la figura del guerrero armado con estólica y tiradera. Lanzas y lazos fueron también empleados por las huestes indias, sobre todo en el Arauco Chileno y en las pampas de la Argentina.

Sus armas defensivas estaban en relación con el poder de las ofensivas. La principal entre ellas fue el escaupil o colchado de algodón que embotaba los tiros de flecha y daba cierta protección contra las piedras y las cuchilladas de las espadas.

Generalmente era fabricado con algodón, pero a veces usaban el henequén para rellenar sus entretelados. Algunos de esos escaupiles cubrían solamente el pecho, otros llegaban hasta media pantorrilla. Los había blancos y los había teñidos de abigarrados colores, cubiertos por mantos de rica pluma o imitando con sus labores las pieles de ciertos animales feroces. También usaron cascos de madera y escudos de piel de venado o danta, pero a estas defensas se les asignaba un papel más que todo decorativo y emblemático. Los Chimalli o pavese mexicanos fueron famosos por el arte simbolista y la buena disposición con que solían ser ornamentados. Grecas, rayos, veneras, círculos, nahuales, mariposas y caracoles, señalaban las jerarquías u órdenes militares a que pertenecían los combatientes.

El indio americano usó el grito y los cantos de manera sistemática, para animarse en la pelea e infundir pavor al enemigo. Asimismo, a manera de defensa pasiva, hizo bastante uso del embijamiento y del tatuaje, con el propósito de darse un temible aspecto y anular los malos agüeros o los mágicos conjuros de sus enemigos. Antes de partir al combate consultaba los oráculos, practicaba sus danzas rituales, cubría sus carnes con bija (Bixa Orellana), y a veces, antes de vestir el escaupil de guerra, bebía la sangre de algunos animales impulsado por el deseo de apropiarse de su fuerza, astucia o valor.

Las armas de los conquistadores, contra lo que generalmente podría suponerse, eran más lentas en su manejo que las armas usadas por los aborígenes. La ballesta, a pesar de su complicado mecanismo, no es en síntesis sino un arco perfeccionado. Las armas de fuego: cañones, bombardas o lombardas, culebrinas, escopetas, falconetes y pasavolantes, fueron indudablemente de gran utilidad por su inusitado alcance y efecto sorpresivo, pero requerían una atención y un espacio de tiempo relativamente largo para ponerlas en juego. Además, en la práctica, surgían a menudo inconvenientes no siempre fáciles de remediar: la pólvora se humedecía durante la estación lluviosa o el paso de los ríos, las mechas de los arcabuses había que mantenerlas encendidas en las prolongadas velas, los proyectiles o pelotas no eran muy abundantes en ciertas ocasiones, y lo mismo sucedía con las piezas de recambio. Fuera de esos inconvenientes, tanto cañones, como arca-

buces, resultaban difíciles de transportar en parajes donde los caminos no eran más que sendas trazadas para orillar las barrancas o escalar el tope de las cumbres.

Al iniciarse las luchas de la conquista la ballesta había alcanzado un alto grado de perfección en España, y justo es reconocer que a ella se debe, en parte considerable, el buen éxito de las escaramuzas iniciales, ya que durante los primeros años las espingardas, arcabuces y escopetas eran bastante caras, y por consiguiente escasas.

Ante la aparición de las armas de fuego, los caballeros medievales cedieron su romántico y legendario puesto a un nuevo personaje: el militar. Despreciadas al principio por considerárselas dignas de cobardes y plebeyos, esas armas, sin embargo, adquirieron pronto un gran prestigio, pero las bocas de artillería o tiros, como algunas veces se las llamó, no fueron nunca muy abundantes en manos de los conquistadores. La más popular entre ellas, a pesar de las dificultades que implicaba su transporte y manejo, fue probablemente el arcabuz de rueda. Su efecto entre las masas indias fue en muchos casos definitivo, porque esas armas, como por arte de magia, daban muerte a distancia, en la luz o en la sombra, con fragores y velocidades que sólo podrían compararse con las del mismo rayo. Mas a su lado hubo otros elementos que influyeron poderosamente en las cruentas y obstinadas luchas de la conquista. Esos elementos fueron el caballo, la espada, y las armas defensivas de los castellanos.

Describir el espanto del aborigen ante la presencia del caballo es tarea ardua, porque aun para intentarlo tendríamos que volver, animados por un antiguo y simplista espíritu, sobre los engañosos mamparos del tiempo. Todos los cronistas insisten en la impresión de sorpresa que aquél sufrió a la vista del equino; sorpresa que era una mezcla de admiración, idolatría y terror. Al contemplarlo por primera vez, el alma niña del indio lo admiró por su forma extraña; luego, fascinado por sus relinchos, adornos y corvetas, lo consideró como algo excepcional y divino; pero en seguida, cuando los batallones nativos fueron atropellados y divididos por su ancho y poderoso pecho, el indígena se sintió invadido por un supersticioso temor, del cual no se repuso sino en los remansos de la Colonia.

Al caballo hay que agregar el perro de ultramar, al feroz alano, producto de la unión del dogo y la mastina, ambos de

gran corpulencia, cuya casta fue amaestrada para perseguir a los aborígenes de las islas del Caribe, Castilla de Oro, Nicaragua, Nueva Granada y el Perú. Los documentos y relatos que se han conservado y las acusaciones que Fray Bartolomé de las Casas lanzó contra los conquistadores y encomenderos por el empleo de esos terribles animales de presa, hablan elocuentemente del terror que éstos inspiraron al indio, cuando los vio desgarrar a dentelladas los intestinos de sus compañeros.

La espada fue por antonomasia el arma de la época. La de los siglos medievales era fornida, pesada, contundente, y de acuerdo con esas características, de esgrima lenta y cautelosa. En las últimas décadas del siglo XV, al perder el favor las recias e imponentes armaduras de combate, la espada se volvió ágil y desenvuelta. En su manejo la destreza substituyó a la fuerza. Bien forjada y mejor esgrimida, ella resultó terrible en tierras de América para herir los inermes pechos del indio. Algunos historiadores hablan de montantes o sables de dos manos, de puñales, de partesanas, y aun de bracamartes de arzón; mas lo cierto es que, fuera de la daga, hermana menor de la espada, ninguna arma blanca fue de tan útil servicio al español en los combates de la conquista como fueron las buenas y nobles hojas de acero forjadas en las espaderías de Vizcaya, Toledo y Barcelona.

La lanza de armas o ristre, muy usada en las grandes batallas y torneos de las centurias anteriores, no encontró empleo en el Nuevo Mundo por varias razones, entre las cuales descuellan la falta de armaduras del contrario, y la circunstancia de que el caballero, después de la arremetida inicial, corría riesgo de quedar desarmado al perder su lanza en manos de las multitudes enemigas. En cambio, la lanza jineta, que simplemente se enristraba oprimiéndola bajo el brazo derecho, fue de gran utilidad para desbaratar los escuadrones indígenas, por muy numerosos y apretados que ellos fueran, ya que sus componentes no tenían picas para detener el ímpetu de la caballería. Atravesar las formaciones del adversario, tantas veces como el caso lo exigiera, con el fin de que los peones pudieran diezmarlo con sus espadas, era lo que en la jerga militar de esos tiempos se llamaba "romper"; dura y peligrosa tarea en la que siempre se desempeñó con audacia y destreza la caballería ligera de las tropas peninsulares.

Las armas defensivas de los tercios iberos fueron las de

su tiempo en el Viejo Mundo. Como lógica consecuencia del poder demostrado por las armas de fuego, las pesadas armaduras completas de la Edad Media y Renacimiento tuvieron que aligerarse, pues ellas resultaban casi inútiles ante los impactos del plomo, pudiendo decirse que a la hora del descubrimiento de América aquellos arneses ya no eran de uso corriente en Europa. Los conquistadores usaron morriones, yugulares, co-seletes, rodelas, celadas, adargas de caballería, coletos de cuero, y sobre todo, cotas de malla y jacerinas, es decir, defensas corporales livianas y adaptables a la continua movilidad en que tenían que mantenerse sus huestes; pero la protección individual más empleada por ellos, desde los primeros encuentros de armas en el Caribe y el Darién, hasta los combates decisivos de Tierra Firme, fue el escaupil o sea la cota estofada de algodón indígena, que mostró grandes ventajas no sólo para resistir los chaparrones de flechas, dardos y huesos arponados, con que por todos los rumbos se les recibía, sino también para soportar las humedades y rigores de los climas ecuatoriales.

Lo anteriormente expuesto no es más que un somero análisis de los armamentos empleados durante las guerras de la conquista. Sin embargo, y si se tiene en cuenta que las armas defensivas del nativo eran ineficaces para contrarrestar la mortífera violencia de los golpes que les asestaban sus oponentes, es fácil deducir la supremacía que las armas españolas tuvieron sobre las armas ofensivas y defensivas usadas tradicionalmente por el indio americano.

Fuera de estas dos razones, que como ya dijimos, podrían clasificarse como de orden material, hay otras que aunque menos visibles o aparentes, contribuyeron en gran parte al triunfo de los ejércitos invasores a lo largo de todo el Continente. La primera entre estas últimas fue la división. Si ella no se hubiera producido en los grandes conglomerados indígenas, la conquista hubiera sido indudablemente mucho más lenta y trabajosa.

Cortés se aprovechó de los odios y temores sustentados contra el Imperio de Moctezuma, para invadir el Anáhuac. Pedro de Alvarado lo imitó al intervenir en las contiendas y rivalidades de las tribus quichés, cakchiqueles y zutuhiles, y Francisco Pizarro hizo lo mismo al tomar partido en la discordia que dividía a Huáscar y Atahualpa, en el dorado Perú. Sebastián de Benalcázar y Gonzalo Jiménez de Quezada pro-

cedieron en igual o parecida forma en las comarcas que más tarde habrían de constituir el Reino de Nueva Granada. Don Fernando de Alba Ixtlilxóchitl, en su *Relación de la venida de los españoles y principios de la Ley Evangélica*, asienta que "dondequiera que él (Cortés) iba a sujetar o tener guerra con alguna provincia, salía siempre vencedor por tener amigos, los cuales eran los que guiaban la danza y corrían los primeros riesgos"; debiendo entenderse que esos amigos estaban constituidos por los centenares de miles de aborígenes que comandaba Ixtlilxóchitl, entre los que había tlaxcaltecas, huexotzincas y chololtecas, pues "la mayoría de los pueblos dominados por los mexicanos estaban de parte de los invasores hispánicos. Y en el sur hay que recordar que sin la poderosa ayuda de una parte de la nobleza incaica y la de varias tribus de la región, la defensa del Cuzco sitiado por los soldados de Manco Inca habría sido poco menos que imposible.

¿Cuáles fueron las causas que produjeron esa funesta división? La mayor entre ellas, probablemente, fue la falta de sentido nacionalista de las incipientes repúblicas de indios. Guatimozin, Tecún Umán, Nicarao, Lempira, Lautaro y Cautoplicán, para no citar a otros caudillos, combatieron denodadamente contra los invasores, bien cierto es; pero no cabe duda de que esos caciques, a pesar de su firme y heroica resistencia, carecían de ideas concretas respecto a la unidad política de los territorios que con el correr de los siglos habrían de integrar sus futuras patrias. Creer, por ejemplo, que Tecún luchó y murió, según lo asegura la leyenda, en defensa de una nación, es tan absurdo como suponer que el ignorado recopilador de El Popol Vuh fue un miembro distinguido de alguna academia de la lengua maya-quiché.

A la división hay que agregar el fatalismo, la superstición, y el choque y desorden ideológico que necesariamente tenía que producirse al entrar en contacto gentes originarias de dos mundos diferentes. Por su parte, los españoles tuvieron que encararse con algunos aspectos desconocidos de la guerra, pero esos aspectos, aunque eran una novedad para ellos, no influyeron mayormente en los resultados finales: hacemos referencia a los sacrificios humanos, a las espantosas "gritas", al embijamiento, a las flechas o chuzos envenenados, y a los gases o "humazos" de ají (chile), y otras plantas que los indígenas emplearon contra ellos en los altiplanos de México y en ciertas

zonas bañadas por las aguas de los grandes ríos sudamericanos.

El hombre español es fatalista y supersticioso, pero el aborigen de América lo es más aún. Circundado por un ambiente mágico religioso en el que el mito, la profecía, los encantamientos y las revelaciones alcanzaban insospechados valores, no es difícil imaginar su desconcierto ante seres que con idioma, trajes, armas y modalidades diversas a las suyas, aseguraban ser portadores de mensajes de dioses y soberanos desconocidos.

Pedro Mártir de Anglería, escritor que tuvo oportunidad de conversar con algunos de los aborígenes que el Gran Almirante llevó a la península ibérica, al regresar de uno de sus viajes a la Española, asegura que los habitantes de las Antillas abrigan la creencia de que los antiguos dioses volverían algún día.

Según un cronista cakchiquel, un sacerdote de su raza, antes de morir sacrificado, predijo a Vavxaki-Caam, Rey del Quiché, la llegada de los castellanos, diciendo: "Sabed que unos hombres, no desnudos como nosotros, sino vestidos y armados de pies a cabeza, hombres muy terribles y crueles... vendrán quizá mañana o pasado mañana y destruirán todos estos edificios, que serán habitación de lechuzas y de gatos de monte y cesará toda la grandeza de esta corte...".

Los mitos de Quetzalcóatl, la divinidad del aire que puso en movimiento al universo, y de Viracocha, el Gran Señor iluminado, anuncian desde el fondo de las edades la llegada del hombre blanco a los valles de México y del Perú.

Lo sobrenatural, lo inverosímil, siempre dieron aliento a la imaginación de los pueblos jóvenes. Lo maravilloso envuelve en doradas brumas a los héroes de Homero; nutre durante mil y una noches el pensamiento poético de Arabia y la India; embellece a Irlanda; puebla con semidioses la Valhala; esmalta los marcos de la gesta carolingia; y durante todo el Medievo es flor luminosa en la sombra que proyectan las torres de las catedrales.

¿Por qué extrañar entonces que los indígenas del Nuevo Mundo hayan considerado a los ibéricos como a portentosos hijos del sol, y que al hacerlo así, hayan incurrido en dudas y vacilaciones respecto a la manera en que debían recibirlos. Invadido por el temor, indeciso, Moctezuma convocó a sus nigro-

mantes y hechiceros, y en seguida les ordenó que fueran al encuentro de Cortés, aposentado en Cempoala, para que con sus artes y brujerías anularan el poder de los teules.

Atahualpa hizo lo mismo, y en Guatemala un mago de Iximché, apellidado "El Tenebroso", prometió la destrucción de los invasores diciendo: "Yo soy el rayo, heriré a los castellanos y los haré perecer por el fuego. . ."; pero ni armas ni hechizos valieron, porque tras aquel patético despertar, las culturas aborígenes estaban ya en los umbrales del reino de la fábula y de la muerte. Si a estas dudas y fallas se agrega a impotencia y el silencio que en hora tan trágica guardaron sus dioses, ¿por qué no admitir que toda esa mezcla de derrotismo, fatalismo y negación fue también uno de los factores que retardaron o debilitaron el espíritu de resistencia de la raza india?

Además, no debe dejarse en olvido las supersticiones. El inesperado arribo de los españoles desconcertó profundamente a los nativos. ¿Quiénes eran esos hombres? ¿De dónde venían? ¿Cómo llegaron hasta sus playas?, interrogaciones que al no ser debidamente satisfechas por sus sacerdotes, generaron un clima místico favorable para los invasores y fatal para los aborígenes, porque de ese clima cargado de temores y supersticiones al pánico colectivo, no había más que un solo paso: siendo justo reconocer que al reponerse de su trágica e inicial sorpresa, los indígenas lucharon con gran valor, sobre todo de día, pues según sus viejas y muy arraigadas ideas, el padre sol debía verlos pelear y darles su omnipotente ayuda en la contienda. Embargado por un sentimiento que podría llamarse de caudillismo mítico, el indio concedía gran importancia a las jerarquías y a las insignias, en la infantil creencia de que estas últimas atraían la mirada sideral de los dioses, y por consiguiente, la buena fortuna en el ejercicio de las armas. Por esta razón es que, cuando ya todo se consideraba perdido, Hernán Cortés, al arrebatar un estandarte de manos de un príncipe azteca, alcanzó una resonante y definitiva victoria en la batalla de Otumba, y algo similar aconteció en Guatemala, según aseguran, cuando Alvarado derribó con un bote de su lanza a Tecún Umán, en los llanos de Olinstepeque. Sucesos que al ser comprobados por los capitanes españoles, probablemente dieron origen a las recomendaciones que éstos hicieron a sus

soldados de dirigir los golpes con preferencia a los caciques, pues según parece, de conformidad con la ideología india, ellos eran los depositarios de un mágico e implacable destino.

Las supersticiones surgidas a raíz de la conquista fueron numerosas. El indio, probablemente, buscaba nuevas representaciones, convirtiendo a los santos de otros cielos en divinidades americanas; a los cordones de los frailes en quipos; y a los animales que acompañan a algunos santos en sus respectivos nahuales: el león a los pies de San Jerónimo, un águila a los de San Marcos, San Rafael con un pez en la mano. . . No queriendo pecar de prolijos, haremos mención en estas notas de una de las más notables y peregrinas, la que se refiere a la creencia, muy difundida entre los parciales de uno y otro bando, de que un poderoso y vengativo espíritu combatía en favor de los españoles, montado en un caballo blanco y armado con una flamígera espada.

¿Qué nombre tenía ese espíritu y por qué batallaba a la vanguardia de los invasores? El caballero del galopante corcel era Santiago el Evangelista o el Mayor, hijo de Cebedeo y Salomé, uno de los doce apóstoles, que según muy antiguas tradiciones cristianizó en el año 30 a la península Ibérica. Murió degollado por órdenes de Herodes Agrippa, alrededor del año 44 d. C. y su cuerpo fue enterrado en Iria Flavia, lugar donde permaneció hasta que su tumba fue descubierta por Alfonso II, llamado el Casto, quien hizo trasladar sus cenizas a Compostela, en la provincia de Galicia.

Mas, ¿qué relación hay entre ese varón del santoral cristiano y las guerras de la conquista americana? En pocas palabras trataremos de dar respuestas a la pregunta.

Durante la Guerra Santa o de Reconquista, que se prolongó ochocientos años, la iglesia española tuvo necesidad de una potencia espiritual que polarizara el fervor de las masas y la ayudara a contrarrestar el fanático ardor de los mahometanos, y así fue como el clero castrense convirtió al "Hermano de Cristo" en Santiago Matamoros. El poema del Mío Cid nos ofrece en su texto toda una revelación al respecto, cuando dice: "Los moros (lo) llamaban Mafomat, los cristianos Santo Yaque (Santiago). Pero el culto rendido al apóstol mártir no se quedó en una simple y pasajera manifestación de piedad, porque bien pronto, trascendiendo los humildes fondos de lo popular, adquirió proporciones espectaculares, convirtiéndose en el santo

militar de la Reconquista y en Patrón de España. Más tarde, aureolado por la gratitud y la devoción de un pueblo que creía en él como en su salvador, cruzó los mares y se hizo presente en todas aquellas partes donde la fe necesitaba de la ayuda divina para el sometimiento y conversión de las multitudes infieles.

Según los cronistas y escritores de la época, sus apariciones sobrenaturales en tierras del Nuevo Mundo fueron muchas y muy portentosas, tantas que sería largo enumerarlas; al principio en los campos de batalla, como santo mata-indios, después como un ayudante a la divinidad que, junto con el trueno y el relámpago, dispensaba las lluvias, y por consiguiente, las buenas cosechas. Su nombre, en señal de amor y reverencia está vinculado con la toponimia de numerosos pueblos y ciudades del continente: Santiago de los Caballeros de Goathemala, Santiago de Chile, Santiago de Cuba, Santiago Atitlán, Santiago del Estero, Santiago de Chuco, Santiago de Nonualco, etcétera, etcétera.

¿Por qué causa los indígenas vincularon también su figura ecuestre con los estampidos del trueno? El padre jesuita José de Arriaga, en su obra *La Extirpación de la Idolatría en el Perú*, dice que los indios: "Veían en las guerras que tenían los españoles, cuando querían disparar los arcabuces—que los aborígenes llaman illapa o rayo que apellidaban primero: ¡Santiago! ¡Santiago!", y en realidad lo más probable es que al oír a los hispánicos gritar en la pelea: ¡Nuestra Señora, Santiago y a ellos!, ¡Santiago, españoles! o ¡Santiago, y cierra España!, los naturales, en el afán de encontrar nuevos caminos para sus antiguas ideas, llegaron a creer que efectivamente el Santo guerrero los socorría en los más duros trances, proyectándose de esa manera el sentido milagroso de la historia de España sobre las áreas vírgenes del mundo descubierto por Colón.

Transformado en símbolo victorioso de la conquista y en gran señor del rayo y de las cosechas, Santiago de Compostela fue temido y venerado por el indígena, que, de conformidad con su índole supersticiosa, le atribuyó mágicos poderes, y así pasaron los años y los siglos. . . Pero un día la fe, el caballo, la pólvora, y todos los elementos espirituales y materiales que a la hora de la conquista fueron bravura, entereza y sobrehumana resistencia en el corazón de los invasores y relámpago en la boca de sus cañones, escopetas y arcabuces, pasaron al

dominio del indio y del mestizo, los cuales, a su vez, movidos e iluminados por una alta y trascendental resolución, los emplearon heroicamente en la gran epopeya que en la historia de la humanidad se conoce con el nombre de: *Independencia del Continente Americano*.

EL MUNDO AMERICANO EN LA ÉPOCA COLONIAL

ESTUDIO INTRODUCTORIO*

Por *Silvio ZAVALA*

Unidades y Diversidades en la Historia de América

DESDE hace varias décadas, los estudiosos de la historia general del continente americano han acostumbrado iniciar sus obras por una discusión en torno de la unidad o la diversidad que es posible descubrir entre las historias de los pueblos que en él se han constituido.

En el lenguaje del historiador suele transparentarse una profesión de fe en favor de una u otra de esas tesis.

A esa primera declaración sigue usualmente una segunda en que se resuelve si la unidad, en el caso de que haya sido admitida alguna, tiene sus orígenes en Europa o en América.

Antes de seguir por este camino, añadiendo nuestra propia confesión a las anteriores, quisiéramos recordar que los principales argumentos de esta polémica han sido ampliamente expuestos por mentes agudas.¹

* El autor prepara una obra extensa que lleva el mismo título que el presente artículo. Un prefacio, aquí omitido por la imposibilidad de condensarlo en una nota, explica el origen de los trabajos del Programa de Historia de América, que ha venido desarrollando la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, así como las colaboraciones y ayudas recibidas. De todo ello quedará constancia en la obra mencionada.

¹ Es justo expresar el reconocimiento de los colaboradores del Programa de Historia de América al finado Herbert E. Bolton y a sus discípulos por el impulso que han dado a este campo de trabajo. Véase del primero, como punto de referencia, "The Epic of Greater America", en *American Historical Review*, XXXVIII, 448-474; y también, *History of the Americas*, Boston, 1928. Después, como ejemplos de algunas interpretaciones, "Have the Americas a Common History?", *The Canadian Historical Review*, Junio, 1942, 125-156. *Ensayos*

A nuestro parecer andaríamos por vía más segura si, en vez de repetir la sentencia rotunda acerca de la unidad o la diversidad histórica que pueda haber entre los pueblos americanos, reconociéramos que la historia de América contiene buen número de unidades y diversidades, precisamente así en plural; que esas unidades y diversidades tienen orígenes varios, siguen direcciones distintas y cambian en el tiempo.

Unidades trasatlánticas e interamericanas

EN la época que es objeto de nuestro estudio, la monarquía hispana llega a comprender, a más del territorio de la Península y de las otras comarcas europeas unidas a la casa reinante por vínculos dinásticos, ciertos puntos de apoyo en las costas de África, las islas Canarias, una vasta zona de América y las islas Filipinas.

La expansión lusitana abarca territorios situados en África, Asia, América; la vida colonial del Brasil queda comprendida dentro de la que Gilberto Freyre ha llamado, con acierto, la historia del mundo que el portugués creó.

Los imperios de los franceses, holandeses e ingleses también se extienden por varios continentes.

La comparación de las experiencias coloniales de los pueblos europeos en América no tiene por base el mismo género de unidad que se encuentra en la expansión pluricontinental de cada imperio europeo de la edad moderna.

En efecto, parecería ocioso enfrentar la vinculación histórica que existe entre Portugal y Brasil en la época colonial, o bien entre Inglaterra y sus posesiones del Nuevo Mundo, con la que haya podido mediar entre Brasil y Angloamérica en la misma época. Son tantos y tan evidentes los lazos políticos, económicos, lingüísticos entre cada metrópoli europea y sus respectivas colonias del Nuevo Mundo, y tantas las distancias y las divergencias en el orden de las instituciones, la religión, el arte entre unas y otras posesiones americanas, que

sobre la Historia del Nuevo Mundo, México, 1951. Y la *Revista de Historia de América*, Núm. 34, 469-489. Entre las obras de autores hispanoamericanos del siglo XX destacan las que Carlos Pereyra dedicó a la historia general de América. Sobre la evolución de la historiografía general americana prepara una obra el historiador chileno Eugenio Pereira Salas.

una conclusión de unidad parece corresponder inevitablemente al primer caso y de diversidad al segundo. Pero el estudio de la sociedad del sur de Angloamérica y del nordeste brasileño nos pone en presencia de ciertos elementos semejantes en torno a la vida de las plantaciones y la esclavitud de los negros importados de Africa por los europeos; desde este punto de vista, existe menos unidad entre la sociedad inglesa metropolitana y la sureña angloamericana, digamos en el siglo XVIII, que entre esta última región y la región nordeste del Brasil. Una consecuencia visible de ello es que, en el siglo XIX, tanto los Estados Unidos como el Brasil se enfrentan en el interior de sus respectivas fronteras al problema social de la abolición de la esclavitud, que no existe en forma semejante en el territorio metropolitano de Inglaterra. No es de olvidar que esa unidad interamericana que señalamos es compleja, según se verá en examen posterior más detallado; aquí sólo la recordamos porque indica un paralelismo entre regiones sociales de América que debe tenerse en cuenta junto a los vínculos euro-americanos más evidentes. Ese paralelismo no equivale a una filiación ni a una relación directa entre tales regiones americanas, pero tampoco es hijo del azar, pues entre una y otra colonización existe el factor de acercamiento constituido por el contacto que ambas mantienen con Europa y Africa.

Tomando como base el hecho de que la expansión colonial inglesa se extiende también por tierras no americanas, algunos autores reflexionan que más sentido histórico tiene estudiar esas experiencias en diversas partes del mundo (India, Africa del Sur, Canadá, Estados Unidos, Australia, Nueva Zelanda), que insertar la colonización inglesa de América dentro del cuadro de las colonizaciones emprendidas por los otros pueblos europeos en el nuevo continente, ya que ellas son intrínsecamente diversas entre sí. Podrían, de este modo, admitirse las historias del Imperio Británico, a pesar de la pluralidad geográfica de las comarcas que abarca fuera y dentro del continente americano; pero no las historias del Mundo Americano Colonial, porque faltaría en este último caso el hilo unitario.

Es evidente que las historias de las áreas coloniales de expansión de los pueblos europeos no se limitan a los linderos americanos, como arriba hemos recordado en los casos de los ibéricos, franceses, holandeses e ingleses. No sólo cada uno de esos imperios sino el conjunto de ellos puede estudiarse en

una perspectiva mundial. Además de las razones históricas pluricontinentales hay las correlaciones de orden geográfico que la latitud crea entre regiones de diversos continentes (v.g., Siberia, Alaska, Groenlandia y Norte de Europa; Brasil, África y Asia tropicales; Argentina y Australia). Pero ello no quiere decir, a mi juicio, que los estudios generales sobre el Nuevo Mundo no tengan cabida junto a los anteriores. No se excluyen mutuamente unos y otros criterios, antes bien se prestan auxilio para la mejor comprensión de la historia universal; porque el enfoque americano permite contemplar un conjunto de experiencias coloniales paralelas, aunque no siempre estén vinculadas entre sí, que resultan de la expansión de varias naciones europeas en un tiempo histórico simultáneo o relativamente próximo, en áreas geográficas que pueden engendrar conexiones reales, y a través de formas de sociedad y de cultura cuya comparación permite conocer mejor, en sus semejanzas y en sus diversidades, a las colonizaciones y regiones en particular. Por este método se llega a vislumbrar el panorama general de la historia del continente en esa época, las conexiones y las distancias, los paralelismos y las divergencias entre unas y otras colonizaciones euroamericanas; así como la red de sus relaciones con otras partes del mundo.

Los historiadores de Occidente han acostumbrado trazar los orígenes, el apogeo y la decadencia de un imperio romano extenso, de larga duración y que comprende gran variedad de provincias.

La salida de Europa a intervalos más o menos próximos de varios pueblos que crean el mundo de las colonizaciones americanas —con sus luchas, relaciones comerciales, parentescos y diferencias— ha solido estudiarse nacional o fragmentariamente con posterioridad a la historiografía de la Ilustración. Es cierto que falta un solo centro de poder semejante al del imperio romano, y que entre las metrópolis y las posesiones media el vasto océano; también ocurre que la vida de las provincias trasatlánticas ha sido poco estudiada en su significación propia y esto ha impedido observar la generalidad de ciertos factores y desarrollos americanos.

De ahí que se haya ido perdiendo, ya en Europa, ya en América, con posterioridad al siglo XVIII, el hábito de contemplar el conjunto de esa múltiple expansión colonizadora y de sus resultados en el marco del hemisferio americano, con detri-

mento para la inteligencia tanto de la historia moderna universal como de la de América en particular.

Aunque la tarea no sea fácil, vale la pena ensayar el retorno a esa visión de conjunto, aprovechando las perspectivas más largas de que ahora disponemos, y poniendo a contribución los estudios generales y particulares que la historiografía moderna ha acumulado sobre los varios períodos, lugares y tópicos. La evolución del método histórico y la apertura de los archivos permiten contar en la actualidad con una base de información más firme que aquella de que pudieron disfrutar los historiadores dieciochescos.

*Unidades y diversidades originadas
en Europa y en América*

ALGUNOS historiadores sostienen que si acaso existen unidades entre las varias colonizaciones americanas, su origen radica casi siempre en vinculaciones previas que existen en la cultura de Europa.

Otros estudiosos, no menos doctos y bien intencionados, creen descubrir parentescos entre las colonizaciones que son engendrados por las circunstancias peculiares de la adaptación de los inmigrantes al ambiente geográfico y social del Nuevo Mundo.

Es de observar que si los paralelismos discernibles en la historia americana descansaran solamente sobre las confluencias de la cultura europea, ocurriría que la búsqueda nos haría salir constantemente del marco del continente nuevo para convertir nuestro esfuerzo en un repaso de las unidades de la historia de Europa que pasaron el océano por conducto de las varias ramas de colonización.

Esto es inevitable, en buena parte, por tratarse de una historia colonial; se ha señalado, y aun exagerado en las polémicas en torno a la historia americana, que el curso principal de las relaciones fluía entonces de las metrópolis europeas a las colonias americanas y no de unas a otras áreas de colonización.

Pero nos parece aconsejable asimismo tratar de descubrir las convergencias en su expresión peculiar en las regiones coloniales de América. Esto es, situarse en la trama de la vida de este continente para observar desde ella todas las influen-

cias que llegan, las conexiones que se establecen, las etapas que se suceden y la fisonomía que los hechos sociales y culturales van adquiriendo.

Esto comprende las unidades iniciales europeas que operan a través de varias colonizaciones del Nuevo Mundo, mas también otros elementos exteriores e interiores distintos de ellas, que pueden tener defectos generales o regionales.

Existe cierta posibilidad de distinguir entre la historia de la expansión de los pueblos europeos y la historia de la América colonial.

Cabe estudiar, por ejemplo, la irradiación de los holandeses desde su centro de habitación en Europa, sus métodos de viaje, su arraigo e intentos de colonización (ya sea fuera de América, ya en varios territorios americanos del norte, las islas y el sur) y escribir esa historia como un capítulo de la general de Holanda.

Mas también es posible estudiar la llegada de los holandeses al Brasil como uno de los elementos de la historia colonial de esta tierra, tomando en cuenta todas las influencias, lo mismo la anterior y ulterior portuguesa, que la africana y asiática, más la del territorio, la de los indios, la de las vecindades interamericanas y el curso histórico local.

Un estudio completo del mundo euroamericano sólo es posible si abarca los antecedentes y las contribuciones de los europeos junto a los componentes varios de la historia colonial propiamente dicha de cada pueblo de América. Así puede cobrar relieve la fisonomía de la vida histórica americana, sin descuido de sus vinculaciones con la expansión de los pueblos europeos colonizadores, y teniendo presentes los contactos con otros continentes.

Comentando estas ideas proponía el profesor C. Verlin-den, con gran claridad, la unión del estudio de los precedentes europeos al de las zonas coloniales, y no aislar las colonizaciones de las diferentes naciones, de suerte que pudieran estudiarse tanto las interacciones de los precedentes europeos como de las zonas americanas de colonización.²

Es lo que percibía también J. H. Parry, aunque con sen-

² Carta de 16 de noviembre de 1954. Un esbozo interesante de sus ideas se encuentra en "Etude des liens culturels et moraux entre l'Ancien et le Nouveau Continent". Contribution N° 3 Unesco. Programme 1954. Resolution 4.112.

tido crítico que parecía apuntar a las dificultades del estudio, cuando notaba que el Programa invitaba a ver el período colonial de la historia americana: "como una historia americana, como una parte vital de la experiencia orgánica de los pueblos americanos, y no como un relato cronológico de las políticas y acciones de los pueblos europeos en América".³

Creo que el enfoque dual es posible.

En el amplio número de los temas estudiados en la presente obra encuentro unidades que provienen, ya del pasado europeo, ya de la experiencia americana; y divergencias que tienen uno u otro origen.

Por ejemplo todas las naciones colonizadoras profesan en común el cristianismo, pero si los españoles, los portugueses y los franceses practican el culto católico en el Nuevo Mundo, y los ingleses y los holandeses el reformado, es por efecto de las divisiones europeas de religión y de sus reflejos en las zonas coloniales. La distribución europea de las lenguas de origen latino y germánico halla eco en la extensión al continente americano del español, el portugués y el francés, de una parte; y del inglés y el holandés, de otra. Existe el derecho común angloamericano al lado de las recopilaciones y códigos coloniales de los españoles y franceses influidos por la romanización; el encuentro de ambos sistemas jurídicos engendraría situaciones complejas en algunas regiones de América, como se observa en Puerto Rico desde fines del siglo XIX. Las construcciones de madera abundan en las regiones boscosas de Norteamérica y las de piedra en la colonización hispanoamericana de Mesoamérica y los Andes, no sólo por efecto de los materiales locales disponibles o de las tradiciones indígenas sino también como proyecciones de distintos climas y tradiciones del norte de Europa y del Mediterráneo, que se adaptan a las condiciones del Nuevo Mundo.

Es sabido que varía entre los críticos, según los accidentes de la fortuna histórica, el aprecio que manifiestan por unos u otros valores; pero lo que importa destacar es que algunas de las unidades y de las divergencias culturales de Europa se extienden al mundo americano bajo circunstancias nuevas y obedeciendo a una distribución distinta.

³ Trabajo leído en la reunión anual de la American Historical Association, diciembre de 1954. Publicado en *Revista de Historia de América*, 39 (junio, 1955), 185-191.

Cuando se estudian las regiones de América pertenecientes a un solo imperio, tal como se hizo en las primeras contribuciones del Programa, se encuentran, sin lugar a duda, marcadas diversidades y distancias provinciales (por ejemplo, entre el Canadá y las islas francesas de las Antillas; entre las colonias inglesas del norte, centro y sur de Norteamérica y las islas; entre las posesiones españolas de Antillas, México, Centro y Sudamérica; o entre las dilatadas comarcas del Brasil en el norte, sur, litoral e interior). Mas esas diferencias regionales, por acusadas que sean a casua de varios factores geográficos y sociales, quedan comprendidas dentro de la ramificación de un tronco europeo colonial que presenta caracteres de cultura coherentes. Es lo que inducía a Mariano Picón Salas a pedir que su Programa sobre Sudamérica hispana se integrara con el estudio de las Antillas españolas y de Hispanoamérica Septentrional y Media.

En cambio, cuando se comparan las colonizaciones americanas de diversas metrópolis europeas, es cierto que se pueden descubrir conexiones derivadas del marco común de la civilización de Europa, de los intercambios provocados por las contingencias americanas, de las situaciones paralelas en el ambiente del Nuevo Mundo y de las respuestas comparables a los problemas planteados por la presencia de factores generales de diversa índole (v.g., el mercantilismo, la esclavitud del negro, etc.); pero junto a esas conexiones y paralelismos posibles, se hacen visibles también las divergencias de lengua, instituciones, religión, costumbres y lealtades, que separan a unas y otras áreas americanas pertenecientes a diversos centros europeos de colonización.

De esta manera se percibe con claridad el doble influjo que ejercen los elementos de origen europeo en la formación de las unidades y las diversidades que existen entre las varias áreas coloniales y regiones de América.⁴

⁴ La civilización europea es en sí misma un conjunto formado por elementos de varias procedencias. El país metropolitano selecciona en diversas épocas, asimila o modifica las influencias que recibe del exterior. En la manera de hacerlo parece haber un estilo que ofrece constancia y que ayuda a entender los caracteres de las naciones. Las corrientes que afectan a ese proceso pueden llegar tanto de Europa como del exterior de ella. Un tratamiento inteligente de un caso puede hallarse en el trabajo de L. Fèvre y F. Crouzet, *Origines Internationales d'une civilisation, Eléments d'une histoire de France*. Unesco/TB/10.

En cuanto a las experiencias del Nuevo Mundo que tienden a producir similitudes entre las áreas de colonización, pueden mencionarse las siguientes. Todas las colonias reciben emigrantes y conocen los problemas de su adaptación a una sociedad nueva. En todos los imperios existen fronteras que requieren exploración, dominio de nuevos territorios y recursos, y a menudo lucha frente a los indígenas. En diversas áreas coloniales surgen comarcas de ganadería extensa en las que el vaquero americano adquiere particular destreza en el arte ecuestre y en el manejo de hatos cimarrones. Las plantaciones, de caña de azúcar por ejemplo, establecen parentescos entre regiones sociales pertenecientes a diversos imperios. La explotación de los recursos coloniales conduce en varias regiones de las islas y del continente al empleo de mano de obra forzosa, ya sea indígena, africana o de sirvientes europeos contratados. Dondequiera las prohibiciones del mercantilismo europeo coinciden con el desarrollo del contrabando en las posesiones americanas. Los grandes ríos, las comarcas rodeadas de leyenda de riqueza, los puntos dominantes de las rutas marítimas y terrestres, atraen a colonizadores de distintos orígenes europeos y crean zonas de rivalidad. Y súbditos de las coronas europeas nacidos en el Nuevo Mundo adoptan actitudes de rebeldía frente a la dominación de sus respectivas metrópolis.

Además de estos paralelismos, existen algunas relaciones

París, 28 de diciembre, 1951. Véanse también las sabias reflexiones de R. Altamira, *El derecho al servicio de la paz. Cuestiones internacionales*, México, 1954, pp. 126-129, sobre las modalidades que caracterizan la originalidad de cada pueblo y de cada grupo de pueblos afines y que expresan "la riqueza inmensa del espíritu humano para concebir los factores y direcciones fundamentales de la vida humana de maneras distintas, y para llegar a su realización por caminos muy diversos que no alteran su substancia".

Se piensa a veces que el carácter de lo americano puede residir en el estilo de acuerdo con el cual los hombres del continente seleccionan las influencias que les llegan de Europa o de otras partes del mundo.

Las confluencias internacionales llegan a estar presentes no sólo en las áreas metropolitanas sino también en cierta medida en las coloniales, aunque los procesos de selección en uno y otro caso no tengan el mismo alcance y autonomía, pues en el primero las influencias operan sobre la cultura dirigente mientras que en el segundo recaen sobre una sociedad en estado de dependencia.

Vuelvo a tratar el problema de las que llamo situaciones compuestas, en América, en otros lugares del presente estudio.

directas entre las áreas coloniales. Ellas surgen, bien sea como resultado de la vecindad (como en el caso de los hispanoamericanos y brasileños que compiten en las márgenes del Río de la Plata); o de las penetraciones intercoloniales debidas al contrabando; o de las licencias temporales de comercio concedidas a naciones que poseen colonias en América y a barcos neutrales; o de guerras (v.g., entre los franceses y los ingleses en Norteamérica); o de cambios de soberanía (como al reunirse las coronas de España y Portugal entre 1580 y 1640 y, producirse algunos contactos entre brasileños e hispanoamericanos; o bien al conquistar los holandeses una parte del Brasil y al reconquistarla los luso-brasileños); o de las competencias comerciales y difusiones tecnológicas relacionadas con la producción de un mismo artículo (por ejemplo, el azúcar en las Antillas y el Brasil); o, por el contrario, del intercambio de productos diversos que dan vida a un comercio complementario (v.g., entre las colonias templadas de Norteamérica que envían pescado, otros alimentos, bestias y madera a las islas tropicales de las Antillas a cambio del azúcar y el alcohol que éstas producen); o de la presencia de intereses mercantiles generales (como los que existen alrededor de la trata de los esclavos negros).

De otra parte, la extensión y la variedad geográfica del continente, la longitud y la dificultad de sus comunicaciones, la distinta índole de los recursos explotados, la composición heterogénea de la población, ofrecen una vasta gama de matices locales que contribuyen a diferenciar a las regiones dentro de los imperios, y a éstos entre sí, según mostraremos en el capítulo relativo a la influencia de la geografía en la historia del Nuevo Mundo.

Unidades y diversidades originadas en Africa y Asia

ADemás de los factores europeos y americanos que tienden a crear las unidades y las diversidades que hemos señalado, debemos considerar otras influencias de origen exterior que provienen de Africa y Asia.

Afroamérica constituye un área de distribución étnica y cultural que no sigue los linderos de una sola colonización europea sino que abarca a varias de ellas; cruza particularmente las regiones del sur angloamericano de Norteamérica. las islas

antillanas de España, Francia, Inglaterra, Holanda y Dinamarca, algunas costas españolas de Norte, Centro y Sudamérica, y el Brasil portugués.

La pluralidad de los lugares y culturas de origen en África ha sido puesta de relieve por los antropólogos para explicar algunas de las variantes que ofrece la presencia del negro en América.

Como el paso de los habitantes de África al continente americano no es el resultado de un movimiento espontáneo de emigración sino de la trata esclavista que organizan los varios pueblos europeos y en la que se interesan gobernantes, mercaderes y pobladores de las colonias americanas, sufren los negros trasladados una dispersión considerable y pérdidas sensibles en sus lenguas, estructuras sociales y elementos de cultura; pero no desaparecen del todo sus características étnicas ni su tradición lingüística, religiosa y de folklore; aún se manifiestan ciertas tendencias a la reconstrucción de grupos y jerarquías en las cofradías y en las bandas de cimarrones.

La situación social del negro en los ambientes coloniales de América se ve influida por el género de la explotación predominante, la legislación y la actitud de los varios colonizadores, el grado de acceso a la emancipación y la amplitud del mestizaje.

Los resultados demográficos presentan contrastes que van desde la escasez o desaparición de los negros en ciertas regiones en que son absorbidos por otros elementos de la población o en que los factores naturales o humanos no parecen serles propicios—es la situación a que se llega en la meseta mexicana, los altiplanos andinos, las pampas templadas del Río de la Plata y los valles de Chile— hasta el trasplante denso que se observa en las costas e islas tropicales y aun en proporción mayoritaria en Haití.

Hubo, pues factores africanos, europeos y coloniales que contribuyeron a diversificar la distribución y la influencia del negro en las sociedades americanas.

En todo caso, la comunicación de África con América, vista en términos continentales, ha sido la puerta de entrada de un elemento importante de la composición étnica y cultural del Nuevo Mundo en una vasta zona colonizada por distintos pueblos europeos.

LA atracción del Oriente aviva el empeño de los descubridores procedentes de Europa de buscar pasos interoceánicos a través del continente nuevo.

Los contactos entre Asia y América son el resultado de la apertura de la ruta portuguesa hacia el Oriente por las costas de Africa y de las relaciones incidentales a que da lugar con el Brasil; de la navegación directa de los españoles a través del Pacífico y de su establecimiento en Filipinas; y de la aparición de otros europeos —entre ellos los holandeses, los franceses, los ingleses y los rusos, y finalmente los habitantes de los Estados Unidos y Canadá—, en las aguas y costas americanas del Pacífico.

Algunos trabajadores orientales pasan en estado de servidumbre a las colonias españolas y dan origen a cierto mestizaje, pero no llegan a ocupar un área de distribución comparable a la afroamericana ni alcanzan una densidad semejante.

El comercio entre Asia y Manila está en manos de los chinos principalmente y empalma con la línea de los galeones españoles que une a Manila con Acapulco. El interés por las mercaderías del Oriente contribuye a dar alguna vida al ramal hispanoamericano de navegación entre Acapulco y el Callao, si bien es objeto de las restricciones que impone el monopolio español. El tráfico de los galeones por el pacífico llega a despertar las aprehensiones del comercio francés interesado en los tratos de España e Indias, pues teme la competencia de las telas orientales.

El gusto por las sedas, muebles, porcelanas, y en general por los objetos de lujo y artísticos procedentes del Oriente, es común a las colonizaciones española y lusitana. Angloamérica sólo puede recibir esta influencia a través del comercio asiático y atlántico de la metrópoli, pues el contacto directo con Asia no existe hasta fines del siglo XVIII.

Unidades y diversidades de Indoamérica

OTRO factor de orden general en la historia de América es la presencia de los pobladores indios y su encuentro con los colonizadores europeos.

Habían mediado muchos siglos de incomunicación entre los habitantes de uno y otro continente. Las civilizaciones res-

pectivas se habían desarrollado independientemente y diferían en aspectos substanciales, de orden material e intelectual, al ocurrir el contacto.

El descubrimiento cambia el curso de las relaciones mundiales hasta entonces practicadas y los fundamentos internos de la historia americana.

La América indígena presentaba algunas concentraciones regionales, por ejemplo, en Mesoamérica y en los Andes; pero la distribución demográfica y cultural de los pueblos sedentarios y nómadas era desigual en varias regiones del continente.

Estas diferencias en el reparto y en el desarrollo cultural de los grupos nativos influyeron en la índole del contacto con los colonizadores europeos. También contribuyeron a esa diversificación las circunstancias del ambiente natural y los recursos explotados; mas la época del encuentro, que puede ofrecer considerables variantes; y las técnicas y tendencias de cultura de cada grupo de ocupantes llegados de Europa o aclimatados ya a otra región del continente americano, por ejemplo a las islas tropicales de las Antillas.

La variedad de los resultados es perceptible cuando se comparan las provincias de un imperio dilatado como el español (por ejemplo, las tierras de frontera de nómadas del norte de México con las sedentarias de Mesoamérica, y las igualmente densas del Alto Perú con las escasamente pobladas de la frontera del Río de la Plata), o bien al pasar de las regiones de una colonización a otra (v.g., de la Nueva Inglaterra, a México o el Perú, o a la Amazonia lusitana).

Entre los colonizadores europeos y los indios mediaron múltiples géneros de relaciones: guerras, comercio, trato de alcohol, alianzas, evangelización, estudios etnográficos y lingüísticos, transculturación, mestizaje, administración, legislación, empleo de servicios personales, despojos, epidemias, expulsiones.

En algunas regiones, como la antillana española o la angloamericana del norte del continente, la población nativa se extingue o es desplazada y sustituida por africanos o europeos; pero en vastas áreas de América coexiste con la euroamericana, y en ciertos casos con la procedente de África. Al prolongarse la vida indígena por la que comienza la historia del continente, queda alterada profundamente por los nuevos fac-

tores de población y cultura que aportan los colonizadores; surgen fenómenos de mestizaje, adaptación de economías y clases sociales, ajuste de costumbres en el seno de sociedades heterogéneas que reúnen a hombres y civilizaciones de alejadas procedencias y de distintos niveles culturales.

La zona indoamericana ocupa aún un territorio extenso; pero no influye de manera igual en las partes del continente que han pasado a ser de población predominantemente euroamericana, como es el caso de algunas regiones de los Estados Unidos y Argentina; ni donde se ha concentrado la inmigración de origen africano, como en las islas de las Antillas y las costas del Brasil. En medio de sus variantes, Indoamérica representa otro de los factores generales que han contribuido a caracterizar la historia de una buena parte del continente.

Fenómenos compuestos

Las diversas agrupaciones étnicas y culturales llegan a formar zonas en el Nuevo Mundo donde preponderan numéricamente los inmigrantes europeos, los habitantes de origen africano o los indígenas americanos. Esas zonas atraviesan las fronteras políticas de las colonizaciones; es decir, junto a las Américas de distinto origen colonial —española, portuguesa, francesa, inglesa, holandesa— se distinguen las Américas de signo demográfico y cultural europeo, africano, indígena. De tales concentraciones han surgido explicaciones de carácter unilateral (europeísta, africanista, indigenista) que tratan de proyectar a toda América las conclusiones basadas en cada experiencia inmediata.

Pero no debe olvidarse que las fronteras entre esas zonas tampoco son absolutas. En primer término, los colonizadores de origen europeo se extienden por las distintas regiones en las que conviven con grupos de origen africano o indígena. Por otra parte, hay fenómenos compuestos por la convergencia de elementos sociales de varias procedencias, que adquieren expresiones históricas particulares al funcionar en América. Si retornamos al análisis de uno de los casos más claros, el de las plantaciones, encontraremos: un territorio tropical de América adecuado para el cultivo de un producto agrícola de exportación, sea nativo como el tabaco o el cacao, o extranjero como el azúcar; mano de obra negra transportada de África;

colonos procedentes de diversas naciones europeas; todo ello integrado en una organización esclavista que funciona en el Nuevo Mundo. El resultado no prolonga sencillamente la vida social de las comarcas de Europa o de Africa de donde provienen algunos elementos fundamentales para la existencia de la plantación; tampoco ofrece ésta algún factor que sea insustituiblemente americano, ya que aun el clima tropical y los productos pueden darse en otras regiones geográficas del planeta. Pero la asociación de tales elementos diversos en estos lugares de la tierra, en los siglos de la expansión oceánica, y bajo la institución de la esclavitud, que reúne en ultramar a europeos y africanos en torno a nexos particulares de economía, vida familiar y cultura, es la que nos permite reconocer la figura histórica de la plantación en el Nuevo Mundo. Ese rostro es americano, o por lo menos aparece como un tipo social en la historia de América, aunque se encuentre integrado por elementos tricontinentales. Todavía puede pensarse que en ese conjunto es el europeo el factor dominante como transportador del negro, como amo y legislador de la esclavitud, como regulador de los mercados y consumidor principal del producto de exportación; mas la plantación en la que convergen esos rasgos dirigentes europeos ya no es una réplica de algo que exista como tal en Europa. Este es uno de los casos más claros de actividad colonial y de esclavismo, y al propio tiempo de singularización del fenómeno americano. Y si bien hay plantaciones en otras partes del mundo, v. g., en Java, no por eso deja de estar indicado el examen comparativo de sus manifestaciones en las varias colonizaciones de América.

Este análisis es aplicable a otras situaciones de la historia continental, y muestra que la convergencia que crea nuevos y complejos fenómenos no puede dejar de tomarse en cuenta cuando se aspira a contemplar el panorama de conjunto y la variedad de las partes integrantes de la historia americana.

Los cambios temporales

EN el siglo XVI, América es un campo de colonización de los pueblos ibéricos. No habían faltado ataques ni intentos de arraigo de otros europeos, ya franceses (el Canadá de Cartier y Roberval, el Brasil de Villegaignon, la Florida de Ribault y Laudonnière) y a ingleses (la colonia de Gilbert y

Raleigh en Terranova en 1583, la Virginia del propio Walter Raleigh en 1584 y 1585), pero los resultados de la población habían sido desgraciados o insignificantes frente a los progresos de los establecimientos españoles y portugueses.

Durante el siglo XVII lograron instalarse otros pueblos europeos (franceses, ingleses, suecos, daneses y holandeses) en el continente y las islas de América, haciéndolo en territorios arrancados a los colonizadores ibéricos o bien en los que éstos habían dejado sin ocupar. Las vecindades y los cambios de soberanía europea en las posesiones del Nuevo Mundo tuvieron entonces mayor importancia (v. g., Jamaica pasa a manos de los ingleses; la parte occidental de Santo Domingo a las de los franceses; ocurre la ocupación holandesa de Pernambuco y la restauración portuguesa; y la conquista inglesa de la Nueva Amsterdam).

En el siglo XVIII, los imperios americanos de los ingleses, franceses, portugueses y españoles tienden a expansionarse. Los rusos se hacen presentes en la costa del noroeste. Antes del término de esa centuria ocurre la conquista inglesa del Canadá francés y la independencia de las colonias angloamericanas. En los primeros años de la centuria siguiente tienen lugar la cesión de la Luisiana a los Estados Unidos y la independencia de Haití.

De suerte que, al terminar la primera década del siglo XIX, aparecen en compañía de la primera nación libre de América algunos remanentes de los dominios inglés, francés, holandés, danés, ruso, mas las grandes áreas de las colonizaciones española y portuguesa. Estas últimas alcanzan la independencia antes de concluir la tercera década de ese siglo, salvo Cuba y Puerto Rico. La parte española de Santo Domingo se halla en poder de los haitianos de 1822 a 1844, conoce un período de reanexión a España (1861-1865) y logra la separación definitiva.

EL comienzo de las colonizaciones ibéricas antecede así aproximadamente en un siglo al establecimiento de los ingleses, franceses y holandeses en el Nuevo Mundo.

Esta asimetría cronológica contribuye, junto con otros factores, a diversificar las posesiones.

Los primeros asientos de los españoles se llevan a cabo dentro de una atmósfera en la que influyen la frontera peninsular entre cristianos e infieles, la tradición unitaria de la cristiandad evangelizadora y celosa de la ortodoxia, la presencia activa de las órdenes religiosas, la organización señorial de la sociedad, la unión de la monarquía con la iglesia a través del Patronato, la fundación de universidades escolásticas y el florecimiento artístico de los estilos gótico, mudéjar y plateresco.

En cambio, la intervención de compañías de índole mercantil, las repercusiones de las rivalidades políticas nacionales y de la disidencia religiosa en Europa, matizan los comienzos de las otras colonizaciones en el siglo XVII.

Hay una distancia considerable entre la grandeza urbana de Lima y México, que eran las capitales de los virreinos españoles creados desde el siglo XVI, y la modestia de los lugares fundados por los otros pueblos colonizadores a principios de la centuria siguiente. Signos de esa disparidad quedan en las fechas de apertura de las primeras universidades de América y de introducción de la imprenta; en la frondosidad de la iglesia, la administración y las leyes; en el monto de las cifras de la población; en el valor de las transacciones económicas; en el brillo que reflejan las descripciones de los viajeros, la aparición de los primeros frutos literarios y la importancia y el estilo de los monumentos artísticos.

En el curso del siglo XVII, y sobre todo en la centuria siguiente, varias de esas distancias iniciales se encuentran compensadas o disminuidas.

Si el siglo XVI hispanoamericano había sido pródigo en descubrimientos, conquistas y fundaciones, le sigue como ha señalado M. Picón Salas en su programa y antes en su obra *De la conquista a la independencia*, una época de consolidación y diversificación de las provincias: "a la vieja generación aventurera y combativa parece suceder otra que prefiere el manso disfrute de la tierra". Bajo el período de gobierno de la Casa de Austria se construyen grandes catedrales, es publicada la Recopilación de las Leyes de Indias, se ensanchan todavía algunas fronteras, comienza el gran ciclo del arte barroco y alcanzan las letras algunas alturas que no desmerecen de las de la metrópoli (el Inca Garcilaso, Ruiz de Alarcón, Sor Juana Inés de la Cruz). Junto a estas muestras de opulencia cultural, las escaseces del erario, los asaltos de los extranjeros

a la navegación y a las defensas del imperio, el crecimiento de las posesiones continentales e isleñas de las naciones rivales a costa de las ibéricas, son síntomas de una variación que se opera en el equilibrio internacional en Europa y en América y que desembocan en la gran crisis de la guerra de la sucesión española a principios del siglo XVIII, a la que pone término el tratado de Utrecht.

Entre tanto, habían comenzado a funcionar colegios e imprentas en las colonias continentales inglesas. Ganaba ascendiente el comercio francés en el de España e Indias. En algún momento parecía firme el dominio de los holandeses en el nordeste del Brasil y se veía realzado por algunas obras de arquitectura, pintura y ciencias emprendidas bajo la administración de Mauricio de Nassau.

Las influencias de la época de la Ilustración operaron sobre unas y otras áreas americanas con mayor sincronismo.⁵

El antiguo régimen había echado raíces profundas en las colonizaciones ibéricas, y retardaba en ellas, aunque no impedía el progreso de las corrientes de la cultura moderna fue más temprana.

En las colonias inglesas la fundación de las academias científicas (v.g., la de Filadelfia), y los pobladores alcanzaron primero la independencia política y la instauración del republicanismo.

En los escritos de los filósofos europeos del siglo XVIII prevalece una imagen idealizada de la sociedad angloamericana, a la que ven libre de las servidumbres del pasado; en contraste hacen una pintura severa de la conquista y administración de los españoles, que son presentados como absolutistas, obscurantistas, destructores de los indígenas, monopolistas, en fin cargados con todos los vicios de la leyenda negra.

Aparte de esta visión filosófica dual de la historia de América, la realidad del siglo XVIII enseña desarrollos considerables de la población y de la economía en casi todas las posesiones europeas, progresos urbanísticos y difusión del arte neoclásico, reformas de la administración y los sistemas mercantiles, rivalidades imperiales, gravámenes del fisco, refuerzos militares y nuevas ideas políticas.

⁵ Una clara percepción de este período se encuentra en la obra de A. P. Whitaker, *The Western Hemisphere Idea: Its Rise and Decline*, Ithaca, New York, 1954, pp. 6-21.

M. Savelle explica en su programa y en su obra *Seeds of Liberty* el tránsito de la mentalidad religiosa del siglo XVII al racionalismo científico, y describe las circunstancias sociales y políticas que preparan la independencia angloamericana en el siglo XVIII.

En Hispanoamérica se hacen presentes las reformas administrativas, marítimas, comerciales, militares y fiscales de los Borbones; la vida criolla se afirma y resiente el predominio de los europeos; hay progreso de la arquitectura civil, producción literaria más variada, aparición de gacetas, renovación del interés científico y de los establecimientos educativos.

En lo que respecta al Brasil, J. H. Rodríguez señala en su programa, con la bibliografía pertinente, las innovaciones que se introducen en el siglo XVIII, entre ellas, la expulsión de los jesuitas (que ocurre poco tiempo después en los dominios franceses y españoles), la mundanza de la política hacia el indígena, el auge minero, el progreso urbano de Río de Janeiro. La llegada al Brasil de la corte portuguesa a principios de la centuria siguiente es acompañada de la apertura de los puertos y de la celebración, en 1810, del tratado de amistad y comercio que consagra la preponderancia inglesa.

Comparando el ritmo de cada uno de los siglos coloniales entre sí, puede advertirse que el dieciocho introduce en toda América una aceleración de los cambios históricos y precipita el estado de crisis de la estructura colonial. Se hace presente el conflicto entre las ideas filosóficas racionalistas y las tradiciones escolásticas, entre el predominio eclesiástico y las orientaciones seculares, entre las jerarquías sociales y las ideas de igualdad, entre europeos y americanos, entre ejércitos regulares y milicias coloniales, entre el monopolio y el fisco metropolitanos y los anhelos de libertad económica de los colonos, entre el absolutismo monárquico y la soberanía y representación del pueblo. Casi todas las inquietudes de reforma proceden de Europa, pero adoptan modalidades particulares en las sociedades coloniales de América.

En el último tercio del siglo XVIII y en las primeras décadas del XIX ocurren en Europa y en América cambios espectaculares que comprenden la independencia de los Estados Unidos (la primera en el tiempo, que pone fin al pasado colonial de esta área al cabo de 170 años), la revolución francesa, la rebelión de Haití, las guerras napoleónicas, las insurreccio-

nes emancipadoras de criollos, mestizos e indios en el imperio español y la independencia brasileña (el quebranto de las colonizaciones ibéricas ocurre al cabo de trescientos años).

La historiografía nacionalista de América subrayó el contraste entre el dramatismo de las luchas por la independencia y la inmovilidad comúnmente atribuida al pasado colonial. Parece justificado afirmar que hubo diferencias cronológicas de significación general en el curso de los siglos de la dependencia euroamericana y una crisis al fin de ella que envolvió a casi todo el continente en conexión con el dinamismo de los acontecimientos mundiales y el crecimiento de las posesiones americanas.

Transformación de las conexiones

A medida que avanzan los siglos coloniales, se observa un incremento relativo de los contactos exteriores al continente y de los que mantienen entre sí las poblaciones de América.

Los adelantos técnicos introducidos en los transportes acuáticos y terrestres, así como los resultados cada vez más amplios de la exploración de las fronteras, aproximan gradualmente a los imperios; al disminuir los vacíos entre ellos, se intensifican las rivalidades, según se observa en el San Lorenzo, el Mississippi, el Amazonas, el Río de la Plata.

Los barcos de diversas potencias exploran el Pacífico en el siglo XVIII.

Los pobladores españoles de la costa de Alta California comienzan a recibir la visita inesperada de los rusos a principios del siglo XIX.

Las conexiones continentales no son estáticas y aproximan a veces zonas que permanecieron apartadas entre sí mucho tiempo. Después del período colonial, una región de América que había estado desvinculada de las áreas continentales inglesas de Norteamérica, como el Istmo de Panamá, se convierte en vía importante de paso relacionada con la posición bi-oceánica de los Estados Unidos. También pueden perder sentido o desaparecer algunos intercambios que funcionaron anteriormente bajo distintas circunstancias históricas (v.g., la línea de navegación entre México y Filipinas).

A más de los casos obvios de contactos políticos establecidos entre los imperios y luego entre las naciones, crecen o

cambian las relaciones e influencias económicas y culturales dentro de América. También evolucionan los nexos entre América y los otros continentes, ya por la ruptura de la dependencia política con respecto a Europa, ya por la llegada de nuevos emigrantes e intereses a medida que progresa el ritmo de la civilización contemporánea.

Estas observaciones corroboran la conveniencia de rehuir las afirmaciones rotundas o monolíticas sobre la unidad o la diversidad en la historia de América. Es preferible guardar la flexibilidad de juicio necesaria para hacerse cargo de la pluralidad y la complejidad de los fenómenos y de sus mudanzas temporales.

DE las explicaciones anteriores se desprende que la etapa de la historia de América que venimos estudiando se inicia por un movimiento general que lanza a los pueblos europeos a los grandes descubrimientos y a la competencia colonial ultramarina desde fines del siglo XV; y su término se ve influido por las corrientes ideológicas y los acontecimientos políticos del siglo XVIII europeo que se enlazan con los movimientos americanos de independencia.

Las coincidencias y las divergencias cronológicas que median entre esos dos grandes momentos del comienzo y el término de la existencia de la familia de los imperios transatlánticos han sido menos estudiadas y, fuera de las observaciones precedentes, no sabríamos resolver si pueden convertirse en categorías para exponer la historia general de América.

La periodización no constituye el eje en torno del cual se agrupan los temas tratados en esta obra, aunque sí existen correspondencias entre las etapas del descubrimiento, la colonización y la independencia, y las tres partes generales en que se divide nuestra exposición. Asimismo nos ha parecido instructivo comparar a lo largo de los capítulos de la Segunda Parte, los desarrollos de las varias sociedades americanas en sus aspectos económicos; sociales, políticos, religiosos y culturales, indicando las transformaciones más notables que se advierten en el curso de los siglos de la colonización.⁶

⁶ Sobre los aspectos metodológicos véase en particular la introducción a *Hispanoamérica Septentrional y Media*, p. 31 y el estudio publicado en la *Revista de Historia de América*, 41 (junio, 1956), 102-113.

JOSÉ BATLLE Y ORDÓÑEZ*

EN EL TRIGÉSIMO ANIVERSARIO DE SU ÓBITO

Por Manuel Pedro GONZALEZ

NO ofrece la vida política española o hispanoamericana del presente siglo muchas efemérides dignas de recuerdo y conmemoración, sobre todo si nos limitamos a los personajes y personajillos que durante los últimos cincuenta y nueve años han regido los destinos de los pueblos iberos. Frente a la nutrida nómina de grandes hombres —grandes en el pensamiento y en la acción— que el siglo XIX produjo desde México hasta la Argentina y Chile, el siglo XX —con rarísimas excepciones— sólo ofrece un séquito de mediocridades, cuando no de tiranuelos sanguinarios y rapaces. ¿Dónde encontrar en las últimas seis décadas figuras de la talla de un Bolívar, un Sucre, un Hidalgo, un Mariano Moreno, un Sarmiento, un Juárez o un Martí, para citar sólo unos cuantos nombres en aquella teoría de eminentes creadores? En el desolado panorama político del presente siglo, sólo se descubre en el mundo hispano una eminencia cuya talla se hombrea con la que aquellos insignes forjadores de patria alcanzaron:**

Similar ausencia —o decadencia— se nota en casi todas las democracias occidentales, sin excluir a los Estados Unidos. El siglo pasado produjo en la república nortea un numeroso grupo de hombres de altísimo rango intelectual y ético cuyos pares no se columbran por ninguna parte hoy. La mayor parte

* El director de la revista no está de acuerdo con varias de las opiniones de su distinguido amigo Don Manuel Pedro González, razón por la cual se ve obligado a redactar una serie de apostillas al pie de página. Para distinguirlas de las del autor del ensayo, se usan asteriscos. Don Manuel Pedro González manifestó su acuerdo con este procedimiento.

** A mi parecer, es por lo menos prematuro el juicio del autor. Nos falta la perspectiva histórica indispensable para juzgar con justicia a personajes que están demasiado cerca de nosotros.

de ellos no ocupó cargos públicos pero influyó profundamente la vida política del país mediante sus escritos y prédicas. El último —y el único— gran estadista que en Norteamérica se ha dado en el presente siglo fue Franklin D. Roosevelt. Todos los políticos que en pos de él han llegado son hombres más atentos al éxito personal o de partido que a las urgencias del mundo y a las necesidades de la hora. Harry S. Truman y Richard Nixon dan la tónica y son símbolos auténticos de la politiquería marrullera y adocenada de sus respectivos partidos. La ausencia de dirigentes democráticos de alta jerarquía en este siglo sugiere una conclusión desolada y pesimista: la democracia parece haber perdido vitalidad y virtualidad creadora, aun en aquellos países en que más se ha desarrollado y menos imperfecto ha sido su funcionamiento. Frente a este evidente languidecimiento ha emergido una ideología de signo contrario, dinámica, pujante y arrolladora que amenaza con la catequización y dominio del mundo. El ideal comunista parece tener hoy la vitalidad y el impulso creador que la democracia tuvo durante la centuria anterior. Por ingratos que nos resulten el oportunismo comunista, su ausencia de contenido ético, sus procedimientos dictatoriales y la total subordinación del individuo al Estado, hay que admitir el hecho incontrovertible de que todas las personalidades de mayor relieve y más vigorosas de la hora actual son producto del dogma comunista. Es inútil buscar en las democracias figuras de la talla de un Khrushchev, un Mao-Tse-Tung, un Chu En-lai, un Wladislaw Gomułka o un Tito. La importancia que en el mundo tienen actualmente Eisenhower, Harold Macmillan y Konrad Adenauer consiste, más que en su respectivo genio, en el poderío económico, industrial y castrense de los países que representan. Ideológicamente hablando ninguno ha rebasado los tópicos ya gastados del siglo anterior. En los tres casos, el pedestal tiene mucho más relieve —y más importancia— que la estatua. Aun en el llamado mundo neutral han surgido en los últimos años hombres del calibre de Nerhu, Nasser, Ben Gurión, etc.

Algún lector ingenuo o poco enterado preguntará por De Gaulle. Peor es meneallo. El pobre De Gaulle ni es demócrata ni hombre de tamaño mayor —exceptuada la dimensión física. De Gaulle da la impresión de ser un fantasma o espectro medieval resucitado por el complejo de inferioridad y el resentimiento que en el pueblo francés han creado las múltiples

derrotas militares sufridas, las crisis económica y política, y la insignificancia internacional a que Francia ha quedado reducida. Los franceses no se resignan con su presente realidad de potencia de tercero o cuarto rango —casi al nivel de España— y necesitan soñar que aún son grandes y que aún pesan en los destinos del mundo. De ahí la aparición de De Gaulle y la desesperada adhesión que el pueblo francés le ha demostrado, a pesar de que acogotó las libertades públicas y en gran parte ha eliminado la democracia francesa. De Gaulle es una estantigua, una sombra que hasta ahora —en el orden doméstico— sólo ha servido para auspiciar los designios de la reacción fascizante que lo utiliza como puente y compás de espera hasta que llegue el instante propicio para asumir el poder. La democracia francesa ha entrado en un período de crisis y de extinción, al parecer definitivo, que engendrará en su propia desintegración la etapa fascista que se avecina. Justo es reconocer que De Gaulle ha señalado últimamente una posible solución al problema de Argelia, pero no ha podido —o no ha querido— poner coto al desaforado y truculento nacionalismo de los "colonos" de Argelia y menos a los crímenes del ejército en aquel desdichado territorio. Desde el instante en que recuperó el poder en hombros de la reacción y de los coroneles facciosos de Argelia, De Gaulle ha sido un prisionero y a pesar de los enormes poderes que la nueva constitución por él forjada le otorga, no se ha atrevido a meter en cintura a los sediciosos. El "role" de De Gaulle en Francia empieza a revelar alarmantes similitudes con el que desempeñó el mariscal Paul von Hindenburg en Alemania: presidir los funerales de la democracia francesa. Todavía no ha surgido allí el Hitler o el Mussolini que articule y coordine los elementos e intereses afines de la extrema derecha y del ejército, ni sabemos si el "Führer" o el "Duce" galo será un civil o un militar. Lo único cierto al parecer es que no será De Gaulle. De Gaulle es sólo instrumento de estas fuerzas, aunque él no se percate de ello siquiera. Pero si el trágico personaje no se vislumbra todavía, en cambio se conocen los nombres de varios aspirantes y posibles candidatos: entre los civiles, el más destacado es un apóstata de la democracia: Jacques Soustelle; entre los militares, la trágica y enigmática figura del mariscal Juin es una posibilidad. Mas Juin es demasiado viejo ya. No sería raro por consiguiente que el "Führer" francés emergiera del poderoso rango

de los coroneles, el grupo castrense más influyente en Francia hoy.*

EL caso del Uruguay constituye el fenómeno cultural, económico y político más extraordinario y edificante que hasta ahora se ha dado en el mundo hispano en el presente siglo. La cultura uruguaya durante la centuria anterior reflejó el caos económico y político del país durante los primeros setenta años de su vida independiente. Hasta 1900 apenas se descubren allí unas cuantas individualidades de escaso vuelo. La cultura organizada, la vida académica, la prensa son raquílicas y viven una existencia precaria y sin relieve. De repente, y como por arte de magia o de birlibirloque, comenzando justo en el inicio del siglo XX, el país se ordena, se disciplina y se rige por normas jurídicas de suma ejemplaridad, y dando un salto sin precedente en nuestra historia, se coloca a la vanguardia de la literatura hispanoamericana, le marca rumbos y la influye poderosamente. La generación literaria uruguaya que José Batlle y Ordóñez preside políticamente es, quizás, la más notable y la que mayor número de figuras prominentes produjo en Hispanoamérica en el primer cuarto del siglo presente. Este se abrió allí con la clarinada que el *Ariel* de José Enrique Rodó representa, publicado precisamente en 1900. Exceptuado Rubén Darío, ningún otro escritor ejerció en el ámbito cultural de la América ibera en este siglo un influjo tan hondo como Rodó. Sólo el de *Prosas Profanas* puede equipararse al ascendiente que el *Ariel* tuvo entre 1900 y 1920, más o menos. No fue del todo benéfica y fecunda aquella influencia porque los miles de fervorosos epígonos que Rodó tuvo no percibieron en el famoso ensayo lo que en él había de negativo, de aristocratizante, de espíritu clasista, de extemporáneo y de inane. El arielismo fue una especie de sarampión intelectual, inerte y vacío, que se agotó en un estéril mimetismo epidérmico, sin vitalidad y sin virtualidad creadora. Apenas empezó a circular el ensayo, cada quisque literario en América se dio a "arielizar". De la multitud de simuladores sin nervio ni originalidad que entonces se produjo, no quedó

* Me parecen demasiado tajantes estas opiniones, mas sea de ello lo que fuere no creo que Francia haya agotado su capacidad creadora, sobre todo en el campo de la cultura.

un libro ni un autor que honrara al maestro uruguayo —superándolo. Ninguno alcanzo su amplísima cultura, su disciplina intelectual ni su amor casi doloroso por la precisión, la plasticidad y el ritmo de la prosa. Rodó era en realidad un espíritu extemporáneo, aristocratizante en sus prédicas, excesivamente conservador y de limitada originalidad como pensador. Nunca pudo eludir ni superar el ascendiente de sus caros mentores. —Goethe, Renán, Taine, Guyeau, etc. Al propugnar normas de cultura y postulados que no correspondían a la circunstancia americana ni a las urgencias de la hora, se condenó a sí mismo a una resonancia y a un esplendor precarios que pasarían sin dejar huella duradera.

Pero Rodó es sólo la figura de aquella brillante generación uruguaya que más amplio eco tuvo en América. Coetáneos suyos fueron Horacio Quiroga, el más recio cuentista que hasta ahora ha dado el continente; Florencio Sánchez, el dramaturgo de mayor calibre que por acá hemos producido; Julio Herrera y Reissig, uno de los cinco o seis poetas mayores del modernismo; Carlos Reyles, a quien hay que incluir entre la decena de novelistas americanos de rango; Carlos Vaz Ferreira, pensador de fuerte aliento, mucho más original y vigoroso que Rodó —aunque menos artista—, una de las escasas mentes auténticamente filosóficas que la América hispana ha producido. Tales los hombres más destacados y que más influyeron en las letras americanas; pero junto a ellos y coetáneas de ellos surgieron varias mujeres de talla no superada en ningún otro país hermano. Luisa Luisi es no sólo poeta de fina calidad sino también la primera mujer de penetrante talento crítico que en nuestra América se dio. Mucho prometía María Eugenia Vaz Ferreira —hermana de Carlos—, pero enloqueció antes de que su genio madurara; la más trascendente de todas —y acaso la más genial— murió también prematura y trágicamente, en 1914: Delmira Agustini. Es a través de ella que la poesía femenina de lengua española se liberará de la gatzmoñería y de la hipócrita pudibundez a que durante muchos siglos la había condenado la moral católica. (Este fenómeno liberador que la Agustini representa está íntimamente relacionado y es secuela directa del clima laico por José Batlle y Ordóñez establecido). El movimiento de rebeldía y manumisión por la Agustini realizado entre 1909 y 1914, se prolongará y tendrá

resonancia feliz en toda América en los dos libros primigenios de su más eminente emuladora: Juana de Ibarbourou.

Como se ve, el Uruguay apenas comenzado el siglo, tomó por asalto la cima de las letras americanas y desde ella irradió su influencia en todo el continente con mayor intensidad acaso que ningún otro país fraterno. Ni siquiera la Argentina y México ofrecen entre 1900 y 1925 un grupo de figuras que tan marcada huella hayan dejado en la literatura iberoamericana como el que en la diminuta República Oriental del Uruguay se gestó por aquellos años.*

Veamos ahora el concomitante y causativo fenómeno económico-político-social que simultáneamente se producía en el país porque es el antecedente indispensable, causa y fundamento que explica el florecimiento literario aludido. Sin la trascendente revolución que José Batlle y Ordóñez realizó en la conciencia pública, primero, y luego en la realidad político-social mediante una legislación renovadora y sabia durante el primer cuarto del siglo, no podría comprenderse ni explicarse el prodigioso salto cultural que el país dio en aquellos cinco lustros. Más sorprendente aún y más ejemplar fue la rapidísima evolución y transformación política y económica que en el Uruguay se operó durante aquel período.

Hasta los años postreros del siglo, el Uruguay se había debatido entre la anarquía y la dictadura. En 1810 contaba sólo con 74,000 habitantes. Sesenta años más tarde, en 1873, no alcanzaba todavía el medio millón. En 1900 había aumentado a 915,000 habitantes, de los cuales, 268,000 eran montevideanos. Es decir que la capital contenía más del veinticinco por ciento de la población total del país. Hasta fines del siglo, la economía era esencialmente agraria y la riqueza de carácter pecuario. Al amparo de las guerras civiles y de gobiernos imprevisores y arbitrarios se había desarrollado el latifundismo. Los grandes estancieros disponían de sus mesnadas gauchescas analfabetas lo cual les permitía convertirse en caudillejos locales, individualistas, revoltosos y pendencieros. Las montoneras y los entreveros eran constantes y como secuela la economía permanecía estancada y el país en perpetua bancarrota. Desde

* Lo anterior es a mi juicio excesivo. Recordemos tan sólo la influencia que ejercieron durante el primer cuarto del siglo, Leopoldo Lugones, Guillermo Valencia, José Santos Chocano, Amado Nervo, Salvador Díaz Mirón y otros poetas.

el punto de vista político la población se agrupó en torno a los dos partidos históricos que desde el principio se denominaron Blanco y Colorado, y con tales designaciones subsisten y gobiernan todavía. El primero lo integraban los elementos ricos, católicos, tradicionalistas y conservadores —grandes estancieros con su gauchaje, comerciantes y elementos estrechamente vinculados a la iglesia católica. En el Colorado figuraban también intereses rurales con sus respectivos gauchos o paisanaje, pero estaban en minoría— en número y en potencialidad económica. Su fuerza principal radicó siempre en la capital con sus masas proletarias misérrimas, artesanos humildes, periodistas, burócratas, maestros y un escaso grupo de intelectuales. Su ideología fue desde un principio más liberal y progresista que la del Partido Blanco. Entre ambos grupos fluctuaba el influjo del ejército y de los grandes intereses extranjeros—el "empresarismo"— que impartían su apoyo al que estuviera de turno y se plegara a sus demandas. Grosso modo, los dos partidos uruguayos correspondían en su orientación y en los intereses que representaban a los que en la Argentina habían predominado históricamente: El Unitario—Colorado en el Uruguay— y el Federal-Blanco al otro lado del Plata.

En 1880 se creó un tercer partido, el Constitucional, dirigido por elementos ricos y cultos que aspiraban a establecer la legalidad, el funcionamiento democrático limpio y el imperio de la ley. Su orientación era civilista, anticaudillista y severamente legalista; pero careció de programa social y económico. De hecho, la de este grupo era una ideología inoperante ya por su escasa visión social y, en el fondo, aristocratizante. Sus dirigentes aspiraban a renovar únicamente el tinglado político sin modificar la estructura económica. No comprendieron que para depurar el maleado funcionamiento político era imprescindible atacar el mal en su raíz y extirpar las causas que producían aquellos nocivos efectos políticos. Batlle y Ordóñez combatió el constitucionalismo desde su aparición, por miope, por inane y por su marcado espíritu clasista. El constitucionalismo no logró penetrar en las masas ni hacer prosélitos.

Precursor y en cierto modo colaborador en la profunda renovación que Batlle y Ordóñez realizaría más tarde fue el Horace Mann uruguayo, el admirable educador José Pedro Varela, cuyo nombre no puede ni debe omitirse nunca al enjuiciar el progreso de la República Oriental. Varela es una de las

más ínclitas figuras que el país ha producido, y a sus denodados esfuerzos y a su sacerdocio docente se deben en gran parte la reforma educacional y el incremento del alfabetismo que en el país se produjo durante los últimos veinte años del siglo anterior. En 1880 el setenta por ciento de los párvulos de catorce años eran analfabetos. Al morir Batlle en 1929, el trágico porcentaje de analfabetismo en los adolescentes se había reducido al veinticuatro por ciento. Hoy es el más bajo de toda Hispanoamérica y casi ha desaparecido en la población que cuenta de doce a quince años. Este hecho es elocuentísimo y se debe principalmente a José Batlle y Ordóñez —y a José Pedro Varela.

Las circunstancias apuntadas no podían conducir más que a la expresión política que durante el décimonono predominó. La organización elemental y primaria de la economía rural, la incultura de las masas, y la exigua densidad de población propiciaban el caudillismo, éste engendraba el caos y el caos la dictadura. De ambos, caudillos y tiranos, hubo muchos. Los dos últimos déspotas sanguinarios que el país sufrió —Lorenzo Latorre y Máximo Santos— fueron combatidos con gran energía por Batlle y Ordóñez desde la prensa, la tribuna y el campo de batalla. Nadie contribuyó tanto a su caída y a hacer odiosa la dictadura como este insigne varón con su perseverante y aleccionadora campaña de prensa durante cincuenta años justos.

A Batlle y Ordóñez corresponde también la gloria de haber liquidado definitivamente el caudillaje rural. En 1904, cuando finalizaba el primer año de su primera administración, se sublevó contra su gobierno el último de estos señores feudales con sus mesnadas, Aparicio Saravia. Saravia era un caudillo de gran prestigio que militaba en el partido Blanco. La guerra fue cruel y sangrienta, pero Batlle logró vencerlo y extirpar de raíz la endémica plaga de las guerras civiles. Saravia murió en la lid y Batlle liquidó el conflicto con magnanimidad y noble espíritu patriótico. Su generosa conducta en esta ocasión fue un factor decisivo en la pacificación del país, en el restablecimiento del imperio de la ley tanto como de la paz moral. En adelante, excepción hecha de la frustrada revuelta perpetrada por los Blancos en 1910, los conflictos entre ambos partidos se dirimirán en las urnas electorales, en el congreso, en la tribuna y en la prensa. Batlle, pues, clausuró para siempre la bárbara

tradición de las guerras fratricidas e inauguró el régimen de la paz y del progreso bajo el cual ha vivido y prosperado la nación durante los últimos cincuenta y cinco años.

PARA ser más famoso y más universalmente conocido y admirado que Franklin Delano Roosevelt, a José Batlle y Ordóñez sólo le faltó el pedestal que el primero tuvo. Si en lugar de presidir la más pequeña república Sudamericana hubiera regido un país inmenso, industrializado, rico y poderoso como los Estados Unidos, Batlle y Ordóñez sería aclamado hoy *urbi et orbi* como el primer estadista que el mundo occidental ha producido en el siglo xx. Desdichadamente, la jerarquía y la fama internacionales de un escritor —y más aún las de un estadista— con frecuencia dependen más de la potencia militar y económica de la nación que representa que de su propio genio. El rango económico y castrense del país añade o resta a la nombradía y a la gloria internacional de un grande hombre. . .

No es posible dar aquí ni siquiera una síntesis de la vida y de la trascendente ejecutoria de este máximo "leader" hispanoamericano del presente siglo. Para ello sería necesario un libro. Tan profunda y radical fue la transformación del Uruguay bajo su dirección y su influjo que un profesor norteamericano llegó a hacer la siguiente afirmación que traduzco:

"Probablemente en ningún otro país del mundo en los últimos dos siglos ha surgido un hombre que tan honda huella haya dejado en la vida y el carácter de una nación como la de José Batlle y Ordóñez sobre el Uruguay".¹

La aserción es absolutamente cierta si la limitamos al mundo capitalista, pero es más relativa y discutible si tomamos en cuenta figuras como Lenin, Stalin, Mao-Tse-Tung o Tito.

José Batlle y Ordóñez nació en Montevideo en 1856 y allí murió el 20 de octubre de 1929. Su padre, Don Lorenzo Batlle, era colorado y fue elegido presidente de la república por este partido para el cuatrienio 1868-1872. Don Lorenzo fue uno de los escasos mandatarios uruguayos del siglo pasado

¹ RUSSELL H. FITZGIBBON: *Uruguay, Portrait of a Democracy*. New Brunswick Rutgers University Press, 1954. p. 122.

que logró completar en el poder el período para el cual fue elegido. El niño José se educó en el Colegio Inglés, primero, y luego el de Mr. Adams, de la misma nacionalidad. En ellos adquirió además de la educación general, el dominio de las lenguas inglesa y francesa, las cuales se le convertirán desde su adolescencia en principales instrumentos de cultura y vehículos de ideas renovadoras. (Este detalle hay que tenerlo presente para comprender su pensamiento y su role histórico). Más tarde estudió la carrera de abogado; mas cuando estaba a punto de terminarla, abandonó la Universidad y se convirtió en admirable autodidacta. Inmediatamente comenzó su apostolado periodístico que durará exactamente medio siglo. En unión de otro gran liberal, Teófilo Daniel Gil, fundó en 1878 la publicación racionalista que significativamente tituló *El Espíritu Nuevo*. Esta cruzada educativa y cívica mediante la prensa no cesó sino con su muerte cincuenta años más tarde. Desde antes de abandonar la Universidad había leído con apasionado interés a Augusto Comte, a Herbert Spencer y a los racionalistas ingleses y franceses y se convirtió en fervoroso adepto de sus doctrinas. Racionalista convencido permanecerá hasta su muerte. Este íntimo comercio con los pensadores europeos al filo de los veinte años renovó su pensamiento y lo convirtió en apóstata del catolicismo. El mismo explicará en un artículo de la edad madura la razón de aquella temprana apostasía salvadora: "A los veinte años o entre los veinte y los veintiuno yo había dejado de ser católico. Por primera vez, en aquel tiempo, examiné mi religión; y la encontré absurda y grotesca".² (Merece recordarse aquí la coincidencia que se advierte en este sentido entre Batlle y otro grande de América. Idéntico proceso racionalista y exactamente a la misma edad de Batlle, condujo a José Martí a abjurar o renegar para siempre el dogma y las prédicas católicas).

Poco después de Morir *El Espíritu Nuevo*, Batlle ingresó como redactor en *La Razón* (nótese el título), diario que según el propio Batlle "se había fundado para combatir el catolicismo". Hacia 1880 habían penetrado en el Uruguay las ideologías racionalista y positivista, de las cuales será Batlle el

² Artículo reproducido en el riquísimo repertorio de noticias y documentos en más de 1,200 páginas titulado *Batlle y el Batllismo* por Roberto B. Giudici. Montevideo, Imprenta Nacional Colorada, 1928, p. 73.

principal representante durante las próximas décadas. Era los años de la feroz tiranía de Lorenzo Latorre que hacía alarde de ferviente catolicismo y era apoyado por la iglesia. He aquí cómo describe uno de los biógrafos de Batlle la tradicional actitud de la iglesia católica en el Uruguay y la postura de Batlle frente a ella:

“En la realidad nacional la religión había apoyado directa o indirectamente, todos los gobiernos de fuerza y no había levantado su voz contra los atropellos y las inmoralidades. Más cerca de los tiranos que del pueblo que los soportaba no podía inspirar la simpatía de un hombre que aspiraba a implantar una democracia. Se agregaba a esto el concepto de racionalismo en religión y en política que se armonizaba con la influencia del positivismo de Comte, que Batlle había conocido en París a través de los cursos de Laffite. No hay momento en la campaña periodística de Batlle en el que no aparezca un ataque a las instituciones religiosas, pero no se refiere a lo que pueda existir en religión de sentimiento o de expresión personal, sino porque la adhesión a prácticas, ritos o instituciones se presentan como opuestos a la explicación racional de la realidad o el espíritu de liberación humana que era su aspiración”.³

En los inicios de la década del ochenta, tras una valiente campaña de prensa contra el tirano Lorenzo Latorre en la que estuvo a punto de ser asesinado, Batlle hizo un viaje a París. Durante su estancia allí asistió al curso de filosofía positiva que dictaba Pierre Laffite, uno de los más prominentes discípulos de Comte, y a varios otros cursos en la Sorbona y en el Colegio de Francia. Fue aquella una tregua fecunda en su cruzada democrática que enriqueció su cultura y le equipó intelectualmente para renovar su edificante apostolado periodístico.

En 1886 Batlle decide fundar su propia tribuna y crea *El Día*, el diario de mayor y más benéfica influencia que el país ha tenido hasta hoy. Desde él combatirá con temeraria energía los procedimientos sanguinarios, la megalomanía y los delirios paranoicos de Máximo Santos, el último de los

³ ANTONIO M. GROMPONE: “La ideología de Batlle”, estudio preliminar a *Batlle, Sus artículos. El Concepto democrático*. Montevideo, Maximino García, Editor, 1943, p. 30.

tiranos uruguayos. (El mediocre Gabriel Terra que en 1933 intentó resucitar la dictadura, apenas merece que se le mencione aquí). Varios encarcelamientos y atentados contra su vida no lograron intimidarlo ni consiguieron que su pluma enmudeciera o recogiera velas. "Mi pluma lo ha matado", exclamó Juan Montalvo al enterarse del tiranicidio perpetrado contra el déspota Gabriel García Moreno. Lo mismo hubiera podido decir Batlle. Inspirado en su doctrina y en sus artículos un joven uruguayo atentó contra la vida del dictador. El autócrata quedó mal herido y políticamente muerto. Poco después desapareció de la escena política y moría el "santismo".

Al finalizar el siglo, José Batlle y Ordóñez era ya la figura de mayor talla política que en el Uruguay había y el hombre que las masas proletarias idolatraban. Durante veinte años había bregado heroicamente en su defensa, había reclamado sus derechos y pugnado por redimirlos de la esclavitud económica en que vivían. Por otra parte, Batlle fue el gran mentor que las orientó y educó en el credo democrático. Su ascensión a la presidencia de la república era ya inevitable por más que contra él se concitaran todos los intereses privilegiados—tanto nativos como extranjeros— apoyados por la iglesia católica. El 1º de marzo de 1903 se inauguró su primera presidencia.

Batlle no fundó un nuevo partido. Prefirió aprovechar el prestigio y la vitalidad del Colorado reformándolo y renovando su ideología. Su primera presidencia fue dramática y tormentosa. Contra él y su programa de reformas se conjuraron todas las fuerzas de la reacción. El Partido Blanco, la iglesia y las poderosas empresas extranjeras. La guerra desatada por Aparicio Saravia en 1904 fue quizás la más sangrienta de la historia uruguaya. Miles de muertos y heridos y la economía nacional en bancarrota fueron el saldo de aquella última aventura caudillesca. Por su parte, los intereses imperialistas que controlaban las grandes empresas, se confabularon contra el presidente. La prensa inglesa, francesa e italiana desató una campaña descarada y truculenta contra Batlle y su gobierno. El *Financial News* de Londres llegó a demandar que la escuadra inglesa bombardease a Montevideo. Los representantes diplomáticos de los tres países en la capital uruguaya tramaron una conspiración para derrocar a Batlle y substituirlo con el presidente del Senado. Por último se acudió a procedimientos más

expeditivos y se urdieron dos intentos de asesinato. Mientras tanto Batlle se mantiene impasible y firme —como Benito Juárez entre 1860 y 1867. Los intereses que combaten a estos dos auténticos héroes de la democracia americana son idénticos: los latifundistas aliados al extranjero y a la iglesia que les imparte su bendición y su apoyo. Batlle no había tenido tiempo de esbozar siquiera su vasto plan de reformas económicas, políticas y sociales, pero el egoísmo de sus enemigos intuía sus propósitos y conocía su tesonera voluntad de renovación, su amor a las masas hambrientas y su probidad incorruptible. Sólo Benito Juárez tuvo que luchar en América contra una confabulación de fuerzas tan poderosas y resueltas como la que Batlle tuvo que vencer.*

En la cruenta guerra por los Blancos desatada en 1904 se enfrentaron dos claros símbolos: el pasado caudillesco, personalista y anárquico, aparece encarnado en Aparicio Saravia, en tanto que el porvenir ordenado, civilista, normado por la más pura ideología democrática y por el sentido de equidad y de justicia aparece simbolizado en Batlle. La muerte misma del famoso caudillo Blanco es simbólica. Durante los días 1º y 2 de septiembre tuvo lugar la batalla de Masoller, cerca de la frontera brasileña. Aquella fue la peripecia bélica de mayor trascendencia en la historia uruguaya. En ella fue herido de muerte el corajudo caudillo. "Ya con el pie en el estribo y con las ansias de la muerte", como diría Cervantes, Saravia cruzó la frontera para morir en tierra extranjera. Hasta esta circunstancia tiene significación simbólica. En Masoller quedó sepultado todo un pasado doloroso y anárquico. Crepúsculo y aurora, sepulcro y cuna de un régimen que muere y al desaparecer permite el alumbramiento de una política de orden y de paz, de justicia y de progreso de la que todo hombre hispanoparlante puede sentirse orgulloso. La breve proclama que a raíz del triunfo dirigió Batlle a los soldados que habían defendido la buena causa, es digna de figurar junto al discurso

* Recordemos que Benito Juárez en México, no sólo tuvo que luchar contra el clero, contra el entonces poderoso Partido Conservador, sino también contra cincuenta mil soldados franceses de Napoleón III que ocuparon durante casi un lustro la mayor parte del territorio de México. Sin discutir los méritos de Batlle y Ordóñez, en el caso concreto de que se trata, no pueden compararse con los de Juárez, en cuanto a las dificultades que éste tuvo que vencer.

de Abraham Lincoln en el campo de batalla de Gettysburg, y es de lamentar que este hermoso documento sea tan escasamente conocido en América.

Al asumir Batlle la presidencia en 1903, la jornada de trabajo oscilaba entre catorce y dieciséis horas diarias y a veces más. El 21 de diciembre envió Batlle un mensaje al congreso reclamando una ley que limitara la jornada a ocho horas, estableciera el jornal mínimo y el descanso semanal para los obreros. A este ínclito mandatario corresponde el honor de haber sido el primero en el mundo que demandara una ley tan avanzada para proteger a la clase proletaria contra la criminal avaricia del capitalismo cristiano. (En Inglaterra y Francia la jornada por aquellas calendas era todavía de diez y once horas diarias). Contra el proyecto de Batlle se conjuraron los ricos todos—hasta los de su propio Partido Colorado—y los grandes intereses extranjeros. Ocho años tuvo que esperar esta reforma legislativa antes de que el congreso le impartiera la sanción legal, pero Batlle continuó defendiéndola con ahínco desde su periódico hasta que al fin ganó la partida. De aquel memorable mensaje hay que destacar dos párrafos de gran significación, que revelan al genial estadista, humanitario y previsor que su autor fue. El primero constituye una denuncia valiente del horror que era la vida del obrero en el Uruguay por aquellos años; el segundo revela una visión profética y un programa que su pueblo sacará valadero durante los próximos cincuenta años:

"Sin Declamación, sin exageración, puede afirmarse que las condiciones de vida a este respecto de los animales de trabajo, son frecuentemente más ventajosas que las del hombre, pues, siendo aquéllos propiedad del que los utiliza, inspira mayores cuidados su conservación, ya que el substituirlos por otros importa nuevos expendios, mientras que el obrero que desfallece es inmediatamente reemplazado sin mayores erogaciones".

"Nuestra República debe aprovechar estos tiempos de formación que corren para ella, en que es fácil corregir vicios o defectos incipientes, así como implantar instituciones nuevas, y prepararse para ocupar un puesto distinguido entre las naciones civilizadas, no por la prepotencia de la fuerza, a la que no debe ni tampoco podría aspirar por la pequeñez de su territorio, sino

por lo racional y avanzado de sus leyes, por su amplio espíritu de justicia, y por el vigor físico, moral e intelectual de sus hijos".⁴

¿Cuál era por entonces la situación económica del Uruguay? Rodríguez Fabregat la resume en las siguientes líneas:

"Todo está monopolizado. La vasta oligarquía financiera se ha adueñado casi de su destino. Ferrocarriles, tranvías, teléfonos, telégrafos, gas, aguas corrientes, energía eléctrica, saladeros, frigoríficos, navegación, puertos, navíos, instituciones bancarias, comercio mayorista, hasta tierras y hasta estancias, todo había venido a estar al fin monopolizado por el capital extranjero bajo el régimen de las concesiones. País típicamente semicolonial a pesar de la Independencia, tal era el cuadro de la realidad nacional cuando en 1903 comienza con Batlle la nueva jornada por la emancipación".⁵

El rescate de la riqueza nacional que monopolizaban las empresas extranjeras en contubernio con unos cuantos ricos nativos y con politicastros corrompidos, sin visión y sin decoro, va a constituir uno de los puntos capitales de la sabia política de José Batlle y Ordóñez. El empeño es arduo y peligroso porque contra él se movilizarán todas las fuerzas de la reacción respaldadas por la prensa conservadora y los grandes intereses imperialistas que no titubean en sobornar periódicos y políticos venales y hasta ponen en juego la influencia diplomática de sus respectivos países para combatir y frustrar el programa del presidente Batlle.

En la imposibilidad de ofrecer aquí un recuento detallado de la gigantesca transformación del país que Batlle realizó durante sus dos presidencias⁶—o inspiró hasta su muerte—, señalaremos únicamente los cinco sectores principales en que actuó, reformando en cada caso la legislación y estableciendo las nuevas normas jurídicas que todavía hoy rigen y han hecho la grandeza del Uruguay⁷. Debe señalarse la circuns-

⁴ E. RODRÍGUEZ FABREGAT: *Batlle y Ordóñez, el Reformador*. Buenos Aires, Editorial Claridad, 1942. pp. 436-437.

⁵ *Ibid.* p. 413.

⁶ El 1º de marzo de 1911 fue elegido por otros cuatro años.

⁷ El lector interesado en conocer detalladamente la ingente obra de este fundador, puede leer los cuatro libros precitados, principalmente el volumen enciclopédico de Roberto B. Giudici y la extensa biografía de

tancia de que Batlle continuó orientando la política nacional y realizando una intensa tarea educativa de las grandes masas mediante su periódico hasta su muerte, y aún después de muerto continuó—como el Mio Cid Campeador— ganando batallas para el progreso, la justicia social y la cultura del país. Su espíritu continúa vigente, batallador y virtual hoy—a los treinta años de su tránsito. Su apellido ha devenido patronímico político y el "Batllismo" se ha convertido en programa y bandera—es decir, en símbolo—del impulso más renovador, honrado y glorioso que en Hispanoamérica se ha conocido hasta hoy.

En el orden político, la reforma más radical y de mayor trascendencia que propuso y realizó fue el establecimiento de la presidencia colegiada, integrada por una nonarquía o ejecutivo compuesto por nueve mandatarios que representan los dos partidos históricos. Con ella se propuso desterrar para siempre el personalismo y la proclividad dictatorial a que conducía el enorme poder que antes se concentraba en un solo hombre. Como dice Antonio M. Grompone:

El Presidente de la República con tan enorme influencia personal era el eje de toda la vida nacional y debía ser necesariamente considerado como el gran elector. Su voluntad personal o la voluntad de quienes le apoyaban o estaban vinculados a él, decidía de todas las cuestiones que afectaban la actividad del Estado. Batlle expresó en algún discurso que "desde que se creó nuestra Constitución (la de 1830), el presidente fue un monarca, del presidente dependió todo, y no se pudo hacer nada que el presidente no quisiera".⁸

(El párrafo transcrito parece una descripción exacta de la funesta organización presidencial que todavía rige en algunos países hispanoamericanos, particularmente en México. No existe un régimen democrático hoy—republicano o monárquico—en el que el jefe del Estado ejerza tan avasalladora influencia y reúna en sus manos tan omnipotentes poderes como el presidente de México).

E. Rodríguez Fabregat. En este volumen de 613 páginas, Rodríguez Fabregat ofrece un cuadro sinóptico pero completo que permite apreciar de una ojeada la magnitud de aquella tarea redentora: "Itinerario de Batlle", pp. 550-613.

⁸ *Op. cit.*, pp. 59-60.

Pero el genio político de Batlle no se limitó a transformar el ejecutivo de unipersonal en multipersonal, sino que reformó también el poder legislativo, el poder judicial, la corte electoral y los gobiernos provinciales y municipales. Su empeño consistió en convertir en realidad la admirable fórmula lincolniana: "un gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo".

En lo económico, su programa de reformas fue el más radical y trascendente que ningún "leader" o mandatario democrático haya llevado a la práctica hasta hoy.* La economía colonial que existía cuando asumió la primera presidencia fue transformada en un régimen semisocialista en el que el Estado posee, controla y administra las principales industrias y fuentes de riqueza del país sin destruir la iniciativa y el capital privados. Ningún otro país hispano posee una legislación tan avanzada y sapiente en el orden económico-social como la que Batlle implantó —o inspiró—, en el Uruguay. En ninguno tampoco ha alcanzado un tan alto nivel de protección y bienestar económico la gran masa proletaria, ni la ancianidad desvalida, la mujer y el niño están tan amparados por el Estado. Pero lo más admirable es el hecho de que tan honda transformación la realizara Batlle dentro de la legalidad más acrisolada, sin sangre ni violencia.

Más digna aún de elogio y de emulación es la circunstancia de que Batlle hubiera logrado imponer un clima de honradez impoluta en el manejo de los fondos públicos en un país en el cual el peculado y el latrocinio habían sido la norma de la política nacional. Mientras las *soi-disant* revoluciones hispanoamericanas y los cambios de gobierno han dado origen a grandes fortunas privadas y al enriquecimiento desvergonzado de camarillas a expensas del erario público, la del Uruguay ha sido limpia. En tanto en algún país, a la sombra de la revolución, se ha creado una oligarquía de centenares de

* ¿Hasta hoy, es decir, hasta 1960? Pongamos un ejemplo mexicano: Lázaro Cárdenas, en sus seis años de gobierno, del 1º de diciembre de 1934 al 30 de noviembre de 1940, intensificó la reforma agraria entregando a los campesinos dieciocho millones de hectáreas; ayudó al fortalecimiento de las organizaciones obreras; nacionalizó los Ferrocarriles Nacionales de México; y el 18 de marzo de 1938, expropió los bienes de las empresas petroleras norteamericanas e inglesas. Y podrían agregarse otros hechos del gran Presidente de México.

millonarios ladrones, la del Uruguay sólo ha servido para elevar el nivel de vida de los humildes menesterosos.

He aquí una brevísima nómina de las principales reformas económicas implantadas en el Uruguay por iniciativa de Batlle o bajo su inspiración: monopolio estatal de los servicios de seguros de todas clases; creación y control por el Estado de las tres principales instituciones bancarias: Banco de la República, Banco Hipotecario y Banco de Seguros; creación del Frigorífico Nacional; del Instituto de Química Industrial; de la Imprenta Nacional; de la Administración Nacional de Combustibles; de la Administración de los Ferrocarriles del Estado; de la Administración de Puertos y de Navegación Fluvial establecimiento del monopolio del Estado de los servicios de energía eléctrica, alumbrado público y fuerza motriz; monopolio estatal de teléfonos; monopolio estatal de correos, telégrafos y radiocomunicación, y muchas otras medidas tendientes a rescatar la riqueza, los servicios y las ganancias de manos privadas y de monopolios extranjeros para el beneficio público de la nación.

En el orden social las innovaciones fueron igualmente numerosas y benéficas. Empezó por establecer la jornada de ocho horas y prohibir el trabajo para los niños menores de quince años. Impuso el descanso semanal obligatorio para los obreros y vacaciones obligatorias remuneradas para la obrera embarazada, antes y después del parto. Estableció el seguro obligatorio contra accidentes del trabajo, el salario mínimo, la jubilación obrera retribuida, el derecho de asociación sindical y de huelga, etc., etc. Se aprobó la ley que instituía el matrimonio civil como el único válido y la igualdad ante la ley de los hijos legítimos e ilegítimos, con derecho a la manutención y herencia para los ilegítimos, y otras muchas reformas que han contribuido a hacer de la sociedad uruguaya la más estable, ordenada, justa y moral de Hispanoamérica.

Igualmente sabias y eficaces fueron las medidas adoptadas en materia de educación que renovó desde el Kindergarten hasta la enseñanza universitaria. La primera reforma—y acaso las más trascendentes—consistió en convertir la docencia primaria en obligatoria, universal, gratuita y *absolutamente laica*. De ahí que el analfabetismo haya casi desaparecido en el Uruguay en la generación que hoy cuenta de ocho a quince años.

Por último, la acción de Batlle se hizo sentir de modo enérgico en un quinto campo—acaso el más peligroso para cualquier estadista hispano: el poder de la iglesia católica. exceptuado José Martí, ningún otro pensador u hombre de estado en el mundo ibero vio de manera tan realista y clara la nociva influencia que en todos los órdenes había ejercido la iglesia a través de la historia en dichos países. Desde los veinte años venía Batlle abogando por poner coto al poderío de la iglesia y limitar sus funciones y su preponderancia al reino espiritual y al perímetro de las iglesias. Batlle no atacó jamás el dogma ni la función propiamente religiosa ni ofendió los sentimientos de los individuos, pero sometió la iglesia a la autoridad del Estado en todo lo que no fuera materia de dogma y liturgia, y limitó su intervención y su influjo en todo lo que no atañera directamente a su función espiritual. Empezó por demandar su separación del Estado y suprimir la representación diplomática ante el Vaticano. Se declararon bienes del Estado los templos y conventos, pero se le concedió su usufructo a la iglesia. Se estableció el divorcio y el matrimonio civil devino el único válido. La libertad religiosa quedó garantizada y dentro de ella la iglesia católica quedó reducida a la misma jerarquía que cualquiera otra, sin privilegios ni fueros específicos. A este respecto escribía el historiador del "Batllismo" en 1928—un año antes de morir el fundador— los siguientes párrafos que encierran una profunda enseñanza para el mundo hispano:*

"En materia religiosa, Batlle jamás intentó persecuciones. No usó nunca—no obstante haber poseído todos los medios para ello— los procedimientos de violencia de que gustan los espíritus sectarios. Su legislación—en tal sentido— sólo tiende a asegurar la libertad de creencias y de opiniones. Opuso al dogma y a la verdad revelada del catolicismo, el libre ejercicio de la razón. Y su liberalismo de ideas, no de pasiones—lo condujo a predicar sin descanso la doctrina de la libertad de pensamiento.

Pero en aquello que significaba —por parte de la iglesia—

* Es muy probable que Batlle al tomar las medidas a que se refiere el autor de este ensayo, se haya inspirado en la obra realizada por los liberales mexicanos en el mismo campo, de 1856 a 1859 inclusive. En esos años se hizo en México todo lo que con justificada admiración refiere Don Manuel Pedro González. Si hemos de ser justos, demos a cada quien lo suyo.

usurpación o injusticia, Batlle fue inflexible. Luchó por la separación de la Iglesia del Estado; por la reintegración de sus bienes al tesoro público; por la libertad absoluta de todos los cultos; por la laicización de la enseñanza primaria; por el castigo de las ignominias probadas y confesadas por algunos sacerdotes. Por ello se dijo que Batlle era intransigente. Y lo es, en aquello que se refiere a principios de moral.

Su propaganda como no fue sectaria ni personalista, conquistó espíritus. Y Batlle señala tal vez el único ejemplo en la Historia, de una lucha antirreligiosa, coronada por amplio y duradero triunfo. En vez de provocar esa violenta reacción característica de este linaje de propagandas—cuyos resultados son, casi siempre opuestos diametralmente a aquellos que se buscan—la prédica de Batlle, mantenida en el plano de las ideas puras y animada por el uso libre y vigoroso del razonamiento, ha hecho tantos prosélitos que el Uruguay es, sin duda alguna, el país menos religioso del mundo.

Y ello como resultado de la intransigencia de Batlle".⁹

"Contra esas prácticas [la enseñanza religiosa en las escuelas] reaccionó la tendencia francamente librepensadora del batllismo que fue haciéndose camino en este país poco a poco, pero de manera tan segura y firme que puede afirmarse que es hoy nuestra República la tierra menos religiosa del mundo.

Fueron abolidas así todas las enseñanzas y prácticas de orden religioso que se efectuaban en la escuela primaria. Hoy, a ningún niño se le impone determinadas creencias que sólo podrán contribuir a deformar su espíritu.

En los hospitales también se hacía cuestión religiosa. El catolicismo había logrado introducir en ellos no sólo a las hermanas de caridad—verdaderas potencias de proselitismo—sino también el uso de las capillas, de los crucifijos y en general, de todo lo que atañe a la liturgia de la religión católica. Se hablaba de que todo era facultativo, de que a nadie se forzaba, de que el enfermo podía aceptar o rechazar toda insinuación de carácter religioso. Lo cierto era que en la realidad las cosas pasaban de manera totalmente diversa: era menester al infortunado que buscaba alivio

⁹ ROBERTO B. GIUDICI, *Op. cit.*, p. 17.

para sus males asilándose en los nosocomios, aceptar las imposiciones que se le hacían en nombre de determinada religión: Era la única manera de no sufrir las consecuencias de la antipatía que despertaba su actitud en las hermanas de la caridad, dispensadoras de alimentos y remedios.

En 1906 se suprimieron las imágenes de Jesús que exornaban las paredes de las Salas. Esta determinación tuvo extraordinaria resonancia como debía tenerla, dado que en el fondo era verdaderamente un golpe de gracia aplicado al catolicismo. Se tomaron también providencias para impedir los abusos de los sacerdotes y de las hermanas, y ya no existen capillas adscritas a los hospitales. Persisten las religiosas en algún nosocomio, pero su acción de proselitismo ha podido ser casi detenida dadas las medidas adoptadas para tal fin. Por otra parte es tendencia batllista suplantadas con elementos laicos; esto ya ha sido realizado en los nuevos establecimientos hospitalarios y lo será en todos los otros con el correr del tiempo.

Son las ideas de Batlle que pasan.

Es la formidable corriente de liberalismo que este hombre ha desatado sobre la República, lo que ha hecho posible efectuar estas reformas sustanciales que han dado a cada desvalido y a cada infortunado que se interna en los establecimientos hospitalarios, la seguridad absoluta de que no se tocarán sus ideas ni se forzarán sus creencias. De que no se añadirá, en una palabra, un nuevo elemento de tortura y de angustia a los que ya le provoca su mal físico o espiritual.¹⁰

Hoy a los treinta años de muerto el gran reformador, el Uruguay puede ufanarse de continuar siendo "el país menos religioso del mundo" —occidental— y, a la vez el de vida pública más ordenada, más auténticamente democrático y libre, y sobre todo, más moral que existe en el ámbito ibérico. Tanto la iglesia como la gran prensa y los intereses con ella vinculados siguen cacareando la manida doctrina de que no puede haber moral pública ni privada sin enseñanza y sin prácticas religiosas —es decir católicas por lo que a nuestros pueblos toca. El magnífico ejemplo del Uruguay prueba precisamente lo contrario. La historia de los países hispánicos demuestra de manera incontrovertible que el atraso, la miseria,

¹⁰ *Ibid.* p.p. 1072-1074.

el peculado en la vida pública, el fracaso de la democracia, la persistencia de las dictaduras sanguinarias y la incapacidad de las masas para regirse por normas de libertad y orden jurídico, van indisolublemente unidos al predominio de la iglesia. Es una ley que no falla: a mayor preponderancia de la iglesia corresponde ineludiblemente una mayor inmoralidad en la vida pública y mayor frustración en el funcionamiento democrático. Esto no es cuestión étnica ni económica ni climatérica ni cultural. Echese una ojeada al mundo occidental a través de los siglos transcurridos desde la Reforma luterana y se notará un fenómeno altamente revelador. Los países más atrasados, más miserables, más sucios, más desordenados, más proclives a los regímenes dictatoriales, más inmorales, más incultos, más fanáticos y aquellos en que la natalidad ilegítima es más alta, son los países en que la secta católica ha preponderado de modo casi exclusivo y ha moldeado las costumbres, ha dictado la moral pública y privada, y ha regido las conciencias. La trágica lista la encabeza el mundo ibero con España y Portugal al frente—ambos feudos del Vaticano desde hace siglos. (La única excepción honrosa en el mundo hispanoportugués es el Uruguay durante el presente siglo). En esta lista negra hay que incluir a Francia—a pesar de la fuerte inyección protestante que allí ha existido desde el siglo XVII—, Italia, Polonia, Hungría, Irlanda y la vergüenza que es el Canadá francés, donde los clérigos son auténticos déspotas en las aldeas y distritos rurales. Como se ve, son pueblos étnicamente distintos, con climas diferentes, con economías variadas y hasta opuestas, con cultura, lengua, historia y tradiciones de muy diverso carácter. El único denominador común a todos es la dictadura moral que la iglesia católica ha ejercido sobre ellos durante más de mil años. Compárense la ética política, el ordenamiento democrático, el bienestar económico, la limpieza y el sentido de responsabilidad de las naciones mencionadas con los que rigen en los cuatro países escandinavos, por ejemplo. Quien esto escribe los visitó recientemente y pudo verificar el hecho. Pero en ninguno de los cuatro, incluyendo a Finlandia, el número de católicos llega al dos por ciento de la población, y han tenido que adaptarse en la conducta a la moral protestante que en los cuatro países impera. Para evitar tergiversaciones y juicios malignos debe aclararse que quien esto escribe no pertenece a secta religiosa ninguna ni le interesa

defender ni propagar ninguna. Aquí se apuntan hechos fehacientes y discrepancias humillantes y dolorosas para todo ser hispano digno y libre de prejuicios sectarios.

Pero volvamos al Uruguay. Es el único país de América en que puede decirse que la iglesia apenas existió durante el período colonial. Allí no había oro ni plata, ni indios esclavizados que explotar, ni encomenderos ricos a quienes esquilmar ni de quienes recibir mandas, legados y cuantiosos donativos *in articulo mortis* a cambio de un salvoconducto de dudosa validez en el otro mundo. Por consiguiente, la iglesia se despreocupó de aquella Provincia Oriental. Tampoco fue muy intensa su acción allí durante la primera mitad del siglo pasado. La primera diócesis u obispado que en el Uruguay existió no se estableció hasta 1878. Esto es en extremo significativo. En el instante en que la iglesia empezaba a cobrar influjo al amparo de feroces dictaduras con ella aliadas, como la de Lorenzo Latorre, llegan al país las ideologías racionalista y positivista y a su amparo surgen el movimiento liberal y periódicos de signo librepensador, como *La Razón*, y hombres valientes acaudillados por Batlle y Ordóñez que con ella se enfrentan y combaten su poder temporal. Hoy sólo una minoría de uruguayos son católicos practicantes y aceptan las consignas de la iglesia y de la prensa católica en asuntos ajenos al dogma y la liturgia. Un solo detalle de estadística explica en gran parte la ejemplaridad democrática del país: en el Uruguay existe hoy solamente un clérigo por cada diez mil habitantes. En España, en cambio, la proporción es de doce clérigos por cada diez mil habitantes. Ahí está la madre del cordero. A buen entendedor huelgan las explicaciones. El contubernio entre el déspota, la iglesia y la oligarquía económico-militar que detenta el poder y esquilma el tesoro público ha sumido al noble pueblo español en la ignominia y en la miseria. En el Uruguay, en cambio. . .

PARA cerrar este panegírico de aniversario, deseo señalar la identidad del ideario político-social de Batlle con el de José Martí. El reformador uruguayo debió leer con suma atención las crónicas de Martí publicadas en *La Nación* de Buenos Aires entre 1882 y 1892, porque su programa de reforma corresponde exactamente al que el Apóstol predicó. Esta identi-

dad ideológica no se debe tanto a comunes influencias y a fortuitas afinidades como a influjo directo del cubano en el uruguayo. Batlle y Ordóñez es el único estadista hispano que ha realizado en la práctica los ideales de Martí. Hasta en su beligerancia contra el poder temporal de la iglesia le fue leal. Alguno de los ilustres martiífilos que el Uruguay ha producido debiera explorar —y comprobar— ésta para mí evidente influencia. Ese sería uno de los más nobles laureles del gran uruguayo: el haber sido instrumento para realizar los sueños del más preclaro y genial espíritu que América ha producido.

Dimensión Imaginaria

SECRETA SEMEJANZA

Por *Humberto DIAZ-CASANUEVA*

RESPIRO un aire oculto
en la noche de Nadie
Estoy quemando mis ojos
fríos

Ay!

Me aparta mi memoria ciega
Estiro llamas mojadas
Quién soy yo castigado
por la muerte
perseguido por mi secreta
semejanza?
Tronos de la sombra dentro
de mi cuerpo!

Estos son los restos que me
devuelve
el sueño
Me falta una vena
Me falta una mano
para estrujar un pájaro

Un asa de piedra pegada
a mi alma
para empuñar mi muerte

Saludo al sol que me arroja
como humo

S o l
Hemos de condescender
Hemos de arder a
obscuras
Te daré un Gran Párpado
Me darás mis ojos blancos
Mi rayo que toma mi
peso

Voy hincado en las
aguas
Voy vestido de mi piel
Voy
y a punto de llegar qué
pasa?
Quién me corta la desmemoriada
mano?

Con animales muertos en
los hombros
he recorrido la soledad
terrena
He visto cenizas
paradas
La tierra sólo tierra es
luna
La luna es un pecho cortado
de la tierra

Con incisiones en aguas
presurosas
he practicado el
entendimiento

Con lenguas cabalgadas
por el credo
Con vociferaciones
Con tigres que rebosan
de mi sangre

Voy
vendado por mis negros
cabellos
acabado por mis Apariciones

Cómo emparentarme a los
espejos?
Cómo afinar los ecos
prisioneros
para que mi Palabra sea
afinidad?

Quién se dolerá de mí?
Quién me espera con la
cena helada
quebrando pájaros muertos?

Vengo de una luz vacía
Vengo de mis Otros Ojos
De un candelabro en que
arden
llagas duras
Vengo ya postrero
Yo arañaba mis aguas
mis estrellas
estériles

Vengo vengo sin llegar
jamás
El año secreto no está
en el tiempo
No sé
si la muerte deja que
por mí pase
el año eterno

Todo año carnal dura
demorado
Toda voz perdida es
inacabable
Todo rostro es rostro
cuando logra
desfigurar su máscara
Toda boca dormida
se llena de piedra
y murmura
el negro nombre de todos

En mi sueño está la fuente
de mi necesidad
Mi boca no lanza la
Palabra
sino
la misteriosa flema
que corre
al abrirse mi alma

Mis privaciones son mis
beneficios
Mis beneficios me compadecen

Estoy viviendo de mis
c o m i s u r a s
Es ya tan tarde aunque
amanece
El vaso que entierro en el
desierto
rebosa de una fría primavera

Miren mi casa henchida
por el mar
Mis carros en que se retuercen
estatuas
Mis lobos que cumplen
mis años

Duermo en la montaña
llevada por las aguas
Duermo
mascando mi granito
Mis mendrugos me serán
perdonados

Duermo
Me destierro donde acaba
mi alma
Me hundo en el espantoso
espejo
más cierto que aquello
que refleja

Me contemplo
y ya no puedo distinguirme
Sí sí puedo

No está sentado a mi mesa
un viejo rey de gruesas
gotas?

Los labios silban y me
aumentan
Tengo garras
Tengo mis pedazos cansados
Mi rostro
es el carbón del árbol
verde

Me han separado de mi
desnudez
Me han esparcido para
medirme
Me han retratado en las
aguas

todo ha sido trastornar
la
Semejanza

LA ÚLTIMA TULE DE ALFONSO REYES*

Por Ramón XIRAU

TANTO si por clasicismo entendemos una preferencia hacia la armonía, el equilibrio y el orden como si la palabra clasicismo evoca en nuestro espíritu a las personalidades de valor permanente, Alfonso Reyes es un clásico por intención, por vocación y por naturaleza.

He tenido alguna vez la ocasión de señalar que Alfonso Reyes manifestó su deseo de clasicismo desde muy tempranos días.¹ Algunos nombres propios indican suficientemente esta inclinación. Para reducirlos tan sólo a los más explícitos y constantes baste recordar la referencia multiplicada que Reyes hace a los griegos, a Goethe, a Ruiz de Alarcón. Como clásico de América, Reyes se sitúa entre aquellos que podemos llamar maestros del pensamiento Americano, llámense Rodó, Emerson o Andrés Bello. Alfonso Reyes, hombre americano, no puede renunciar a su circunstancia. No puede renunciar tampoco a vincular esta circunstancia americana a la más amplia presencia de la cultura occidental.

La prueba de la repetida preocupación de Alfonso Reyes por la tierra y el espíritu de América aparece en la mayoría de sus libros. La variedad de los temas está presente en la variedad misma de los títulos que aquí presento sin el menor afán de llegar a una lista completa. Reyes se ocupa de la historia de América, y aun de su prehistoria espiritual, en *Ultima Tule*, resume la vida de su país en *México en una nuez* y la del

* Este trabajo fue leído el 2 de marzo de 1960 ante la Mesa Redonda Panamericana. Los datos que en él se encuentran provienen sobre todo de *Ultima Tule*. De ahí su limitación; de ahí, tal vez, su coherencia.

¹ Véase Ramón Xirau, *Intención de Alfonso Reyes*, en *Revista de la Universidad de México*. El presente ensayo más el artículo aquí mencionado y el homenaje que el autor leyó en el Ateneo español de México el 27 de febrero de 1960, forman un conjunto que bien podría llamarse: el clasicismo de Alfonso Reyes.

Brasil en El Brasil en una castaña; Reyes trata temas locales en sus *Notas sobre la economía argentina durante la Independencia*, estudia con afán minucioso las relaciones entre *Garibaldi y América*, el hipotético *Garibaldi y Cuba* o las "mesas de plomo" del primer diario porteño. Pero si la historia pasada y presente le interesan en primerísimo lugar su interés por la literatura americana no ocupa una posición menos central: Alarcón, mexicano en España, Solís, historiador de las Indias, Manuel José Othón, paisajista del alma mexicana, Jorge Luis Borges en sus laberintos, Sor Juana, habitante del "virreinato de filigrana", Juana de Ibarbourou, nueva Juana de América. Y más allá de las consideraciones históricas o literarias, las instancias personales, los momentos vividos ante la pintura de Diego Rivera, la garza Greta Garbo o las visiones de Anáhuac —en el fondo líricas y personales. ¿Para qué insistir? Una lista completa de las obras o de los temas americanos de Alfonso Reyes coincidiría casi exactamente con el índice de sus libros.

Abandonemos las listas. Más vale precisar la imagen que Reyes se hacía de América. El sentido de América revela, muy a las claras, el sentido mismo de la vida y la obra de Don Alfonso.

"América —ha dicho Alfonso Reyes adelantándose a historiadores más recientes— antes de ser encontrada por los navegantes, ha sido inventada por los humanistas y los poetas"² Y es verdad, como lo demuestra Reyes en *Ultima Tule* que América es y ha sido una utopía, un mito, un sueño. Ya los egipcios, ya Platón, habían soñado en remotas y perfectas tierras occidentales y no es de extrañar que Cristóbal Colón, llegado a América, quisiera encontrar en ella los ríos del Paraíso terrenal. En la imaginación de los europeos América existía como los sueños que irremediablemente tienen que cumplirse un día. De ahí que, según Don Alfonso, "la imaginación la loca de la casa, vale tanto como la historia para la interpretación de los hechos humanos".³ El mito se hace historia. Podríamos decir que lo que la historia realiza la mitología lo ha previsto. La América que vive Alfonso Reyes se presenta, ante todo, como una tierra de promesas donde puede realizarse un impulso por "trascender los límites".

América se origina en una utopía. Lo cual quiere decir,

² *Ultima Tule*.

³ *Ibidem*.

que América es el lugar perfecto para pensar en realizar nuevas utopías. Afirma Reyes: "Una vez descubierta América, la mente humana, incansable en sus empeños hacia la conquista del bien social, se da a imaginar, en el orden teórico, Repúblicas perfectas a las que pudieran servir de asilo las nuevas regiones promisorias". Y tal es, en efecto, el caso de Tomás Moro, de Vasco de Quiroga, de los jesuitas fundadores del territorio de Misiones, y, para ir a épocas más recientes, el caso también de aquel buen salvaje mitológico que está presente en las obras de Gracián, Rousseau, Voltaire, Defoe o Chateaubriand. La utopía americana —primero sueño entre los griegos, realidad después del descubrimiento de América— es lo que da consistencia y unidad a la historia Americana. Aún hoy, en la agitación contemporánea, dirá Alfonso Reyes, "el sueño de Bolívar duerme íntegro".⁴

La visión de Alfonso Reyes es sin duda idealista. Pero su idealismo no se aleja nunca de la realidad. ¿Cómo podría hacerlo si lo que Reyes piensa en el fondo es que la mitología y la historia se aunan para dar sentido a la vida? Si pasamos del plano ideal al plano de los hechos concretos, la historia de América se presenta con un ritmo muy distinto al de la historia europea. En Europa el desarrollo de la historia es lento y cada etapa parece surgir de la etapa que la precede como un hecho natural o inevitable. No así en la historia americana o, por lo menos, en esta historia Americana que se refiere, según las palabras constantemente repetidas por Don Alfonso, a "nuestra América" —afirma Reyes— vive saltando etapas, apresurando el paso y corriendo de una forma a otra, sin haber dado tiempo a que madure del todo la forma precedente".⁵ Si tenemos en cuenta un simple hecho histórico la idea de Reyes se aclara. De la época feudal a la Revolución francesa tienen que pasar seis siglos. Del feudalismo colonial a las ideas de la Independencia pasan apenas doscientos años. Puede parecer que este andar a saltos, este progresar por mutaciones bruscas, como dirían los biólogos, lleve en sí mismo su propia negación. Y sin embargo, en este punto, vuelve a aparecer el idealismo y el optimismo de Alfonso Reyes. ¿Quién nos dice, en efecto, que el ritmo europeo sea el único ritmo posible? ¿No es dable pensar en un cambio en la forma misma de las civilizaciones? ¿Este

⁴ *Ibidem.*

⁵ *Ibidem.*

ritmo nuevo no será acaso el signo de un nuevo tipo de civilización?

Pero dejemos a un lado las preguntas que tan sólo podrá contestar la historia futura. El hecho concreto que nos importa es que la historia de América muestra un constante afán de comunidad. Y quiero hacer constar que la palabra afán no entra aquí como una pura figura del discurso. De hecho lo que afirma Alfonso Reyes es que América está constantemente vertida hacia el futuro. Al futuro se dirigen los mitos, las utopías y los sueños. En un futuro utópico, que por no serlo es menos real, la comunidad total Americana adquiere su verdadero sentido. No puede hablarse todavía de una comunidad Hispanoamericana o Iberoamericana completa porque, en la frase de Reyes, "hay en nuestra familia americana, muchos países que hoy por hoy no cambian productos entre sí".⁶ Esta es una verdad de hecho. Pero no es menos verdad que esta ausencia de relaciones comerciales y, en general, económicas, nada tiene que ver con una ausencia de comunicaciones espirituales. Como dice Don Alfonso: "no hay razón alguna para que (los países americanos) se abstengan de comunicarse sus ideas".⁷ Esta comunicación que Alfonso Reyes predicó con el ejemplo no supone que las ideas sean entes desencarnados. Supone exactamente lo contrario. El intelectual es, esencialmente, un ser social puesto que "todo acto humano se refleja en la *polis* y todo redundando en bien o en mal de la convivencia entre los hombres". Tan típicamente social es la idea de Reyes que alguna vez afirma que América, dirigida al futuro, es progresiva e "izquierdista" siempre que se tome este término "en su sentido más general y filosófico".⁸

Dirigida al futuro, América puede verse, así como potencial de comunidad. Por este hecho Reyes puede afirmar que han terminado aquellos tiempos en que "cada nación americana quería conocerse a sí misma".⁹ Y añade que los nuevos tiempos requieren una suerte de "Gramática comparada"¹⁰ entre los pueblos—sólo gracias a esta constante comparación será

⁶ *Ibidem*.

⁷ *Ibidem*.

⁸ *Ibidem*.

⁹ *Palabras sobre la nación argentina*.

¹⁰ *Ibidem*.

posible alcanzar un verdadero conocimiento de cada uno de los pueblos en particular y de todos ellos en conjunto.

Tal es el ideal americano de Alfonso Reyes: comunidad, unidad, vinculación presente hacia una más honda vinculación futura. No se crea, sin embargo que este ideal americano es puramente emocional ni, tampoco, que es puramente exclusivo. A la unidad se llega mediante la inteligencia si, como Reyes espera, "estamos dispuestos a evitar, cada día con más empeño, que la casualidad nos maneje".¹¹ Por otra parte la idea de una América reunida no significa un rechazo sino un deseo profundo de vinculación con los demás pueblos. El ideal americano de Alfonso Reyes no es ni puramente emocional ni regionalista o parroquial. Si evitamos los escollos de la emotividad y de la exclusividad, podemos volver a soñar en el ideal americano gobernado por la inteligencia. Reyes el clásico está aquí otra vez presente cuando nos dice que su América es una tierra "coherente, armoniosa, donde cada uno de los fragmentos, triángulos y trapecios" encaja "en el hueco de los demás".¹² ¿Hispanismo? podrán preguntarse algunos. Sí. *También* hispanismo porque como decía Don Alfonso: "España fue grande, tan grande, que conjuró contra ella todas las voluntades y de ahí nació la Leyenda Negra".¹³ ¿Indigenismo? también indigenismo porque nada puede unirnos tanto a la vida prehispánica como el hecho de vivir en la misma tierra que habitaron los fundadores de sus civilizaciones.¹⁴

Ya hemos dicho que América no puede limitarse a América. El afán de comunión entre los pueblos queda expresado cuando Reyes afirma la necesidad de la comunicación con todos los pueblos sobre la base de la más estricta igualdad. Este sentimiento de igualdad se ha logrado en relación a España: "Hace tiempo que entre España y nosotros —dice Don Alfonso— existe un sentimiento de nivelación y de igualdad".¹⁵ Y prosigue dirigiéndose a los demás representantes de los diversos países del mundo: "Hemos alcanzado la mayoría de edad. Muy pronto os habituaréis a contar con nosotros".¹⁶

¹¹ *Última Tule*.

¹² *Ibidem*.

¹³ *México en una nuez*.

¹⁴ Véase la parte final de *Visión de Anáhuac*.

¹⁵ *Notas sobre la inteligencia Americana*.

¹⁶ *Ibidem*.

"Mexicano universal", como decía Federico de Onís, Alfonso Reyes partió siempre de la afirmación de su tierra de México. No quiero concluir estas breves palabras sin referirme a su tierra más íntima, aquella tierra donde nació y en la cual nacieron todos sus ideales posteriores. Allí, en Monterrey, empezó Reyes a pensar sobre la literatura, las ciencias y las artes de su pueblo y de todos los pueblos. Allí sintió la presencia de un paisaje que más tarde adquiriría proyecciones continentales y universales. Volvamos a la experiencia primera. Alfonso Reyes la dice en unos breves y hermosos versos:

Monterrey de las montañas
tú que estás a par del río;
fábrica de la frontera
y tan mi lugar nativo
que no sé cómo no añado
tu nombre en el nombre mío.¹⁷

¹⁷ *Romance de Monterrey.*

NICANOR PARRA, EL ANTI-POETA

Por *Fernando ALEGRIA*

NICANOR Parra es el poeta chileno de mayor influencia dentro de la llamada generación de 1938. Vive en los contrafuertes de la Cordillera de Los Andes, en un lugar vecino a Santiago llamado La Reina. Allí ha puesto una casa prefabricada, llena de libros, de sillas, de mesas y unas cuantas lámparas de dudoso funcionamiento. Hay cuadros en las paredes de rústica tabla; también hay un fonógrafo de cuerda y bocina, un guitarrón y un anafe. Por razones un tanto inexplicables, la casa no tenía aún ni agua ni luz eléctrica cuando le visité. De agua le proveían los vecinos; en cuanto a la luz, la hacía él mismo quemando, no muy lejos de la puerta, gigantescas ramas de zarzamora cuyas llamaradas veíanse claramente desde Santiago. Su vecino más cercano, Arturo Edwards, le había asegurado la casa contra incendios.

Muy reposado, cuidadoso en el vestir, el pelo crespo, los ojos luminosos y el rostro curtido por gruesas arrugas, Nicanor Parra viaja diariamente desde La Reina a la Universidad de Chile donde da clases de matemáticas. Ocasionalmente pronuncia conferencias sobre viajes interplanetarios y fenómenos celestes. Por lo general, sin embargo, escribe versos en toda clase de papeles, que arma después meticulosamente; en los ratos de ocio baila cueca o platica con sus numerosos amigos. Cuando no está en Chile anda por Suecia, Rusia, China, Inglaterra o los Estados Unidos. Lee y habla el inglés; en cambio, no fuma ni bebe. Es decir, puede tomarse una o dos botellas de vino para no perder el hilo de una conversación, así como puede acabar también regulares vasos de aguardiente apiado para sobrevivir a una sobremesa. Pero en realidad no bebe. Acompaña solamente a quienes beben.

Entre los escritores chilenos de la generación del 38 Parra es el único que ha formado escuela. Quienes le imitan son poetas jóvenes de decir claro, de imágenes excéntricas dentro

de su tono regional, sarcásticos y amargos, ácidos críticos de la rutina diaria en que se desenvuelven graciosos pero ligeramente congestionados. Debajo de la humorística amargura esconden poderosa arma con que rompen el frente de las instituciones burguesas contra la condenación y llegan a crear una atmósfera poética de lúcido, gracioso y dinámico desorden. Nicanor les recibe como gallo a sus polluelos. Les sirve alpiste en la mano, si así pudiera decirse; les anima, les defiende para dejarles ir, luego, con la nueva del anti-poema en los labios. Este ascendente personal es tanto más inesperado cuanto que Nicanor aparece más bien como un individuo retraído y parco en sus publicaciones. No tiene a su haber sino tres libros: *Cancionero sin nombre* (1937), *Poemas y anti-poemas* (1954) y *La cueca larga* (1957). Sin embargo, sus libros provocan revuelo, sus pronunciamientos levantan polvo y su presencia misma despierta curiosas reacciones de simpatía y hasta de devoción apasionada. Son numerosas las poetisas, lectoras y maestras que le siguen y le persiguen con fervor suicida. Se ha casado con varias de ellas, de distintas nacionalidades.

Describiendo sus comienzos literarios y la evolución de su ideología estética Parra habla así:

Políticamente éramos en general apolíticos, más exactamente, izquierdistas no militantes; en materia religiosa no éramos católicos: la teología nos tenía sin cuidado, aunque no tanto. Yo me inclinaba por la filosofía oriental, lo que me hacía sospechoso frente a mis compañeros más íntimos: Oyarzún y Millas. Por su parte, Oyarzún creía en los cíclopes, tal como suena, y Millas, a pesar de su sólida formación académica, se dejaba deslumbrar por un filósofo ambulante de la Quinta Normal, que afirmaba que el hombre debía inspirarse en los animales domésticos en materia de modales personales: del gallo debía aprender la gallardía, y del caballo, la caballería. . .

A cinco años de la antología de los poetas creacionistas, versolibristas, herméticos, oníricos, sacerdotales, representábamos un tipo de poetas espontáneos, naturales, al alcance del grueso público. . . Claro que no traíamos nada nuevo a la poesía chilena. Significábamos, en general, un paso atrás, a excepción de Millas y de Oyarzún, que, según mi modo de ver, eran ya unos poetas perfectamente vertebrados.

Pero nuestra debilidad inicial, así lo pienso en la actualidad, era un punto de partida legítimo para nuestra evolución ulterior.

En ella radicaba la fuerza que más tarde nos ha dado derecho a la vida. Fundamentalmente, creo que teníamos razón al declararnos tácitamente, al menos, paladines de la claridad y la naturalidad de los medios expresivos. Por lo menos, en esa dirección se ha movido posteriormente el cuerpo de las ideas estéticas chilenas. Tomás Lago... se transforma en 1942 en el adalid de la nueva doctrina, cuyo contenido sintetizó él mismo en la frase "Luz en la Poesía", con que tituló el prefacio de sus *Tres poetas chilenos*... El título de ese prefacio no era arbitrario; en esos mismos días, el que habla había anunciado un libro denominado "La luz del día". Ese libro no vio nunca la luz del día, pero, aumentado y disminuido, pasó más tarde a formar parte de *Poemas y antipoemas*.

Demás está decir que nosotros constituíamos el reverso de la medalla surrealista.

Los hechos se han encargado de demostrar que por lo menos el cincuenta por ciento de nuestros principios no había sido mal ideado. El otro cincuenta por ciento... estaba de parte de los surrealistas, que en aquella época representaban, en rigor, el paso siguiente del creacionismo y del nerudismo: la inmersión en las profundidades del subconsciente colectivo.

El antipoema que, a la postre, no es otra cosa que el poema tradicional enriquecido con la savia surrealista —surrealismo criollo o como queráis llamarlo— debe aún ser resuelto desde el punto de vista sicológico y social del país y del continente a que pertenecemos, para que pueda ser considerado como un verdadero ideal poético. Falta por demostrar que el hijo del matrimonio del día y la noche, celebrado en el ámbito del antipoema, no es una nueva forma de crepúsculo, sino un nuevo tipo de amanecer poético.¹

En los comienzos de su carrera literaria y, más tarde, en ratos de esparcimiento, Nicanor Parra cultivó ciertas formas de poesía popular. Le atraía una ancha zona de Chile y de los chilenos; una zona de romántica dedicación a los valores épicos de la guitarra y del vino. En *La cueca larga* se aprecia la gracia improvisadora del viejo payador y la gruesa sensualidad de cantoras y bailarines. Allí están los nombres criollos donde se santifica la nacionalidad en potrillos y cañas de sólido prestigio; la burla socarrona del campo y el genio equívoco, pecaminoso y ácido de la ciudad chilena. Dice Parra:

¹ *Atenea*, Nos. 380-381, abril-septiembre, 1958, pp. 46-48.

Yo no soy de Coihueco
 Soy de Niblinto
 Donde los huasos mascan
 El vino tinto.
 Yo nací en Portezuelo
 Me crié en Ñanco
 Donde los pacos nadan
 En vino blanco.
 Y moriré en las vegas
 De San Vicente
 Donde los frailes flotan
 En aguardiente...

Por encima de la algazara o, más bien dicho, apartado en un fresco rincón de sauces y albahacas el poeta se ocupó también en el oficio santo de transmutar lo humano en divino. "Brindo por lo celestial —y brindo por lo profano", exclama Nicanor mientras trabaja como un ceramista de Quinchamalí para quitarle al surrealismo su decadencia europea. Pone alas donde va un poncho. Surte de ángeles los expendios de licores. Zapatea con punta y taco y, en su contrapunto, corona la métrica romance con estribillos de discordancia moderna:

Con mi cara de ataúd
 y mis mariposas viejas
 yo también me hago presente
 en esta solemne fiesta...

En esta poesía, compuesta para ser cantada y bailada,² se mantiene viva la tradición del juglar. A través de plazas, cortes y campos su verso ha ganado la maestría de ritmos que impone el entusiasmo épico del pueblo; se ha dado un trasfondo para esconder la flor de la malicia y ciertos dobleces de sensualidad; se arma de duros apodos, de viriles acentos, de agresivo lirismo. La poesía popular de Nicanor Parra es roja y palpitante como gallo de pelea clarinado en la rueda. Me ha tocado oír esta poesía en Doñihue y Quilicura, cercada de gritos, risas y botellas; la he visto levantarse a la cabecera de la mesa y sostener su duelo de ingenio contra la sabidu-

² La música para *La cueca larga* fue compuesta por la folklorista Violeta Parra: *El folklore de Chile*, III, *La cueca*, Disco Odeón LDC-36038.

ría del tiempo en la tierra huasa; y la vi salir victoriosa bajo el peso de las coplas, las tallas y los brindis que la condecoraron. "Firmeza", dijo la cantora popular y quiso decir firmeza de *La cueca larga* para poetas topeadores, para cabezas coronadas de vid, para los anillos que se enredan en el harpa, para las espuelas clavadas en sangre como cresta de gallo; firmeza de la magia poética, culta y popular, de los mitos del país, de los ritmos del mundo que Nicanor Parra baraja en cuecas largas, en esquinzos y décimas con iluminada prestandencia. Pero, pongamos luz en la zalagarda: rasguemos la cortina del vino. ¿Qué papel juega el antipoeta en *La cueca larga*? Eliminemos los colores del poncho y el brillo plateado de las espuelas; escuchemos el alarido de las cantoras e individualicemos las palabras; quedémonos con la turbulencia que mantiene el fuego del bailarín de cueca detrás de su frente pálida, del mechón de pelo negro y del ojo asesino. Nicanor Parra, como él mismo lo dirá en *Poemas y antipoemas*. lleva a cuestras el ángel y la bestia. Se trata, en realidad, del ángel y la bestia que le son característicos al huaso chileno. Algo de disimulado detrás de la burla socarrona y de la ingenuidad maliciosa, algo de pille-ría zorruna. La preponderancia del vientre. Cuando Nicanor Parra triunfa con *La cueca larga* en la ramada, bajo el sauce, junto a la acequia y a la línea del tren, es porque la gente huasa le ha considerado uno de los suyos: le ha reconocido y apreciado su cinismo, su apetencia gastronómica, su agresivo desprecio por la mujer y su habilidad para mantenerla subyugada, su bulliciosa amargura y sus sangrientas parodias de las instituciones burguesas, su modo indirecto de exaltar el estoicismo de aquellos a quienes describe pudriéndose en la decadencia.

Si le juzgamos, por otra parte, a base de *Cancionero sin nombre* y de las primeras composiciones de *Poemas y antipoemas*, Nicanor Parra nos conmueve especialmente cuando escribe sobre el sentimiento de nostalgia que el hombre descubre en la posesión de las cosas dentro del sentido secreto que sólo la muerte deposita en ellas:

¡Buena cosa, Dios mío! nunca sabe
 Uno apreciar la dicha verdadera,
 Cuando la imaginamos más lejana
 Es justamente cuando está más cerca.

Ay de mí ¡ay de mí! algo me dice
 Que la vida no es más que una quimera;
 Una ilusión, un sueño sin orillas,
 Una pequeña nube pasajera.
 Vamos por partes, no sé bien qué digo,
 La emoción se me sube a la cabeza.
 Como ya era la hora del silencio
 Cuando emprendí mi singular empresa,
 Una tras otra, en oleaje mudo,
 Al establo volvían las ovejas.
 Las saludé personalmente a todas
 Y cuando estuve frente a la arboleda
 Que alimenta el oído del viajero
 Con su inefable música secreta
 Recordé el mar y enumeré las hojas
 En homenaje a mis hermanas muertas.
 Perfectamente bien. Seguí mi viaje
 Como quien de la vida nada espera. . .
 Cuánto tiempo ha pasado desde entonces
 No podría decirlo con certeza;
 Todo está igual, seguramente,
 El vino y el ruiñeñor encima de la mesa,
 Mis hermanos menores a esta hora
 Deben venir de vuelta de la escuela:
 ¡Sólo que el tiempo lo ha borrado todo
 Como una blanca tempestad de arena!³

La nostalgia le sigue como una perra, chupándolo, mor-
 diéndolo, ulcerándole la fina piel de sus recuerdos. Mientras
 más dulce la hora que evoca, más dolorosa. En la tarde de
 verano, perfumada de naranjos y jazmines, espesa de tibio pol-
 vo campesino, abierta como un cielo sin nubes, la muerte le
 duele más. Al parecer, la muerte —de sus parientes, de sus
 amigos, el recuerdo del ruiñeñor en la mesa, la muerte de
 una joven que agoniza con su nombre en las pupilas— sólo
 llega a ser una muerte verdadera cuando se hinchan las semi-
 llas del verano. Parra responde a la nostalgia con una poesía
 que crece en ondas litúrgicas. El mismo ha dicho que en su
 poesía hace lo que Dios crea sin cesar de ola en ola. Sólo que
 él lo hace en versos endecasílabos. No digo esto por capricho.

³ *Poemas y antipoemas*, Santiago, 1954, pp. 30-32.

Parra vigila las exigencias de la métrica con ojo airado pero aritmético. Así como para la fiesta busca la *décima* con estribillos zapateados, así para la burla utiliza el romance, asonantado, burlón, medieval y blasfemo. Para ser modernista, es decir, cuando se le ocurre reemplazar al cisne de Darío y al buho de González Martínez por la *mosca*, echa mano de unas redondillas eneasilábicas cortadas a tijera entre guirnaldas y palomas de revista satinada. Me refiero a su poema "San Antonio". En cambio, para su auto-retrato y para su epitafio prefiere la *silva* que le permite enterrarse a paladas largas —los endecasílabos—, y a paladas cortas, los heptasílabos. En once sílabas se respeta y en siete se falta el respeto, a intervalos libres. La nostalgia, sin embargo, es endecasílabo. Parra la presenta como una lenta consumación de hombre sabio, maduro, que sabe su lugar y lo mantiene sin aspavientos.

La gran obra de Nicanor Parra no está, contra lo que pudiera creerse, en los poemas de nostalgia, sino en "Los vicios del mundo moderno", "La trampa", "La víbora", "Las tablas" y "Soliloquio del individuo", todos poemas de desesperación. "El mundo moderno es una gran cloaca", dice en uno de estos poemas Parra. Mas, no hemos de tomarle su pronunciamiento al pie de la letra. El mundo para él es una trampa. Es importante hacer notar que Parra juzga a un mundo en el cual no ve orden ni sentido. Sin llevar él tampoco un sentido de forma —ética o estética— para crear un orden donde no lo hay, los seres y los objetos se le cargan de violencia y parecen aguardar constantemente la ocasión de saltarle al cuello. En "Rompeca-bezas" dice Parra:

No doy a nadie el derecho.
 Adoro un trozo de trapo.
 Traslado tumbas de lugar.
 Traslado tumbas de lugar.
 No doy a nadie el derecho.
 Yo soy un tipo ridículo
 A los rayos del sol,
 Azote de las fuentes de soda
 Yo me muerdo de rabia.
 Yo no tengo remedio,
 Mis propios pelos me acusan
 En un altar de ocasión

Las máquinas no perdonan.
 Me río detrás de una silla,
 Mi cara se llena de moscas.
 Yo soy quien se expresa mal
 Expresa en vistas de qué.
 Yo tartamudeo,
 Con el pie toco una especie de feto.
 ¿Para qué son estos estómagos?
 ¿Quién hizo esta mezcolanza?
 Lo mejor es hacer el indio.
 Yo digo una cosa por otra.⁴

Su visión del mundo encierra una simplificación deliberada, una síntesis directa y específica de la decadencia moderna. Desármalo todo para destacar ciertos gestos, ciertos actos, ciertas ideas, y exhibirlos en su falta de sentido. El suyo es un mundo de equivocaciones. Un absurdo trágico que empieza por ser un rasgo de ingenio. Parra se considera un poeta de la claridad. ¿Qué es la claridad? Ver claramente qué podrido está el mundo, qué impotente y desdentado y calvo está el hombre. Es decir, claridad para vernos las cruces detrás del sombrero. Su forma de expresión es cotidiana. Las muletillas de la conversación le atraen y le sirven para afirmarse, como a César Vallejo. Las imágenes de Parra son concretas, pero no precisamente lógicas, sino absurdas y llenas de una conciencia del pecado, del fracaso, del vacío, que se transforma pronto en fría amargura y, particularmente, en una cólera extraña, una rabia que, por lo general estalla en ademanes y palabras de auto-destrucción. He aquí su "Auto-retrato":

Considerad, muchachos,
 Esta lengua roída por el cáncer:
 Soy profesor en un liceo obscuro,
 He perdido la voz haciendo clases.
 (Después de todo o nada
 Hago cuarenta horas semanales).
 ¿Qué os parece mi cara abofeteada?
 ¡Verdad que inspira lástima mirarme!
 Y qué decís de esta nariz podrida
 Por la cal de la tiza degradante.

⁴ *Ibid.*, pp. 77-78.

En materia de ojos, a tres metros
 No reconozco ni a mi propia madre.
 ¿Qué me sucede? ¡Nada!
 Me los he arruinado haciendo clases:
 La mala luz, el sol,
 La venenosa luna miserable.
 Y todo ¡para qué!
 Para ganar un pan imperdonable
 Duro como la cara del burgués
 Y con olor y con sabor a sangre.
 ¡Para qué hemos nacido como hombres
 Si nos dan una muerte de animales!
 Por el exceso de trabajo, a veces
 Veo formas extrañas en el aire,
 Oigo carreras locas,
 Risas, conversaciones criminales.
 Observad estas manos
 Y estas mejillas blancas de cadáver,
 Estos escasos pelos que me quedan,
 ¡Estas negras arrugas infernales!
 Sin embargo yo fui tal como ustedes,
 Joven, lleno de bellos ideales,
 Soñé fundiendo el cobre
 Y limando las caras del diamante:
 Aquí me tienen hoy
 Detrás de este mesón inconfortable
 Embrutecido por el sonsonete
 De las quinientas horas semanales.⁵

Desorganizado y violento, el mundo provoca, al hombre y le induce a destruirse. El suicidio adopta formas circunspectas hasta convertirse en una lenta, progresiva y fructífera masturbación universal. La brutalidad fundamental a que se refiere el antipoeta como uno de los rasgos característicos del hombre moderno es también el tema central de "Las tablas". El hombre, solitario y enfurecido, sin esperanzas en un hielo apocalíptico, se calienta quemando a Dios y golpeando a su madre. Queda la mujer y queda la leyenda del amor. El antipoeta no tarda en destruirlas en un poema que es verdadero compendio

⁵ *Ibid.*, pp. 55-56.

de su macabra visión del mundo moderno. El amor es rebajado a una condición rutinaria y cotidiana; sus problemas derivan del hambre: hambre sexual y hambre de alimentos. La mujer obstinada y tenaz, busca el dinero, la comida, el coito y el abuso del hombre. Este, por otra parte, se defiende a la medida de sus fuerzas: copula cuanto puede, más de lo que puede, para poder escamotearle el dinero a su amante. Poco a poco, es ella quien agota a su rival y lo somete a una esclavitud sexual y económica. Le encierra en una pieza redonda por cuya única ventana entran las ratas de un cementerio vecino. El hombre empieza a tornarse indiferente. Ella trata de seducirle con el cebo de una propiedad que posee cerca del matadero. Rehusa él. Se ha roto el encantamiento: viejo y débil, el hombre no puede fornicar más; sus hijos han crecido, su verdadera esposa puede aparecer en cualquier momento y arruinarle. Agotado dice:

No puedo trabajar más para ti,
todo ha terminado entre nosotros.⁶

En este poema, como en "Los vicios del mundo moderno", Parra se enfrenta a un mundo que ha perdido la llave de sus mecanismos más esenciales. Acaso sintiendo que en la pérdida se encierra un acto de condenación voluntaria, no se preocupa por recuperar esa llave, sino por insistir en la deformación espiritual que origina la actitud de renunciamento. Con fría pulcritud Parra aísla los nichos en que se esconde el hombre para morir y podrirse sin testigos. Esos nichos son los símbolos y mitos de una sociedad burguesa roída por un cáncer incurable. Su conclusión es inequívoca:

Sin embargo, el mundo ha sido siempre así.
La verdad, como la belleza, no se crea ni se pierde
Y la poesía reside en las cosas o es simplemente un espejismo
[del espíritu...
...Pero qué importa todo esto
Si mientras la bailarina más grande del mundo
Muere pobre y abandonada en una pequeña aldea del sur de
[Francia

⁶ *Ibid.*, p. 127.

La primavera devuelve al hombre una parte de las flores
 [desaparecidas.
 Tratemos de ser felices, recomiendo yo, chupando la miserable
 [costilla humana.

Extraigamos de ella el líquido renovador,
 Cada cual de acuerdo con sus inclinaciones personales.
 ¡Aferrémonos a esta piltrafa divina!
 Jadeantes y tremebundos
 Chupemos estos labios que nos enloquecen;
 La suerte está echada.
 Aspiremos este perfume enervador y destructor
 Y vivamos un día más la vida de los elegidos:
 De sus axilas extrae el hombre la cera necesaria para forjar
 [el rostro de sus ídolos.

Y del sexo de la mujer la paja y el barro de sus templos.
 Por todo lo cual
 Cultivo un piojo en mi corbata
 Y sonrío a los imbéciles que bajan de los árboles.⁷

Los establecimientos funerarios, el auto-bombo, el culto fálico, la sangre de las vírgenes, el tabaco, las estrellas de cine, los capitalistas anémicos, la cera en las axilas del hombre, el barro y la paja en el sexo de la mujer, son símbolos de una muerte sin proyección metafísica, símbolos de la traición del arte, símbolos de la agresividad sexual y del asesinato en masa de los sentimentales, símbolos del abuso del sexo y de la consiguiente impotencia, símbolos de un individualismo sin individuos.

Si Parra tuviese una forma ética o estética para conferir orden al mundo que le rodea, sería un Anti-Cristo y no un Antipoeta. La verdad es que para el sistema del crimen no conoce un sistema de defensa. Le cercan las trampas. Se deja aprisionar poseído por una airada pero restringida locura, que se le ciñe al cuerpo como un traje negro. Multiplica las ocasiones de pecar. Hombres, objetos y lugares se convierten en trampas. Pronto, nos damos cuenta de que todo forma parte de una sola trampa universal: la humanidad, el arte, la religión, la filosofía. En cada trampa descubre manchas de sangre, pelos y huellas digitales que conservan el olor de la última víctima. Este olor es la única advertencia del peligro. El anti-

⁷ *Ibid.*, pp. 140-141.

poeta se defiende. Quisiera golpear, herir, quemar. Se sujeta y cree presentir la victoria. Pero, sucumbe ante lo imprevisto. Al combatir usa los trucos que las civilizaciones han perfeccionado y consigue modestos triunfos cuando la batalla requiere el uso de trucos. En el duelo final, sin embargo, el Antipoeta se halla desamparado y confuso. Coleccionó pellejos del enemigo que clavó meticulosamente con alfileres en las paredes de su sala de trofeos; podrá seguir agregando pellejos; pero su sala de trofeos, al fin, no dará abasto.

La poesía de Nicanor Parra, antiornamental, concreta, directa y turbulentamente narrativa, esconde en sus pliegues más íntimos una profunda convulsión espiritual. No conozco otro antecedente para ella en Hispanoamérica que no sea la poesía de César Vallejo. La de éste es, sin embargo, exclamación dolorosa de un cristianismo instintivo o subconsciente; la de Parra es azote implacable contra una humanidad que concibe petrificada en su decadencia. Ambos trabajan con elementos de la realidad cotidiana y ocultan su desconcierto detrás de fórmulas de conversación que sirven de marco a un humorismo patético. Vallejo es más trascendental en su angustia; Parra más estilizado. De ambos puede decirse que sacuden el intelectualismo de la poesía hispanoamericana con una cruda y brutal disección de las contradicciones características del mundo contemporáneo.

VALORES CROMÁTICOS DE LA POESÍA DE GARCILASO

Por Concha ZARDOYA

LA obra poética de Garcilaso, ordenada cronológicamente,¹ revela una delicadísima técnica cromática y lumínea.

El color inexistente en sus canciones escritas en versos castellanos —anteriores todas a 1531—, pues Garcilaso observa en ellas la austera y escueta sobriedad castellana ante el mundo exterior. Ni la Naturaleza ni la hermosura de la amada impresionan su sensibilidad: el poeta refrena toda efusión externa y prefiere el "silencio intimista";² la elocuencia del callado amor: "porque mi morir callando / os ha de hablar por mí".³ Virilmente, reprime efusiones y ternuras, y, al mismo tiempo, ciega y enmudece sus sentidos, ata el vuelo de su fantasía. Se ensimisma y abstrae en su espíritu y en su intimidad. Expresa sus sentimientos de manera vigorosa y desnuda, pero siempre con grave parquedad.

Hacia 1528, Garcilaso empieza a escribir al "itálico modo". Acepta la influencia de Petrarca y de Ausias March. Su lírica sigue siendo intimista, sí, pero se enriquece con matices nuevos, ajenos al mundo de los cancioneros castellanos. Aparecen las primeras notas cromáticas, de suaves tonalidades y los contrastes de luz y sombra. (Si el color existía en la poesía medieval de tipo culto y tradicional —algún día habrá que trazar el curso de la evolución cromática en esta poesía hasta llegar a Garcilaso—, éste *voluntariamente* lo ignora, porque su sensibilidad reacciona de modo distinto ante la realidad sensorial).

¹ Seguimos la cronología dada por Lapesa en su obra *La trayectoria poética de Garcilaso* (Madrid: Revista de Occidente, 1948), págs. 3-4.

² op. cit., 43.

³ De las "Canciones en versos cortos", recogidas en las *Obras* de Garcilaso (Madrid: Ediciones "La Lectura", Clásicos Castellanos, 1911), 256. De ahora en adelante daremos en el texto, a continuación de cada cita, el número de la página respectiva.

En la Canción I (1528-1529) el color se insinúa por implicación, tenuemente: no adjetivos sino sustantivos acuarelan y contrastan dos paisajes, uno cálido y desértico, otro invernal y helado:

Si a la región desierta, inhabitable
por el hervor del *sol* demasiado
y sequedad de aquella arena ardiente,
o la que por el hielo congelado
y rigurosa *nieve* es intratable (175).

El dorado —sugerido por el fuerte sol— y el blanco —evocado por "hielo congelado" y "rigurosa nieve"— son colores táticos. En los versos "si aquella *amarillez* y los suspiros / salidos sin licencia de su dueño" (177), Garcilaso atribuye al color una connotación moral y psicológica: la pena de amor es causa de su amarilla palidez.

En el soneto XVII (1529-1530), el descontento y tristeza del poeta ensombrecen la claridad: "La noche *clara* para mí es *escura*" (224). El dolor moral altera la realidad, creando un contraste de luz y sombra.

En el soneto XVIII (1529-1530?), los ojos de la amada irradian luz solar, fuego que de lejos abrasa al poeta enamorado:

y por el sol tengo vuesta vista,
.....
y es que yo soy de lejos *inflamado*
de vuestra *ardiente* vista, y *encendido*
tanto, que en vida me sostengo apenas (225).

La coloración es tácita, espiritualizante, pero vibra la fulguración de la amorosa llama.

En la Canción IV (1529-1532) aparecen por primera vez en la poesía de Garcilaso dos alusiones a la belleza física de la amada; son dos delicadas notas de luz y color de sello platónico y petrarquista que suavizan el crudo vigor del poema. Por primera vez empieza la hermosura exterior y sensorial a ser tema poético en Garcilaso. Petrarca proyecta su luz plácida sobre las sombrías imágenes españolas. Los ojos de la amada emanan luz capaz de volver clara al noche más oscura y de oscurecer también al sol de mediodía:

Los ojos, cuya *lumbre* bien pudiera
 tornar *clara* la noche *senebrosa*,
 y *escurecer* al *sol* a mediodía (190)...

En este claroscuro, la amada—poetizada—consigue efectos contrarios al de la tristeza en el citado soneto XVII. Son los mismos elementos lumíneos y coloristas, pero la matización psicológica y poética es diferente.

Después de los ojos, Garcilaso idealiza los cabellos de la amada. La nota dorada suaviza el tono doloroso y sombrío de la confesión del hombre, la lucha—alegóricamente expresada—entre su amor y su razón:

De los cabellos de *oro* fue tejida
 la red que fabricó mi sentimiento,
 do mi razón revuelta y enredada
 con gran vergüenza suya y corrimiento (192)...

Otra nota de luz proyecta no sólo su valoración simbólica sino también su cromatismo luminoso: Garcilaso destaca el agua como elemento de claridad, música y hermosa—al mismo tiempo que realza su calidad espiritualizante—, en medio de un paisaje psicológico de llanto y pena:

Torno a llorar mis daños, porque entiendo
 que es un crudo linaje de tormento
 para matar aquel que está sediento,
 mostralle el agua porque está muriendo;
 de la cual el cuitado juntamente
 la *claridad* contempla, el ruido siente (191-192)...

(Es obvio decir que, simbólicamente, ese agua clara representa a la amada).

Quizá la nota cromática más viva que encierra a la Canción IV, se halle casi en su comienzo: es una viva pincelada roja que acentúa el tono dramático de los versos, actuando metafóricamente a través del sustantivo "sangre", imagen de la pasión amorosa que desangra al poeta enamorado de Isabel de Freyre:

Pues soy por los cabellos arrastrado
 de un tan desatinado pensamiento,
 que por las agudas peñas peligrosas,

por matas espinosas,
corre con ligereza más que el viento,
bañando de mi *sangre* la carrera (188)...

La Canción III (1532) nos presenta la primera descripción garcilasiana de paisaje. El poeta, desterrado a una isla del Danubio, percibe y siente la hermosura de la Naturaleza: un prado verde y florido junto al agua clara. Lección de luz, verdor y colores que aprende en Petrarca y que su sensibilidad comprueba en tierra extranjera al vivir la experiencia del destierro. Garcilaso no especifica el colorido floral; le basta que prevalezca la tonalidad verde y luminosa en este paisaje idealizado que serena la tristeza del alma:

Con un manso ruido
de agua corriente y *clara*,
cerca del Danubio una isla, que pudiera
ser lugar escogido
para que descansara
quien como yo estó agora. no estuviera;
do siempre primavera
parece en la *verdura*
sembrada de las *flores* (183)...

En 1532 Garcilaso va a Nápoles y está allí hasta 1536.⁴ Allí descubre la vida literaria del Renacimiento en toda su rica intensidad. Allí amplía sus lecturas de clásicos griegos y latinos y los incorpora, asimilados, a su poesía. El culto a la belleza va a superponerse sobre la expresión de su dolorido sentir. Aprende en la *Arcadia* de Sannazaro a contemplar la Naturaleza estéticamente. Cuanto le rodea penetra en su sensibilidad y ésta, a su vez, empapa artísticamente cuanto siente, ve y oye. Un sentido virgiliano, soñador, impregna su contemplación y una fina matización cromática se vierte en sus versos a partir de la Egloga II, a través de una adjetivación antes desconocida en sus poesías. El poeta ha traspasado la cárcel de su yo interior y sume sus ojos en el mundo que le rodea. Adquiere una sensibilidad plástica y no se aparta nunca de los cánones de la belleza clásica. La línea, el color y el movimiento se unen a la musicalidad de sus versos. Pero siempre le guían su natural

⁴ Cf. Lapesa, *La trayectoria*. . . , 85-95.

contención y sobriedad. Simplifica, por decirlo así, las descripciones arcádicas de Sannazaro, reduce sus enumeraciones. Evita la acumulación de detalles y pormenores. Su señorío de caballero toledano le hace preferir la sencillez y la naturalidad, la delicadeza melancólica y la hondura sensitiva.

En la Egloga II (Nápoles, 1533-1534), el sentimiento de la Naturaleza —esbozado apenas en la Canción III— es tema de gran importancia: el drama humano tiene como escenario un paisaje lleno de color, músicas y perfumes. Garcilaso siente el paisaje en su totalidad, a través de la descripción de Albanio: valles, aguas, vientos, olores... El poeta descubre una correspondencia afectiva entre la Naturaleza y el hombre y, de vez en cuando, el encanto de la auténtica vida campesina. Algunos versos suyos se originan en los de otros autores, pero Garcilaso los reelabora y vivifica, después de fundirlos en su propia experiencia y de integrarlos con los que le han brotado de su propia sensibilidad.

Las diversas tonalidades cromáticas de este paisaje se inscriben dentro de una luminosidad total. Los ojos de Garcilaso captan, con gran nitidez, el grado de luz que se proyecta en cada elemento de la Naturaleza. Así, emerge del ambiente una claridad pura y radiosa, pero se concentra especialmente en el agua: en fuentes y en ríos. Repetidas veces leemos "agua clara", "claras ondas". "un poco de agua clara nos detiene", "del agua que la clara fuente envía", y "en medio aqueste fuente clara y pura / que como de cristal resplandecía", "la fuente clara y pura murmurando". Esta clara fuente no es sólo espejo de la pastora Camila sino también su confidente: "¿Sabes qué me quitaste, fuente clara?" (la amistad de Albanio). Y lo es de este pastor, cuando inquiere por su equilibrio corporal perdido: "¿Sabrásme decir dél, mi clara fuente?" También es clara el agua de los ríos amados por el poeta: "del sacro Tormes, dulce y claro río", que va "vertiendo claras linfas con constancia"; el Rhin es "el caudaloso / y claro río"; y el Danubio es "el claro viejo río".

El paisaje parece de cristal, poetizado por la luz esbelta y pura. Sobre las aguas, el resplandor solar es claridad emanante, poderosa. Garcilaso insiste en decir "sol claro" y "del sol el claro rayo ardiente". Verá también claridad —con el sentido de perfección y fuego del alma— en los hombres de su admiración. (Recuérdese, a este respecto, el significado latino

de *clarus* y *praeclarus*) Así, de Don García de Toledo exalta "su resplandeciente y clara vista", y de su amigo íntimo afirma: "Boscán, de cuya llama clara y pura / sale el fuego que apura sus escritos" (95).⁵ Garcilaso, por último, utiliza la claridad alegóricamente: "resplandeciente y clara de su gloria / pintada la victoria se mostraba" (112). En sentido metafórico, la fama de Don Fernando de Toledo relumbra y resplandece.

Después de crear la total luminosidad de su mundo poético, Garcilaso se detiene en el color de las formas inscritas en el paisaje idealizado. Su contemplación platónica le lleva a descubrir que la coloración no es una cualidad accesoria o temporal sino sustantiva y esencial al objeto evocado, como puede comprobarse en incontables ejemplos: "verde encina", "verde selva", "verdes hierbas", "verdes bosques", "verdes prados", ribera verde y deleitosa del sacro Tormes, dulce y claro río, / hay una vega grande y espaciosa, / verde en medio del invierno frío, / en el otoño verde y primavera, / verde en la fuerza del ardiente estío" (80), "del monte se reía el verde seno", "verdes faunos, / sátiros y silvanos"; "blanco cisne", "el lirio blanco", "azucena blanca y pura", "la blanca espuma"; negra banda de estorninos—"anda / de estorninos volando a cada parte / de acá y allá la espesa y negra banda" (39), "la negra tempestad". Sin embargo, tal precisión esencial del color no se aparta de una contemplación más amplia en la que se armonizan diversas tonalidades, de nítidos valores individuales, sí, pero integradas en una gama de armoniosos contrastes: rosa, oro, colores florales. Son, precisamente, los paisajes de prados floridos y de cielos en alba o crepúsculo los que muestran una coloración más variada y siempre ilusionista.

En mostrando la aurora sus mejillas
de rosa, y sus cabellos de oro fino
humedeciendo ya las florecillas (37)...

preséntanos a colmo el prado flores,
y esmalta en mil colores su verdura (85)...

el campo en hermosura de otras flores
pintaba mil colores disconformes (115)...

⁵ El poeta catalán es citado en la Egloga II por haber sido maestro de Don Fernando Álvarez de Toledo.

Si la Egloga II comienza con la contemplación exaltada de la fontana confidente, se cierra y acaba con el atardecer: "cayendo / ya de los altos montes las mayores / sombras, con ligereza van corriendo" (120). En los caseríos labriegos, asoma el gris de las humaredas. Las blancas ovejas se recogen por el valle poco a poco. El paisaje de la Egloga se disuelve en sombra, humo, blancura esfumante y verde que se apaga. El color no se da en adjetivos sino en concretos sustantivos que, a la vez, proporcionan el dibujo, las formas esenciales del paisaje renacentista.

Otras notas de color, aquí y allá, se destacan en el ambiente eglógico: en el fondo de la fuente, por tan pura y cristalina, Albanio puede contemplar "el arena, que de oro parecía, / de blancas pedrezuelas variada" (48). Intenso blanco hay en el movimiento de las aguas, en sus crestas de espuma. Fuertes manchas blancas pintan el paisaje invernal de los montes Pirineos, cuando Garcilaso —por boca de Nemoroso— cuenta el viaje del Duque de Alba a Alemania para intervenir en el socorro de Viena, amenazada por Solimán en 1532: "La nieve blanqueaba... El aire las cargadas ramas mueve, / que el peso de la nieve las desgaja" (100). Breve toque de blancura deja el pincel de Garcilaso al describir la cacería en que Camila, fiel a Diana, sigue a un corzo herido: "En el siniestro lado soterrada / la flecha enherbolada va mostrando, / las plumas blanqueando solas fuera" (62). El verde —tonalidad predominante del paisaje bucólico— encubre la sutil red engañosa para cazar pájaros, en el valle secreto en que Albanio era feliz al lado de Camila: "aquí con una red de muy perfeto / verde tejida"... (37).

Sobre este fondo de paisaje idealmente coloreado, Garcilaso se complace en evocar la hermosura femenina. Se deja ganar por el recuerdo de los versos de Petrarca a la belleza de Laura y exalta la hermosura de la amada. El enamorado Albanio sueña, más que canta, la belleza de Camila. En éxtasis exclamativo, el color realza los delicados perfiles:

¡Oh claros ojos! ¡Oh cabellos de oro!
¡Oh cuello de marfil! ¡Oh blanca mano! (28).

Y, luego, "el blanco pie de mi enemiga" (69). Oro y blanco. Ahora, el rosa: "una figura de color de rosa / estaba allí dur-

miendo" (70). La pintura de las perfecciones femeninas se transfiere también a las criaturas mitológicas del mundo pastoril:

Alce una de vosotras, *blancas* deas,
del agua su cabeza *rubia* un poco (56)...

¡Oh dríades, de amor hermoso nido,
.....
con los cabellos *rubios*, que las bellas
espaldas dejan de *oro* cobijadas (57)...

La belleza masculina es cantada en el fragmento del Pagnirico a la Casa de Alba en que describe la muerte de Don García a los 23 años. La juventud de éste es causa del poético elogio. Garcilaso, poéticamente, trasmuta los restos del joven en flores que irradian su color sobre la escena fúnebre, el tránsito del rosa de la vida al blanco de la muerte:

¡Tal está el rostro tuyo en la arena,
fresca *rosa* azucena *blanca* y pura! (91)

En la Egloga II, el tema heroico se añade al tema del amor no correspondido y de la enajenación amorosa. Las hazañas guerreras de Don Fernando de Toledo se sitúa en un plano ilusionista y desrealizador. En cuanto al colorido, el rasgo más vigoroso aparece cuando Garcilaso pinta la muerte del citado Don García de Toledo en los Gelves (versos 1215-1266). Los horrores de la lucha se concentran en la poderosa y escalofriante mancha roja de la sangre:

Unos en bruto *lago de su sangre*,
cortado ya el estambre de la vida
la cabeza partida revolcaban (90)...

La misma nota sangrienta aparece también en algunos de los versos en que el poeta describe el ya mencionado viaje del Duque de Alba a Alemania, en el cual le acompañó personalmente: al narrar de manera sucinta el martirio de Santa Ursula en Colonia, a orillas del Rhin, junto con once mil vírgenes inglesas, por las hordas de Atila en 352: "...mancha el suelo / de *sangre*, que en el cielo está esmaltada" (103)...

El amarillo—color que Garcilaso había empleado antes de su viaje a Italia sólo con una connotación moral— aparece en el mismo Panegírico al describir la enfermedad del Duque de Alba ante los muros de París:

...la dolencia,
con su débil presencia y *amarilla*,
bajaba de la silla al Duque sano,
y con la pesada mano le tocaba.
El luego comenzaba a demudarse,
y *amarillo* pararse y a dolerse.

Garcilaso ha aprendido a usar la nota cromática en la pintura de lo físico, de la realidad objetiva.

Varias veces contrasta el poeta la sombra con la luz, como en "la *negra* tempestad en muy serena / y *clara* luz convierte..." (82). O evoca la oscuridad de la noche: "por el silencio de la noche *escura*" (52), "que acaso noche *escura* entonces era" (97). Traspasando la sombra, Albanio, enloquecido, recuerda a Orfeo y dice: "convocaré el infierno y reino *escuro*" (72). Lo negro toma una connotación moral cuando Albanio, después de reñir en su locura con su amigo Salicio, explica:

Negra fue aquella lucha que contigo
hice, que tal castigo dan tus manos (79).

La plasticidad y el cromatismo son notables en la Egloga II, no tan emocionante como la I, ni tan límpida y tersa como la III. Garcilaso afirma en ella su descubrimiento y utilización de los recursos plásticos y coloristas: dibujo, relieve, movimiento y color vivifican la fuerza de la palabra poética. Así, al retratar a Don Fadrique de Toledo, sabemos que el poeta tiene plena conciencia de su arte plástico, cuando dice Nemoroso:

El está ejercitando el duro oficio,
y con tal artificio la pintura
mostraba su figura, que dijeras,
si pintado le vieras, que hablaba (90).

Garcilaso alcanza su plenitud poética al ocurrir la muerte de Isabel de Freyre: intensidad y emoción se unen a un com-

pleto dominio de la maestría técnica. De tal fusión de elementos nacen sus mejores y más bellas creaciones, en las que el dolorido sentir se remansa y en las que la emoción, al no derramarse, se acendra y purifica.

En el soneto XXV (1534-1535) —la más inmediata expresión poética de su dolor por el fallecimiento de la mujer amada—, Garcilaso crea un intenso y concentrado metaforismo. Transforma recuerdos petrarquistas y virgilianos en poderosas imágenes líricas, de las que emana una coloración de vida —“árbol”, “fruta y flores”— y de muerte:

En poco espacio yacen mis amores
y toda la esperanza de mis cosas,
tornadas en cenizas desdeñosas,
.....
hasta que aquella eterna *noche oscura*
me cierre aquestos ojos que te vieron
dejándome con otros que te vean (234).

Verdor, colores frutales y florales (en el primer cuarteto), frente a ceniza gris y eterna sombra abierta, sin embargo, a eterna luz sin muerte: a la visión beatífica y ultraterrena de la belleza inefable. Color sustantivado, insensorial, aquí. Color simbólico y trascendente. Color transfigurado en elevada idea platónica, en ilusión pura.

En la Egloga I, cima de la poesía garcilasiana, escrita entre 1534 y 1535, hay una perfecta unión entre la forma y el sentimiento espiritualizado y purificado. Limpidez, transparencia, sencillez y musicalidad brotan de una honda emoción purísima. Garcilaso ha creado un lenguaje y un mundo poético nuevos. El ensueño pastoril envuelve los recuerdos y experiencias personales del poeta en torno a Isabel de Freyre. El marco intemporal del bucolismo desrealiza lo que efectivamente ocurrió y lo trasfunde al superplano de lo poético, a la niebla de lo ilusorio. Garcilaso, desdoblándose en Salicio y Nemoroso, revela las contradicciones de su personalidad y la doble historia de su vida. Galatea y Elisa —como es sabido— son desdoblamientos de Isabel de Freyre, desdeñosa y luego muerta.

En la Egloga, sentimiento y Naturaleza se identifican: participan del mismo dolorido sentir. La unidad temática se corresponde con la unidad temporal: el alba abre el poema que

se cierra con el crepúsculo. La pintura de ambos momentos está impregnada de una suave coloración que también se extiende al paisaje bucólico, sencillo y natural, sin artificios retóricos.

Como en la Egloga II, Garcilaso usa adjetivos de cromatismo esencial y definidor al fijar el paisaje del cielo y de la tierra:

Saliendo de las ondas *encendido*
rayaba en los montes el altura
el sol, cuando Salicio, recostado
al pie de un alta haya, en la *verdura*
por donde una agua *clara* con sonido
atravesaba el fresco y *verde* prado (5).

Envuelta en leves tintas de encendido rosa, fresco verde y agua clara, comienza la triste historia de amor que, finalmente, se disuelve en sombras al huir la luz, entre nubes doradas y rojas:

Nunca pusieran fin al triste lloro
los pastores, ni fueran acabadas
las canciones que sólo el monte oía,
si mirando las nubes *coloradas*,
al tramontar del sol bordadas de *oro*,
no vieran que era ya pasado el día.
La *sombra* se veía
venir corriendo aprisa
ya por la falda espesa
del altísimo monte, y recordando
ambos como de sueño, y acabando
el fugitivo *sol*, de *luz escaso*.
su ganado llevando,
se fueron recogiendo paso a paso (26).

Se ha cumplido el ciclo del día: el ciclo solar se ha cerrado sobre la doble experiencia dolorosa del amor, del desengaño y de la muerte. Y todo ha sido como un sueño.

El tono encendido —el leve rosa, el leve rojo del crepuscular paisaje celeste, de nubes y luces— se intensifica al tomar una significación moral, cuando define la pasión amorosa de Salicio: "y al *encendido fuego* en que me *quemó*" (6).

Si las estrofas citadas anteriormente fijaban el paisaje temporal del cielo y de la tierra, el de ésta vuelve a presentársenos varias veces a lo largo de la Egloga, al participar en la tragedia humana: no es un telón de fondo, ni una simple decoración colorista, ni un testigo impasible, sino un confidente cordial, atento y hasta dolorido. El suave cromatismo de sus elementos actúa casi de un modo anafórico: Garcilaso repite las mismas tintas, insiste en la misma coloración y en la misma distribución de elementos, una y otra vez. El idílico paisaje virgiliano presentase, pues, con levisimas variaciones cromáticas, en las que prevalece el verde, y en las que no falta la clara coloración del agua. Dichas variantes las proporcionan los árboles, la hierba, la trepadora enredadera, la sombra:

Corrientes *aguas*, puras, *crystalinas*,
 árboles que os estáis mirando en ellas,
 verde prado de fresca *sombra* lleno,
 aves que sembráis vuestras querellas,
hiedras que por los árboles caminas,
 torciendo el paso por su *verde seno* (17).

El mismo paisaje consuela y entristece a Salicio:

Ves aquí un prado lleno de *verdura*,
 ves aquí una *espesura*,
 ves aquí un agua *clara*,
 en otro tiempo cara,
 a quien de ti con lágrimas me quejo (14-15).

.....
 Por ti la *verde* hierba, el fresco viento,
 el *blanco* lirio y *colorada* rosa
 y dulce primavera deseaba (8).

En los últimos versos, las flores han sumado su coloración contrastante al verdor del ambiente idílico. Garcilaso evoca las flores cuando recuerda los momentos felices de su amor. Así, exclama Nemoroso:

¿Quién me dijera, Elisa, vida mía,
 cuando en aqueste *valle* al fresco viento
 andábamos cogiendo tiernas *flores* (19).

Después contrasta, a través del paisaje, la alegría y el dolor, el pasado y el presente, la primavera del ayer y la desolación de hoy:

la tierra, que de buena
gana nos producía
flores con que solía
quitar en sólo vellas mil enojos,
produce agora en cambio estos abrojos,
ya de rigor de espinas intratable;
yo hago con mis ojos
crecer, lloviendo, el fruto miserable (20-21).

El bello paisaje de aires claros y aguas cristalinas, de verdor perenne, se enluta y entristece, al mismo tiempo que el alma del pastor —el poeta—, trocándose "en la fría, desierta y dura tierra" (19): en un paisaje de colores apagados, invernales, trágicos. El cromatismo, en función psicológica, ha teñido de tintas desoladas el ambiente bucólico. La "lumbre" del sol —que despertaba "por montes y por valles" "las aves y animales y la gente" (6)— se ha vuelto sombra y encubre el mundo. Garcilaso sabe correlacionar poéticamente los colores y los cambios anímicos.

El alma y los ojos de Nemoroso, ahora, buscan otro paisaje tras la muerte: un paisaje en eterna primavera, en donde —como en el soneto XXV— sea posible la eterna contemplación beatífica y platónica de la belleza última. Es un paisaje irreal, perfecto, sólo posible en la eternidad del más allá: paisaje trasreal, sí, pero que posee idéntica belleza al visto y vivido en este mundo:

busquemos otro llano,
busquemos otros montes y otros ríos,
otros valles floridos y sombríos,
donde descanse y siempre pueda verte
ante los ojos míos,
sin miedo y sobresalto de perderte (25-26).

La muerte de Isabel de Freyre —de Elisa— es "*tenebrosa noche*" (21), es "sombra" (21) para el poeta cuya alma, sola y en desamparo, suspira por la muerte, pues sólo en ella podrá

ver "el deseado sol" (21) de la amada, en un paisaje de *post. moriem*. Amada que amó en carne mortal y cuya belleza añoraba Salicio petrarquistamente en los días del desengaño:

¿Dó están agora aquellos claros ojos
que llevaban tras sí como colgada,
mi alma doquier que ellos se volvían:
¿Dó está la blanca mano delicada,
llena de vencimientos y despojos
que de mí mis sentidos le ofrecían?
Los cabellos que vían
con gran desprecio el oro,
como a menor tesoro,
¿adónde están? ¿Adónde el blando pecho? (18.19).

Las notas de color —ojos claros, blancura, cabellos de oro— avivan y realzan el retrato de la ninfa Galatea. Son colores de gama petrarquista, convencionales, sin duda, pero que Garcilaso sabe engarzar en versos delicadísimos y de inefable poesía.

En la Elegía I (1535), Garcilaso repite, en general, los mismos recursos cromáticos vistos en sus poemas anteriores. La nota más nueva nos la da su visión del Paraíso, "el inmenso y cristalino cielo" (157), cuya luminosidad contrasta con el "aire oscuro" (157) en que yerran los vanidosos mortales de la tierra.

En la Canción V (1533-1536) sólo brilla la nota roja de la "sangre" (198) en la evocación del fiero Marte. En el soneto XXIII, Garcilaso ennoblece la alegría vital del Renacimiento. Su interpretación del viejo tema del *carpe diem* se reviste de dignidad y confiere elegancia y finura al epicureísmo. Garcilaso capta el transcurrir de la vida, la fugacidad de la belleza, a través de un retrato femenino de rara perfección: usa la habitual coloración renacentista —rosa, blanco y oro—, pero en términos de insuperable maestría y equilibrio. Honda espiritualidad, por otra parte, eleva la hermosura y el color a un plano de suprema idealización, en que lo humano se trasfigura en flores y formas del paisaje, siguiendo la cambiante coloración de las estaciones que, simbólicamente, representan los ciclos de la vida. Recordemos los inolvidables versos:

En tanto que de *rosa* y *azucena*
 se muestra la color en vuestro gesto,
 y que vuestro mirar ardiente, honesto,
 enciende el corazón y lo refrena;
 y en tanto que el cabello, que en la vena
 del *oro* se escogió, con vuelo presto
 por el hermoso cuello *blanco*, enhiesto,
 el viento mueve, esparce y desordena;
 coged de vuestra alegre primavera
 el dulce fruto, antes que el tiempo airado
 cubra de *nieve* la hermosa cumbre.
 Marchitará la *rosa* el viento helado,
 todo lo mudará la edad ligera,
 por no hacer mudanza en su costumbre (231).

Adjetivos y verbos, colores y acciones, se correlacionan bellamente, en movimiento progresivo. Énfasis y evasión, fugacidad y eterna repetición del transcurrir, cierran y abren el terceto final, ciclo sin fin de la vida —la rosa— y de la muerte —viento helado.

El soneto XIII es un ejemplo de poderosa plasticidad. El tema le viene de Ovidio, pero Garcilaso sabe dar una sensación de vida palpitante a la transformación en laurel de la ninfa Dafne, acaso porque añade notas cromáticas de gran fuerza: los cabellos dorados se tornan verdes hojas y los blancos brazos se cubren de oscura corteza:

A Dafne ya los brazos le crecían,
 y en luengos ramos vueltos se mostraban;
 en *verdes* hojas vi que se tornaban
 los cabellos que al *oro* escurecían.
 De áspera *corteza* se cubrían
 los tiernos miembros, que aún bullendo estaban;
 los *blancos* pies en tierra se hincaban,
 y en torcidas raíces se volvían (220).

La Egloga III (1536) acusa un sentimiento personal menos intenso que la Egloga I. Paisajes y experiencias reales se sitúan en una lejanía poética, estilizándose y depurándose hasta convertirse en pura evasión ilusionista. Garcilaso olvida desengaño y dolores; huye de la realidad pero la salva en el arte. Muerte y pena han sido superadas por la belleza.

Todos conocemos el tema de la Egloga III: en la paz absoluta del paisaje, cuatro ninfas bordan dolorosas historias de amor y muerte; tres son mitológicas; la cuarta es verdadera y es el epitafio de Elisa, último tributo de Garcilaso a la memoria de Isabel de Freyre.

Por última vez también, el poeta toledano canta la hermosura del Tajo y el verdor de sus riberas:

Cerca del Tajo en soledad amena,
de *verdes sauces* hay una espesura,
toda de *biedra* revestida y llena,
que por el tronco va hasta el altura,
y así la teje arriba y encadena,
que el sol no halla paso a la *verdura*. . . (126).

Aquí moran las ninfas, aquí peinan sus cabellos de oro, aquí bordan sus tapices de ensueño con hilos dorados. . . Garcilaso, con su palabra poética, da relieve y color a los bordados. Las historias se animan y se salen de la tela. Los tonos cromáticos son los de siempre: blanco, rosa, oro, verde, pero combinados con sabia gracia y dotados de vibración y vida. Garcilaso combina la técnica pictórica con la escultórica y sabe crear una trasrealidad: no la de la muerte sino la del arte que vive siempre. Un nuevo color se introduce en el primaveral paisaje que nos recuerda a Boticelli, cuando el pastor Tirreno canta a la zagala Flérida: el azul, junto al rojo y al blanco, "esmaltando" (140) la ribera. La Egloga termina en un final de blanca espuma, después de haber empezado en verde. Garcilaso siente el goce estético de crear poéticamente, combinando tintas, luces y sonidos casi de un modo sinfónico:

Siendo a las ninfas ya el rumor vecino,
todas juntas se arrojan por el vado,
y de la blanca espuma que movieron
las cristalinas hondas se cubrieron (143).

Hemos visto cómo el color inexistente en sus canciones castellanas, aparece con una valoración moral o para proyectar notas sombrías en sus canciones italianas y culmina en una revelación cromática del paisaje y de la amada en el mundo quintaesenciado de sus Eglogas. En esta trayectoria se advierte un progresivo enriquecimiento de la matización cromática, un

constante proceso selectivo, idealizante, ilusionista. Garcilaso eleva el color a un plano de belleza platónica: representa siempre una cualidad esencial y determinante. Su nitidez absoluta realza el puro ser objetivo. Garcilaso es el primer poeta castellano que confiere al color un valor propio: es un aspecto de la realidad digno de contemplación serena y de elaboración artística. Su gama, finalmente, se corresponde con valores psicológicos y poéticos.

LOS PROBLEMAS DEL CINE

NEO-REALISMO A VIDA O MUERTE

Por *Manuel VILLEGAS LOPEZ*

COMO en un cuento de Kafka, un día el hombre se encontró con que tenía un ojo más: el ojo del cinematógrafo, inventado por Edison y los Lumière. Esta pupila sobrehumana, con que el hombre dotaba a la existencia, tenía una mirada distinta de las pupilas humanas. Y el hombre se puso inmediatamente a determinar el alcance y características de aquella mirada: saber lo que se veía con aquel ojo inesperado.

Creo que, desde el descubrimiento del anteojo astronómico por un oscuro artesano holandés, en el siglo XVII, esta ha sido la más poderosa, la más sorprendente mirada artificial que el hombre ha dirigido en torno suyo. Aquella al inmenso misterio de los cielos; ésta al constante secreto de nuestra realidad diaria. Galileo y la revolución de la ciencia, el cinema y la revolución de las artes, vendrán después. Primero es inventar y mirar.

Edison fue el inventor del cinematógrafo como aparato mecánico capaz de captar y reproducir el movimiento. Por eso Laurie Dickson, un inglés colaborador del mago de Menlo Park, se dedicó a cinematografiar lo que en verdad Edison había descubierto, lo más ostensible que el cine ofrecía: el movimiento. Y realizó las primeras películas conocidas con un hombre que estornudaba, otro que se quitaba el sombrero, un gimnasta, una señorita contorsionista, una danza española interpretada por la bailarina Carmencita. . . Para su cinematógrafo, Edison construyó el primer estudio del mundo, la "Negra María", al que llamó "teatro cinematográfico".

Por el contrario, los Lumière inventaron el cine como gran espectáculo, porque descubrieron la manera de proyectar las fotografías animadas en una pantalla, para muchos espectadores. Y por eso dirigieron la pupila del tomavistas en otra

dirección: sacaron la cámara al aire libre, a la puerta de su fábrica, donde salían los obreros, a la calle, a su jardín, a la playa, a una estación de ferrocarril. . . Y llamaron a su cinematógrafo "El gran viajero".

Edison en su primer estudio y los Lumière en el mundo abierto pretendían la misma cosa: recoger la realidad. El primero una realidad aislada e inventada; los segundos, la estricta realidad auténtica. Aquellas pequeñas películas de los Lumière son el primer intento de reproducir la realidad tal cual es, en imágenes que se mueven. La superación del movimiento por sí mismo, que eran las películas de Edison. El hombre quería mirar el mundo con aquel nuevo ojo superhumano, que había inventado.

Pero esto no era tan fácil. Más aún: era lo más difícil. Las pruebas taquigráficas de un debate judicial, por ejemplo, no son una obra de teatro, ni una novela; son la copia oral de la realidad estricta. Y aquellas primeras películas con que se recogía el simple suceso, el espectáculo o la vista de la naturaleza, son las copias visuales de lo real. Falta la elemental elaboración del artista, falta la selección de lo eficaz: lo eficaz para expresar lo que el hombre necesita ver en esa realidad, mostrenca pura y simple. Todo lo que se hizo durante muchos años, en busca de la realidad cinematográfica, tenía esa limitación. Porque, en verdad lo que el hombre pretendía con aquel nuevo ojo del cinema era que la realidad le revelase su secreto, su eterno secreto: el de otra realidad. Y esto no va a suceder hasta veinticinco años de cine.

El titán de ese tercer ojo de la cámara tomavistas, el creador de la mirada cinematográfica, será un hombre insospechado. Un explorador de las regiones árticas y empleado en compañías peleteras: Robert Flaherty. Este norteamericano es casi canadiense, porque vive en el Canadá desde niño. Y cuando tiene alrededor de treinta años, el dueño de una de las compañías de pieles le sugirió la idea y le facilitó los medios de hacer una película de sus viajes; así fue como Flaherty filmó, en las regiones árticas del Canadá su primera obra cinematográfica. Pero ya terminada, mientras trabajaba en ella, la película se le incendia, y queda destruido por completo el material de dos años de trabajo.

Es la revelación milagrosa del arte. Porque ante aquella pequeña catástrofe, el explorador se convierte de pronto en

cinematografista, en artista. Flaherty comprende que aquella película, que acababa de desaparecer en llamas no es la que debía ser hecha. Aquella era la narración de su viaje, las andanzas del explorador en la tierra de los esquimales. Y lo que hay que hacer es la tierra y la vida misma del esquimal.

Así, emprende por cuenta de los peleteros franceses Reveillon Frères, su nueva película, que comienza en 1920 y termina en 1922: *Nanuk el esquimal*. La vida sencilla, directa, terriblemente dramática de esos hombres del Artico, en lucha continua contra la naturaleza más hostil: el frío, la noche eterna, el huracán helado, la nieve, los témpanos quebradizos, la soledad, el hambre, el desierto de hielo sin fin, por donde Nanuk y su pequeña familia, corre y corre y corre sin tregua, como única manera de no perecer. . . En aquel cine de 1920, a base de composiciones escénicas, la mayor parte folletinescas; frente a aquellos pequeños mundos claramente ficticios, recargados y falsos de los dramas al uso, la aparición de esos seres rigurosamente verdaderos, directos, elementales, con su vida cotidiana y vulgar a la vista, fue toda una formidable revelación. La revelación era esta: la realidad. El ojo del cine comenzaba a descubrir la realidad, en 1920. Es el documental.

Flaherty enunciaría su tesis y su idea con esta definición: *El documental es el drama de un lugar, y el drama esencial de ese lugar*. No otro, superpuesto a aquél, sino ese; no uno cualquiera, elegido a capricho, sino precisamente el esencial e insobornable, el único. Definición magistral, que sigue siendo una meta fundamental del cine: la conquista de la realidad auténtica, el ataque al problema esencial de cada lugar, de cada hombre, de cada tema. Desde *Nanuk el esquimal*, el ojo nuevo del cine quiere ver, tras la realidad cotidiana y fugaz de cada día, otra realidad más honda, más genuina, más verdadera.

Simultáneamente, en el otro extremo del mundo—otro extremo por todos los órdenes—, en la Rusia en plena revolución bolchevique, otro hombre está descubriendo lo mismo. Tiene también alrededor de treinta años y piensa también que la vida, tal cual es, tiene mucha mayor fuerza dramática que los dramas retorcidos, angustiosos y clamantes, que hasta entonces se habían realizado en el cinema de Rusia, interpretados principalmente por Ivan Mosjukin. Era Dziga Vertov, compilador de noticieros de la guerra civil y de la revolución. Sobre una mesa de montaje, empalma los pedazos de película, que

le envían los cameramen dispersos por aquella sexta parte del mundo. Confronta así aquellos sucesos tremendos, que ya en sus manos no tenían fecha ni lugar, sino que *son en sí*, simplemente. Y descubre este hecho fundamental del cine: el tiempo y el espacio cinematográficos, independientes de los reales, los que dan a la imagen del cine un valor por encima de lo accidental. El valor de lo universal y lo eterno. Vertov propugna el documental no reconstruido, ni siquiera reconstituido; sino *los hechos tal como suceden y en el momento que suceden*. Y a su escuela la denomina el "Cine-ojo".

El ojo del cine quiere ver la realidad: la realidad más allá de sí misma, la realidad esencial, en Flaherty; la realidad por encima del espacio y del tiempo, la realidad eterna y omnipresente, en Vertov. El cine ha aprendido a mirar la realidad. Pero el cine quiere descubrir la realidad en todas sus dimensiones. Y eso no es tan fácil.

Han pasado veinte años. Por una carretera a lo largo de un río cruzando los campos de Ferrara, marcha un camión. Desde él se ve el paisaje italiano, polvoriento, vibrante de luz bajo el encendido cielo mediterráneo. El camión se detiene ante un surtidor de gasolina, en una vieja casa de campo convertida en taberna, y de la trasera desciende un vagabundo, joven, en camiseta, desaliñado, estirándose y bostezando. Aquel viajero clandestino encuentra en la taberna a una muchacha, que lo mira codiciosamente. Es una antigua prostituta, ahora casada con el dueño de la venta, un hombre viejo, gordo y vulgar. La mujer quiere fugarse con el vagabundo, pero tiene miedo a la miseria, a los golpes de la vida, que tan duramente conoce ya. Quisiera quedarse allí, dueña de aquello y sola con él. No ve más que una solución: matan al marido y fingen un accidente. Y se entregan a su amor de una manera bárbara, franca, desesperada. . . Todo es allí sincero, violento, directo: los hombres, los paisajes, las casas, los detalles de la vida diaria, el amor físico. . .

Esto es *Obsesión*, película de Luchino Visconti, realizada en 1942 y 43, durante siete meses de trabajo. Es en plena época de Mussolini y en plena Guerra Mundial. Antes de ser acabada se produce el escándalo, la censura prohíbe su exhibición y sólo se ve en reuniones casi privadas. Se le hacen cortes y se la presentan al mismo Mussolini, para su decisión. Cuando éste cae y la guerra termina, los aliados se oponen también a su

presentación, hasta que al fin se autoriza la proyección pública. Las copias, que existen en numerosos países, están casi siempre mutiladas, muchas veces hasta el extremo de perderse la hilación del relato. Pero hay que asomarse aunque sea a sus despojos, porque este film es el comienzo de una nueva etapa del cine italiano y, desde el cine italiano, del cinema mundial.

También en aquella misma fecha, el veterano Alessandro Blasetti, realiza otra película de la vida sencilla, sobre la humilde tarea de un viajante de comercio, que un día ilumina su monótono existir prosaico con una pequeña aventura, honesta y sentimental: proteger a una muchacha, en un trance difícil de su vida. Es *Cuatro pasos en las nubes*, donde se revela realmente el que ha de ser el fundador, el mantenedor del neorealismo en su máxima pureza e intransigencia: Cesare Zavattini, el gran argumentista.

Pero es *Obsesión*, de Visconti, el film que realmente inicia, en pleno clima adverso, la era cinematográfica del neorealismo. El asunto está tomado de una novela norteamericana de James Cain, *El cartero llama dos veces*. Que antes había sido llevada al cine en Francia, por Pierre Chenal, en 1939, y después por Tay Garnet, en Norteamérica, en 1946. Es una novela policiaca de la violencia y de la crudeza, que de un modo u otro se conserva en sus versiones cinematográficas. Pero Visconti la llevará al extremo, y dejará marcados los pasos seguros del neorealismo. Origen que merece señalarse, porque entronca la escuela italiana con la novelística y el teatro norteamericanos más grandes y universales: Faulkner, Steinbeck, Miller, etc. . . Ambas están montadas sobre la veracidad más despiadada, dura, brutal hasta el paroxismo. Este camino universalista es lo que ha llevado el neorealismo a todos los países, a partir de su primer film originario.

Hay que dejar sentado, de manera terminante, este carácter universalista del neorealismo, si se quiere comprender su rápida extensión por el mundo entero, y su adopción por los cinemas de todos los países. Y este camino universalista es, simplemente, el grande e ineludible camino del arte de nuestro tiempo: el realismo. Esa gran corriente, quizás de todos los tiempos, pero dominante hoy como nunca, nos lleva a todos, a nuestro arte y a nuestras obras: la ruta universal del realismo. Que el neorealismo recoge, resucita, reedifica y renueva, para que el gran hecho histórico continúe su marcha.

En el cine, el último gran realismo, tocado de autenticidad, es el francés, de los años inmediatamente anteriores a la última guerra. El cine francés, de 1938 y 39, es el cine del apogeo, con películas que hasta ahora no se han superado, al menos en su significado histórico. Las películas de Feyder, Duvivier, Renoir, Carné, Chenal, Allegret, Gremillon, Pagnol, y tantas otras de tantos otros forman una cúspide del cinema de Francia como nunca tuvo. Aparte las hazañas, verdaderamente personales y milagrosas, geniales, de un René Clair. Visconti se formó en la escuela francesa como ayudante de Renoir. Y las viejas películas rusas de la gran época del cine soviético —Eisenstein, Pudovkin, Dovchenko, Emmler. . — se proyectaban entre las minorías creadoras, en sesiones semisecretas.

Porque antes, este film y esta escuela han sido preparados largamente por la labor de los teóricos, que tras el burladero de revistas oficiales, traen a Italia las grandes corrientes mundiales del cine entonces más vivo: ese cine naturalista y "negro" de Francia, y ese cine ruso a través también de sus teóricos y realizadores, cuyos libros se logran publicar en el país. Uno de estos teóricos, Humberto Barbaro, en 1943, dará la denominación de "neorrealista", que tendrá fortuna. Veinte años después del documental de Flaherty y de Vertov, el ojo super real del cine sigue obstinado en mirar hacia la realidad, para descubrir en ella una super realidad, que en este caso es la más auténtica: la implacable veracidad sin paliativos.

Pero, al estallar la Segunda Guerra Mundial, el realismo y el naturalismo desaparecen del cine, sacrificados como una necesidad bélica. En Francia se elude bajo la doble censura nacional y de ocupación, haciéndose films de época o policiacos, algunos magníficos. Y en el resto del mundo, lo mismo en Norteamérica que en Rusia, el realismo desaparece devorado por la propaganda. El cinema se convierte en un arma de guerra y la guerra es hoy tanto como bombas, guerra psicológica que es decir buena propaganda.

En Italia, el cine —encerrado en las fronteras del país— se había convertido en una inacabable historia banal, elaborada y dirigida desde organismos oficiales. Eran las reconstrucciones históricas, de viejo estilo con nueva intención de política internacional; eran los films de "gran época", montados sobre la grandilocuencia de cualquier clase; eran las comedieras rosa de la vida bella y amable, irónicamente bautizadas como pe-

lículas de los "teléfonos blancos", porque un adminículo de este color venía a representar siempre la distinción del ambiente. El hecho es demasiado sabido y ha sido comentado en todos los tonos, para insistir sobre él. No era, tampoco —como decimos— exclusivo de Italia. El dirigismo del cinema se ejercía, de muy diversas formas, en muchos países. Esto es ya historia. Lo que resta hoy, decantado de esa historia y su bullente drama, es lo esencial.

Y el hecho capital, verdaderamente fundamental es este: el universalismo de nuestro tiempo, en arte, lleva al realismo, y el realismo conduce inexorablemente a la autenticidad. Es una ley que se viene cumpliendo y cuya trayectoria es terminante, lo mismo en literatura, en artes plásticas, que en el cinema. El romanticismo primero, el realismo después, el naturalismo a continuación, significan y combaten por el mismo derecho del arte: *el derecho a la impureza*. Hoy, en cinema, el neo-realismo significa el derecho a la impureza.

El cinema, como todas las artes, tiende a estereotiparse en fórmulas: los hechos en acontecimientos significativos, los hombres en entes representativos: los valores sociales en símbolos peyorativos. . . La señora duquesa debe ser elegante y refinada, el empleado probo, el militar heroico, la mujer honesta, el joven alegre y noble, las pasiones elevadas y bellas, etc., etc. Es, inmediatamente y sin remisión, el más hueco convencionalismo. Es la inautenticidad, por cercenamiento. Porque los hombres y los hechos son una cosa y a la vez la contraria, y a la vez ni una cosa ni la otra. Son la complejidad madreporica y la contradicción sin tregua, son la lucha dentro y fuera de sí, son el misterio, lo indescifrable, lo inextricable. . . Y esa es su fecundidad, porque eso es la vida. Nada puede ser entelequia simple y *pura*, sino la realidad confusa, mezclada e impura de todos los elementos más contradictorios. Y el copiar esa realidad, tal cual es, constituye la gran batalla del arte y su gran camino. El camino universal del realismo, el camino hacia la autenticidad.

Pero si la universalidad conduce al realismo, el realismo a la autenticidad, la autenticidad lleva hoy al problema. Porque hoy todo es problema: el mundo, los hombres, los hechos, las ideas, los ideales, la sociedad entera. . . Y todo es problema, porque el hombre actual lo espera todo del futuro, y frente al futuro todo se convierte en incógnita, núcleo vivo del pro-

blema. Nuestro mundo y nosotros no tomamos el ejemplo y sus soluciones de un pasado, con su presunta época heroica y dorada, sino marchamos, angustiados y esperanzados hacia el futuro, donde hemos de crear ese "mundo mejor", que es un "slogan" de nuestra época.

Por eso, también, el cine realmente auténtico de nuestro momento es un cine de problemas, un cine-problema. Y por eso también el neo-realismo, ese realismo recién nacido del gran realismo clásico, es esencialmente un cine de problemas. Y como el problema viviente de nuestra época, verdadero centro de gravedad, es lo social, el neo-realismo adopta generalmente, justamente, una temática de problemas sociales. Y para ello ha ido en busca de los valores más entrañablemente humanos, ha traído a la pantalla al hombre en sus facetas más sencillas, habituales, consabidas. Ha preferido, contra los hombres representativos de un arte purificado hasta lo convencional, al hombre de la calle, directo, verdadero, sencillo y complejo de vitalidades, impuro de la mayor autenticidad.

Estas son, a mi juicio, las grandes dimensiones esenciales del neo-realismo, que constituyen su fundamental estructura: universalismo, realismo, autenticidad, problema y problema social. Un verdadero proceso cíclico, en que cada elemento se deduce del anterior y produce el siguiente. Son sus caracteres y constituyen su aportación al cinema mundial. También los datos de un acuciente problema.

Porque el neo-realismo se debate hoy en una cuestión de vida o muerte, que es la vieja disyuntiva permanente de renovarse o morir. Morir es no renovarse; pero renovarse también puede ser morir, dejar de ser lo que se es para convertirse en otra cosa. Y este problema decisivo de un neo-realismo a vida o muerte, no es un asunto restringido al cinema italiano. Es del cinema mundial, del cine de hoy de un futuro inmediato previsible.

Las grandes aportaciones, verdaderamente renovadoras en el cine de estos doce años de larga segunda postguerra del siglo, han sido muy pocas. Quizás cuatro esenciales: el realismo mágico inglés, la violencia poética y pasional de los suecos; la aparición del cine oriental; y el neo-realismo italiano. Las tres primeras han tenido influencia y trascendencia restringidas sobre los restantes cinemas del mundo. Al contrario, el neo-

realismo italiano ha decidido la marcha de la cinematografía universal, en estos años iniciales del segundo medio siglo de cine. Quizás, como hemos dicho, por ese entronque con las grandes corrientes universalistas, que mueven el realismo del arte contemporáneo en su totalidad. Y así se hace neorrealismo en Estados Unidos y en España, en Japón y en la India. La cuestión del neo-realismo es hoy, directa o indirectamente, el problema del cine en todos los países. Lo conquistó rápida y certeramente y en este momento, frente a la necesidad de su propia renovación, está al borde de la adulteración, de la disolución.

No se trata de una liquidación del neorrealismo, como se pretende desde tantos puntos diferentes, y desde tantos intereses. Todo el que no ha logrado conquistar esa fortaleza, tan dura y tan alta, de una nueva realidad, es un sitiador desesperado: un enemigo. El neorrealismo no está liquidado, ni debe ser liquidado: ni es tan fácil hacerlo. Porque es una de las más importantes conquistas del cinema, con obras maestras tocadas de eternidad. Y no se puede caer en el socorrido "aquí no ha pasado nada", y seguir por donde estábamos antes de que el neorrealismo existiese. Es la actitud más cómoda y... la más impracticable. El neorrealismo está ahí en la historia del cinema, del arte, de la cultura, de la sociedad del mundo... Esto es evidente y es preciso aceptarlo así.

Y si el neorrealismo puede ofrecer dudas en cuanto a su iniciador, hoy, frente a su trayectoria cumplida y sus obras maestras logradas, el creador y mantenedor del neorrealismo cinematográfico sólo tiene un nombre: Cesare Zavattini. Por ello, por creador del neorrealismo en el cinema, Zavattini es uno de los grandes inventores de mundos en la historia del arte, junto a los máximos autores del teatro y la novelística de nuestra época: la norteamericana y la italiana, concretamente.

La posición de este hombre, frente al cinema y a su propia obra, y ante el mundo real, ha sido discutida y analizada hasta sus últimos extremos. Como la teoría del neorrealismo, y sus conquistas y sus errores, y sus posiciones artísticas y sociales, y... Todo ha sido tratado con una amplitud y obstinación que muestran el impacto real que el neorrealismo ha producido en el hombre actual, en el superviviente de esta última guerra universal. Porque no hay que olvidar que el neorrealismo es un cine para supervivientes.

No vamos a entrar en nada de ello. Porque todo ello sí que es cuestión liquidada. No vamos a decir ahora lo que el neorrealismo es o no es. Lo importante es lo que va a ser. Y si ha de ser: con la plena vigencia que tiene derecho a mantener, tremolante en lo alto de su ciudadela. Sólo interesa hoy su problema.

¿Cuál es este problema de un neorrealismo, frente al dilema dramático de su vida o de su muerte? Lo he dicho en otras ocasiones y hay que repetirlo aquí, casi al pie de la letra.¹

El neorrealismo, como expresión de ese hombre total, de ese hombre impuro de autenticidad, colocado hoy en la frontera entre lo individual y lo social estaba apoyado, cuando se impuso en 1945, sobre los hechos formidables de un mundo en plena conmoción. Era la colosal épica de la Segunda Guerra Mundial, en primer lugar. Eran los inmensos problemas sociales, realmente estremecedores de la post-guerra después. *Roma, ciudad abierta*, *Paisa*, de Rosellini; *Limpiabotas*, de Vittorio de Sica; *Caza trágica*, de De Santis; *Bajo el sol de Roma*, de Castellani; *Vivir en paz*, de Zampa; *Sin piedad*, de Lattuada... y muchos otros, desarrollan y copian un mundo pleno de dramatismo, angustia y conflictos. Vistas hoy esas películas, la evidencia salta a la vista.

Ese episodio de *Paisa*, como ejemplo preciso, donde el hombre y la mujer recorren las ciudades de Italia, en los últimos momentos de la guerra, lo muestra terminantemente. Van en busca de cualquier cosa, es igual, carece de importancia, aunque para ellos resulte vital. En realidad, el espectador lo olvida al poco tiempo. Pero lo que da última fuerza y frenesí a su caminar y correr por las ciudades, sumidas ya en el caos de la derrota, es la derrota misma; el hálito estremecedor de la catástrofe que pesa sobre todos y que cada uno recibe a su modo; las luchas sin cuartel, desesperadas, de los guerrilleros de ambos bandos, con sus emboscadas y ejecuciones callejeras... La gran tragedia presta sus alas a la vida de un hombre vulgar y este hombre deja de serlo por eso.

Los grandes valores eternos de la tragedia están ahí, en-

¹ Artículo en el diario *Pueblo*, de Madrid (12 de julio de 1957) y en conferencias dadas en el Instituto de Investigaciones y Experiencias Cinematográficas de Madrid, en noviembre-diciembre del mismo año, que hoy constituyen la base de mi libro "Arte, cine y sociedad", (*Taurus*, Madrid, 1959).

carcados, no por héroes ni caballeros andantes, sino por empleados, obreros, mujeres de una casa de vecindad, soldados. . . Es decir, vividos hoy en la Guerra Mundial, y no en la guerra de Troya.

El ladrón de bicicletas, esa extraordinaria obra maestra de Vittorio de Sica y Cesare Zavattini, logra el verdadero milagro de alcanzar esta jerarquía trágica, con hechos habituales, en un mundo cotidiano y en torno a un pequeño conflicto. El tema del film es ya minúsculo—un obrero al que le roban una bicicleta, que necesita para su trabajo—, desarrollado sobre unos hechos tan pequeños, vulgares, familiares, que es casi imposible volver a expresar, en semejante tono menor, unos valores psicológicos, individuales y sociales, de tal interés y fuerza. De aquí su jerarquía y su limitación. *El ladrón de bicicletas* es una obra perfecta, una cumbre del neorealismo y del cinema universal de todos los tiempos; un arquetipo difícil de superar. Pero constituye también un límite difícil de pasar. Y no se ha pasado. No lo han pasado los mismos De Sica y Zavattini en *Humberto D*, el drama del viejo profesor jubilado y pobre, de la vejez inútil en un mundo ávido, que no lo necesita; ni en *El techo*, el angustioso conflicto diario de las gentes sin vivienda, dónde cobijar su vida y su amor.

En cuanto el neorealismo se ha encontrado sin el apoyo de una situación dramática externa de inmenso empuje y recursos ilimitados, como es la guerra y la post-guerra, con sus colosales problemas de carácter universal, ha perdido altura, vuelo, significado. . . Muchas veces, cada vez con más frecuencia, se vanaliza en historietas de amor y de humor, fundamentalmente falsas y gratuitas. Se atribuye a presiones extra-artísticas, desde cuestiones financieras a la censura. Pero, sin desdeñar tales presiones ¡ni mucho menos! las causas vienen de dentro: son los datos de su propio problema.

Es que ha comenzado a verse que nuestra vida diaria, nuestras preocupaciones y problemas de todos los días, las inquietudes vulgares del hombre corriente, no tienen—verdaderamente— el interés ni la sugestión que se creía. Que todos queremos que tengan, para que esas minucias, que forman el tejido de nuestra existencia cotidiana, cobren altura, dramatismo y poesía. Pero no es así. La pequeña vida de un hombre pequeño, la realidad diaria, el "cine encuesta", que propugna el admirado Zavattini, lo más vulgar y pegado a la tierra, re-

cogido tal cual es, tiene mucho menos interés artístico de lo que se cree.

Tiene que cobrar violencia o poesía, o se queda en lo que es, en casi nada. Violencia, tremenda fuerza cósmica, se la dio el mundo en que el neorrealismo nacía. Porque el hombre vulgar y pequeño, sólo tiene importancia y grandeza en un problema enorme y mundial.²

Poesía se la están dando los nuevos realizadores que tratan de renovarlo por distintos caminos; también la fuerza, ya artificiosa del melodrama. Es Michelangelo Antonioni en *Crónica de un amor*, con su poema íntimo y dramático de los amantes unidos para el crimen, o Luchino Visconti, en *Senso*, con la vieja épica colorista de las guerras históricas de Italia, en el Risorgimiento. Y otros tantos, que buscan ese fondo épico o ese nimbo poético para aplicar los cánones del neorrealismo originario en su forma más pura, o al menos en la mejor forma posible.

Federico Fellini es el máximo artífice de esta renovación, con éxitos de resonancia mundial y alcance popular. Es, quizás, el realizador que lleva el neorrealismo hasta el corazón del gran público. Para ello injerta este realismo recién nacido en las más antiguas ramas de temas tradicionales, y por eso, atractivos para el gran público. *Almas sin conciencia (Il bidone)* es la más clásica picaresca de todos los tiempos —pero sobre todo de los tiempos de transición—, hecha angustia y al final drama. *La strada* pone el neorrealismo al servicio de los caminos y del titiritero nómada, que recorre el mundo. *Las noches de Cabiria* nos vuelve a la eterna cuestión sentimental, humanitarista y redentora de la prostituta, que quiere redimir su vida; desde *La Dama de las Camelias*, popular asunto tratado en todos los tonos.

Aquí, en Fellini y concretamente en Giuletta Masina, se revela otra gran fuente originaria del neorrealismo, la gran sombra que, en verdad, cobija todo el cine actual: la sombra de Charlot. No hay que olvidar que Zavattini, su gran creador, se "convierte" al cine, desde la literatura, viendo los films de Chaplin. Giuletta Masina es Charlot, y si Charles Chaplin hubiese podido realizar el mito de Tiresias cambiando a voluntad de sexo, hubiera llevado su vagabundo eterno a "

² El *general Sella Robere*, de Rosellini, en 1959, muestra frívolamente esta tesis.

figura femenina. En *La strada* es una contrafigura de Harry Langdon, aquel Charlot sin picaresca, en el estado de gracia de la total ingenuidad. Pero Cabiria es ya todo Charlot y Fellini la ha caracterizado en Charlot, con su pelerina de piel en vez de la mantita de *La quimera del oro*; con sus "zoquetes" blancos, en vez de los zapatones; con su paraguas ridículo, en vez del bastoncillo ágil. La ha hecho acompañar aquí de una amiga y protectora, enorme junto a su figura diminuta —como de Zampano en *La strada*— que son aquellos gigantes que a Charlot le servían de contraste, de relieve al desamparo del personaje. Y, sobre todo, es un ser humano perdido por el mundo, y por éso empeñado en transformar la realidad más hosca y enemiga a su fragante, puro, poético mundo interior. En todo el neorealismo, con sus rasgos de tierno humor, está presente la obra inmortal de Charles Chaplin. Pero es en Fellini donde se revela manifiestamente porque busca ante todo la poesía. Como se manifiesta en su obra, claramente planteado el problema del neorealismo: su vida o su muerte.

Por eso, Fellini centra en este momento la discusión del neo-realismo: las defensas, las acusaciones, el entusiasmo, el desdén... Hay también esas cuestiones políticas que vienen a este terreno verdaderamente acarreadas, sin razón ni motivo, como no sea la más efímera propaganda partidista de un lado u otro... Pero no se trata de nada de esto. La cuestión tiene mucho mayor vuelo: la cuestión es total.

En esta aventura renovadora el neorealismo se lo juega todo: ser o no ser. Mejor dicho, seguir siendo, y ser otra cosa. Por eso, sólo salvará esta encrucijada decisiva, sacrificando lo accesorio y reteniendo lo esencial. La anécdota, los sucesos, el ambiente, los tipos, el tono, el estilo... ¡todo ello puede cambiar!

Lo que es preciso mantener y defender son esos factores esenciales, que trazan las estructuras hondas del neorealismo, y que hemos diseñado aquí, a modo de planteamiento. Ese ciclo, que se cierra sobre sí mismo, en un juego continuo de causa y efecto mutuo: universalidad, que es realismo; realismo que es autenticidad, con su derecho a la impureza, al hombre total, contradictorio e inexpressable; autenticidad que es problema, y problema con predominio social. Entre esos sus dos extremos —universalidad y problema— se mantiene la tensión vital del neorealismo. Pero en cuanto se claudica en uno de ellos dos,

se empieza a mistificar todo. Si el problema se reduce a casos excepcionales o simplemente personales, la universalidad se pierde. Y al revés, si la universalidad inicial se pierde, el problema se empequeñece y vanaliza. Entre medias de estos extremos, el realismo esencial y la veracidad insobornable se defenderán a duras penas.

Fellini lo muestra bien claro. Sale en busca de la poesía, con que salvar un ser pequeño y una vida humilde, y para ello lleva el tema hacia lo personal, hasta lo excepcional. Y el problema —con su extensión social, vigente hoy— se le reduce entre las manos, sin posible generalización. La universalidad desaparece y dentro de ese ciclo viviente, el realismo se salva, pero la autenticidad no siempre gana su batalla. Fellini es uno de los grandes realizadores del cinema mundial, con obras maestras. Pero cuando el creador es menor, ese gran esquema del neorealismo se adultera por completo, y el film se reduce a nada; bajo una forma a veces exacta, pero que sólo es un remoto eco de al voz verdadera. Este es el caso de Ettore Margadonna, el argumentista de *Pan, amor y fantasía* con su serie consiguiente de éxitos mundiales. En esos films lo que vale aún es el ambiente y los tipos, la posible veracidad; veracidad que se pierde automáticamente conforme la universalidad del tema se reduce.

Esta dura disyuntiva del neorealismo a vida o muerte —que cada vez más abarcará el cinema todo— es una cuestión de anacronismo. De estar o no estar con la época: de marchar adelante o volver atrás. Porque en el trasfondo de todo está la realidad verdadera, indiscriminada y total. Y frente a ella sigue vigente la tesis del viejo Flaherty, creador del documental: el drama de cada lugar y el drama esencial de ese lugar y sus hombres. Dígase drama o dígase problema, según las épocas, esta es la fórmula —por otra parte, eterna— para pasar de la realidad al realismo: de la realidad estricta e inerte al realismo artístico y activo.

Porque hoy, ese lugar de que habla Flaherty es el mundo entero, y ese hombre son todos los hombres. El gran valor decisivo, fundamental e ineludible de este tiempo nuestro, de este nuevo universo que el hombre está creando con las máquinas para las grandes masas, el valor que todo lo condiciona, desde el arte a la vida diaria, es la universalidad. Ahí está todos los días, hora a hora —según las noticias de la radio—,

el suceso más lejano y más ajeno decidiendo, desde las ideas del pensador, al ideal del político, al empleo de un modesto trabajador cualquiera. Hoy, la universalidad es para todos, sin distinción y sin escape. La universalidad es la época.

El arte en total, el cinema en particular, y en neorrealismo específicamente, como nueva fórmula de realismo, han de abordarlo así. Si la universalidad se desdeña, en el otro extremo de la compleja estructura neorrealista, el problema se reduce, mistifica o desaparece. Que es, a mi juicio, lo que viene sucediendo. Este nuevo estilo de arte va en busca —una vez más— del hombre complejo, entero y verdadero, y de los hechos más auténticos, sean como sean. Pero se va encastillando —también, cada vez más— en los pequeños temas habituales, en las consabidas existencias más vulgares. Es decir, en los viejos temas tradicionales. Y no.

El hombre moderno es cada vez más pequeño, más insignificante, más accesorio, porque está levantando, él mismo, un orbe nuevo en el cual se siente perdido. Ésta es su angustia, su temor... y su esperanza. Y este hombre actual sólo se siente grande, sólo da su verdadera dimensión, cabalgando sobre los hechos formidables de ese mundo nuevo, realmente fabuloso, que crea todos los días. Sólo en función del mundo exterior, el hombre actual puede sentirse cíclope; cíclope porque lo es, porque es él quien lo levanta, quien lo construye, quien lo inventa, quien lo crea. Solo, con su vida personal y sus problemas cotidianos, no es nada. Y cada vez será menos. Pero es, pero *será*.

Este es su drama, nuestro drama, el gran problema vital del hombre de hoy. Es Einstein, con sus pantalones con rodilleras y sus jerseys desfondados, con su aire de clásico sabio distraído en zapatillas, con su vida humilde y retirada de exilado, y su amabilidad de convecino que le lleva a resolver problemas escolares a una niña. Este hombre es el que pone sobre un papel la fórmula con la que se creará un mundo futuro o se destruirá el presente. Es ese profesor Oppenheimer, que vive sencillamente con su mujer y su hija, que va a sus clases de la universidad, y examina a sus alumnos y tiene amistades y pugnas con sus compañeros por cuestiones cualquiera. Y es el que hace realidad la bomba nuclear, y es el que cuando la sabe caída sobre Hiroshima, siente en sí la voz terrible que viene del fondo de los siglos, y tiene que murmurar aquel versículo

apocalíptico: "Me he convertido en la muerte y hago temblar al mundo". Sí. Ese hombre que está ahí, a nuestro lado, en el café, discutiendo con el camarero lo que va a tomar, es la muerte, la nueva muerte creada por el hombre mismo. O es ese otro, al que un día le plantean la cuestión de si su nueva bomba atómica puede producir la reacción en cadena, que destruya al mundo, o no la producirá. Y este hombre, lleno de dudas y terrores, una tarde como cualquiera otra de su vida, decide: decide y se construye la superbomba. Hoy los constructores de estrellas y de cohetes interplanetarios, los astronautas, como ese Leonides Sedov, que hacen blanco en la luna.

Y en el otro extremo—exactamente al lado opuesto—, está el último ser humano, uno de esos millones y millones de hombres sumidos en el analfabetismo, el hambre, la miseria, la enfermedad. . . En un rincón del mundo, en cualquiera, hay un hombre de cualquier raza, que quiere salir y huir y no sabe cómo ni a dónde; que quiere comer y sabe que debe inexorablemente morir de hambre, porque es uno entre millones, aunque además sea él; que tiene que morir de aquella enfermedad, porque no hay medicamentos bastantes, ni quién se los traiga. . . Y allá, por el cielo alto, por el cielo más alto, pasan los aviones, los bellos y sonoros aviones plateados, que podrían salvarle, que han fabricado los hombres como él, pero que pasan sin escucharle, nuevos ángeles del desdén. . . ¡Universalidad! Universalidad para el neorrealismo, para el cinema, para el arte. Estar con la época o no estar. Saber expresarla, saber dominarla. Cuestión de vida o muerte, para todo, y para todos.

SOBRE LOS CARACTERES ESPECÍFICOS DE LA LITERATURA RUMANA

Por Tudor VIANU

EL problema relativo a los caracteres específicos de una literatura viene de una tendencia a la generalización, tendencia que aplicada a los hechos literarios, es susceptible de provocar ciertas objeciones. Los hechos literarios, se sostienen algunas veces, son hechos históricos y artísticos y, como tales, su primer rasgo distintivo es su unicidad. Sólo una vez se ha producido *La Tsiganiade* de Budai-Deleanu e *Hiperion* de Eminesco. El mérito de dichas creaciones reside en su originalidad y de ese hecho toda comparación entre esas obras, o bien, entre dichas obras y otras con el fin de descubrir ciertas afinidades, ciertos caracteres específicos comunes, no puede más que omitir lo esencial y deslizar sobre lo que constituye la cualidad distintiva, preciosa entre todas, hechos literarios.

Ese razonamiento, como se sabe, pertenece a los investigadores que sólo tratan en sus obras literarias el punto de vista estético. Razonamiento que no solamente rechaza toda posibilidad de generalización filosófica de los hechos literarios sino, aún, toda posibilidad de investigación en el dominio de la historia literaria. Tales conclusiones han sido obtenidas, entre otros, por Benedetto Croce quien, frente a la historia literaria tan fecunda de su época, únicamente reconocía a las obras de una literatura nacional la posibilidad científica de elaborar monografías estéticas aisladas, como si se tratara de universos cerrados.

A la inversa de las posiciones esteticistas en el estudio de la literatura, el presente trabajo se basa en principios que lo autorizan a hablar de los caracteres específicos de la literatura rumana: tema arduo, pero que una literatura llegada a la madurez y deseosa de definirse a sí misma, con su cultura total y el pueblo que la ha producido, ya no puede eludir. En general, un hecho nos parece innegable, a saber: que todas las

obras que pertenecen a una literatura nacional presentan entre sí afinidades que se desprenden del hecho que dichas obras han sido escritas en la misma lengua. La unidad del instrumento lingüístico empleado, las virtudes artísticas ligadas a las particularidades fonéticas de la lengua respectiva, su léxico y su estructura gramatical, sus locuciones y proverbios, crean una cierta afinidad entre todas las obras de una literatura nacional, de ahí la unidad de ésta. Cuando una literatura nacional ha podido gozar de una larga evolución en el curso de la cual el instrumento lingüístico mismo ha sufrido transformaciones considerables como en el caso de la lengua francesa, todas esas transformaciones no han podido alterar su característica más profunda, a saber, en el caso citado, el carácter romance de la lengua y la literatura francesa, a lo largo de una evolución multiseccular.

Aparte de esta unidad que la lengua confiere a una literatura nacional, existen en cada literatura otros factores de unidad cuyo radio de acción no abarca, sin embargo, más que períodos muy restringidos. La originalidad de una obra literaria no puede ser tan absoluta, al grado de suprimir toda semejanza con otras obras que pertenezcan a las mismas épocas históricas y que reflejen las mismas circunstancias sociales. Es posible, sin duda, hablar de una literatura francesa de la época feudal absolutista y burguesa, por más diferencias que existan entre Chrétien de Troyes y Marie de France, Corneille y Racine, Voltaire y Diderot, y por más originales que sean las obras de dichos escritores. Por otra parte, la originalidad literaria no deja de ser, sobre todo, un ideal al que se accede por grados diversos según la fuerza de creación de cada artista. En la realidad concreta de los hechos, tal como ésta aparece al historiador, existen entre los autores y las obras de una misma época tantas influencias recíprocas, tantos motivos, ideas, sentimientos, y procedimientos artísticos comunes, que es posible hablar, sin ninguna duda, de "épocas", "corrientes" y "escuelas" literarias. Lo que es explicable, por poco que se tome en cuenta que los artistas de una misma época, teniendo que descubrir soluciones a los mismos problemas se agrupan, por el hecho de la unidad de sus temas, en clases más o menos homogéneas.

Siendo la literatura una de las formas de la conciencia social, nos es fácil comprender que todas las obras de una misma época, cualesquiera que sea su diversidad, se parecen por

muchos rasgos. Pero atenerse a esto nos llevaría a detenernos a medio camino. En lugar de una serie discontinua de obras literarias, como lo sostiene la estética sobre el plan de la literatura, nos encontraríamos con una serie discontinua de épocas literarias. Pero ¿no existe acaso, cierta continuidad entre estas épocas igualmente? La expresión de herencia literaria es utilizada generalmente para designar la transmisión de las creaciones literarias que continúan suscitando el interés y la estimación de los lectores, más allá de la época en que fueron publicadas y a la que reflejaron. Esta misma expresión debe servir, igualmente, para designar la transmisión de ciertas actitudes, de ciertos temas y procedimientos de los creadores, fenómeno menos fácil de definir pero no por ello menos importante. Por tanto, "la herencia literaria" es un factor de unión entre obras que pertenecen a épocas alejadas unas de otras. Es posible establecer cierto acercamiento entre Anatole France y Voltaire, Balzac y Rabelais, Mallarmé y los poetas preciosistas del siglo XVII. Brunetière ha hablado inclusive de las dos tradiciones de la literatura francesa: los *Gaulois* (Galos) y los *preciosistas*. La generalización se podría llevar más lejos aún con el fin de definir lo que tiene de común toda literatura, definir los factores más duraderos de la herencia literaria; en pocas palabras: lo que constituye el carácter específico de una literatura. Una obra literaria francesa se distinguirá siempre, por ciertas particularidades, de una obra alemana o inglesa, pero se parecerá a las demás obras francesas por lo que les ha sido transmitido por una rica herencia literaria. Es verdad que lo que hemos designado con el nombre de carácter específico de una literatura se consolida en el curso de los siglos e impresiona, más en las literaturas que tienen un lejano pasado, que aquellas cuyo origen es más reciente y su evolución más corta. Desde este punto de vista es posible afirmar que el carácter específico es más bien producto que antecedente y, en consecuencia, no es punto de partida sino realidad que se constituye progresivamente.

A la luz de las consideraciones anteriores, nos proponemos tratar de definir los caracteres específicos de la literatura rumana. Si tomamos en cuenta, en primer lugar, su instrumento lingüístico, la literatura rumana se nos presenta como una literatura romance. Creemos que no hay necesidad de demostrar el aserto anterior dado que dicha demostración ha sido hecha en repetidas ocasiones. El instrumento lingüístico ro-

mance con el que se expresan los poetas y cuentistas rumanos —desde los autores populares de nuestras *Doinas*, baladas y cuentos hasta los escritores más distinguidos de los siglos XIX y XX—, no podría, sin embargo, justificar por sí mismo la clasificación de la literatura rumana entre las lenguas romances. Las relaciones entre la literatura rumana y las demás literaturas creadas por los pueblos latinos son mucho más complejas y se las debe precisar.

La literatura francesa, la italiana y la española se encontraban ya al final de una larga evolución, cuando los rumanos hubieron de crear una literatura en su propia lengua. Este fenómeno tuvo lugar hasta el siglo XVI en la forma de traducciones religiosas y, en el siglo XVII, en la de los escritos de los cronistas moldavos y válacos. Los factores de unión que han intervenido en las literaturas occidentales imprimiéndoles por la circulación de motivos y procedimientos de la poesía de los trovadores y de la creación épica medieval francesa un carácter tan unitario, han significado, en ocasiones, un defecto en nuestra literatura. Los rumanos han permanecido durante una larga época, lejos del movimiento literario del mundo romance y esta circunstancia no podía dejar de tener su efecto sobre la revolución ulterior de la literatura rumana.

Hubo que esperar hasta el siglo XVII para que se produjera el acercamiento de la literatura rumana a la esfera de las literaturas romances sin que por ello, la literatura rumana se haya separado de su contexto histórico, es decir, de la influencia cultural de los países vecinos, principalmente de la influencia bizantina y eslava y, en la época contemporánea, particularmente de la acción ejercida por la gran literatura rusa.

Rumanía es tierra de confluencias. Toda nuestra vida espiritual así lo testimonia. Por ello, es natural que al lado del elemento romance, otros elementos intervengan en la formación de nuestro pueblo: Bizancio y el mundo eslavo han marcado poderosamente nuestro folklore, nuestro arte, nuestra literatura. Ciertos motivos de nuestras viejas baladas se encuentran en la literatura de los países balcánicos, como la figura del maestro Manole, albañil legendario que debió emparedar a su mujer para poder erigir el monasterio de Curtea de Arges; figura que se encuentra también, en el folklore de otros países balcánicos. En el siglo XIX, varios escritores rumanos —Negruzzi, Donici, Stamati— se inspiraron de los grandes escritores rusos. El folklore ruso constituye —como se ha es-

tablecido— una de las fuentes de los cuentos de nuestro gran Creangă. Pero en la historia literaria del siglo XIX, el momento más fecundo de la influencia rusa es, hacia 1880, el movimiento de la Revista *Contemporarul*, sostenido por la autoridad del gran crítico socialista C. Dobrogeanu. Gherea. Es entonces cuando los grandes prosistas y dramaturgos rusos, se imponen a la atención de nuestros escritores y cuando las ideas de los pensadores demócrata-revolucionarios conocieron en nuestro país una verdadera difusión. Por donde se mire, la influencia de los países vecinos sobre nuestra cultura es, pues, un hecho indudable.

Sin embargo, la influencia de las demás literaturas romances comienza por los cronistas moldavos que fueron a estudiar a las escuelas superiores de Polonia. Grigore Ureche, Miron Costin establecen el contacto literario con los historiadores y los poetas de la antigua Roma y descubren en sus obras testimonios sobre las guerras de Trajano y la colonización de la Dacia: testimonios del origen romano del pueblo rumano y de la lengua que habla. Por primera vez, las obras de los cronistas, principalmente las de Miron Costin, contienen referencias a Quinto-Curcio, a Dion Casio, a Eutropo, a Floro, a Ovidio y no sólo a ellos sino también a los humanistas italianos como Eneas Silvio y Antonio Bonfini. Hay que decir, por otra parte, que el siglo XVII es la época en que la cultura antigua penetra en la literatura rumana. Aparecen por primera vez, espíritus versados en el conocimiento de las literaturas griega y latina, que han hecho sus estudios no sólo en Polonia, sino también en las escuelas griegas de Constantinopla, algunos inclusive en los colegios latinos que las congregaciones habían fundado en nuestro territorio; otros más, abriéndose a los conocimientos clásicos en las universidades de Occidente, como Constantino Cantacuzene, que hizo estudios en Padua. Nicol Milescu, conocido por su viaje a China como enviado del Zar de Rusia; Demetre Cantemir, célebre por sus relaciones con el humanismo occidental cuanto por sus estrechas relaciones políticas con Pedro el Grande, son profundos conocedores de las lenguas clásicas; hacen traducciones, escriben en latín. Dicha corriente gana en intensidad el siglo siguiente. Cualquiera que recorra la rica literatura rumana antigua original: prólogos, epístolas, dedicatorias, epílogos, etc., descubrirá una serie de referencias antiguas, tanto históricas como literarias, testimonio indudable del nivel de cultura humanista que habían alcanzado los es-

critores rumanos de aquel tiempo. Esta misma corriente se propaga en forma semejante en el pueblo, por mediación de la recopilación de máximas de fuentes diversas, griegas y latinas entre otras, recopilación que se conoce con el nombre de *Floarea darurilor*, traducción del célebre florilegio italiano de fines de la Edad Media, *Fiori di virtu* y, también, por intermedio de la colección de *Pilde filosoficesti*, traducido del griego.

El humanismo rumano de los siglos XVII y XVIII es una corriente histórica, la expresión de la aspiración del pueblo rumano a la libertad nacional y social, la expresión de una voluntad general de arrancarse del yugo de la opresión otomana y feudal, una manifestación del patriotismo rumano.

El acceso a la cultura antigua no ha conducido, en nuestro país, al surgimiento de una literatura original del tipo del Renacimiento y del humanismo como se produjo en Occidente algunos siglos antes. La ausencia de libertades públicas en un mundo feudal aún poderoso, impidió las manifestaciones del libre pensamiento, las actitudes críticas frente a instituciones y potentados; brevemente, todo ese impulso creador que, en las comunas italianas hizo surgir, desde el siglo XVI, la gran literatura del Renacimiento. La recepción de la herencia cultural de la antigüedad fue para nosotros un movimiento de libertad espiritual que produjo el nacimiento de una corriente de traducciones y adaptaciones corriente que, a partir del siglo XVII, y sobre todo en el siglo XVIII, tiende a integrarse en la unidad literaria romance. Aún entonces, los traductores están en retraso con la época en que las obras literarias respectivas circulaban en Occidente. Así, mientras los franceses han dejado de leer *roman d'Alexandre* y el *roman de Troie*, el *roman Pierre de Provence* y la *Belle Maguelonne, Paris et Vienne*, los rumanos descubren el atrayente mundo de dichas obras en traducciones eslovenas o griegas y escriben versiones en su propia lengua: *Alexandria, Istoria Troadei, Imbrie si Margaron, Erotocritul*, libros populares de gran circulación que ejercerán cierta influencia en la creación literaria autóctona, principalmente en la creación folklórica. La corriente de traducciones y adaptaciones continúa en el curso de la primera mitad del siglo XIX en tanto que algunos escritores populares como Ion Barac, Vasile Aaron, Anton Pann y otros, traducen en rumano fuera de los tesoros de la sabiduría oriental, buena parte de las literaturas romances de la Edad Media y del Re.

nacimiento, haciendo penetrar al común de los lectores en la unidad de dichas literaturas.

Por último, esa misma corriente de traducciones llega, desde el siglo XVIII, a iniciar al lector rumano en las literaturas romances de la época y, sobre todo, en la literatura francesa. Pero esta vez se trata de traducciones griegas, idioma cultivado por muchos intelectuales rumanos de la época fanariota. La cultura griega conoce entonces una renovación lo mismo en Constantinopla que en los Principados rumanos donde los griegos descubren una nueva patria, así como en los centros donde surgen florecientes empresas, Venecia, Viena, Marsella. Vemos entonces figurar en el repertorio de las traducciones hechas en esta época, por griegos que se han establecido en los Principados Rumanos como eruditos o como profesores, o por rumanos versados en el conocimiento del griego, toda la gran literatura del siglo: Voltaire, Rousseau y Marmontel, Montesquieu y Mably, el abate Barthélémy y Rollin, Condillac y Destutt de Tracy. La enseñanza superior en griego, otorgada en las Academias principescas de Bucarest y de Jassy, introduce a los intelectuales rumanos de los Principados, en la esfera de la cultura griega donde se encuentran traducidas todas las obras notables del siglo. Por la misma época penetran en los Principados publicaciones francesas como el *Journal Encyclopédique* y el *Journal Francfort*, el *Spectateur du Nord*, el *Journal littéraire*, el *Mercure de France*, el *Almanach des dames* así como las publicaciones *Notizie del mondo*, *Il redattore italiano* y otras más. Todo rumano culto de finales del siglo XVIII estaba al corriente de toda la producción literaria del Occidente latino y, en especial, de la literatura francesa, aunque la mayoría de las veces por intermedio del griego. En cuanto a la creación literaria autóctona, aún tímida, no había descubierto todavía el camino sobre el cual, algunas decenas de años más tarde, en los principios del siglo XIX, iba a producir en un breve lapso de tiempo, notables resultados.

Resumiendo, podemos decir que en los comienzos del siglo XIX, la situación de la literatura rumana, en relación con las demás literaturas romances era la siguiente: la literatura rumana había pasado por una etapa de iniciación en que se imita a la antigüedad sin llegar del todo a resumirse en una producción literaria autóctona del tipo del Renacimiento. Este último movimiento literario constituyó, en donde se llevó a efecto, un acto de la burguesía que creó una nueva cultura, opuesto a

la antigua cultura feudal. Pero los comienzos de la vida burguesa en los Principados, durante los siglos XVII y XVIII, eran demasiado débiles para poder producir manifestaciones culturales semejantes a las del Renacimiento Occidental. Esta circunstancia fue rica en consecuencias para el desarrollo de la literatura rumana. En efecto, la literatura renacentista fue en todas partes una literatura sabia a veces, inclusive, una literatura libresca. Esta característica no ha hecho más que acentuarse a medida que el Renacimiento llegaba a su fin y ha constituido una capa aisladora entre la creación popular y la creación culta. El hecho mismo que el Renacimiento en tanto movimiento literario haya trabado el proceso literario rumano hizo que éste no perdiera el contacto con las fuentes populares e, inclusive, cuando el movimiento renacentista llegó a producir creaciones artísticas de gran mérito, la literatura rumana no dejó, sin embargo, de conservar su carácter popular. Tal es la primera característica importante de su evolución a lo largo de los siglos XIX y XX.

Si bien la literatura rumana se desarrolló hasta cierto nivel disociándose de las demás literaturas romances, el contacto entre ellas se estableció, en un momento dado, tanto por la revelación de sus orígenes clásicos comunes, cuanto por la asimilación gradual de obras literarias más antiguas, por la vía de las adaptaciones y de las traducciones, algunas de ellas griegas. Cuando en los comienzos del siglo XIX, la burguesía rumana puede entablar la lucha en favor de las libertades nacionales y sociales los escritores, preparados como lo estaban por el movimiento de traducciones del siglo precedente, multiplicaron los contactos con las literaturas del Occidente latino, sobre todo con la literatura de Francia, donde la Revolución de finales del siglo XVIII, había iniciado con éxito el movimiento de liberación de la burguesía, movimiento que los rumanos querían, igualmente, hacer suyo. El carácter militante, nacional y social, es el segundo rasgo distintivo de la literatura rumana, a lo largo de la época que se inicia en las primeras décadas del siglo XIX.

El carácter popular de la literatura rumana nace, en primer lugar, con el idioma. La lengua de los escritores rumanos es una lengua popular, que extrae ampliamente de los tesoros del léxico, formas, locuciones populares. Hemos conocido, sin duda, como en otros países —la época del cultismo español o

de la *Pléiade* francesa—, una corriente que trató de acercar el lenguaje artístico a sus orígenes latinos, por la multiplicación a ultranza de neologismos romanos. Los latinistas rumanos y, después Heliade Rădulesco y sus discípulos, se esforzaron durante algunas decenas de años, sobre todo en Valaquia, por forjar un lenguaje literario separado del idioma popular, un lenguaje latinizado o italianizado. Pero esta corriente fracasó y la reacción crítica, sostenida en esto por todos los escritores notables del siglo XIX, eliminó el latinismo y el "heliadismo", llevando el lenguaje de la creación artística al camino de su florecimiento natural. Gracias al triunfo de la corriente popular en la evolución del idioma literarioartístico, no hemos conocido esa división entre el escritor y el público, ese manierismo estilístico que Molière encontraba ridículo en los preciosistas. Las grandes obras de la literatura rumana se han dirigido a todo el pueblo rumano y éste las ha comprendido y se ha reconocido en ellas, por el hecho de haber encontrado en ellas su manera de hablar.

Sin duda, se ha visto formar, en una determinada época, en la lengua literaria rumana —así como en las demás lenguas literarias—, un vocabulario poético, compuesto de palabras o de expresiones reputadas de poseer, gracias a su sonoridad o a las asociaciones que sugieren, un valor expresivo particular. En Eminesco mismo, el más grande lírico rumano del siglo XIX, pueden reconocerse en sus poesías de juventud un vocabulario con palabras o expresiones de fondo latino: *zefir, profurme, crini amanti, amor, turturele, fantastic, idra, ghirlande, lira, silf, bard, sacru, candid, vergin, lilie, serafim, divin, eco, meteo, orcan, aurora, tezaur, balsam, cintarea, sferelor, murmur poetic, visari misterioase, canuni de lauri*, etc. Esas palabras sentidas como poéticas en la época y que el vocabulario del joven Eminesco poseía en común con otros poetas de su tiempo o de la generación anterior, como Alecsandri o Bolintineanu, desaparecen en el transcurso de las etapas posteriores de su poesía. El problema lingüístico que se planteó a Eminesco fue el de superar el llamado vocabulario poético: eliminar los convencionalismos literarios y reencontrar el lenguaje popular que se manifiesta en sus creaciones de madurez, por un modo de expresión más natural, por formas verbales regionales y por un conjunto de locuciones populares y familiares.

Otro rasgo interesante del lenguaje literario de los escrito-

res rumanos —rasgo que de hecho no es sino otro aspecto de su carácter popular—, es el gran número de locuciones y proverbios empleados sobre todo en las obras narrativas. El caso de un Rabelais o de un Cervantes, cuyos escritos se distinguen por la riqueza de su material paremiológico, no es nada raro en los escritores rumanos. El recurso a las locuciones o a los proverbios populares, a fin de caracterizar tal o cual personaje o situación, es un procedimiento constante en Odobesco o en Creangă, cuyas obras ofrecen un cuadro muy variado de la paremiología del pueblo rumano. Quisiéramos señalar, a propósito de este procedimiento, un hecho literario particularmente interesante y cuyo eco ha superado el dominio de la literatura rumana. Se trata de las obras de Panait Istrati, escritas en francés. Como varios de sus predecesores rumanos, este escritor ha dado en su obra creadora un lugar importante a las locuciones y proverbios populares. Teniendo en cuenta que, a pesar de escribir en francés seguía pensando en rumano, Istrati ha traducido muy a menudo las locuciones y los proverbios que se le ocurrían, y los extranjeros encontrándolos transpuestos exactamente en francés gustaban de ellos como elementos estilísticos de una fuerza y sabor particulares. Veamos a título de ejemplo, algunas locuciones y proverbios particularmente sugestivos sobre todo para el lector extranjero, sacados de las primeras páginas del relato *Oncle Anghel*. *Dios no arroja sobre las espaldas del hombre sino lo que puede cargar* (Sa nu dea Dumnezeu omului cit poate sa duca); *que se vuelva palabra en el viento lo que ahora voy a decir* (Safie o vorba in cint); *habla como un libro* (Vorbeste ca dincaarte); *Expulsar lo impropio* (A goni necuratul); *Versos* (de tierra *no dormidos* (veirmii cei neadormiti); *Azotar "cien nervios de buey" sobre la desnuda espalda* (a da o suta de vine de bou cuiva pe spinarea goala), etc. Los éxitos literarios que han obtenido los relatos de Panait Istrati se han debido, en parte, a dicho procedimiento; sin embargo, habría que añadir, no sólo el espíritu inventivo del escritor, pleno de experiencia humana y literaria sino, también, a la fuerza expresiva de la lengua rumana.

El recurso del lenguaje popular ha desarrollado enormemente en los escritores rumanos el sentido del idioma hablado. Las formas orales predominan en el estilo de los escritores rumanos. La divergencia entre la lengua escrita y la oral es, generalmente, reducida en los más representativos de nuestros

escritores, con la excepción estilística de Tudor Arghezi, quien no obstante la riqueza de las imágenes, deja a menudo la impresión de un estilo más para ser leído que escuchado, ya que no utiliza una multitud de formas orales. Por otra parte, el interés suscitado por las obras de Arghezi se ha debido en buena parte al hecho que se ha encontrado en ellas ese tono osado que sólo es posible en la conversación y que no retrocede frente a las expresiones rudas, no censuradas por la convención literaria. Si se puede convenir en la existencia—en la obra de Arghezi—de una dualidad de estilo "escrito" y "oral" no podemos menos que reconocer en su antecesor, Ion Luca Caragiale, una capacidad inalterada para hacer notar todas las formas posibles del lenguaje hablado, la de los campesinos y la de los ciudadanos, la de los funcionarios y militares, la de los comerciantes y de los habitantes de los barrios, la de los políticos y la de los mundanos, lo mismo en Moldavia que en Valaquia o Transilvania; así, lo mismo por la variedad de las formas verbales sorprendidas y registradas, la obra de Caragiale puede justamente ser considerada como la más vasta y—por la autenticidad y la fineza de observación—la más notable investigación lingüística que haya jamás emprendido cualquier escritor rumano. Casi todos los escritos de Caragiale, no sólo las comedias, sino también sus célebres "Momentos", hacen uso del diálogo, es decir, de esa forma estilística en donde no se oye hablar al autor, sino a los personajes mismos en su lenguaje espontáneo y vivo. El ejemplo de Caragiale ha ejercido una profunda influencia sobre sus sucesores, ya que respondía a una tendencia general, de manera que una de las cualidades más importantes de los prosistas rumanos, hacia el fin del siglo pasado y hasta nuestros días, es la dirección a utilizar el lenguaje hablado y el diálogo espontáneo. Es ese, otro aspecto lingüístico del carácter popular de la literatura rumana.

Lo que hemos llamado el carácter popular de la literatura rumana no surge exclusivamente del instrumento lingüístico utilizado por los escritores, quienes testimonian una notable aptitud para transcribir el lenguaje hablado bajo las formas más diversas; sino que existen otras varias particularidades que quisiéramos revisar con rapidez.

Hemos dicho que la ausencia de una literatura de fuente sabia en la época del humanismo no interrumpió en ningún momento, en nuestro país, el contacto entre la inspiración culta

y la inspiración popular. El folklore ha sido siempre una preciosa fuente de inspiración para los escritores rumanos. Algunos como Alecou Russo, Vasile Alecsandri, Mihail Eminesco, no se han contentado con recoger poesías populares, con una constancia que raramente se encontrará en los representantes modernos de otras literaturas romances: han tratado, igualmente —y un conjunto de escritores han seguido su ejemplo— los temas folklóricos, dominio que les ha valido algunas de sus más brillantes creaciones. La obra maestra de la poesía lírica se inspira en un cuento popular originado en Valaquia. Eminesco ha dado a ese cuento una vasta significación simbólica: el destino del genio en el mundo. Es la historia de amor de la hija de un emperador y de un ser sobrenatural, finalmente convencido de la imposibilidad de su amor y de la soledad a la que está destinado. Pertenecer a un ciclo que tiene numerosas cristalizaciones en el folklore universal y, principalmente, esos otros dos grandes poemas alegóricos de las literaturas modernas que son *El demonio* de Lermontov y *Eloa* de Alfred de Vigni. Eminesco ha sabido expresar con ese motivo bien conocido, un sentimiento muchas veces cantado en nuestra poesía popular. Se trata de *dor* romano, palabra difícilmente traducible en otras lenguas, que tiene a la vez el sentido de *Heinweh* y de *Schmerz* en alemán. Expresa un inquieto vuelo del alma hacia la felicidad perdida o una felicidad posible en el futuro, sentimiento muchas veces expresado en nuestras *doinas*. Ese *dor* enlaza a Catalina y su celeste amante, Hiperión, y la obra, en su conjunto, es un poema del *dor*, que desarrolla a través de diversas peripecias el sentimiento, tan familiar a los amantes de nuestras canciones populares. No podríamos enumerar aquí todos los grandes poemas de la literatura rumana que recogen temas épicos y líricos extraídos del folklore: son muchísimos. Heliade Rădulesco, Alecsandri, Eminesco, Cosbuc, Stefan O. Iosif y muchos otros han escrito poesía con esos caracteres. La inspiración folklórica es una de las fuentes más fecundas de nuestra nueva literatura.

El carácter popular de la literatura rumana resulta no sólo de los temas que trata, sino del sentimiento general que se desprende de ella y esto ha sido así desde sus primeras manifestaciones artísticas superiores. Esto nos lleva al segundo carácter específico mencionado, es decir, su carácter militante, nacional y social. La característica más notable de los escritores ruma-

nos es su actitud combativa y el sentimiento que los persigue con mayor insistencia es el de la participación en la vida del pueblo. El hombre solitario, replegado sobre sus problemas interiores, o el contemplativo que se aísla de la sociedad son ejemplares escasos en el mundo de las letras rumanas. Mucho más frecuente es el tipo de hombre social abierto a la realidad de lo social. Esta característica es particularmente notable en los poemas de la primera parte del siglo pasado, en aquellos que prepararon o tomaron parte en los acontecimientos revolucionarios de 1848, un Heliade Rădulesco, un Grigore Alexandresco, un Vasile Cîrlova, un Dimitrie Bolintineanu, un Vasile Alecsandri y tantos más. Todos fueron poetas nacionales y sociales. Formados en parte bajo la influencia del romanticismo francés, no son sin embargo, los representantes de un romanticismo contemplativo, sino más bien de un romanticismo combativo, que traduce la fisonomía de un pueblo que, en ese momento de su historia, al cobrar una nueva y más viva conciencia de sí, se preparaba para lanzarse a la batalla por la independencia nacional y a liberar a las masas populares de un largo pasado de opresión. Es muy interesante, en este sentido, el estudio de los nuevos valores que revisten los temas venidos del prerromanticismo y del romanticismo. Tomemos, por ejemplo, el tema de las ruinas. Volney, que dio a este tema la más notable cristalización, lo trató con el espíritu a la vez prerromántico y racionalista de su época, para extraer de la contemplación de las ruinas la prueba del absurdo de las viejas instituciones y religiones que, destinadas a desaparecer, arrastran consigo, en su ruina, a los monumentos a los cuales dieran vida. Pero las ruinas desempeñan otro papel en los poetas rumanos que, al contemplarlas, ven renacer en ellas las glorias de sus ancestros, se afligen al comprobar la bajeza del presente y conciben la patriótica resolución de restituirle aquella magnificencia. Del mismo modo, el tema de las tumbas, en la pluma de Grigore Alexandresco reviste, por ejemplo, un carácter cívico y nacional, como en otras literaturas romances y en otros escritores —Legouvé y Delille en Francia, Ugo Foscolo en Italia— como lo ha demostrado Paul van Tieghem en su hermoso estudio sobre *La poésie de la nuit et des tombeaux*.

La literatura rumana ha conservado su carácter nacional y social a lo largo de su evolución histórica. Eminesco, al que es necesario citar continuamente ya que, situado en la cumbre,

se impone en todos los terrenos al investigador, cultiva también la inspiración nacional y social. Nutrido de la savia del clasicismo greco-latino y del romanticismo alemán, Eminesco se muestra como una naturaleza meditativa, concentrada, profunda pero no es, sin embargo, un ser a quien la intensidad del sueño aisle del mundo y la sociedad. Aunque prescindamos de sus importantes obras políticas, para considerar sólo su obra poética ésta bastaría para evidenciar la cristalización de una actitud nacional y social, cuya influencia ha marcado a toda la generación siguiente de escritores. Es verdad que en la misma época de Eminesco la sociedad literaria Junimea trataba de alentar una literatura de finalidad únicamente estética, al estilo de lo que Heine había llamado "el período de la poesía de arte", *die Kunstperiode*, interrumpido en Alemania con la muerte de Goethe. El período artístico de la literatura rumana, su período clásico, dio con Eminesco, Caragiale, Creangă, artistas de una escrupulosa conciencia estética que cultivaron la forma como jamás se había hecho antes. Pero ni en estos escritores —con los cuales la literatura artística hace grandes progresos— ni más tarde se interrumpe la línea nacionalista y social. Poco después de la muerte de Eminesco, jóvenes autores como Vlahută y Delavrancea —el primero de los cuales había pasado por la escuela de la revista socialista *Contemporarul* y por la del inspirador, el crítico C. Dobrofgreanu.Gherea—, hacen prevalecer por largo tiempo las preocupaciones nacionales y sociales.

Los conocedores de la literatura rumana se sorprenderían de no ver destacada, en esta sucinta exposición de sus caracteres específicos, la importancia del sentimiento de la naturaleza para todos los poetas y narradores rumanos. No tuvimos necesidad de esperar la influencia del prerromanticismo ni del romanticismo para afirmar la presencia de la naturaleza en las obras literarias rumanas. Las primeras manifestaciones del sentimiento de la naturaleza —sentimiento tan poderoso en los rumanos— se encuentran en nuestro folklore. Toda canción popular comienza con la invocación de la hoja, metonimia del bosque, ese aliado de antaño de nuestro pueblo, que buscaba allí refugio contra los invasores del exterior y los tiranos del interior del país. La evocación de la naturaleza abunda en el folklore rumano y por la continuidad entre el folklore y la poesía cultivada —rasgo tan característico de toda la literatura

rumana— la naturaleza siguió siendo uno de los temas más frecuentemente abordados por los escritores rumanos, de Ienăchită Văcărescu a fines del siglo XVIII, a Alecsandri, Eminesco y Mihail Sadoveanu, uno de los poetas de la naturaleza más importantes de la literatura moderna. Apelando a los dos símbolos que Guido Manacorda ha propuesto para ilustrar el tema central de las literaturas clásicas del Sur y de las literaturas románticas del Norte, el *templo* y el *bosque* y la *silva*, podemos decir que la literatura rumana ocupa una posición intermedia determinada por la situación geográfica del país y las circunstancias especiales del pueblo rumano. El templo, es decir, la ciudad, sus ancestros y sus luchas, simboliza el carácter eminentemente social de nuestra literatura, como acabamos de definirla. El bosque, del cual ha dicho el poeta popular que es *frate cu românul*, ha sido cantado muchas veces por él y sus descendientes. El hecho es tanto más notable cuanto que, como hemos visto, la literatura rumana está marcada por una profunda finalidad social. Así, el culto a los antepasados y las aspiraciones nacionales y sociales comunes se equilibran, en los rumanos, con el sentimiento de adoración a la naturaleza. Se buscaría en vano en nuestra literatura esa visión de la impasibilidad de la naturaleza —que aísla al hombre en un universo indiferente y hostil que encontramos en algunos poemas de Voltaire, Leopardi o Vigny. La naturaleza y el hombre se fusionan en los poetas rumanos hasta el punto de que el hombre reencuentra en la naturaleza sus propios sentimientos y aspiraciones. A veces encontramos también, es cierto, algo así como una vaga oposición entre la naturaleza y el hombre, pero esta oposición reviste formas particulares, que merecen ser destacadas. Recogiendo un motivo folklórico, Eminesco ha compuesto así un poema expresivo sobre uno de los temas fundamentales de nuestra literatura. En este poema, titulado "Retorno", Eminesco imagina el siguiente diálogo entre el poeta y el bosque:

—Codrule, codrutule,
 Ce mai faci drăgutule,
 Că de când nu ne-am văzut
 Multă creme a trecut
 Si de când m-am depărtat
 Multă lume am umblat.

—Ia eu fac ce fac de mult,
 Iarna viscolul ascult,
 Crengile rupîndu-le,
 Apele-astupîndu-le,
 Troenind cārările
 Si gonind cîntările;
 Si mai fac ce fac de mult,
 Cara doina mi-o ascult
 Pexx cārarea spre izvor
 Ce le-am dat-o tuturor,
 Umplîndu-i cofele,
 Mi-o cînta femeile.
 —Codrule cu rîuru line,
 Vreme trece, vreme vine,
 Tu din tînăr precun esti
 Tot mereu întineresti.
 —Ce mi-i vremea, cîn de veacuri
 Stele-mi scînteie pe lacuri,
 Cã de-i vremea rea sau bunã,
 Cîntu-mi bate, frunzami sunã;
 Si de vremea bunã, rea,
 Mie-mi curge Dunãrea.
 Numai omu-i schimbãtor,
 Pe pãmînt rãtãcitor;
 Iar noi locului ne tinem,
 Cum am fost asa rãmînen:
 Marea, si cu rîurile,
 Lumea cu pustiurile,
 Luna, si cu soarele,
 Codrul cu izvoarele.

Retorno

—Dí bosque, bello bosque,
 ¿Te va bien, hermoso bosque?
 Ha tiempo que no te veo
 y desde que te dejé
 muchos caminos he andado.

—Como siempre, hago lo mismo.
 Escucho cómo en invierno

el cierzo quiebra mis ramas,
 detiene los arroyuelos
 y recubre los senderos,
 alejando las canciones.

Como siempre, hago lo mismo.
 En verano oigo la *doina*,
 en los bordes de la fuente,
 que al caminante le ofrezco
 mientras las mujeres cantan,
 llenando sus frescas jarras.

—Bosque de calmos riachuelos
 que el tiempo pase o retorne
 tú tan joven como eres
 siempre te estás renovando.

—Para mí no cuenta el tiempo.
 Durante siglos y siglos
 reflejé en mis claras aguas
 el brillar de las estrellas.
 Y que haga frío o haya sol
 el viento sigue soplando,
 las hojas siguen cantando
 corre el Danubio sin fin.
 En este mundo cambiante
 sólo es el hombre el que cambia.
 Mientras que nosotros fuimos
 y seremos lo que fuimos:
 mar y ríos
 tierra y desiertos
 sol y luna
 bosque y fuentes.

Henos aquí frente a una dualidad, a una oposición que, sin embargo, no enfrenta al hombre con la naturaleza; oposición que no inspira al poeta un sentimiento de soledad o de terror —como se puede observar en los poetas occidentales—, sino que expresa en una tierna confesión el amor del hombre hacia esa naturaleza, en la que ve realizarse una de sus aspiraciones. La naturaleza no es, para nuestro poeta, *la fría natura, el im-*

pasible teatro, una tumba, frente a la cual el poeta reaccionaría con un estremecimiento de terror:

*Jamás me dejes solo con la naturaleza;
Que la mucho conozco para no sentir miedo.*

El encuentro de Eminesco y de la naturaleza es un volverse a ver, un volverse a ver de un viejo y fiel amigo, un puerto seguro al final de un largo y vano errar. Ese volverse a ver reviste formas plenas de ternura. El poeta da al bosque el nombre de bosque hermoso. Y éste responde al poeta sin ningún asomo de orgullo por la confesión de su eternidad, en la cual se desarrollan el drama y el idilio de los humanos. Dos destinos diferentes están aquí en presencia, aceptados por los que deben soportarlos, aunque el hombre contemple con una mirada de admiración, al final de sus obstáculos, la eterna, serena, inmovible naturaleza. Es el volverse a ver de dos viejos amigos, en un ambiente de paz y armonía.

El equilibrio de esta actitud en relación con la naturaleza del mundo entero, nos parece ser un rasgo característico de toda la literatura rumana. Equilibrio que no se manifiesta ni en los grandes temperamentos subjetivos ni en los espíritus imaginativos, en los cuales la imagen del mundo sufre fantásticas metamorfosis. El subjetivismo llevado a su extremo, la inspiración fantástica, barroca, son temas extraños a la literatura rumana. Todos nuestros escritores notables han sido temperamentos equilibrados y su imaginación ha reconstruido la imagen del mundo con mesura y buen juicio. Un clasicismo realista, una inclinación a la ironía y al humor, que corrige las imperfecciones de la realidad y que se venga de sus vejaciones, son rasgos de la literatura rumana que encontramos igualmente en las demás literaturas romances. Espejo volcado hacia la realidad, espejo que el autor, según la metáfora de Stendhal, paseándose a lo largo del camino, refleja en las manos de los escritores rumanos la imagen sin alterar de la realidad, en formas que dan, inclusive para sus autores, la idea de veracidad. *¿Dónde encontraré la palabra que exprese la verdad?* se pregunta Eminesco con inquietud. Ésta busca de la verdad en el arte es característica de numerosos escritores rumanos. Hecho tanto más notable, cuanto que plantea los fundamentos de su impulso artístico moderno en la época romántica, de la que toman prestados varios de sus procedimientos y temas. La literatura rumana contemporánea

en general, no se ha contaminado por los excesos de dicha corriente. Aun cuando como en el caso de algunos escritores menores, que han rendido tributo a los gustos del día, cultivando una inspiración tenebrosa, una macabra rareza, una desesperanza a la Byron, su producción no ha superado el umbral de su época y no ha sido retenida por la posteridad, que prefiere a los escritores de buen gusto, fieles a la realidad, medidos, como Grigore Alexandresco, Constantin Negruzzi, Vasile Alecsandri, Alexandru Odobescu, poetas y narradores surgidos del romanticismo pero que, por la ponderación de su subjetividad y el equilibrio de la expresión, parecen más bien clásicos. En ese sentido es interesante el caso de Eminesco, cuyos principios más o menos oscuros y descuidados hasta la reciente publicación de su vasta obra póstuma, estuvieron marcados por el titanismo, tanto en la actitud como en la forma; pero los procedimientos artísticos de Eminesco evolucionaron hacia una imagen del mundo depurado y una decantada expresión. Lo mismo sucedió con Alexandru Macedonski, quien después de comenzar con grandes poemas tenebrosos, que no retrocedían ante ninguna imagen por horrible y atroz que fuera, alcanzó poco a poco la simplicidad y acabó por cantar a la rosa que inclinaba su corola en la melancolía temblorosa de la noche, que envuelve al poeta en el crepúsculo de su vida. Semejantes reacciones de naturalidad y sencillez son acogidas con agradecimiento por el lector rumano, que no gusta y teme ver violentada su sensibilidad y ama, por el contrario, la expresión medida de la verdad de la vida, que ninguno de nuestros grandes escritores ha excedido jamás.

Quizás sea superfluo advertir, al terminar estas consideraciones sobre los caracteres específicos de la literatura rumana, que no hemos querido presentar todos sus aspectos, sino sólo los esenciales, originados por el desarrollo general de nuestro pueblo y consolidados a través de la herencia literaria. El peligro era la profusión y no la economía. Hemos procedido, pues, no por acumulación, sino por eliminación y selección. Un crítico podrá afirmar que algunos aspectos, importantes en su opinión, han sido omitidos. Pero nos hemos dejado guiar, en este caso, por una imagen global, por una forma interior, *endon eidos*, tal como se revela al artista creador al principio de su obra y a los lectores al término de ésta. Ajustar la forma interior integrada en el espíritu del lector a la del artista es uno de los objetivos

de la crítica literaria, aplicable no sólo a las obras de un artista, sino también a la suma de las obras de arte de todo un pueblo. Igualmente que un artista especialmente fecundo, como Balzac o Tolstoi, no ha forjado más que una obra, la obra de su vida, la gran diversidad de la creación literaria de un pueblo no engendra sino una obra única, su literatura, expresión de su historia y de su genio. Es esta imagen única y sus componentes lo que hemos querido restituir y es objeto de satisfacción para el crítico observar la persistencia de esa imagen en la diversidad de formas creadas con el tiempo y el cambio de circunstancias.

Si extendemos el objeto de nuestras investigaciones a las creaciones recientes de la literatura rumana, es posible comprobar que sus características específicas han constituido un marco y un terreno propicios a su desarrollo. Porque, en efecto, puede hablarse del florecimiento de esta nueva literatura, que refleja la vida del pueblo y encuentra en éste su mayor público. Hay que decirlo: de todas las literaturas romances, nuestra literatura actual es la única, en su conjunto, que es una literatura socialista. Es en este marco y dentro de este terreno que trabajan hoy los escritores ligados a la causa del pueblo y de la edificación del socialismo en nuestro país. Estos escritores pertenecen tanto a la vieja generación —Mihail Sadoveanu y Tudor Arghezi— como a la más reciente, la de los jóvenes escritores volcados a la literatura por los grandes acontecimientos revolucionarios que han transformado a nuestro país, en el lapso de una década y media. Conviene recordar aquí el nombre de un novelista vigoroso como Zaharia Stanco, cuyas obras representativas ya se conocen en gran parte del mundo; los de Petru Dimitriu, Marin Preda, V. Em. Galan y Titus Popovici, entre los jóvenes cuyo talento fecundo está dando sus frutos ante nuestros ojos. El poeta Mihai Beniuc, que surgió en la guerra, es hoy el más notable representante de la escuela lírica que se inspira en las grandes transformaciones sociales de nuestros días. Aunque se expresan en una lengua de menor difusión que las grandes lenguas romances, los escritores rumanos clásicos o contemporáneos son creadores de valores estéticos reales, que merecen ser ampliamente conocidos. Este deseo se realiza ya en este momento, gracias a una circulación cada vez mayor del libro rumano más allá de nuestras fronteras.

Como en el pasado, los escritores de nuestros días siguen

pulsando la armoniosa lira de nuestra lengua rumana, cultivan la inspiración nacional y social, imprimiendo a sus obras una significación militante, se acercan cada vez más al pueblo y a las formas de su idioma y de su arte. Mantienen un estrecho contacto con la vida, cultivan la medida justa de la expresión: en una palabra, las características esenciales que han sido elaboradas a lo largo de la evolución de la literatura rumana. Escritores de una época revolucionaria, los poetas, narradores y dramaturgos de nuestros días llamados a reflejar el impulso de toda una nación laboriosa y a trazar el retrato del hombre nuevo, ese creador que labora en la paz para elevar a su país y a las grandes masas, liberadas del yugo secular de la opresión y de la explotación, han descubierto en el realismo socialista su propia fórmula artística. Los caracteres específicos de una literatura no podrían excluir la sucesiva diversidad de las corrientes, del mismo modo que no unifican la libre manifestación de los temperamentos artísticos individuales. Respondiendo a las tareas propias de su época y, por esto mismo, al papel social que les ha tocado, los escritores rumanos de hoy no dejan, sin embargo, de permanecer fieles a las tradiciones de su literatura. Esta fidelidad hacia el genio nacional, en estos tiempos revolucionarios, es el sello distintivo de las obras que nacen ante nuestros ojos y, al mismo tiempo, su programa y su honor.

EL MENTADO "AMARILLO"

Por Agustín YÁÑEZ

ESTE es el Amarillo famoso, Ricardo Guerra Victoria, dueño de La Encarnación—veinte kilómetros de litoral asombroso— y de miles de hectáreas, tierra adentro. Fabuloso. Ya dobla el medio siglo y parece tener veinte, no más de veinticinco años: ágil, parlanchín, risueño, sangre liviana, parece incapaz de matar a una mosca y su leyenda es de demonio. Hazafioso. La gente lo ve al mismo tiempo en sitios entre sí muy distantes. Aparece y desaparece como por arte de magia. Los hombres a su servicio sienten que no se les aparta jamás, por más que lo sepan muy lejos, en viajes remotos, en frecuentes ausencias prolongadas. Cuando y donde menos se le espera, aparece; y nunca se le halla donde y cuando se supone encontrarlo. Nadie ha conseguido el propósito de dar con él por más luchas que se hagan. Domador, encantador de hombres. Difícil resistir sus poderes de fascinación, la labia con que pinta bonito las cosas que le interesan, su ruda elocuencia y sus zalamerías, la seguridad con que afirma, la facilidad con que responde y cierra salidas a renuencias, reticencias y marrullerías, desbarata objeciones, impone puntos de vista; el tono manso, amable, guasón de sus amenazas, que llegado el caso cumple sin contemplaciones, irremisiblemente; ondulante, a veces, como serpiente; a veces categórico, tajante, como zarpa o machete; hábil en refrenar sus cóleras, en disimular sus designios y cóleras cuando lo necesita; mal hablado, con gracia para unos, con furor para otros y, cuando quiere, pulido en todas formas; nunca hace gala de sus armas, pero es rápido, sereno y preciso en usarlas, sin que nadie, nunca, pueda jactarse de haberlo sorprendido indefenso.

—Yo soy hombre temeroso de Dios. Yo soy hombre de conciencia— lo dice a cada paso y lo cree; mas él es el sumo

* De *La Tierra Tórrida*, novela en preparación.

pontífice de su religión y conciencia. Pontífice y brazo secular implacable. Lo primero que hace construir y adorna en cada nuevo centro de población es la capilla. —Porque la religión es lo primero. Religión a su modo. Capillas de las cuales se erige ministro, por sí, o, cuando se halla ausente u ocupado, por delegación en sirvientes de confianza, para guiar todas las noches el rosario y leer, de rodillas, los domingos, el libro de misa, con asistencia obligatoria de los vecinos, sin excepción, bajo pena de severos castigos al que falte a esas devociones, durante las cuales acostumbra dirigirse a los circunstantes para aconsejarlos, amonestarlos y reprimirlos, en nombre de Dios y de la religión; tan mal les ha ido a los subordinados que se burlan o murmuran de los sermones del Amarillo —mazmorras, azotes, privación de comida y aun de agua durante días enteros, destierro, desapariciones misteriosas, fatales—, que no hay quien ose hacerlo, antes abundan los que, con sentimiento real o fingido, para congraciarse, tras oír al predicador, se le acercan, se prosternan, tratan de besarle las manos, los pies, confiesan culpas, prometen fidelidad extrema, delatan a vecinos, amigos, parientes. Lucha de los pobres por conseguir la gracia —y las ventajas que con ella obtienen sobre los demás— de ser elegidos para guiar el rosario, para leer la misa, en ausencia del amo, y darle cuenta de los faltistas.

—De los padrecitos y el sol mientras más lejos mejor: darles su limosnita y ¡cuelen! —son sentencias del Amarillo; *ergo*: en sus vastos dominios no hay un clérigo; sobre juzgarlos peligrosos, piensa que son innecesarios como elementos permanentes de convivencia; pues digamos: para bautizar en caso muy ofrecido, allí está él o alguno entre los más leídos de los suyos, guíadores de rezos en cada estancia, cuidadosamente instruidos en el ritual de bautismos por emergencia; tampoco el matrimonio es una dificultad: ha oído decir a personas autorizadas, al obispo mismo para no ir más lejos, que los contrayentes son los ministros del sacramento y que allí el clérigo sólo es testigo; *ergo*: ¿por qué no ha de ser él ese testigo? precisamente él, guía y providencia de todos estos infelices, quien les da casa, vestido y sustento, quien mejor los conoce hasta en sus menores intenciones; así, con entera tranquilidad, eso sí, sólo en ciertos casos: cubrir honras de sirvientes consentidos, arraigar a peones de provecho, cortar escándalos de raíz, apiadarse de alguna muchacha desvalida cuyo próximo hijo apare-

cerá sin padre y, según malas lenguas, cuando busca editor para sus propios engendros, el autócrata, eso sí, sólo él, sin delegar en nadie la facultad de que se siente investido, celebra matrimonios de gentes avecindadas en sus fincas, empleando un ceremonial de su invención, mezcla del rito religioso y de la formalidad civil, y advirtiéndole que aquello es provisional. No falta quien le haya dicho que bueno, pero en caso de muerte ¿también él se alza y se baraja para dar la absolución y santolear moribundos? —Muy sencillo —responde—, para eso tengo en todas partes quien sepa ayudar a bien morir y harto les tengo dicho todos los días, a todas horas, que vivan como Dios manda, que no dejen de rezar su rosario todas las noches, que traigan su escapulario, que ayunen y dejen de comer carne los días que manda la iglesia, si no quieren que en cualquier momento se los lleve el diablo derecho al infierno; entonces, ¿qué miedo hay de que se condenen, o qué necesidad hay de que los absuelvan si han obrado bien? Yo, por lo menos —añade—, me quedo con la conciencia tranquila, pues se los advierto: de más a más que no se necesitan intermediarios entre Dios y sus criaturas, menos en esos casos de apuro; en fin, yo me las entiendo.

Y cuando alguien tiene la confianza suficiente para preguntarle si no le remuerden las muertes por su causa, contesta que es lo mismo: que todos tienen obligación de hallarse bien preparados para bien morir, todavía más cuando se meten en peligros o andan en esos oficios de dar o recibir, y que tienen instruidos a los suyos para que si las circunstancias lo permiten —cosa que él personalmente hace— ayuden a bien morir a sus víctimas, o si ya murieron, siquiera les echen una bendición con algún santocristo, que traen prevenido, si es que no hay a mano agua bendita, y que les recen algún credo, algún padrenuestro. —Ahora, que si a los míos es a los que les toca la de perder, pues ya lo saben: guardar mis reglas para estar preparados; y también saben que tendrán su novenario de rosarios y, aunque de lejecitos y tarde, cuando se pueda, tendrán su misita, a veces cantada y de tres padres, según haya sido el difunto, lo que decide también si la cruz en el sitio en que cayó y la de su sepulcro sea de piedra, de calicanto, de madera o de breñas; hay unos que apenas la merecen, pero a ninguno les ha faltado, para ánimo de los que siguen en la lucha. Ya sé lo que piensas tú: que hicieron pecado en obedecerme; mira, a mí no me gusta

meterme en honduras de religión, por más que veas que le alegue al obispo y no me guste quedármele callado, pero es más bien por hacérmele chistoso y caerle bien, por sacarle alguna ventaja, y por qué no: por aprender cosas entre plática y plática: en fin, tocante a lo que piensas, pues no, señor: han sido legítima defensa como siempre ha quedado demostrado y resuelto, aunque sea natural que tomemos precauciones, o si quieres: ventajas, no se puede menos en estos andurriales, con esta clase de panteras; y últimamente, el que es mandado no es culpado: para eso están, y si les toca la de malas, pues es que no servían, dejan el campo a otros más listos que no den quebraderos de conciencia, y en santas paces, a seguir trabajando.

De año en año llega con algún clérigo para que bautice y case al por mayor, para revalidar lo provisional y tener seguridad de que las cosas quedan como Dios manda. Y cada tres, cuatro años, o antes si siente necesidad de aquietar, de purificar—por contacto—la conciencia, invita al obispo para que venga a dar confirmaciones; ni a éste ni a los clérigos los deja a sol ni a sombra, procura que nadie hable con ellos sino en su presencia, le molesta que confiesen, y trata de impedirlo por todos los medios, distrayéndolos, ahuyentando a los solicitantes, aduciendo pretextos múltiples para diferir su atención.

Las visitas del obispo son especialmente rumbosas. El Amarillo echa la casa por la ventana, como luego dicen; todo le parece poco para complacer a su ilustrísima, afianzar su amistad, allanar su confianza o conseguir que lo parezca a ojos de la gente, y para obtener ventajas mágicas, desde luego mayor dominio sobre la región, a base de mínimos detalles reales o inventados, que luego explota bajo especie de superstición, que él mismo llega a creer o lo finge, sintiéndose investido de nuevos poderes sobrehumanos por el trato y las deferencias episcopales;—Ya vieron... me dijo... me autorizó... me reveló... en la mayor intimidad... me confió la gracia... me encomendó... en mis manos su pectoral... el anillo a ver si me venía... estas reliquias de la Tierra Santa... esta astillita de la Verdadera Cruz... este trocito de la Sábana Santa... estas flores del Huerto de los Olivos... este rosario tocado al Santo Sepulcro de Jerusalén... esta bendición del Papa para mí y para todos los míos, que me trajo de su último viaje a Roma y a los Santos Lugares... Guadalupanas para todas mis capillas, que él mismo tocó al original... indulgencias... siete

años y siete cuarentenas. . . Aspavientos, milagrerías, consejas, el Amarillo sale revestido de ocultas fuerzas temerosas, la conciencia libre de escrúpulos, sintiéndose legado del obispo, casi mitrado. Zalamero, adulador, obsequioso en exceso con el jearca, mientras altanero, exigente, parco, aunque buen remunerador para los simples clérigos, a los que trae al trote por estancias y rancherías, de sol a sol, y aun en las noches.

CUANDO el ingeniero Medellín salió de su habitación, el Amarillo se le abalanzó con los brazos tendidos, lo estrechó y le habló efusivamente:

—Jefe, cómo pasó la noche, mire no más cómo me lo pusieron los zancudos en la cara, a ver dónde está el condenado de Pioquinto, tú, ¿no te dije que rociaras bien con flit y cuidaras de acomodar el mosquitero al señor? no más se descuidas uno y no hay para vergüenzas que hacen pasar estos tarugos: ya nos arreglaremos, cochino. A ver, aquí, a mi ingeniero, tráiganle jugos, fruta, ¿prefiere un té o de una vez le entra a los ostiones? están acabados de sacar, fresquecitos, y no hay mejores en el mundo como estos de acá, ya verá. Y ustedes, señores, lo que quieran, arránquense, ya saben: están en su casa; usted, don Eulogio, y usted, señor Sotero Castillo, compañeros y amigos. . .

(*Los cuatro.* Compañeros y amigos del mismo dolor no poder aquí mentárnosla darnos en la merita chapa).

—Don Pánfilo, tú: Pablito, aquí canelas para la desvelada, digo: la mala noche que han de haber pasado con estas incomodidades. Bueno, jefe, pues me falló el yip al tratar de pasar el río, de noche y no pude volver antes de que se acostaran. . .

(*Los cuatro y el ingeniero.* A otros perros con ese hueso intragable sanquintín).

—Después de todo ha de haber salido mejor dejarlos en libertad para que aquí, mis amigos, se dieran gusto en tragar prójimo ¿qué no? como si no nos conociéramos, cristianos compañeros: es la lucha, y no he de ser yo quién, aquí en mi casa, se los impida, si son mis huéspedes, y en esto de la hospitalidad pongo mis escrúpulos de caballero a la antigüita; con que, vamos a ver. Mi ingeniero, mire no más qué ricos ostiones,

(*Los cuatro*. Caballero tiburón inocente compañero cristiano).

—La última vez, que fue la primera en que conseguí traerlo a esta maravilla de mar, el señor obispo no acababa de decir que nunca, en ninguna parte del mundo, había comido mariscos tan exquisitos. . .

(*Uno*. Pescado que se duerme —*Otro*. Se come al chico. —*El tercero*. Clerical tartufo. —*Coro*. No tragaré tu anzuelo No tragaré tu No tragaré No).

—Y ustedes saben, por lo menos nosotros, los de acá, que su ilustrísima ha viajado mucho, como quien dice: ha corrido mucho mundo, ji ji ji. Bueno, nosotros somos todos gente práctica, y aunque acá, como luego se dice y es cierto, no corre el tiempo, ni hay prisa, estando todos en su casa, como en verdad lo están y quiero que lo sientan, de veras, mi ingeniero, especialmente usted que es la primera vez que nos honra con su visita y creo que no se ha arrepentido de haber podido ver esta maravilla de costa y lo que falta que le enseñe, pues creo que debemos ir al grano, o como dicen acá los pelados: "a lo que te truje Petra", con perdón sea dicho el dicho, con perdón de su merced, señor ingeniero; pero vámonos de una vez sentando a la mesa, mientras nos traen de almorzar, que así podremos platicar a nuestras anchas; de una vez, si quiere, vayan pidiendo lo que gusten: creo que hay langosta y langostinos, pescado frito y al horno, pollo, venado a la parrilla, se los recomiendo mucho; por supuesto, frijolititos de la olla y refritos, con plátano, tostaditas, queso, chile tostado y todo lo demás; frutas, ya no se diga: miren, guanábanas, piña, sandía, papaya, melón blanco, chico, toronja, mamey, naranjalima, naranja sin semilla, higos, plátanos: esta tierra es una maravilla que de todo da, y eso que mis frutalitos son recientes, ya los verá usted, jefe; y aquí están las jarras de jugos: guanábana, toronja, sandía, piña, claro que no puede faltar agua de coco; despáchense, así, con toda confianza, están en su propia casa, y lo que yo quisiera es que tuvieran todas las comodidades; con que a ver, qué han resuelto, qué pensaron anoche. (A ver si los apantallo y a estos les enseño cómo se reciben a los gordos que pueden dejar lana los duermo aunque estos son duros de roer ni por las buenas ni por las malas entienden bueno por las malas a veces pero no es el caso como el obispo cuestión de hallarle el lado flaco). Yo ya le dije, mi ingeniero, que estoy a sus órdenes, y empu-

jaré; ahora que acabe de ver todo, se dará cuenta de lo que se puede, si yo, aquí, como vulgarmente se dice, y perdón otra vez por la grosería, pero así estamos acostumbrados de toscos en este arrumbamiento, digo: si yo aquí nomás con mis propias uñas. . .

(*Coro*. Qué uñas uñazas).

—Yo digo: pues con dinero, con buena dirección técnica, con ayuda de veras del Gobierno, como usted dice, ¡lo que puede hacerse y a dónde podrá llegarse! Es lo que yo digo: hace falta interés de arriba: abrir caminos, traer máquinas, todo científicamente. Para no ir lejos: ¿puede usted, sinceramente, comparar esto con Acapulco? Dígamelo. Mejor dicho: me lo dirá cuando haya recorrido las playas y las puntas, la vena, los esteros, la jungla, los veneros de agua caliente, junto al río más río de toda la costa. Qué pesca, aquí; qué deportes acuáticos, aquí; qué panorama de ensueño, no más aquí, en cada centímetro de tierra; que para familias, que los niños, nada como el baño en la desembocadura de la vena, tranquilo, transparente, que es un sueño ver cómo brillan en el fondo los peces de todos colores; qué caza, no más tramontamos el cerro; en fin. . .

(*Eulogio Parra*. Cuándo acabará el chorro de palabras él casi siempre tan terminante para sus cosas no más cuando trata de dormir a la gente emborrachándola con habladurías como al obispo y al juez y a los diputados y a los gordos como él dice y a los que cree tarugos fáciles de deslumbrar pero nosotros qué dice el tuerto).

—Yo estoy a sus órdenes, mi ingeniero, y creo aquí, los señores, tampoco tendrán mayor dificultad, pues si yo no he entendido mal, desde que comenzamos a saber y tratar el negocio, a todos nos conviene, sin ventajas de unos contra otros, ¿o no es así? Vamos por partes.

ESTE mentado Amarillo, espigado él, trigüeño, dientes de oro, que a veces parece tener mal de Sanvito por inquieto, sin poder estar silencio un rato, manoteador, anda de aquí para allá, se retuerce; y a veces: como estatua, como que le comieron la lengua los ratones, maldiciente, el ceño fruncido, pateador, como caballo bronco.

—Tiene cosas de loco. Dicen que está loco. Sale a veces con unas distancias, con unas sandeces de muchacho idiota.

—Yo tengo mi genio, que a veces ni yo me entiendo. (Bien que me entiendo y sé lo que me conviene porque no hay loco que coma lumbre y a veces es bueno navegar con bandera de bienaventurado). Pero soy gente llevada por la buena, me gusta que me comprendan sin mucho hablar; ahora que hay veces que se necesita soltar la lengua. (Borrachera más efectiva que tan buenos resultados me ha dado). Y yo soy muy ejecutivo. Cuando no se necesita ¿para qué andar con rodeos? Al pan, pan, y al vino, vino. Ahora que muchas veces hay necesidad de llamar al vino, alegría, mientras en el pobre es borrachera; pero para algo hemos trabajado, para salir de pobres, y si nos tienen por ricos, pues hay que aprovechar la ventaja.

A veces, las más, tacaño; las menos, espléndido, manirroto, derrochador. A conveniencia. Regatea el salario del miserable y es capaz de regalar al poderoso una manada de yeguas finas. Tiene a sus peones a ración de hambre y es capaz de matar al infeliz que descubre robándole una mazorca, bien que disimule las faltas a sus mayores cómplices.

—Tiene unas puntadas. El día que miró el primer coco en su primer palmar, llamó a uno de sus mozos, que le decían el ciego porque estaba perdiendo la vista. —“Eh, tú, ciego —le dijo—, allí hay un coco, el primero que se me da después de tantos años de trabajo y espera; aquí me lo cuidas, advertido de que si alguien lo corta, te mato; en cambio, tú, para cuidármelo, puedes hacer lo que gustes y no más me dices lo que necesites”. —“Parque, mi amo”—le respondió el ciego, y —“parque” —respondía todas las mañanas cuando el Amarillo echaba sus vueltas al palmar. Esto eran unas balaceras todito el santo día, contra cualquier bulto o ruido que advirtiera el ciego. Y otra vez, cuando dejó arreglada la primera brecha para llegar al mar, hizo escándalo en los periódicos, anunciando que al fin podría visitarse el más maravilloso sitio del mundo, hasta entonces escondido, con sus playas sin rival, como lo es el paraíso terrenal, y para pública demostración de que el viaje era posible, y para propaganda que atrajera turistas, compró el más reciente, fino y lujoso modelo de automóviles *Cadillac*, le tomaron fotografías y películas al iniciar el viaje, aunque no al terminarlo, porque el coche quedó hecho pedazos en el camino; de coraje, aventó los restos a un voladero, y tuvo

que llegar en un yip de doble tracción. Entonces fue cuando discurrió hacer un campo aéreo de dos kilómetros, capaz de recibir a los más grandes aviones.

Si a muerte defendió su primer coco, no puso resistencia en ceder ese primer palmar logrado entre ásperas malezas, a un político poderoso; el palmar y las tierras que colindan con una de las playas más fantásticas de sus dominios; primoroso palmar en plena producción, dado a cambio de un precio irrisorio, que tampoco fue nunca pagado, sino con facilidades administrativas, eso sí, bien aprovechadas por el Amarillo.

—Yo soy gobiernista, soy gente del gobierno, cien por ciento, en cualquier forma y dé donde diere. A mí nadie me saca de esta idea. Con el Gobierno hay que estar bien, a cualquier precio. Allí está mi ventaja. Porque de qué sirve ponerse con él carrascaloso; es como se dice: ponerse con Sansón a las patadas. Me ha ido bien siempre. Y al fin y al cabo me he salido siempre con mi santísima, con mi realísima voluntad, y hasta he conseguido ser necesario al Gobierno mismo, y venderle caro mi amor, como dice la canción, o sea: mis favores y mi amistad. En esto, como en todo, hay que ser águila, águila descalza, o como dice: ponerse chango. No hay que dormirse, porque hay gentes, en el Gobierno. . . bueno, en esto lo bueno es "no vi - no oí - no sé", y viento en popa. Claro que al obispo mismo largaría, y lo he hecho, por servir al Gobierno. Lo bonito es barajarlos bien y bonito: al obispo y al Gobierno. Y a todos, hasta donde sea posible. Mis compadres, el Sotero principalmente, han querido imitarme en esto; pero ni cuándo: les he dado muy lejos. Para el Gobierno, yo soy el mero, no más. Porque siempre con el Gobierno.

Inquieto él, alocado, dientes de oro, sangre liviana, con fama de feroz.

SE IMPRIMO EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL CULTVRA, T. G., S. A., AV. REPUBLICA DE GUATEMALA NUM. 96, DE LA CIUDAD DE MEXICO, D. F. TIRO, 2,000 EJEMPLARES.

C E R V E Z A

LA BEBIDA POR EXCELENCIA

SANA

PURA

NUTRITIVA

LOS PUEBLOS MAS CIVILIZADOS CONSUMEN
PREFERENTEMENTE CERVEZA

MEXICO PRODUCE LA MEJOR CERVEZA
DEL MUNDO



ASOCIACION NACIONAL DE
FABRICANTES DE CERVEZA

MEXICO, D. F.

LA Unión Nacional de Productores de Azúcar, como lo hemos venido diciendo, invariablemente vende sus azúcares a los precios autorizados oficialmente, jamás usa de intermediarios para realizar estas operaciones mercantiles, sino que directamente va a los comerciantes en todo el país. La misma Unión ha estado invitando a todos los mexicanos para que colaboren con ella y no permitan que en su perjuicio se sobrecargue el precio de este indispensable complemento de la alimentación, pero físicamente es imposible para la Unión vigilar que este producto llegue al público a los precios autorizados, primero porque carece de autoridad para hacerlo, ya que constituye un simple organismo comercial de distribución en beneficio del consumidor y segundo porque requeriría, además de la autoridad delegada por el Gobierno, de una planta numerosísima de empleados que forzosamente tendría que recargar el costo del azúcar, en perjuicio del consumidor.

A pesar de esto, en aquellos lugares donde notoriamente se abusa en los precios del azúcar, esta Unión ha procedido a establecer expendios directos al menudeo para contrarrestar así el aumento en los precios más allá de los oficialmente autorizados. Nuevamente insistimos en hacer un llamado a todo el comercio, a fin de que haciéndose eco de nuestra labor y del deseo general del país, cumpla la alta misión que tiene encomendada en beneficio del pueblo consumidor.

**UNION NACIONAL DE PRODUCTORES
DE AZUCAR, S. A. de C. V.**

EDIFICIO INDUSTRIA Y COMERCIO.

Balderas No. 36—1er. piso México, D. F.

Documentos para
LA HISTORIA DEL MEXICO
COLONIAL

publicados por

FRANCE V. SCHOLES

y

ELEANOR B. ADAMS

•

Vol. V

SOBRE EL MODO DE TRIBUTAR LOS INDIOS DE NUEVA
ESPAÑA A SU MAJESTAD, 1561-1564

Edición de 200 ejemplares numerados, impresos en papel Corsican;
141 pp., rústica, \$130.00

Vol. IV

INFORMACION SOBRE LOS TRIBUTOS QUE LOS INDIOS
PAGABAN A MOCTEZUMA

Edición de 200 ejemplares numerados, impresos en papel Corsican;
239 pp., rústica, \$200.00

•

ANTIGUA LIBRERIA ROBREDO

ESQ. ARGENTINA Y GUATEMALA

APARTADO POSTAL 8853

TELEFONO: 22-20-85

MEXICO 1, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

SERVIMOS SUSCRIPCIONES DIRECTAMENTE DENTRO Y FUERA DEL PAIS

A las personas que se interesen por completar su colección les ofrecemos ejemplares de números atrasados de la revista, según detalle que aparece a continuación, con sus respectivos precios:

Año	Ejemplares disponibles	Precios por ejemplar	
		Pesos	Dólares
1943	Números 3, 5 y 6	30.00	3.00
1944	Los seis números	30.00	3.00
1945	25.00	2.50
1946	25.00	2.50
1947	Números 1, 2, 3, 5 y 6	25.00	2.50
1948	.. 3, 4 y 6	25.00	2.50
1949	Número 2	20.00	2.00
1950	.. 2	20.00	2.00
1951	Números 2 y 5	20.00	2.00
1952	.. 1 al 4	20.00	2.00
1953	.. 2, 3 y 6	20.00	2.00
1954	.. 6	17.00	1.50
1955	.. 1 y 6	17.00	1.50
1956	.. 1, 2, 4 y 5	17.00	1.50
1957	.. 1 al 5	17.00	1.50
1958	.. 1, 2, 3 y 6	17.00	1.50
1959	Números 1, 2, 3, 5 y 6	17.00	1.50

SUSCRIPCION ANUAL (6 volúmenes)

México	\$ 75.00
Otros países de América y España Dls.	7.30
Europa y otros Continentes	8.80

Precio del ejemplar del año corriente:

México	\$ 15.00
Otros países de América y España Dls.	1.40
Europa y otros Continentes	1.65



Los pedidos pueden hacerse a:

Av. Coyoacán 1035 Apartado Postal 965
o por teléfono al 23-34-68

Véase en la solapa posterior los precios de nuestras publicaciones extraordinarias.

COMPRAMOS EJEMPLARES DE LOS AÑOS DE 1942 y 1943

SUR

REVISTA BIMESTRAL

INDIA

VICTORIA OCAMPO: Introducción. • JAWAHARLAL NEHRU: Crisis del espíritu • GANDHI: La democracia y el pueblo; Miscelánea: Mujeres; Pobreza en medio de la abundancia; Autodisciplina; Ahimsa o el camino de la no violencia; Religión y verdad • JAWAHARLAL NEHRU: Rabindranath Tagore • RABINDRANATH TAGORE: Tres poemas; La religión de un artista • S. RADHAKRISHNAN: El Buda y su mensaje • HUMAYUN KABIR: La literatura de la India • Poemas de MOHAMMAD IQBAL • BUDDHADEVA BOSE • P. S. REDGE • SUBRAMANYA BHARATI • ASOKE VIJAYRAHA y MAHADEVI VARMA • BAIABANI BHATTACHARYA: Habla un autor • Relatos de SARAT CHANDRA CHATTERJEE • MAULANA ABUL KALAM AZAD • C. RAJAPPALACHARI • MANIK BANDYOPADHYAY y ROOP KATHAK • P. NEOGY: La Pintura India • NARAYANA MENON: Música y danza en la India • AMITA MALIK: La cinematografía en la India.

2 5 9

JULIO Y AGOSTO DE 1959.

San Martín 689

BUENOS AIRES, ARGENTINA.

ASOMANTE

REVISTA TRIMESTRAL LITERARIA

La edita la Asociación de Gradudas de la Universidad
de Puerto Rico

DIRECTORA:
NILITA VIENTÓS GASTÓN.

Dirección:
Apartado 1142,
San Juan, P. R.

•

SUSCRIPCIONES:

Puerto Rico, Cuba y Estados Unidos	\$ 4.00
Otros países	3.50
Ejemplar suelto	1.25

REVISTA IBEROAMERICANA

ORGANO DEL INSTITUTO INTERNACIONAL DE
LITERATURA IBEROAMERICANA DE LOS E. U.
PATROCINADA POR LA UNIVERSIDAD DE IOWA.

•
Director-Editor (permanente): ALFREDO A. ROGGIANO.

Department of Romance Languages,
State University of Iowa, Iowa City, Iowa.

Director Literario (1959-1961): JOHN E. ENGLEKIRK.

Department of Spanish and Portuguese,
University of California, Los Angeles.

Comisión Editorial (1959-1961): Alceu Amoroso Lima, Donald F. Foguel-
quist, Ernesto Mejía Sánchez, Helena Percas, Allen W. Phillips,
Anibal Sánchez Reulet y José Vázquez Amaral.

Secretario Tesorero Ejecutivo: MYRON I. LICHTBLAU.

Department of Romance Languages,
Syracuse University, Syracuse 10, N. Y.

•
Suscripción anual: 2.00 Dls. para Iberoamérica y 6.00 Dls. para E. U. y
Europa.

Para canie, colaboración y todo otro intercambio cultural, dirijase al
Director-Editor. Para suscripciones o compra, dirijase al Secretario-Tesorero.

REVISTA HISPANICA MODERNA

Se publica trimestralmente con el objeto de estudiar y difundir
la cultura hispánica. Contiene artículos, reseñas de libros y noti-
cias literarias; textos y documentos para la historia literaria mo-
derna; estudios y materiales de folklore hispánico; una bibliografía
hispanoamericana clasificada y noticias acerca del hispanismo en
América.

•
Fundador: Federico de Oms

Director: Angel del Río

Subdirectores: Eugenio Florit y André, Iduarte

•
6 dólares norteamericanos al año; números sueltos: 1.50

Hispanic Institute in the United States
Columbia University

435 West 117th Street.

New York.

ACADEMIA HISPANO MEXICANA



**SECUNDARIA y
PREPARATORIA
Externos**

Abraham González 67
Tel.: 35-51-95

**KINDER-PRIMARIA
Medio Internado - Externos**

Reforma 950, Lomas
Tel.: 20-45-72

MEXICO, D. F.

CONSEJO - PATRONATO

PRESIDENTE: Lic. Anrón Sáenz. **VOCALES:** D. Ernesto J. Amezcua, D. Jerónimo Arango, D. Jerónimo Bertrán Cusiáné, D. Juan Casanellas, Lic. Daniel Cosío Villegas, D. Pablo Díez, Ing. Marte R. Gómez, Arq. Carlos Obregón Santacellia, Dr. Manuel Germán Parra, Ing. Gonzalo Robles. **SECRETARIO:** Lorenzo Alcaraz.

NOVEDADES

CORONA DE SOMBRA

por Rodolfo Usigli
(3a. Edición)

Precios:

México	España y América	Europa
\$15.00	1.50 Dls.	1.75 Dls.



“CUADERNOS AMERICANOS”

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Apartado Postal 965
México 1, D. F.

HUMANISMO

SUMARIO DEL NUMERO 54

<i>Págs.</i>		
7	Evocación de Sandino	<i>Edelberto Torres</i>
19	Testimonio Puertorriqueño	<i>José Ferrer Canales</i>
27	El Estado Inexistente	<i>Wildebaldo Bazarte Cerdán</i>
46	América desde el balcón Afroasiático	<i>Ernesto Guevara</i>
49	Los orígenes sociales del liberalismo europeo	<i>Francisco López Cámara</i>
56	José White en el recuerdo de un discípulo	<i>Carlos A. Echanove</i>
62	Cuelgamuros, Valle del Odio	<i>Volga Marcos</i>
67	A Camilo	<i>Manuel Navarro Luna</i>
69	Obsolescencia y Ubicación Provincial de los Ingenios en Cuba	<i>José Gatria</i>
83	Documentos (Carta a Eisenhower, de intelectuales cubanos) y Discurso de Fidel Castro el 26 de octubre de 1959	
115	Cuba en Marcha. Armas para defender la Revolución	<i>José Prado Laballos</i>
121	Legislación Revolucionaria	<i>Tirso Clemente</i>
162	Noticias de libros	
172	Fe de erratas de la edición anterior Carta de Waldo Frank a Fidel Castro (cuarta de cubiertas)	
Apartado 6664		La Habana, Cuba

NUESTRO TIEMPO

Jesús Silva Herzog

Plácido García Reynoso

Raúl Roa Kouri

C. Wright Mills, Enrique

González Pedrero, Carlos

Fuentes, Jaime García Ter-

rrés y Víctor Flores Olea.

El mexicano y su morada.

La asociación latinoamericana de libre comercio.

Un año de revolución cubana.

Izquierda, subdesarrollo y guerra fría.

Un coloquio sobre cuestiones fundamentales.

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

Guillermo Díaz Doin

Hugo Rodríguez Alcalá

Alvaro Fernández Suárez

La Organización de Estados Americanos y la no Intervención.

Existencia y destino del hombre según José Ortega y Gasset y Jean-Paul Sartre.

Antípodas de un sistema: Andalucía y el País Vasco.

PRESENCIA DEL PASADO

Carlos Samayoa Chinchilla

Silvio Zavala

Manuel Pedro González

Causas que más influyeron en las derrotas de los ejércitos indígenas durante las guerras de la Conquista.

El mundo americano en la época colonial.

José Batlle y Ordóñez.

DIMENSIÓN IMAGINARIA

Humberto Díaz-Casanueva

Ramón Xirau

Fernando Alegría

Concha Zardoya

Manuel Villegas López

Tudor Vianu

Agustín Yáñez

Secreta semejanza.

La última Tule de Alfonso Reyes.

Nicanor Parra, el anti-poeta.

Valores cromáticos de la poesía de Garcilaso.

Los problemas del cine. Neorrealismo a vida o muerte.

Sobre los caracteres específicos de la literatura rumana.

El mentado "Amarillo".